EL SECRETO DE MISS AURORA

AL SECRETO DE MISS VANDAM

Colirtuelo y Gerlues y droguerías de Azúar y Gomez.

FOLLETIN DE «EL MEDITERRÁNEO»

EL SECRETO

DE

MISS AURORA

ESCRITA EN INGLÉS POR LA

SRA. PRADDON

Tomo II.

CARTAGENA

IMP. DE H. GARCIA

Plaza del Rey núm. 18

Extrait du Bull. Soc. Bot. de France
Tome 71

SRA. TRADDON

Société de Botanique de France

MISS VAUBORA

DE

EL SHOKAIRO

Bulletin de la Société Botanique de France

I

La carta del venerable Pastern

John Mellish se habia reservado un aposento en el piso bajo de su casa.

Era un aposento muy alegre y ventilado cuyas ventanas caian al jardin y estaban abrigadas del sol por una galeria cubierta de la que pendian jazmines y rosas.

No puede negarse que en el verano era una pieza muy agradable.

El pavimento estaba cubierto con una estera de la India y casi todas las sillas eran de madera ligera con respaldo y asiento de junco.

Encima de la chimenea se veía colgado el retrato

del padre de John y enfrente de esta obra de arte estaba la imágen del caballo favorito del difunto, con el marco adornado con un par de espuelas que habían penetrado con frecuencia en los ijares del fiel animal.

John Mellish habia reunido en este aposento sus látigos, sus bastones, sus guantes de esgrima, sus espuelas, sus escopetas, sus pistolas, pólvora, balas, cañas de pescar, etc., y el dueño de Mellish Park empleaba muchas mañanas en bruñir, componer, examinar y poner en orden estos objetos.

Tenía pares de botas en número suficiente para proveer á la mited del Leicestershire y no eran menos numerosos sus látigos.

John acostumbraba dar audiencias solemnes rodeado de estos tesoros, que formaban como un templo dedicado á las divinidades de la caza, á su jefe de caballerizas con quien discutía las graves cuestiones del sport.

Aurora dirigía con frecuencia su mirada á este aposento con suma alegría de su evcelente esposo, el cual reconocía que los negros ojos de su divinidad le distraian de sus importantes negocios, á no ser cuando lograba decidirla á que tomase parte en las discusiones y á prestar al pequeño cónclave la cooperación de su privilegiada inteligencia.

Creo que John estaba convencido de que su esposa hubiera podido amaestrar los caballos para el «Chester Cup» con tanta destreza como el mismo Tophann.

Era una mujer tan asombrosa, que lo poco que sabia la ponía en el caso do parecer que estaba al co-

rriente de todos los asuntos que trataba, y el hombre creia poseer la esposa más instruida, más bella y más noble de la tierra.

John y Aurora regresaron al Yorkshire inmediatamente después del casamiento de Lucía.

El buen John estaba lleno de inquietud por sus caballerizas, porque el jefe de sus mozos padecía un reumatismo crónico y Pastern no habia escrito aún referente al joven de quien le habia hablado en las carreras de York.

—Conservaré Langley—dijo John á Aurora hablando de su antiguo jefe de las caballerizas,—porque es un buen muchacho y sus consejos pueden sermeútiles. Su esposa y él continuarán ocupando el aposento bajo y el que venga á sustituirle, sea quien sea, podrá hospedarse en el pabellón que hay al norte del jardín Nadie entra nunca por aquella puerta, de modo que la plaza de conserje es casi inútil y el padellón está cerrado hace unos dos años. Quisiera bue Pastern escribiese pronto.

—Y yo quiero todo lo que tú quieras, querido John —dijo respetuosamente Aurora á su venturoso esclavo.

—

Se habia oido hablar muy poco del idiota Steeve Hargraves desde el dia que le despidió su amo.

Uno de los grooms le habia visto en una aldea de las cercanías, y Steeve le habia dicho qne subsistía de algunos servicios que prestaba al rector de la parroquia, y que además cuidaba del caballo y el carruaje

de este caballero, pero el idiota se manifestó muy reservado y no dijo nada acerca de sus proyectos ó de sus sentimientos.

Le habia hecho sin embargo muchas preguntas sobre lo que hacia y decía Aurora, á donde iba, si vivía en buena amistad con su marido; y habia llevado tan lejos su curiosidad indiscreta que el groom, aunque era un sencillo lugareño, se negó por fin á contestar á las preguntar relativas á su señora.

El idiota se restregaba las rudas y callosas manos y se reia al hablar de Aurora.

—Es una gran señora, de genio activo y muy respetable,—decia con aquella voz ahogada que producía una sensación tan desagradable.—Me daba con frecuencia sendos latigazos, pero no le guardo rencor por ello, no le guardo rencor. Es una buena moza, y deseo que M. Melish esté contento de su elección.

El groom no sabia qué interpretación debia dar á estas palabras; si debia tomarlas por un elogio ó por una burla, de modo que despidió con un ademán de cabeza al idiota y éste se alejó sin dejar de frotarse las manos y hablando en voz baja de Aurora, la cual habia olvidado hacia mucho tiempo su contienda con Steve Hargraves.

¿Por qué habia de acordase de é y ni aún siquiera temerle.

¿Por qué habia de alarmarse al ver que la odiaba la mujer á quien habia dado un albergue en su casa, la viuda de rostro pálido, mistress Walter Powell?

Con su juventud y su belleza, rica de felidad y pro-

tegida con el amor de su esposo, ¿por qué habia de de pensar en el peligro? ¿por qué habia de temer una gracia?

Todos los días daba gracias á Dios por haber triunfado de las borrascas de su pasado y porque la senda que iba á seguir en adelante en este mundo estaba exenta de peligros,

Lucía vivía en Bulstrode Castle granjeándose el cariño de la madre de su esposo que patrocinaba á su nueva hija con bondad infinita y abrigaba bajo sus alas protectoras á la tímida y sencilla criatura.

Lady Bulstrode estaba muy satisfecha de la elección de su hijo.

—Podías haber aspirado á más en cuanto á posición y fostuna,—decía á Talbot,—y en mi solicitud maternal hubiera querido que no te hubieses casado con una prima de esa miss Floyd que huyó del cclegio y causó tanto escándalo en Paris.

Pero Lucía había conquistado el corazón de lady Bulstrody, porque era humilde y cariñosa, hablaba siempre de Talbot creyéndole bajo todos conceptos superior á lo que ella podía esperar, y estos elogios causaban gran satisfacción á la vanidad maternal de la aristocrática señora.

—Te tiene un verdadero aprecio, Talbot,—decía lady Bulstrode—b aunque es una niña, promete llegar á ser una excelente esposa, mucho mejor de lo que hubiera sido su prima.

Talbot se volvió con orgullo hacia su madre llenándola de sorpresa,

—¿Por qué repetís siempre el nombre de Aurora madre?—le dijo.—No podeis dejar en paz su memoria? ¿Me separásteis de ella para siempre?. Vos y Costanza..¿No estais satisfecha aún? Aurora se ha casado y vive muy feliz con su esposo. Os aseguro que cualquier hombre se podría dar por contento casándose con una mujer que no valiese tanto como Aurora, y John aprecia su mérito á su manera.

—No te enojes, Talbot, porque es inútil,—dijo lady Bulstrode con tono de dignidad ofendida,—me alegro de que miss Floyd haya cambiado desde que huyó del colegio, y espero que continuará siendo buena esposa, añadió con énfasis que indicaba que no tenía completa confianza en la continuación de la felicidad de John Mellish.

—Mi buena madre está enojada contra mí—pensaba Talbot mientras lady Bulstrode salía de la sala.—Veo que soy muy poco amable y que nadie me tendrá sincero cariño mientras viva. Mi pobre Lucía me ama á su modo; me ama temblando, como si ella y yo perteneciéramos á especies de seres diferentes. Pero, á pesar de todo, tal vez tiene razón mi madre, y mi querida esposa me conviene más que Aurora.

Dejaremos por un momento á Talbot Bulstrode moderadamente feliz y sin embargo no del todo satifecho.

¿Qué mortal ha vivido completamente satisfecho en este mundo?

Uno de los rasgos de nuestra vida terrenal es echar de menos siempre alguna cosa y tener sin cesar una sed vaga é inexplicable que no puede saciarse.

Algunas veces, sin embargo, somos felices, pero en nuestra dicha más completa no estamos aún contentos pues parece entonces que la copa está demasiado llena y esta idea nos llena de terror, porque estando demasiado llena puede derramarse.

¡Qué error, qué sueño febril, qué relato indefluido é inperfecto sería nuestra vida, si no fuese el preludio de otra vida mejor!

Considerada en sí propia no es más que inquietud y confusión, pero si se considera lo presente como una preparación de lo porvenir ¡qué maravillosa armonía hay en la existencia! ¡qué poco nos importa que las alegrías de este mundo sean incompletas y vanos nuestros deseos, si debe llegar más adelante su complemento!

Una semana después del casamiento de Lucía, Aurora mandó ensillar su caballo inmediatamente después de almorzar.

Era una radiante mañana de verano, y acompañada del viejo groom que tenía costumbre de seguir al padre de John cuando este vivia, partió para la excursión por las aldeas inmediatas á Mellish Park que solía hacer dos veces po semana

Los pobres del país tenian legítimos motivos para bendecir la llegada de la hija del banquero.

Aurora tenía el mayor placer en ir de casa en casa, en hablar con los sencillos aldeanos y en adivinar sus necesidades.

Bien es verdad que las pobres gentes no eran muy reservadas en exponer su triste situación, y la donce-

lla de la esposa de John tenía bastante tarea con repartir sus bondades entre los lugareños que se presentaban en la quinta con un papel escrito con lapiz de mano de Aurora.

Mistress Walter Powell se atrevía á veces á hacer delante de Aurora alguna observación sobre la locura é inutilida de lo que instintivamente llamaba limosnas pero la esposa de John anonadaba entonces á su antagonista con tan abundante raudales de elocuencia, que la viuda del subteniente se apresurdba siempre á declarse en vergonzosa derrota.

Nadie habip podido discutir nnnca con la hija de Archibaldo Floyd.

Impetuosa y cediendo á su primera impresión había seguido siempre su idea, tanto para el bien como para el mal, y nadie tenía suficiente energía para impedírselo.

Una mañana volvía Aurora de una de estas caritativas expediciones y al llegar á la verja del parque desmontó, mandó al groom que llevase el caballo á la caballeriza y dijo.

—Tengo deseos de dar un paseo por el bosque, José. ¡Es tan hermosa la mañana! Cuidad bien á «Mazepqa», y si veis á John, decidle que voy á casa al momento,

El anciano saludó, y se alejó llevando de las riendas el caballo,

Aurora se levantó el traje de montar y se internó en el bosque á cuya sombra se habian paseado Talbot

Bulstrode y Lucía aquel frmoso dia de Abril que decipió de la suerte de su prima.

Cuando volvió dirigióse á las habitaciónes de John y encontró á éste ocupado en revisar libros y papeles,

—Querida,—le dijó éste al verla—me alegro de que hayas venido. ¡Cuáuto has tardado!

—La una y media—dijo Aurora consultando un diminuto reloj.—¿Cómo puedes decir que he tardado do?

—Lo digo porque quería consultarte soqre cierto asunto y anunciarte... ¡Es una gran noticia!

—¿Sobre qué?

—Sobre el nuevo jefe de mis caballerizas.

—¿Y á eso se reduce la gran noticia?

—Sí, pero ¿no estás contenta de que tengamos por fin el hombre que nos conviene realmente? He recibido al fin carta de Johu Pastern.

Mellish buscó entre los papeles que habia sobre la mesa. en tanto que Aurora, apoyada en la hoja de la ventana abierta, seguía con la mirada sus movimientos y se reia de su impaciencia.

—Aun no hace cinco minutos que 'a tenía en la mano,—dijo muy apurado, y ha desaparecido como por encanto. ¡Ah! aquí está!

Y abriendo la carta tosió para prepararse á leerla.

—¿Me escuchas Anrora?

—Sí, querido.

—Pues acércate, porque desde ahí no puedes oirme.

—Te escucho—d jo Aurora aproximándose.

John Pastern principiaba excusándose por su tar-

danza diciendo que habia pe dido las señas de la persona que quería recomendarle y que le habia sido preciso averiguar su paradero.

«Creo que os convendría -- continuaba la carta—porque sabe perfectamente su ob igación y tiene grande experiencia como groom, como jockey y como picador. No pasa de los treinta años, pero últimamente sufrió una caida en una carrera en Prusia que le ha tenido cerca de un año en un hospital de Berlin y que le ha dejado cojo para toda su vida. Se llama James Conyer y darán informes en...»

John Mellish alzó la mirada hacia su mujer y se le cayó la carta de las manos.

Aurora, habia lanzado, no un grito, sino el gemido de un ser que ahogan, mil veces más terribles que esos gritos penetrantes que salen de la garganta de una mujer en un peligro de muerte.

—¡Aurora!.. ¡Aurora!—exclamó John que la miró y que se puso pálido al verla.

Se habia efectuado en ella una transformación terrible durante la lectura de aquella carta, y no hubiera sido mayor su sorpresa si al levantar la vista hubiera hallado otra mujer en vez de Aurora.

—¡No... no!—exclamó ésta con voz ahogada; has leido mal... no es ese el nombre que hay en la carta.

—¿Qué nombre?

¿Qué nombre? --repitió con enojo y con el rostro animado por un furor salvaje.—Ese nombre... te digo que no es posible... Dame la carta.

rubio y Germes y droguerías de Azúar y Gomez.

John obedeció maquinalmente, cogió el papel y se lo entregó sin cesar de mirarla con asombro.

Aurora se lo arrancó de las manos, lo recorrió un instante con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios trémulos, y retrocediendo dos ó tres pasos, se doblaron sus rodillas y cayó al suelo como una masa inerte.

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN CULTURA Y TURISMO MURCIA

II

James Coniers

James Conyers llegó á Mellish Park en la primera semana de Julio.

John no había tomado informes de los antiguos amos de su nuevo criado porque le bastaba la recomendación del respetable Pastern.

Sin embargo, trató de descubrir la causa del accidente de Aurora durante la lectura de la carta.

Aurora se había caido como muerta á sus piés, tuvo ataques de nervios durante el resto del dia y deliró toda la noche, pero no pronunció una sola palabra que pudiera aclarar en lo más mínimo el secreto de tan extraña y repentina emoción.

Su marido estaba sentado á su lado el dia siguiente, contemplándola con inquietud, y sus ojos no se apartaban un solo instante de los de Aurora; sufría un dolor parecido al que debió sentir Talbot Buletrode en Felden cuando recibió la carta de su madre.

La sombria pared de la duda se alzaba lentamente y le separaba de la mujer que amaba.

Iba á sufrir ahora los tormentos que conoce tan solo el hombre cuya esposa está separada de él por lo que tiene el poder de poner más distancia que toda la inmensidad de la tierra y del vasto oceano: *un secreto*.

Contemplaba aquel semblante pálido reclinado en la almohada, los ojos negros, ojeroños, sombríos, desmesuradamente abiertos y fijos vagamente en la lejana copa de los árboles de color de púrpura del horizonte, pero no leia en aquel rostro adorado, en aquel rostro hermoso, una palabra que pudiera ayudarle á comprender tan extraño misterio, pues solo habia en él una expresión de cansancio. como si el alma, al reflejarse en aquel pálido rostro, estuviera tan debilitada que únicamente pudiera ya sentir una vaga necesidad de reposo.

Las ventanas estaban cerradas, pero el calor era sofocante.

El paisaje brillaba con un tinte amarillento como si la misma atmósfera hubiera tomado un cuerpo, alguna cosa parecida al oro derretido, y hasta las rosas del jardin parecían sufrir la influencia de la neblina abra-

sadora, pues dejaban caer sus pesados cálices como las personas que abruma el do'or de cabeza.

El corpu'ento Bow-wow, echado en el prado bajo una acacia, estaba de tan mal humor como un viejo regañón

John Mellish, sentado á la cabecera de la cama de su mujer, se cuidaba muy poco del calor del dia.

La tierra no contenía para él más que un solo ser y este estaba enfermo y triste, y no podía consolarle porque ignoraba la índole de su dolor.

Cuando le dirig'a la palabra su voz era trémula.

—¿Te sientes muy mal, querida Aurora?—le preguntó.

Ella le miró con una sonrisa tan distinta de su expresión ordinaria que le hubiera causado menos pena verla derramar abundantes lágrimas.

Aurora le tendió la mano, y John la tomó con afán y la tuvo en la suya mientras le decía.

—Sí, querida mia, estás muy enferma, pero el doctor Morton asegura que no ha sido más que un ataque de nervios y que no volverá á repetirse Así, pues, no hay motivo para alarmarse. Lo que me da pena Aurora adorada, es el ver que tu mal está en el alma... sí, tan solo en el a'ma.

Aurora volvió el rostro y trató de desprender su mano con impaciencia, pero John la sujetaba con fuerza entre las suyas.

—¿Te causó disgusto lo que te dije ayer?—le preguntó con gravedad.

—¡Causarme disgusto!... ¡Oh! no.

—Pues en tal caso, dime, hija mia, ¿por que te produjo tan terrible efecto el nsmbre del criado que los recomendaba Pastern?

—El doctor te ha dicho que era un ataque de nervios,—respondió Aurora con frialdad.—Ayer tuve un ataque de nervios y á eso se reduce todo.

—No, no es cierto; la causa fué el nombre. ¿Quién es ese... James Conyers?

John sintió agitarse convulsivamente en sus manos la de Aurora mientras pronunciaba el nombre del criado.

—Dime, Aurora: ¿quién es ese hambre? Dime por Dios la verdad.

Al oir estas palabras volvió ei rostro hacia su marido y le dijo:

—Si quieres saber la verdad, John, no me hagas preguntas. Acuérdate de lo que te dije en el castillo de Arques; un secreto fué la causa de mi rompimiento con Talbot Bulstrode, Entonces tuviste confianza en mi y er preciso que fies en mi siempre, pues si desconfías...

Aurora se paró buscamente, y las lágrimas brotaron de sus hermosos ojos que tenia fijos en su esposo.

—¿Qué sucederá entonces?

—Tendrías que separarte de mi como lo hizo Talbot Bulstrode.

—¡Separarnos! exclamó;—Aurora, amor mio ¿crees que hay en el mundo algo que pueda separarnos antes de la muerte? ¿te imaginas que ninguna combinación

de circunstancias, por extrañas é inexplicables que sean, me hará jamás dudar de tu honra ó temblar por la mía? ¿Estaría aquí si dudase de ti? ¿Podría sentarme á tu lado y hacerte estas preguntas si dudara de tu respuesta? Nada podrá matar mi confianza, nada! Pero ten lástima de mi, considera cuán amargo ha de ser estar aquí, estrechando tu mano, y saber que hay un secreto entre los dos. ¡Aurora, dime, ese hombre, ese Conyers... ¿qué es? ¿quién es?

—Lo sabes lo mismo que yo. Ha sido groom, después jockey, y ahora viene á servir á tu casa.

—Pero ¿le conoces?

—Le he visto.

—¿Cuándo?

—Hace algunos años, cuando estaba al servicio de mi padre.

Durante un momento John Mellihs respiró con más libertad.

Habia sido groom en Folden-Woods aquel hombre misterioso.

Esto explicó por qué Aurora habia reconocido su nombre, pero no explicaba su emoción, y John sabia tanto como antes.

—James Conyers estaba sirviendo á tu padre—dijo con voz triste;—pero ¿por qué, por qué te causó ayer tanta emoción el oir pronunciar su nombre?

—No puedo decírtelo.

—Luego es otro secreto, Aurora,—dijo con tono de reproche—ó ese hombre está enterado del secreto de que me hablabas en el castillo de Arques.

Aurora no contestó.

—Lo veo, lo comprendo todo, Aurora,—continuó después de una pausa; es un espía quizás que descubrió el secreto y ha abusado de él como acostumbran á hacerlo esos miserables. Me explico ahora tu emoción; temes que viene á casa para atormentarte haciendo uso de ese secreto para sacarte dinero y tenerte perpétuamente bajo su poder con el terror que te inspira. ¿No es eso? ¿Lo he adivinado?.

Aurora fijó en él la mirada, y la expresión de su rostro en aquel momento era el de una fiera acorralada que ve próxima la muerte.

—Sí, John.

—¿Ese hombre..... ese groom..... sabe parte del secreto?

—Sí.

Joh Mellish volvió la vista y se tapó la cara con las manos.

—¡Qué angustia tan cruel! ¡qué amarga degradación!

Aquel hombre, un groom, un criado, poseía un secreto de su esposa y tenía el poder de hacerse temer de ella hasta el punto de que su nombre tan solo bastaba para hacerla desmayar y caer al suelo como herida de muerte.

¿Qué secreto podía ser el que poseía un criado y que sin embargo no podía confiar á él?

Tan inmenso era el dolor que le causaba esta idea que se mordió los labios hasta que los dientes encontraron la carne viva.

¿Qué secreto e a aquel?

Un minuto antes habia jurado tener ciega confianza y sin embargo... sin embargo... temblaba de piés á cabeza y la duda y la desesperación se alzaban en su alma como dos demonios gemelos, pero luchaba contra ellos y llegó á vencerlos.

Volvióse entonces hacia su esposa con rostro pálido pero tranquilo, y le dijo:

—No quiero apremiarte más con preguntas penosas, Aurora. Voy á escribir á Pastern para decirle que ese hombre no nos conviene, y que...

Se levantaba para salir cuando Aurora le detuvo por el brazo diciéndole:

—No ercribas á Pastern; estoy segura de qne ese hombre nos conviene. Prefiero que venga.

—¿Deseas que venga?

—Sí.

—Pero te atormentará, te sacará dinero.

—Lo haría de todos modos puesto que vive. Lo creía muerto.

—¿Deseas verdaderamente que venga?

—Sí.

John Mellihs salió del aposento de su mujer aliviado de un peso enorme.

En efecto el secreto no debia ser tan terrible cuando consentía en que el hombre que lo poseia se presentase en Mellish Park, donde habia al menos una probabilidad, por remota que fuese, de que se lo revelara á su marido.

Tal vez aquel misterio concernía á otras personas

más que á ella propia,.. á la integridad comercial de su padre... ó á su madre.

Tenía muy pocas noticias de la historia de su madre.

Tal vez ella...

Pero ¿por qué esforzarse en averiguarlo?

Habia prometido fiarse en ella, y habia llegado el momento de cumplir su promesa.

Escribió á Pastern que admitía á su recomendado James Conyers y esperó con impaciencia para ver qué clase de hombre era el que tanto miedo infundia á Aurora.

Recibió una carta de Conyers, una carta escrita con correcto estilo, anunciándole que llegaria á Meilish Park el tres de Julio.

Aurora se habia recobrado de su ataque de nervios cuando se recibió esta carta, pero como estaba aún muy debil y afectada, el médico le aconsejó que hiciese un pequeño viaje, por cuya razón John y Aurora partieron para Harrogate el 28 de Junio, dejando la quinta bajo la custodia de mistress Powell.

Mistress Walter Powell, que habia sido tratada por la mayor parte de los que la habian empleado como una especie de ama de llaves, habia adquirido sin embargo todos los instintos de la criada más infima, y dominada por estos instintos, reso vió poner por obra todos los medios posibles para descubrir lac ausa de la indisposición de Aurora, la cual, según habia manifestado el doctor, era más moral que fisica.

John habia mandado à llamar á un carpintero para

que pusiese en buen estado el pabellón de la verja del norte que se destinaba para habitacióu de James Conyers, y el viejo Langley, el veterano groom, debia recibir á su colega y darle posesión de las caballerizas.

El nuevo jefe llegó á la verja al anochecer, acompañado de Steeve Hargraves el idiota, que se hallaba en la estación con la esperanza de que algún viajero le encargase la conducción de su equipaje, y á quien James Conyes entregó su maleta.

Con gran sorpresa de Conyers, Steeve Hargraves dejó la carga en la verja del parque,

—Habreis de buscar otro para llevaros esto hasta la casa,—dijo el idiota quitándose la grasienta gorra y tendiendo la mano para recibir la retribución de su tradajo.

James Conyers que era por caracter áspero y desabrido con sus ribetes de desvergonzado, se volvió bruscamente y preguntó al idiota si hablaba en broma.

Habio formalmente—respondió Steeve Hargraves, —no puedo pasar de esta verja; he sido despedido de esta casa donde he vivido cuarenta años, he sido arrojado á puntapiés y latigazos.

Conyers tiró la punta del cigarro y lanzó una mirada altiva al idiota.

—¿Qué dice este hombre?—preguntó á la mujer que acababa de abrir la verja.

—El pobre muchacho, como podreis haber advertido, caballero, no tiene sano el juicio, y parece que no corria bien con la señora, la cual es de genio un poco

vivo, y he oído decir que le castigó con el látigo por haber maltratado á su perro favorito. Lo cierto es que el amo lo ha despedido.

—Porque la señora le pegó. He aquí lo que es la justicia de los amos para con sus criados en todas partes,—dijo el picador riendo.

Y encendió otro cigarro.

—Sí, esta es su justicia;—repuso el idiota con voz sombría.—Supongo que no os gustaría que os arrojasen de una casa donde hubiérais vivido durante cuarenta años, ¿no es cierto? Pero la señora de Mellish es mujer de grande energía. ¡Que el cielo le conserve su hermosura!

Steeve Hargraves emitió este deseo con un tono tan siniestro, que el nuevo jefe de las caballerizas, hombre indudablemente de penetración y muy observador se quitó el cigarro de la boca para examinar mejor al idiota.

Aquella cara pálida, animada por dos ojos rojos y de un brillo terrible, no era nada simpática, pero Conyers miró al idiota durante algunos momentos, cogiéndole por el cuello de la chaqueta para estudiar mejor la expresión de sus facciones y rechazándolo después con un ademán de familiaridad y desprecio, le dijo riendo:

—Sois un verdadero tipo, amigo mío, pero sois un tipo que inspira poca confianza. A fe mía que por nada en el mundo quisiera ofenderos. Tomad, os doy un chelin por vuestro trabajo,—añadió poniendo con ligereza la mano en la mano que le tendía Steeve.

—¿Puedo dejar la maleta aquí hasta mañana?—dijo

á la mujer del conserje.—Si no estuviera herido la llevaría yo mismo hasta la quinta.

—Dejadla aquí, caballero,—dijo haciendo un saludo muy cortés—y mi marido os la llevará cuando vuelva. Perdonad mi indiscreción: ¿sois el que esperamos para encargarse de las caballerizas?

—Lo habeis acertado.

—Pues en tal caso, tengo encargo de deciros que os han destinado para habitación el pabellón del norte, pero os suplico que vayais inmediatamente á la quinta, donde el ama de llaves os dará todo cuanto necesiteis.

Conyers hizo un ademán, dió las gracias y las buenas tardes á la portera, y siguiendo la larga alameda cuyos árboles amortiguaban los postreros resplandores del crepúsculo, se paró en los sitios más sombríos contemplando la magnificencia del parque.

Conyers empleó largo rato en llegar desde la verja hasta la quinta.

No sé como describir la dolencia en términos técnicos.

Habíase caido con el caballo en una carrera en Prusia, donde por poco perdió la vida y se fracturó la pierna izquierda, pero la fractura era tan complicada y los fragmentos de huesos eran tan numerosos, que únicamente la paciencia de los eminentes cirujanos alemanes logró volver á colocarlos en su primitivo sitio.

Sin embargo, su prodigiosa habilidad no pudo impedir la contracción de los músculos, y á esta circuns-

tancia debió el jockey el quedarse cojo para toda su vida é imposibilitado para presentarse montade en una carrera de caballos.

Era de mediana estatura, pesaba unos once «stones» y nunca habia corrido más que en el continente.

James Conyers se paró á algunos pasos del edificio y contempló su fachada con expresión meditabunda.

—¡Magnífica cabaña! —dijo.—Si se ha de juzgar por apariencias, forzosamente ha de haber dentro mucho oro.

Como ignoraba la topografía del sitio donde se hallaba y no adolecia de exceso de modestia, se dirigió sin vacilar hacia la puerta principal y tiró del cordón de la campanilla.

Fué recibido por un respetable anciano, que después de mirar con altivez su chaqueta parda, su camisa de color y sombrero de fieltro, le preguntó con aspereza muy expresiva:

—¿Qué quereis?

Conyers explicó que era el nuevo picador y que deseaba ver al ama de llaves; pero apenas habia hablado cuando se abrió con disimulo una puerta en un angulo del vestibulo, y mistress Walter Powell salió de un pequeño salón que le estaba particularmente reservado.

—Ese joven tendrá la bondad de entrar aquí—dijo dirigiéndose en apariencia al vacío, pero indirectamente á James Conyers.

El joven se quitó el sombrero descubriendo su her-

El joven se quitó el sombrero descubriendo su hermoso cabello rizado naturalmente y accedió á la petición de mistress Powell.

—Podré sin duda alguna,—dijo el ama de llaves,—daros todas la noticias que necesitais.

James Lonyers se sentó, y se preguntó si aquella mujer biliosa y fea podria darle noticias sobre las carreras de verano de York; pero saludó con finura, y dijo que deseaba tan solo saber dónde le hospedaban si estaba dispuesta su habitación porque quería acostarse pronto y si tenia alguna carta para él.

Pero mistress Powell no estaba resuelta á despacharle tan pronto como Conyers deseaba, y por lo tanto le hizo una infinidad de preguntas, y su interrogatorio fué tan capcioso, que muy pronto agotó la escasa suma de confidencia que el joven estaba dispuesto á cancederle, porque este comprendió al momento el examen á que le sometia y era mucho más astuto que el ama de llaves.

La viuda del subteniente solo pudo descubrir que Conyers no conocia á John Mellish ni á su mujer y que no habia visto nunca á ninguno de los dos.

Mistress envió á un criado á que trajese las cartas que á nombre de James Conyers habian venido dirigidas, yolviendo el criado á los pocos minutos con media docena de ellas, las cuales entregó á James.

Este tomó la primera carta, examinó el sobre y el sello, la abrió, leyo lo que había escrito en media hoja de papel, y se la puso en el bolsillo del chaleco.

Mistress Powell, cerrando los ojos para contraer, la

pupila, solo vió caracteres trazados por una mano mun plebeya y una firma que, mirada desventajosamente de abajo arrida, se parecía bastante á la palabra Johnson.

El segundo sobre no contenía más que una lista de apuestas y el tercero contenía un pedazo muy sucio de papel con algunas palabras escritas con lapiz; pero al pero al ver el sobre de la primera carta de las tres que quedaban, James Conyers se estremeció como si acabara de recibir un balazo en el pecho.

Mistress Powell miraba alternativamente el sobre de la carta y el rostro del picador, y no era menor su sorpresa que la de Conyers.

La letra del sobre era de Aurora.

Era una letra muy particular, una de esas letras que no pueden equivocarse cuando se han visto una sola vez.

No cabia duda alguna; Aurora escribía al criado de su marido, y aquel hombre reconocía su letra porque habia manifestado una visible sorpresa al recibir carta de ella.

Conyers rompió el sobre, leyó y volvió á leer con avidez, y su frente se arrugó con expresión sombría durante la lectura.

Mistress Powell se acordó de pronto de que habia dejado las agujas en una almohadilla detrás de la silla del joven, y se levantó para ir á buscarlas.

Conyers estaba tan turbado con la carta que tenía en la mano, que no reparó en el rostro pálido que durante dos ó tres segundos se inclinó sobre su hombro

en tanto que sus ojos ávidos lanzaban una mirada rápida sobre las líneas contenidas en la segunda página, pudiendo leer en la primera línea: *Sobre todo no manifestéis sorpresa alguna.*

La carta no terminaba con las frases de costumbre, y en vez de firma había al pié una A mayúscula.

III

El idiota

James Conyers se instaló en Mellish Park como si hubiera sido en su propia casa.

El pobre Langley, el anciano picador retirado que era hijo del Yorkshire, estaba escandalizado al ver la insolente franqueza de su sucesor.

Era tan orrogante y de figura tan aristocrática para su clase, que los mozos de caballeriza y los grooms se inclinaban ante él y le manifestaban un ¡respeto que nunca habian tenido al sencillo y buen Langley, el cual, entre paréntesis, se habia visto obligado muchas veces á dar más fuerza á sus órdenes con el auxilio de

un látigo, de una correa ó de algún otro argumento convincente.

La agraciada figura de James Conyers era un capital de que este individuo sabia sacar un partido ventajoso.

Siento tener que decir que este joven que habia servido de modelo para Apolo ó Antinoo en los talleres de los artistas y en las Academias, era egoista hasta la médula de los huesos, y que cuando estaba bien comido, bien vestido y provisto de todo, no preguntaba nunca de dónde procedían los manjares y los vestidos, ni á quién pertenecía la cosa que habitaba ni quién llenaba su bolsillo,

—

A la semana siguiente de estar James Conyers instalado en su pabellon; llegaron John Mellish y Aurora.

Esta no era la misma.

Su densa palidez parecía ir cada dia en aumento.

Mellish en el momento de llegar fué á las caballerizas, quedando satisfecho del nuevo jefe de ellas.

Conyers una vez hecha la presentacióu por el antiguo jefe y recibído las órdenes necesarias para el desempeño de su misión en aquella casa, empezó á buscar á Steeve Hargrave, con objeto de que le sirviese como criado.

No tuvo que molestarse gran cosa, pues Steeve no dejaba de merodear por aquellos alrededores y á los dos dias quedaba el idiota encargado de su nuevo destino.

Una tarde James Conyers llamó al idiota y le dijo:

—¿A qué hora comen los señores?

—A las siete,—respondió éste.

—A las siete. En tal caso tendrás tiempo de llevar una carta y llegará en el momento en que se sienten á la mesa.

El idiota lanzó á su amo una mirada de terror.

—¿Un recado... una carta...—repitió,—para M. Mellish?

—No, para la señora.

—No me atrevo,—dijo el idiota—no me atrevo á acercarme á la casa, y mucho menos me atreveré á hablar con ella Me acuerdo aún del dia que me pegó. No he vuelto á verla desde entonces, y no necesito volver á verla. Os figurais sin duda que soy un cobarde ¿no es verdad?—dijo interrumpiéndose de pronto y mirando á Conyers, en cuyos labios veia una sonrisa de desprecio.—Decidlo, ¿es verdad que creeis que soy un cobarde?

—No creo que despuntes por valiente,—respondió Conyers—porque tener miedo de una mujer, aunque fuera el diablo en persona ..

—¿Quereis que os diga lo que tanto me aterra?—dijo Hargraves hablando con los dientes cerrados y con la voz desagradable que le era peculiar.—No temo á la señora de Mellish; lo que temo es esto... (y mientras hablaba se llevaba la mano al bolsillo del pantalón) esto... Temo que al acercarme á ella no pueda dominarme y me arroje sobre ella para cortarle el cuello La he visto muchas veces en mis sueños con su hermoso cuello blanco del cual brotaba un chorro de

sangre, y sin embargo, tenía aún el látigo en la mano y se burlaba de mí. He soñado muchas veces con ella, pero nunca la he visto inmóvil y muerta, nunca la he visto sin el látigo en la mano.

La sonrisa de desprecio desapareció de los labios de Conyers mientras Steeve hacia esta revelación de sus sentimientos y la reemplazó una expresión sombría y meditabunda que se extendió á todo su rostro.

—Vas á llevar esta carta á la señora de Mellish—dijo á Steeve al mismo tiempo que cogia la pluma para escribir,—y harás de modo que se la entregues á ella. Con un calor tan sofocante todas las ventanas estarán abiertas, y puedes esperar hasta que la veas en el salón. Cuando la veas, llámala haciendo señas ó como te dicte tu astucia, y entrégale esto.

Habia doblado el papel y cerrado la carta con un sobre engomado.

—No hay necesidad de poner nombra alguno en el sobre—dijo entregándole la carta;—sabes para quién es, y no la entregues á nadie màs que á ella. Ea, date prisa. No te dirá nada cuando vea de quién es la carta.

El idiota lanzó una mirada indecisa á su nuevo amo pero James Conyers se preciaba de una cualidad que llamaba determinación, y que se designaría mejor con la palabra tenacidad, y se le habia antojado que nadie más que Steeve Hargraves llevaría la carta.

—No hagas niñerías, Steeve—le dijo—y fija bien en tu mente estas palabras: si me place emplearte ó encargarte algún recado, cualquiera que sea, nadie en

en esta casa se atreverà á disputarme el derecho de hacerlo. Toma; marcha al momento y traeme la respuesta. No necesitas esperar una contestación escrita; dirás á la señora de Mellish que me basta un sí ó un no.

El idiota balbuceó algunas palabras cosi ininteligibles y se alejó lentamentamente,

—¡Feo avechucho!—murmuró el picador siguiendo con la mirada á su criado.—Veremos si lo amanso; pero otros más fieros que él he ablandado como si fuesen de cera.

Steeve Hargraves avanzaba lentamsnte á lo largo de la estrecha senda que conducía al traves del parque hasta el jardín y el prado que se extendía delante de la casa.

Los árboles del parque formaban como una especie de pared delante del prado, y Steeve vió desde allí que la señora de Mellihs le habia ahorrado una parte del camino, porque estaba sentada junto á una ve ja baja de hierro sin más compañía que Bow-wow, el perro que habia sido causa de que despidieran de la quinta al idiota.

Sus negras cejas se contrajeron al ver á Steeve.

—Creía,—le dijo—que M. Mellish os habia despedido prohibiéndoos que volviérais.

—Sí señora, M. Mellish me arrojó de la casa donde habia vivido tanto tiempo, pero ahora tengo otra colocacióu, y mi nuevo amo me envia para que os entregue esta carta.

—¿Quién es vuestro nuevo amo?

El idiota alzó el brazo é indicó el camino por donde habia venido.

Aurora siguió el movimieu o de la mano del idiota y pareció que sus ojos se ensanchaban al ver la dirección que indicaba.

—¿Es vuestro amo James Conyesr, el que habita el pabellón del norte?

—Sí señora.

—¿En qué os emplea?

—Le limpio la habitación, le voy á buscar lo que manda. y me envía ahora con una carta.

—¿Una carta? ¡Ah! sí, dámela.'

El idiota le entregó la carta.

Ella la tomó rápidamente sin apartar la mirada de Steeve.

Puedes retirarte - le dijo.

—Debo esperar la respuesta.

—No hay respuesta, - dijo poniéndose la carta en el pecho.

Y volviéndose para retitarse, añadió:

—No hay respuesta y no la habrá hasta que me convenga. Decidselo así á vuestro amo.

—No esperaba una respuesta por escrito,—repuso el idiota;—me ha encargado que no me retirase sin que me dijéseis sí ó nó.

Aurora dió con el pié en el cesped con violencia, y sacando la carta, rompió el sobre y leyó las pocas líneas que contenía.

Aunque la carta era tan breve, permaneció algunos

minutos con la mirada fija en el papel y con expresión meditabunda.

So o interrumpieron en tanto aquel silencio los gruñidos que hacía Bow-wow.

Aurora hizo de la carta mil pedazos que arrojó a viento y dijo á Steeve.

—Direis á vuestro amo que sí.

Steeve se llevó la mano á la gorra y se alejó para llevar la respuesta á su amo.

—Mucho me od a dijo parándose para mirar la forma blanca que se destacaba sobre el césped,—pero odia mucho más á él.

IV

La tempestad

La campana que anunciaba la comida se oyó por segunda vez cinco minutos después de al jarse el idio ta, y John Mellish salió al prado en busca de su esposa.

Andaba sobre la yerba silbando y azotando las rosas con el pañuelo y revelando su buen humor, pues habia olvidado completamente la angustia del dia desgraciado en que leyó la carta de Pastern.

Todo lo hab'a olvidado, todo menos que su Anrora era la más cariñosa y más fiel de las muje:es, y confiaba en ella con toda la nob'e senci'lez de su corazón.

—¿Por qué he de dud:r de una criatura tan noble é impetuosa?—pensaba John.—Cada uno de sus pensamientos, cada una de sus sensaciones ¿no estín escritos en su graciosa frente y en su rostro expresivo can caracteres que podría leer el hombre de menos penetración? Cuando está contenta de mí ¡qué sonrisas tan brillantes brotan de sus negros ojos! Si lo contrario, lo cual ¡necio de m.! hago cien veces al día, ¡cómo se contraen los dos pequeños arcos negros sobre esa nariz impertinente y graciosa mientras sus labios de rosa expresan la desconfianza y el desden! ¿He de dudar dn e la porque me ocu ta un secreto que debo renunciar á saber, como me ha declarado con franqueza, siendo así que una mujer astuta trataría de tranquilizarme por medio de una innoble mentira inventada para engañarme? ¡Pobrecil a! Nunca, nunca sospecharé de ella, suceda lo que suceda.

John Mellish podia hac:r este juramento mentalmente porque estaba muy convenc do de que habia pasado la tempestad y se habia restablecido para siem pre la calma.

—Queri :a Aurora, —dijo enlazando con su brazo el talle de su esposa, —te c:eia perdida.

Ella le miró con una sonrisa llena de tristeza.

—¿Tendrías mucha pena, John, si me 'perdieras rea'mente?

John se estremeció como si recibiera un golpe y consultó con inquietud el rostro pálido de su esposa.

—¡Si tendría pena, Aurora!—repitió John Mellish con voz sombría.—¡Ah! no ser:a muy duradera, por-

que los que asistieran á tus funerales vendrían muy pronto à los mios. Pero, hija mia, ¿que es lo que trada la idea de hacerme semejante pregunta? ¿Estás enferma? Hace algunos dias que te veo pálida y como fatigada, y no he hecho nada para distraerte. Soy un miserable!

—No, John, no entiendas así mis palabras; ya sé que te afligirías mucho si muriera. Pero hagamos una suposición. figurémonos que un suceso inesperado nos obligase bruscamente á separarnos para siempre, que alguna fuerza superior me hiciese salir de esta casa para no volver jamás. ¿Qué harias en este caso?

—Si fuera verdad lo que supones, – respondió John con gravedad, preferiria ver tu ataud en el nicho que está junto al que guarda los restos de mi madre, allá en el panteón, antes que separarme de tí de ese modo; preferiría saber que estabas muerta á ignorar cuál era tu suerte Aurora, ¿por qué me hablas así? No podría vivir lejos de tí, no podría. Antes te tomaria en mis brazos y me arrojaria contigo al estanque del bosque, antes te traspasaría el corazón de un balazo y te veria muerta á mis pies.

—John, querido John, – dijo Aurora cuyo rostro se iluminó con un nuevo brillo parecido á los rayos del sol que traspasan de pronto una densa nube. —No hablemos más de esto; no nos separaremos nunca. ¿Y por qué habiamos de separarnos? ¿No lo puede todo el dinero en este mundo? Pues bien, el dinero nos proporcionará la felicidad ¡No nos separaremos nunca, querido John!

Y prorrumpió en una alegre carcajada mientras observaba su rostro inquieto y pavorido.

—¡Qué asustado estás, pobre John!—le dijo.—¿Aún no te has convencido de que me complazco en atormentarte á veces con preguntas caprichosas únicamente para verte abrir unos ojos de á palmo? Entremos, querido John; mistress Powell va á comérsenos con la mirada al vernos entrar y va á darnos su contestación de ordenanza á nuestras excusas, diciéndonos que le es indiferente esperar tanto como queramos la comida, y que hasta preferiría dejar de comer. ¿No te extraña, John, el odio que me tiene esa mujer?

—¡Su odio siendo tan buena para ella!

—Pues por ser tan bondosa con ella me odia á muerte. Estoy segura de que si la regalara mi collar de diamantes, me aborrecería porque lo tenía para regalárselo. Nos aborrece porque somos ricos, jóvenes y felices—dijo Aurora riéndose,—y porque ella es pobre vieja, desgraciada y fea por añadidura.

Era extraño que en aquel momento Aurora pareciera recobrar su alegría y su buen humor y volviera á ser lo que era antes de recibirse la carta de Pastern

Por sombrías que hubiesen sido las nubes que habian cruzado sobre su cabeza desde el dia en que esta carta insignificante produjera tan terrible efecto, estas nubes amenazadoras no se habian disipado enteramente.

Mistress Walter Powell hubiera advertido muy pronto este cambio: los ojos del amor por perspicaces

que sean, no lo son tanto como los del odio, porque estos no se equivocan nunca.

Aurora habia salido del salón triste y abatida para ir á respiaar en el prado, y mistress Powell, sentada en una de las ventanas, habia espiado todos sus movimientos, la habia visto hablar con un hombre desde aquel punto de orservación, siéndole imposible distinguir al idiota, y aquella misma Aurora volvia al salón completamedte transfo:mada.

Habia en su magnífica boca, que la crítica femenina encontraba demasiado grand., una expresión de resolución que no era extraña á sus labios de rosa y y un brillo en los ojos que ,indudablemente tenía una significación.

—¡Si pudiera encontrar la clave de esta significación oculta! - pensaba mistress Powell.

Desde la enfermedad de Aurora la pobre viuda no habia cesado de buscar esta clave; la buscaba á tientas en la profunda obscuridad que desafiaba su gran penetración,

¿Quién era aquel groom? ¿quién era para que Aurora le escribiese, como indudablemente le habia escrito?

¿Por qué no habia manifestado la menor sorpresa?

¿Y qué causa podía haber para que él manifestase asombro si era tan solo un criado?

Esta obscuridad confusa era más impenetrable que la noche màs tenebrosa, y mistres Powell estuvo ten-

tada á renunciar para siemp e á encontrar la c ave de este misterio.

Pero lo que más le confundía entonces era la nueva complicación que formaba el brusco cambio en el humor de Aurora.

John Mellish estaba loco de alegría al ver á su esposa tan animada; hablaba y reia hasta el punto de vibr r el eco de sus estrepitosas carcajadas los vasos y las botellas, y bebió tanto vino de Mosel a, que el repostero Jervis, que habia encanecido al se vicio del padre de John y habia llenado el primer vaso de champaña del hijo, acabó por negarse á echarle màs de aquel licor excelente, y le dió vino del Rhin de mucho precio.

—Llenaremos la casa de convidados para la temporada de la caza, querida Aurora,—dijo Mellish.—Si vienen el primero de Septiembre estarán todos cómodamente hospedados. Es inútil advertir que tendremos á papá, que trotará en su blanco caballo como el mejor de los hombres y de los banqueros de la cristiandad. Vendrán también el capitan Bulstrode y su incomparable Lucía, y veremos qué cara hace esa melindrosa niña y si el grave Talbot la riñe en el silencio de la cámara conyugal. Y no cueuto á Funter y á otros muchos amigos. Será preciso que me hagas una lista de todas las personas que quieras convidar, y pasaremos un otoño magnifico ¿no es cierto Aurora?

—Así lo espero, John—respondió Aurora después

de un momento de silencio en que su esposo repitió la pregunta.

No habia escuchado con mucha atención los proyectos de John Mellish, y le sorprendió mucho dirigiéndole una pregunta enteramente extraña al asunto de que acababa de hablarle.

—¿Cuánto tiempo emplean los buques para ir á la Australia?—le preguntó con formalidad.

John Mellish se quedó con el vaso en la mano y el brazo levantado para mirar á su esposa después de esta pregunta.

—¿Cuánto tiempo emplean los buques para ir á la Australia?—repitió con asombro.—¡Y qué sé yo, Aurora! Creo que tres semanas ó un mes. No; ¡qué necio soy! quiero decir tres meses. Pero, ¿por qué quieres saberlo?

—Me parece que el término medio del viaje es de unos tres meses, pero algunos vapores lo hacen con suma velocidad—hizo observar mistress Powell fijando la mirada con insistencia en el rostro distraido de Aurora.

—Pero ¿por qué quieres saberlo?—repitió John.—No tienes precisión de ir á la Australia y no conoces á nadie que esté á punto de hacer ese viaje.

—Tal vez la señora se toma interes por la empresa de la emigración de las mujeres pobres,—dijo mistress Powell.—Es una obra muy excelente.

Aurora no contestó directa ni indirectamente á esta insinuación,

Habian quitado el mantel y Aurora permanecía

con dos cerezos en la mano, mirando sobre la madera bruñida de la mesa el reflejo de su rostro.

—Aurora,—dijo John Mellish después de contemplar á su mujer durante algunos minutos,—estás tan grave como un juez. ¿En qué piensas?

Aurora le miró con una sonrisa encantadora y se levantó para salir del comedor,

—Te lo diré dentro de algunos dias, John,—le respondió—¿Vienes con nosotros ó vas á fumar al prado como de costumbre?

—Si quieres venir conmigo, querida—dijo John, devolviéndole la sonrisa acompañada de una mirada que revelaba un cariño inaterable,—iré á fumar un cigarro.

—Se me figura,—dijo Aurora—que con tal que te acompañase consentirías hasta en que yo fumase también.

—No, querida Aurora, no quisiera verte hacer una cosa que no fuera decente.

Mellish estaba en pié en el umbral de una puerta de cristales que daba á la escalinata que conducía al parque.

Tenía en la mano un cigarro que iba á encender, cuando le detuvo Aurora diciéndole:

—Querido John, eres tan descuidado en tus negocios que has olvidado que el pobre Langley tiene deseos de darte sus cuentas antes que el nuevo picador tome posesión de su cargo. Ha venido media hora antes de comer y quiere arreglar sus cuentas esta nocho.

Mr. Mellish se encogió de hombros y dijo:

—Langley es el hombre más honrado que se conoce en la tierra, y no necesito ver sus cuentas. Sé lo que me cuesta la caballeriza por término medio todos los años y esto me basta,

—Pero lo exige para satisfacción particular.

—Bien, las veré mañana.

—No, querido, porque mañana te necesito para que me acompañes.

—Mañana por la tarde

—¿No recuerdas que has dado cita al capitán de la ciudadela,—dijo Aurora riendo—lo cual quiere decir que comes en Hombush con el coronel Pevensey? Vamos, querido John, insisto para que una vez al menos en tu vida te ocupes formalmente de negocios. Ven á tu santuario y mandaremos llamar á Langley y sus cuentas.

El lindo tirano le cogió del brazo y le condujo á la parte opuesta de la casa, á aquel aposento donde se habia desmayado con la lectura de la carta de Pastern.

Al cerrar la ventana dirigió al parque una mirada llena de melancolía.

La tempestad no se habia declarado aún, pero las siniestras nubes pasaban cerca del suelo y la atmósfera estaba pesada y abrasadora,

Auro a desplegaba maravillosamente su aptitud en los negocios y parec a tomar sumo interés por las cuentas de los mercaderes de trigos, de los voterinarios y de los guarn cioneros que ponían con frecuencia en graves apuros á Jobn.

Pero unos diez minutos después de haber dado principio á esta penosa tarea Aurora dejó el lapiz con el cual acaba de trazar un cálculo por un proceder completamente original, con el cual se hubiese causado una revolución en la aritmética y se hubiera reducido á la nada esa regla vulgar que prueba que dos y dos son cuatro, y salió despacio y haciendo una vaga promesa de volver pronto abandonando á su esposo á sus cálculos y á su desesperación.

Mistres Walter Powell estaba en el salón y leía cuando entré Aurora con la cabeza y los hombros envueltos en un gran chal de encaje negro.

Aurora habia creido sin duda que no encontraría á nadie en el salón, porque hizo un movimiento de sorpresa y se ocultó de la viuda que estaba sentada junto á una ventana para aprovechar la última luz del crepúsculo.

Se paró un momento á algunos pasos de la puerta y después cruzó resueltamente el salón hácia la parte opuesta al sitio en que estaba sentada la viuda.

—¿Salís al jardín con una tarde como est , señora? —preguntó mistress Powell.

Aurora se paró en la puerta y respondió lacónicamente:

—Sí.

—Permitid que os aconseje que no os alejeis mucho, porque vamos á tener tempestad.

—No lo creo.

—¿No ois, señora, que truena ya á lo lejos?

—Estoy segura de que no me mojaré: toda la tarde

ha estado amenazando la tempestad. En casa no se puede sufrir hoy el calor

—Pero supongo que no os alejareis mucho.

Aurora no pareció oir esta observación.

Se apresuró á salir del salón para dirigirse al jard n y después al norte del parque hacia la verja de hierro al través de la cual habia visto al idiota.

Densos nubarrones se agrupaban sobre los árboles del parque cubriendo por decir o así la tierra con un tejado de hierro candente como esos aposentos de plomo tan ingeniosamente combinados cuya descripción leemos en las novelas y que sirven para dar tormento á las victimas de un tirano; pero no habia llovido aún.

—¿Con qué objeto saldrá al jardín con una tarde como esta? – pensó mistress Powell viendo el vestido blanco desaparecer en la obscuridad.—Dentro de diez minutos será de noche y no acostumbra salir sola á estas horas.

La viuda dejó el libro que parecía interesarle tanto, entró en su habitación y eligió entre sus numerosos abrigos una mantelleta de lana.

Se envolvió con ella, bajó rápidamente y de puntillas la escalera y salió al jardín por una puerta que se hallaba cerca del cuarto que ocupaba John Mellish.

Las cortinas de pequeño santuario no estaban corridas, y mister Powell vió al amo de la casa sentado delante de una mesa y al anciano Langley de pié y á su lado.

Habia cerrado ya la noche, pero se podía distinguir

aún el vestido blanco de Aurora á la otra parte del prado.

El punto blanco permaneció inmóvil durante algunos momentos, y la indiscreta viuda que se paró á la sombra de un árbol principiaba à creer que se habia tomado un trabajo inútil y que el paseo nocturno de Aurora no tenía un objeto especial.

Mistress Walter Powell se mordia los labios de rabia.

Como estaba continuamente de acecho para sorprender un indicio que pudiera revelar el secreto cuya existencia habia descubierto, le habia halagado la esperanza de que aquella salida tan extemporánea podría ser uno de los eslabones de la misteriosa cadena que tanto empeño tenía en reunir.

Pero parecía que se había equivocado: aquella excursión nocturna con un tiempo amenazador era tan solo un capricho de mujer que nada significaba

Pero no, la forma blanca no estaba inmóvil y mistress Powell oyo en el silencio de la noche abrasadora el ruido lejano de una puerta qne giraba sobre sus quicios lentamente y como guiada por una mano discreta.

Aurora habia habierto la verja y pasaba á la otra parte la barrera invisible que separaba el jardin del parque.

Un momento después había desaparecido bajo los árboles que formaban un cinturón en torno del jardín.

Mistres Powell se paró casi aterrada por este inesperado descubrimiento.

En nombre de todo lo más impenetrable y misterioso ¿qué tenía que hacer Aurora entre nueve y diez de la noche en aquella parte del parque abandonada y frecuentada tan solo hacía muchos años por los guardas de la quinta?

La sangre se subió hirviendo á la cara de mistress Powell cuando se acordó de pronto de que el pabellón abandonado era la habitación de James Conyers.

Este recuerdo no revelaba nada, pero si agregaba á esto la carta misteriosa firmada con una A, era más de lo que necesitaba para hacer circular una alegría frenética y horrible por las heladas venas de la viuda.

¿Qué iba á hacer?

¿Seguir á Auro a y descubrir á donde se dirigía?

¿Hasta qué punto era seguro el buen éxito de esta tentativa?

Retrocedió, pues, y volvió á mirar al través de la ventana del gabinete de M. Mellish, el cual continuaba examinando papeles y engolfado en una tarea que debia durar probablemente largo rato.

La noche sin estrellas y su traje de luto la ponian al abrigo de toda observación.

Se paró un momento para mirar en torno suyo.

Por ningún lado veia la forma blanca de Aurora entre los árboles que se agrupaban en salvático desórden.

—No necesito saber la senda que ha seguido,—pen-

muchos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacias

só mistress Powell—porque sé donde la he de encontrar.

Y se internó por la angosta senda que conducia al pabellón.

No conocía el parque tan á fondo como el idiota para seguir el camino que este había tomado algunas horas antes, y tardó largo rato en llegar desde la verja hasta el pabellón.

Las ventanas de la fachada de la casa rústica caían á la carretera y á la verja abandonada, y la parte posterior comunicaba por el contrario con la senda que habia seguido mistress Powell, de modo que las dos pequeñas ventanas de aquel lado de pared estaban envueltas en la obscuridad.

La viuda pasó con sigilo á la parte exterior del pabellón, miró con prudencia en torno suyo y prestó el oido.

No se oía más que el murmullo de las hojas, que oscilaban hasta en aquella atmósfera tan tranquila como si se estremeciesen viendo aproximarse la tempestad.

Se acercó lentamente y con precaución á una de las ventanas y lanzó una mirada á interior.

No se habia equivocado al decir que sabia donde encontrar á Aurora, porque estaba allí en pié y dando la espalda á la ventana.

Enfrente de ella estaba indolentemente sentado James Conyesr fumando con pipa.

Les separaba la mesa y la única bujía que iluminaba el aposento estaba junto al codo del nuevo picador

Cotorruelo y Gomes y droguerías de Aznar y Gomez.

y le habia servido indudab emente para encender la pipa.

Aurora hablaba.

El oido más fino hubiera podido oir su voz, pero no distinguir sus palabras.

Se veia que Canyers escuchaba con atención.

Escuchaba can ateneión, pero se truncian sus cejas y era evidente que le gustaba el giro que tomaba la conversación.

Cuando Aurora cesó de hablar, el picador levantó los ojos, se encogió de hombros y se quitó a pipa de la boca.

Mistress Powell con la cara pegada en el cristal no le perdia de vista.

Indió con ademán indiferente una silla que habia al lado de Aurora, pero ésta movió la cabeza con desprecio y se volvió de repente hacia la ventana.

Este movimiento fué tan brusco que apenas habia tenido tiempo mistress Powel para dar un paso atrás cuando Aurora había levantado la falleba y abierto de par en par la ventana.

—No puedo sufrir este calor sofocante,—dijo con tono de impaciencia; —he dicho cuanto tenia que decir y es inúti que espere vuestra respues a.

—No me dais mucho tiempo para reflexionar dijo Conyers con una calma imp udente que contrastaba de una manera extraña con la vehemencia de Aurora.

—¿Qué clase de respuesta quereis?

—Si ó nó.

—¿Nada más?

—No, nada más. Ya sabeis cuáles son mis condiciones; están escritas aquí,—añadió apoyando la mano en un papel que habia abierto sobre la mesa.—Están escritas con tanta claridad que podría entenderlas un niño. ¿Las aceptais? ¡Sí ó nó!

—Eso depende de las circunstancias, —respondió Conyers llenando la pipa y mirando con admiración la uña de su dedo meñique al mismo tiempo que apretaba el tabaco.

—¿De qué circunstancias?

—De las compensaciones que me ofrezcais, señora de Mellish.

—¿Quereis decir del precio?

—Es una expresión muy fea,—respondió riendo;—pero supongo que nos entendemos. Es preciso que la compensación que me obliga á hacer todo esto (é indicaba el papel escrito) sea decente, y es preciso además que sea en metálico. ¿Cuánto será?

—Fijad vos el precio. No olvideis lo que acabo de deciros: si os negais esta noche, escribo á mi padre mañana para decirle que anule su testamento.

—Supongamos que el buen viejo se muere esta noche dejando el testamento tal como está redactado. He oido decir que le quedan pocos años de vida, y semejante probabilidad merece tenerse en cuenta. Mil veces he arriesgado mi dinero con probabilidades que no valian tanto como esta.

Aurora se volvió hacia él con un rostro cuya expresión era tan sombría, que estas vergonzosas é imper-

tinentes palabras espiraron en sus labios y se quedó con la boca abierta y fija en ella su mirada.

—Veo que no os ha abandonado la energía diabólica que os ha caracterizado siempre, y no sé si debo aceptar vuestra oferta. Dadme dos mil libras y accedo.

—¡Dos mil libras!

—Quería decir cuatro mil, pero nunca he sido exigente.

Mistress Powell, sentada bajo la ventana abierta, no habia perdido una sola palabra de este diálogo; pero en aquel momento, olvidando toda precaución y con el afán de oirlo todo, habia alzado la cabeza hasta el nivel de la ventana.

Al mismo tiempo retrocedió bruscamente temblando de terror.

Acababa de sentir el soplo cálido de un aliento en la mejilla y en su vestido el contacto de una mano.

No era la única que escucbaba.

El segundo espía era Steeve Hargraves el idiota.

—¡Silencio!—dijo cogiendo á mistress Powell por el brazo y obligándola á permanecer agachada con la fuerza muscular de su callosa mano;—soy yo, Steeve, el idiota, el mozo de caballeriza que *ella* (y acentuó el *ella* con tanta impetuosidad que por poco turbó la calma de la noche) arrojó de casa á latigazos. Os conozco y sé que estais aquí para escuchar. Me ha enviado á Doncastre mi amo para comprar esto (y enseñaba una botella que llevaba debajo del brazo). Creia que necesitaría cuatro ó cinco horas para ir y volver,

pero he ido corriendo, porque sospecchaba que meditaba algún proyecto.

Y se enjugó la cara empapada en sudor con las mangas de la chaqueta.

Su respiración era anhelosa, y mistress Powell podía oir las violentas palpitaciones de su corazón en medio del profundo silencio.

—No os descubriré —dijo - ni vos me descubrireis á mí. Aún tengo la espalda señalada con el látigo con que me pegó aquel dia, y esto me hace recordar el ultraje. Es una señora hermosa, una gran señora, ¿no es cierto? Sí, no hay duda, pero esto no impide que venga á ver al criado de su marido en secreto y de noche. Tal vez no está lejano el dia en que sea arrojada de la quinta con órden expresa de no volver más. ¡Dios quiera que viva entonces! ¡Silencio! ..

No habia soltado el brazo de la viuda; una presión de su mano de hierro le impuso silencio y la obligó á bajar la cabeza.

Parecía que todas las fuerzas de aquel hombre habian pasado á sus ávidos ojos.

—¡Escuchad,—dijo en voz baja—escuchad! Cada una de sus palabras la aproxima más á su perdición.

Conyers fué el primero en romper el silencio. Habia acabado de fumar sosegadamente su pipa, y vació la ceniza sobre la mesa antes de reanudar el hilo de la conversación en el punto en que la habia dejado.

—Dos mil libras esterlinas es lo que quiero—dijo,—y me parece que me las podeis dar sin vacilar. Dos mil libras en billetes del Banco de Inglaterra, bille-

tes de cinco y diez para cambiarlos facilmente, ó si o preferís en buena moneda de o o. Dos mil libras esterlinas, ni más ni menos, ó salgo mañana de esta c:-se con todo lo que me pertenece.

—Vee que no conseguireis nada—dijo Aurora con calma.

—¿Nada? ¿Y qué consiguió el moro de Venecia ahogando á su mujer? No conseguiría nada, pe o me vengaría de un tigre cuyas uñas me dejaron una señal que llevaré hasta el sepulcro.

Y levantando el cabel o, designó con el dedo una icatriz en la f ente, una línea blanca apenas visib'e á la luz de la bujía.

—Soy sufrido y dócil, señora de Mellish, pero nó olvido. Ahorremos palabras: dos mil libras ó guerra á muerte.

Mistress Powell esperaba afanosa la respuesta de Aurora, pero antes que l egase esta respuesta, cayó sobre su frente una ancha gota de agua.

Se le habia ca'do la capucha de' abrigo dejando la cabeza descubierta.

E ta única gota de agua anunciaba el principio de la tempestad, porque algunos momentos de:pués un trueno lento y ahogado por la dissancia p·egonó que los elementos entraban en lucha, y un cárdeno relámpago a'umbró los rostros pálidos del idiota y de la viuda.

Steeve Hargraves soltó la mano que habia suje ado hasta entonces sin advertirlo, pues su atención estaba

completamente absorbida por lo que pasaba en el pabellón.

Mistress Powell se levantó y se alejó sin hacer ruido, reflexionando que era indispensable que se retirase antes que Aurora y evitase la lluvia, porque sus vestidos la hubieran descubierto en el caso de no evitar la tempestad que iba á estallar muy pronto.

Como era de una constitución pobre y no tenía nada supérfluo en carnes y gordura, regresó á la quinta corriendo por la misma senda que habia seguido en persecución de Aurora.

Las pesadas gotas de lluvia calan á largos intervalos sobre las hojas; un segundo y un tercer trueno hicieron estremecer la tierra como el rugido siniestro de una fiera hambrienta que se acerca lentamente á su presa, y pálidos relámpagos iluminaban las calles de árboles, pero la tempestad no se habia desencadenado con toda su furia.

Las gotas de lluvia caían más espesas cuando mistress Powell cruzó la pequeña verja del jardín, y más frecuentes aún cuando llegó á la puerta que habia dejado entornada una hora antes, y se sentó casi sin aliento en un banco situado en el interior para descansar antes de pasar adelante.

Estaba sentada aún en el banco cuando un cuarto trueno hizo temblar la bóveda bajo la cual se hallaba y la lluvia cayó de la opaca nube con tanta impetuosidad que parecía que habian abierto una enorme trampa en el cielo y que un océano celeste derramaba sus aguas sobre la tierra.

—Creo que la lluvia habrá cogido de lleno á la señora,—dijo mistres Powell.

Arrojó el abrigo y entró en un corredor que conducía al vestíbulo cuyas puertas cerraba un criado.

—¿Habeis cerrado las ventanas del salón?—le preguntó.

—No señora; temo que la señora se habrá expuesto á la lluvia. Jarvis va á salir á buscarla con una linterna y un paraguas.

—Que no se mueva Jarvis porqus hace mas de media hora ha vuelto la señora. Podeis cerrar todas las ventauas y echar los cerrojas.

El criado efectuó el mandato.

—Suceda lo que quiera el amo lo sabrá todo --pensó mistress Powel!.

Cuando Mellish entró en el salón donde estaba la viuda, llevaba retratado en su persona los indicios de una lucha encarnizada.

—He acabado por retirarme, mistres Powell, antes de abandonar la bandera, porque Langley hubiera querido detenerme hasta media noche.

Permanecieron largo rato hablando de cosas indiferentes.

De pronto John Mel ish preguntó;¡

—¿En dónde está Aurora? ¿Se ha acostado?

—Creo que la señera se ha retirado á descansar.

—Pues yo voy á hacer otro tanto; la casa es triste cuando no está Aurora. ¿Tendreis la bondad de prepararme un vaso de agua con ron? Esas malditas cuentas me han dado calofríos.

Se levantó pa a llamar, pero aún no había dado tres pasos cuando se paró oyendo repetidos golpes de impaciencia que daban por la parte exterior de las ventanas cerradas.

—¿Quién anda por ah?—exclamó volviendo la cabeza.

Mistress Powell levantó la cabeza para escuchar y su rostro expresó el más ingénuo asombro.

—Será algún criado,—dijo John;—pero ¿por qué viene á llamar aquí? Sin embargo, no puedo dejar á la intemperie el pobre hombre con una noche como esta, —añadió abriendo una de las puertas balcones.

Aurora, temblando de frio y con el vestido calado de agua, estaba en pié á algunos pasos de él.

A pesar de la obscuridad la reconoció John, que exclamó:

—Hija mia, ¿eres tú? Tú fuera de casa con un tiempo como este y tan tarde! Entra, niña... ¡Debes estar calada hasta los huesos.

—¿Por qué habeis permitido que cerrasen las puertas?—dijo á mistres Poewell después que hubo entrado.—Sabíais que estaba en el jardin.

—Sí, pero creia que habíais vuelto. Es cierto que os ví salir y seguir paseando hacia la verja del norte, pero me pareció que hacia mucho rato que habiais vuelto.

—¡La verja del norte!—dijo Mellish.—¿Vienes del pabellón del norte?

—¡He ido *paseando hasta la verja del norte*—respondió Aurora acentuando con ironia estas palabras.—

Las noticias que dais son exactísimas mistress Powell, pero ignoraba que me hubiéseis hecho el obsequio de espiar mis acciones.

– ¡El pabellón del norte! repetia Mellish.—¿Qué hacías allí, Aurora?

—¿Quieres que esté con la ropa empapada en agua mientras te lo explico? Si quieres que te conteste para dar una satisfacción á mistres Povell, lo haré aquí; pero si tan solo es para tu satisfacción te contestaré en nuestro aposento.

Dirigióse hacia la puerta y al llegar á ella se paró y dijo á su esposo:

—Necesito que me lleves mañana á Londres.

Y haciendo un movimiento altivo salió del salón dirigiéndose á sus habitaciones.

VI.

Negocios de intereses

Archibaldo Floyd vivía muy solitario en Felden Woods sin su hija.

No siempre es feliz el que vive en medio de la riqueza y el esplendor, aunque es creencia generalmente admitida que es una cosa admirable ocupar un edificio bastante espacioso para servir de hospital y comer en el extremo de una mesa suficientemente grande para servir para una junta de directores de ferrocarriles.

El banquero lanzó un dia la última mirada al salón

y al comedor, los dos departamentos más exp'éndidos del edificio y entregó las llaves al mayordomo.

—Tened cuidado de los aposentos—le dijo—y no os olvideis de ventilarlos, pero no los habitaré hasta que reciba la visita de Aurora y de su marido.

Y después de cerrar las puertas de estos aposentos M. F oyd se retiró al gabinete donde conservaba las reliquias de un pasado llevo de d sgnstos.

Se dirá tal vez que el banquerc escocés era un viejo estúpido y que hubiera po lido invitar en su exp'éndido palacio a algunos vecinos, y que hubi ra podido convocar a sus sobrinos y sobrinas con sus hijos é hijas, alegrando de esta suerte los salones con voces jóvenes y argentinas y haciendo resonar los largos corredores con los juegos y corridas de un enjambre de niños bu liciosos.

Hubiera podido reunir en torno de su chimenea desierta las celebridades artísticas y literarias y ver desfilar sobre sus mul idas alfombras los hombres de la moda de Londres.

Le hubiera sido posible entrar en el palenque político y hacerse nombrar d putado por Beckenham, por Croydon ó por West-Wickham.

Hubie a podido llevar a cabo cualquiera empresa por arriesgada que fuera, porque era tan rico como Aladino y hubiera podido ofrecer montones de diamantes a una princosa si se le hubiera antojado casarse con ella.

En una palabra, este ridículo banquero tenía riquezas para brillar en el mundo, y sin embargo no hacia

más que meditar sentado al lado de la chimenea po · que estaba muy viejo y débil, y tenia costumbre de permanecer junto al fuego aun en los dias de ve·ano pensando en su hija adorada.

¿Por qué razón no se rodeaba de parientes y amigos como le accnsejaba la amable madre de Lucía cuando le veia pá ido y abatido.

¿Por qué?

Porque nada le hubiera distraido sin su Aurora, porque las felices ocurrencias de todas las celebridades literarias del mundo entero le parecian necedades comparadas con la charla fútil de su hija.

Durante veinte años aque la niña de ojos negros habio sido el ídolo ante el cual se habia prosternado, y hoy que se hal a lejos de esta divinidad, cue sin fuer zas y desconsolado ante la urna vacia.

Dios tan solo sabe cuántos disgustos le ha causado esta hija adorada, á qué profundidad ha hundido con indiferencia el puñal en su corazón lleno de amor y cómo la ha perdonado francamente, con alegría con lágrimas y con esperanzas.

Pero ella no ha expiado aun su pasado.

Triste es el consuelo que lady Macbeth concede á su esposo lleno de remordimientos cuando le dice «que lo hecho no puede hacerse», pero es fatal y horrib e-mente verdadero.

Aurora no podía devolver los años de existencia que habia quitado á su padre, ni estaba en su mano el po ner otra vez en el equi ibrio el alma que hab a rec bi-do en otro tiempo un choque tan terrib e que habia

ahuyentado toda su serenidad, como se turban los movimientos de un reloj cuando se deja caer con fuerza al suelo.

El relojero repara el daño y pone aquí una rueda nueva y allá un resorte nuevo; pero no funciona tan bien como cuando el reloj salió de las manos del fabricante, y puede pararse de pronto sin fundado motivo.

Aurora no podía expiar su falta.

Cualquiera que fuese la clase de esta falta de su juventud que formaba el misterio de su vida, no podía remediarla.

Más fácil le hubiera sido dejar seco el océano con una cuchara, y estoy seguro de que no se hubiera puesto con el mayor placer á vaciar el agua salada, si haciéndolo hubiese podido borrar su falta.

Pero era imposible: sus lágrimas su arrepentimiento, su cariño, su respeto, su fidelidad, podían mucho sin duda, pero no podían borrar su falta.

El anciano banquero invitó a Talbot Bnlstrode y a su esposa a considerarse como en su propia casa en Felden y a recorrer en coche los bosques de las cercanias con toda libertad y como si fueran sus hijos.

Le visitaban algunas veces, y Talbot hablaba al tio de su esposa de los infortunios de los mineros de Cornuailles, en tanto que Lucia escuchaba la conversación de su marido con una mezcla de alegría y de respeto.

Archibaldo Floy obsequiaba á sus huéspedes, y daba órdenes para que se sirviesen en la mesa los vinos

de más precio de la bodega, pero algunas veces, en medio del discurso más elocuente de Talbot sobre economía política, el anciano suspiraba de fastidio, y dirigía sobre las copas de los árboles una mirada llena de tristeza en dirección al norte, hacia la lejana quinta del Yorkshire de que era soberana su hija.

Tal vez no había perdonado del todo el banquero a Talbot Bulstrode por haber roto el enlace proyectado entre él y Aurora.

Archibaldo tenía los ojos fijo en la rubia cabeza de su sobrina, y se asombraba de que Talbot hubiera llegado a reparar en su belleza.

Talbot Bulstrode y su esposa fueron a **Feiden**, como ya hemos dicho, para pasar algunos días durante los calores del mes de Julio, y se hallaban comiendo el día siguiente de la tempestad, cuando de pronto se interrumpió lo comida con la aparición de Aurora y John Mellish que llegaban a la quinta en un coche de alquiler.

Archibaldo Floyd reconoció a su hija al oir de lejos su voz y salió precipitadamente del salón para abrazarla.

Aurora no se mostró muy solícita en arrojarse a los brazos de su padre, y permaneció mirando a su esposo con expresión de indiferencia y de fastidio, en tanto que el robusto John Mellish se desembarazaba poco a poco de un montón gigantesco de sacos de viaje, de sombrillas, chales, periódicos, paletós, etc.

—¡Hija!... ¡querida hija mia!—exclamó el banquero.

—¡Qué sorpresa tan agradable! ¡qué placer tan inesperado!

Aurora no le contestó, pero le enlazó con sus brazos y le miró con tristeza.

- Ha querido venir—dijo John Mellish dirigiéndose á todos en general, - ¿Por qué? Lo ignoro, pero ha dicho que era preciso; ¿y qué podia hacer más que darle gusto? Si me pidiera que la llevase á la luna ¿qué podria hacer más que obedecer? Pero no ha querido traer equipaje, porque partimos otra vez mañana.

—¡Partir mañana!—repitió M. Floy.—¡No es posib e.

- Sí, si; veo que no conoceis a Aurora,—dijo John. —¿Hay acaso algún imposible para ella? Os repito que si se le antojase ir a la luna, ir a; encontraría una máquina especial ó algún globo aerostático, y partiría.

Lucia se adelantó para ir á saludar á su prima, pero creo que una angustia de celos atravesó su corazón inocente al pensar que aquellos terribles ojos negros iban a pesar de nuevo sobre la existencia de Talbot.

Aurora estrechó en sus brazos a su prima con tanta ternura como si abrazase a una niña.

—¡Tú aquí querida Lucía!—le dijo—¡Cuánto me alegro!

—Me ama,—dijo en voz baja Lucia, y nunca, nunca pod é alabarle bastant .

—Es muy natural, hija mia,—repuso Aurora retirándose a un lado mientras M. Mellish estrechaba la mano al banquero y a Bulstrode.--Es el más glorioso de los príncipes, el más perfecto de los santos. ¿no es

verdad? Y tú le adoras todo el día y cantas en voz baja himnos en su elogio. ¡Ah! Lucía, hay muchas clases de amor; ¿y quién podrá decir cuál es el mejor, el más noble? Veo con claridad, con idero al aturdido John Mellish con ojos exentos de toda prevención, conozco todos sus defectos y me rio de todas sus torpezas; sí, ahora mismo me estoy riendo porque arroja al suelo los sacos y las cajas sin esperar a que los reciban los criados.

Aurora se interrumpió para designar la enorme carga del pobre John.

—Lo veo todo con tanta claridad como veo los defectos del criado que está en pié junto a mi silla; y sin embargo, le amo con todo mi corazón, con toda mi alma, y no quisiera corregir ninguno de sus defectos ni exagerar ninguna de sus buenas cualidades por temor de que no fuera ya el mismo.

Lucía exhaló un suspiro de ligera resignación.

—Me alegro de que mi prima sea feliz —pensó, —y sin smbargo es digna de compasión con ese prosaico John Mellish.

Archibaldo Floyd condujo a su hija y a John al comedor, los convidados volvieron a sentarse a la mesa con los inesperados huéspedes.

Aurora se sentó en su antiguo puesto, a la derecha de su padre.

Aquel dia estuvo mas cariñosa, y con sus palabras afectuosas y sus graciosos ademanes recobró el encanto que en otro tiempo ejercia en su padre.

El anciano dejó el vaso de agua con mano trémula

para mirar a su hija adorada, quedó desmbrado al ver su belleza, le embriagó el placer de tenerla a su lado, y la dijo después de algunos momentos de silencio:

—Cómo es que dices que quieres volver mañana al Yorksire?

—Lo digo porque es forzoso que parta—respondió Aurora con firmeza.

—Pues ¿por qué has venido para no pasar aquí más que una noche?

—Por que necesito verte, padre querido, y hablarte de... negocios de intereses.

—Eso es,—exclamó John Mellish con la boca llena de salmón;—eso es .. negocios de intereses: no he podido averiguar otra cosa.

El pobre padre miraba a su hija y a Jonh Mellish.

¿Qué podía significar aquello? Disgustos. tormentos pesares, humillaciones, baldón.

¡Ah! Dios tenga piedad de su alma cuya energía quedó aniquilada con un golpe terrible.

Archibaldo Floy tenía los indicios de una próxima tempestad llevada por la más leve neblina al cielo de un día de verano.

—Tal vez prefiero gastar el dinero que me pertenece, señor Mellish,—dijo Aurora,—y pagar las deudas que he creido oportuno contraer con el dinero de mi propio bolsillo sin deber obligaciones á nadie.

John Mellish continuó comiendo salmón sin replicar.

—No hay misterio alguno en esto, papá,—continuó Aurora; necesito un poco de dinero y he venido á consultarte sobre mis negocios. ¿Qué hay en esto de extraordinario?

Su tono fué tan altivo que hasta Talbot y Lucía se vieron preceisados á contestar con un ligero ademán de aprobación.

—No, no; es muy natural,—murmuró el capitán.

Y al mismo tiempo decía para sí.

—Doy gracias á Dios por haberme casado con la otra.

Después de comer salieron del comedor, bajaron al jardín y desde allí se dirigieron al puente de hierro.

VII.

Confidencia y resolución

Durante toda la tarde estuvieron en el parque.

Aurora y Lucía se pasearon por la orilla del estanque y dejaron á los hombres en el puente.

—De modo que eres dichosa, completamente dicho sa, querida Lucia, —dijo Aurora.

—¡Oh! sí, querida mia! ¿Y cómo no he de serlo? ¡Es tan bueno Talbot para mí! Sé muy qien que te amó antes que á mí, y que tal vez no me ama del mismo modo... tal Sez no tanto, pero soy muy feliz. Has de venir á veruos, Aurora... ¡Es tan linda nuestra casa,

Lucia dió entonces priccipio á una deta'lada descripción de los mueb'es y adornos de su casa de Londres, que es casi inútil rep oducir.

Aurora escuchó con distracción el inventario de los muebles y bostezó varias veces antes que terminase Lucía.

—Veo que es una cosa muy linda—dijo Aurora—y John y yo tendremos una satisfacción en visisaros algún dia. Dime, Lucía, si me sucediera una desgracia y necesitara un albergue en tu casa me recibirías?

—¡Una desgracia!—repitió Lucía aterrada.

—¿No me despedirías? No; sé que eres muy buena y que me abrirías secretamente tu puerta, me ocultarías después en un cuarto de tus criadas y me traerías de comer á escondidas, temiendo que el capitán llegara á descubrir bajo su techo un huésped que no debiste haber recibido. Servirías á dos amos, Lucía, temblando de miedo.

Antes que Lucía dudiese contestar á estas palabras extraordinarias, John, Talbot y el banquero se acercaron á e'las é interrumpieron su conversación.

No era muy alegre aquel'a tarde del mes de Julio en Fe!den-Woods.

La extrañeza de la visita de Aurora obscureció en gran parte el júbilo que habia causado en Archibaldo Floyd la prreencia de su hija.

John Mellish tenía alguna reminiscencia de la inquietud de la noche anterior.

Ta'bot Bulstrode estaba pensativo y triste.

La pobre Lucía, en fin, sentía vagos temores bajo la influencia de su seductora prima.

Estoy seguro de que ninguno de los individuos de esta reunión de familia oyó con disgusto la campana del reloj de las caballerizas cuando dió las once y sacaron luces para retirarse.

Talbot y su mujer fueron los primeros en dar las buenas noches.

Aurora dió el brazo á su padre, y John Mellish tenia los ojos fijos en su gracioso jefe esperando la consigna.

—Puedes retirarte, John, —le dijo;—necesito hablar con mi padre.

—Esperaré, Aurora.

- Bajo ningún pretexto,—respondió ésta imperiosamente.—Voy al gabinete de papá con quien tendré una conversación muy grave. ¿De qué te serviría esperar? Has estado bostezando toda la noche, y estás rendido de cansancio y de sueño. Así, pues, hijo mio, vete á acostar, y déjanos á papá y á mí discutir de negocios de intereses.

Y dió un cariñoso abrazo al pobre John que la escuchaba embelesado.

—¡Cómo me tratas, Aurora!—dijo con cierto despecho. —¡Buenas noches! Descansad querido papá.

Y estrechó la mano á M. Floyd con esa mezcla de cariño y de respeto que habia tenido siempre al padre de Aurora.

Esta permaneció algunos instantes silenciosa é inmóvil siguiendo á su marido con la mirada, en tanto

hos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacias de

que el anciano expiaba la exp esión de su rostro tratando de descubrir algún secreto.

Los instantes durante los cuales Aurora permaneció pensativa fueron horas mortales para su alma inquieta.

Aurora rompió por fin el silencio, diciendo:

—¿Quieres venir á tu gabinete, papá? ¡Este salón es tan ancho y está tan obscuro! Temo que detrás de las cortinas haya oidos que nos escuchen.

No esperó la respue ta de su padre, y se dirigió hacia un aposento situado al estremo opuesto del salón, el aposento donde su padre y ella se habian encerrado el dia antes de ir á Paris.

El retrato de Elisa Floyd parecía mirar a Archibaldo y á su hija!

Su cara estaba tan bien a umbrada y su sonrisa era tan natural que parecía dif ci pensar que fuera el de una difunta.

El banquero preguntó á su hija;

—¿Qué quieres, hija adorada?

—Dinero, papá; dos mil libras esterlinas.

Y continuó antes que el banquero, que hizo un movimiento de sorpresa, tuviera tiempo para interrumpirla:

—Sé que el dine o que disteis cuando me casé, está depositado en nuestra casa de banca, y sé también que puedo sacar á cuenta la cantidad que necesite; pero he pensado que si firmaba un talón de dos mil libras, la suma podría llamar la atención y caer en vuestras manos tal vez el billete. Si hubiera sucedido

torrubio y Germes y droguerías de Aznar y Gomez.

esto, os hubiérais alarmado ó cuando menos lo hubiérais extrañado. He pensado, pues, que era preferible pediros ese dinero, y con tanta mas razón por cuanto es preciso que sea en billetes de banco.

Archibaldo Floy palideció al oir esta petición

Habia permanecido en pié mientras Aurora hablaba, pero apenas hubo terminado se cayó en una silla cerca de su escritorio, y apoyando el codo sobre el pupitre abierto, sostuvo la cabeza en la mano.

El cielo sabe tan solo si en aquel momento fijó la atención Aurora en esta mano debil y en aquellas canas.

—Dadme el dinero, padre,—dijo con resolución;—dádmelo de vuestro propio bolsillo, pues sois bastante rico para complacerme.

—¡Bastante rico! Si aun cuando la suma fuese veinte veces mayor,—respondió el banquero con dulzura.

Pero continuó después de un repentino acceso de impaciencia

—¡Aurora.. Aurora! ¿Por qué me atormentas así? ¿He sido un padre tan cruel para que no puedas tener confianza en mi? Aurora ¿para qué necesitas ese dinero?

Aurora cruzó las manos con fuerza y le miró algunos momentos.

—No puedo decírtelo respondió por fin con energía.—Si te dijera lo que voy á hacer, tal vez te opondrías á mi proyecto. ¡Padre, padre mio!—exclamó cambiando repentinamente de tono y de actitud;—estoy cercada por todas partes de peligros y dificultades

y no me queda más medio de salvación... que la muerte. Si no tomo este partido, es forzoso que muera. Soy joven... muy joven y muy feliz para morir voluntariamente. Dame los medios de salvación.

—¿Te salvará ese dinero?

—Sí.

—¿Te persigue alguno de los conocidos ó amigos de aquél?

—No.

—¿Pues quién?

—No puedo decírtelo.

Padre é hija permanecieron en silencio dnrante algunos minntos.

—Aurora,—le preguntó su padre—¿por qué no te decides por el medio más prudente y más seguro? ¿Por qué no dices la verdad á John Mellish? De ese modo quedaría vencido el peligro. Si te persiguen esos miserables, ¿quién te ha de protejer mejor que él? Díselo todo, Aurora.

—¡No... no... no...!

Y se cubrió el rostro con las manos.

—¡No... no!... ¡por nada en el mundo!—exclamó.

—Aurora—dijo Archibaldo con expresión de creciente firmeza que cubrió con una nube sombría la benévola fisonomia del anciano.—Aurora, que Dios me perdone por lo que digo á mi hija, pero debo insistir para que me confieses si una nueva ceguedad si un nuevo estravio te arrastra á..

No pudo terminar la frase.

Aurora dejó caer las manos, y le miró con ojos que lanzaban rayos y con las mejillas encendidas.

—Padre—exclamó,—¿como te atreves á hacerme tal pregunta? ¿Crees que no he padecido bastante por las locuras de mi juventud? ¡Padre... padre... tened piedad de mí!

—¡Tener piedad de tí, hija mia!—le dijo.—¿Quó no haría para ahorrarte un momento de pesar? Si mi desgraciada existencia pudiera aliviarte, si...

—¿Me darás ese dinero, papá?—preguntó Aurora con cariño.

—Sí, hija mia, mañana.

—¿Por la mañana?

—Sí.

—¿En billetes de banco?

—Como quieras.

—Pues entonces, ven padre adorado; tu cuarto está cerca del mio, y nos retiraremos juntos,

Y cogiendo del brazo al anciano le condujo hasta la puerta de su cuarto.

—

Archibaldo Floyd envió á llamar á su hija al dia siguiente.

—He mandado á pedir el dinero por telégrafo—le dijo,—y espero que estará aquí una vez terminado el almuerzo.

M. Floy no se equivocaba; mientras estaban almorzando le entregaron una tarjeta en la que se leia el nombre de Jorge Martin.

—Suplicad á ese joven que tenga la bondad de esperar en mi gabinete.

Aurora y su padre encontaron al dependiente sentado cerca de una v ntana.

El dependiente al verlos hizo una profunda reverencia y dijo:

He traido el dinero qua habeis pedido por el telégrafo.

—Muy bien, Sr. Martin,—respondió el banquero.—Aqui teneis el recibo. Los billetes son..

—Ve'nte de cincuenta, veinte y cinco de veinte y cincuenta de diez—dijo el dependiente.

—Está exacta la suma.

Y tirando del cordón de la campanilla, dió orden al criado para que condujesen al dependiente al comedor y no se escasease nada en su servicio.

—Aurora—dijo M. Floyd una vez que se quedaron solos,—aquí tienes el dinero que me has pedido, aunque protesto...

—No, padre, ni una palabra más; creia que todo habia quedado arreglado anoche.

El banquero suspiró con tisteza, y sentándose delante del escritorio, mojó la pluma en el tintero.

—¿Qué vas á hacer, papá?

—Unicamente á tomar no a de los números de los billetes.

—No va'e la pena.

—He aprendido desde muy jóven á tener orden, Aurora, y no he perdido mis antiguos hábitos.

Continuó su tarea á despecho de la impaciencia de su hija, y cuando terminó le entregó el paqnete de billetes.

—Guardaré la l sta de los números, si te la diera podrías perderla.

Dobló la hoja de papel y la colocó en un cajó del escritorio.

—Dentro de veinte años -dijo,—si viviera hasta entonces, podría rep oducir este pape! si fuera necesario.

—No lo será jamás querido y metódico papá,—: espondió Aurora,— se acabaron ya mis penas.

Y estrechó en sus brazos al anciano y le besó la frente con ternura.

—Es preciso quo pa ta hoy mismo, papá, y no me preguntes ni me pidas nada. Lo único que has de hacer es quererme y tener confianza en mí, como mi pobre John, francamente, sin segunda intención, para todos y cont a todos.

VIII.

El capitán Prodder

Mientras el tren directo de Doncastre conducia hacia el Norte á John y Aurora, otro tren directo viajaba de Liverpool á Londres con un un cargamento de viajeros,

Entre estos se hallaba cierto indivíduo de anchos hombros y de cuello detoro que habia llamado considerablemente la atención durante el viaje, siendo objeto de algún interés para sus compañeros así como para los empleados del ferrocarril en las dos ó tres estaciones en que habia bajado del coche.

ichos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacias d

Era un hombre de unos cincuenta años, pero que no parecía tenerlos y solo revelaba esta edad con algunas canas que se veían en medio de su espeso cabello negro.

Su tez morena se habia bronceado tanto con la acción del sol de mediodía, de los vientos abrasadores de los trópicos, del soplo ardiente del simoun y de los demás ligeros inconvenientes de una vida errante, que se le hubiera tomado sin vacilar por un habitante de esos paises en los cuales la tez de sus moradores tiene un color indefinido y parecido al de los mulatos.

Pero ese error se rectificaba pronto por sí propio, y no costaba grandes esfuerzos encontrar una ocasión de oirle hablar con desprecio y aversión de todos los extranjeros, como hace todo bretón de raza pura.

Por otra parte, apenas hacia media hora que se hallaba con sus compañeros de viaje, cuando ya le habia dicho que era hijo de Liverpool y capitán de un buque mercante que viajaba por las cinco partes de mundo, que desde muy niño se habia separado de sus padres y de su patria y que desde entonces habia andado mucho por los mares que su nombre de pila era Samuel y su apellido Prowder, y que su padre habia sido como él capitán de un buque mercante.

Mascaba tanto tabaco y bebia tanto ron y Jamaica que llevaba en uno de sus espaciosos bolsillos, que el coche en que viajaba estaba embalsamado por este doble perfume.

Pero era tan campechano, hablaba en voz alta y tanto y tenía una expresión tan viva y agradable en sus

buenas Farmacias, de España y América.

otorruelo y Germes y droguerías de Aznar y Gomez.

negros ojos, que los viajeros (á excepción de una señora regañona) le trataban con la mayor amabilidad y escuchaban sus relatos con la mayor atención.

—Ya sabeis que mascar tabaco no es fumar—dijo mientras cortaba un enorme pedazo de tabaco negro, —y los reglamentos de las compañías de ferrocarriles no tiene ningún artículo que lo prohiba. Tienen derecho para mandar apagar la pipa de un individuo, pero éste tiene también el derecho de mascar el cigarro á sus barbas, aunque sea peor para la alfombra.

Siento verme obligado á confesar que este capitán mercante era tio de Aurora, y que el objeto de su viaje no era ni más ni menos que el deseo de conocer á su sobrina.

Mencionó este hecho, así como otros muchos detalles sobre sus hábitos, sus aventuras, sus opiniones y sus sentimientos, durante el camino.

—¿Sabeis por qué voy á Londres, señores?—preguntó dirigiéndose á todo el mundo á medida que los viajeros se sentaban después de haber tomado un refrigerio en la estación de Rugby.

Al oir la pregunta del buen marino los hombres abrieron los periódicos y una señorita buscó su libro, pero nadie se aventuró á dar su opinión relativamente al objeto de las acciones del famoso capitán Prodder.

—Voy á explicároslo—continuó dirigiéndose á los viajeros como para contestar á una pregunta impaciente;—voy á ver á mi sobrina á quien no conozco aún, Cuando deserté del buque de mi padre, el «Ven-

tur'some», hace unos cuarenta años y me embarqué en la tripulación de un capitán que se llamaba Mobley, que fué durante muchs tiempo un buen amo para mí, tenia un he mana que habia dejado en Liverpool y que quería más que á mi vida.

Se interrumpió para sacar la botella del bolsillo y echar un trago.

—Pero si hubiérais tenido un padre que os hubiera arrojado una bota á la cabeza, hubióseis huido de casa también como hice yo entonces. Aproveché la ocasión de fugarme una noche en que mi padre estaba á la vela en el puerto de Yarmourth. No me dejaba las abundantes provisiones que algunos padres dejan á sus herederos; zarpó sin detenerse á hacerme muchas preguntas, y me dejó oculto eu uno de los numerosos callejones de Yarmouth. Me conocía allí mucha gente y ni una sola persona desaprobó mi conducta, de modo que al dia siguiente el capitán Mobley me tomó á bordo de la «Maria Ana» como piloto,

El capitán Prodder se paró para sacar otro refrigerio de su almacén portátil, y tuvo la galantería de convidar con la botella á sus compañeros.

Tal vez no me creereis cuanto os diga con franqueza, como os lo digo, que hasta el sábado próximo pasado no he podido encontrar ocasión oportuno para regresar á Liverpool é informarme de la hermana que habia dejado tamañita y que lloró amargamenie cuando partí.

Pero, que lo creais ó no lo creais, es tan verdad como el Evangelio—exclamó el marino descargando

un terrible puñetazo sobre el asiento, que hasta el sábado no me ha sido posible venir á Inglaterra. He costeado la América del Norte y del Sud; he llevado mercancias de las indias orientales á las occidentales; he hecho el comercio de las mercancías noruegas y Hull; he viajado para el comercio en toda clase de paises y en todo género de pu rtos, pero no sé por qué no he tenido nunca un momento para desembarcar en Liverpool para ir á la la casa donde quedó mi hermana. El sábado hace una semana que desembarqué y desde entonces comencé á bacer las precisas indagaciones, pudiendo enterarme de que mi hermana Eisa se habia casado con un rico banquero del condado Ken, que ella, poco tiempo después de casada, habia muerto, dejándo una niña, que ya hoy será una mujer hecha y derecha. Y á mi sobrina es á la que voy á ver.

Cuando el capitán Prodder llegó á Beckenham las sombras de la noche principiaban á extenderse sobre los árbo'es de Felden y desaparecian en el horizonte los postreros rayos del crepúsculo.

Se dirigió á la antigua quinta en un coche de alquiler y se presentó de'ante de la puerta del vestíbulo precisamente en el momento que Archibaldo Floyd salía del comedor para pasar la velada en su gabinete.

El banquero se paró para mirar con cierta sorpresa el traje y el aspecto del marino é instintivamente se llevó la mano al dinero que llevaba en el bo'sillo.

Creyó que el marino iba á hacerle alguna petición para él y sus compañeros.

uchos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacias de

Pensando estaba en ello, cuando al responder á la pregunta del lacayo, el marino pronunció el nombre de Prodder, y el breve momento empleado en oirlo, sus ideae retrocedieron á veinte y un años atrás, á la época en que se habia enamorado de Elisa,

—Entrad Sr. Prodder y seguidme—dijo el banquero designándole la puerta abierta del gabinete—He oido hablar muchas veces de vos. ¿No sois el hermano de mi pobre Elisa?

Cuando estuvieron solos, dijo al capitán:

—Sed bien venido, caballero; veo que no me equivoco, pues vuestros ojos se parecen á los de Elisa. Vos y los vuestros sereis siempre bien recibidos en mi casa. Sí, Samuel Prodder; ya veis que sé vuestro nombre de pila No os he olvidado en mi testamento.

El marino dió las gracias con entusiasmo à su cuñado, y le dijo que no pedía ni deseaba más que el permiso de ver á su sobrina Aurora.

El banquero le dijo que Aurora estaba casada y vivía cerca de Doncastre, pera que si hubiera llegado diez horas antes la hubiese encontrado en Felden Woods.

—¡Necio de mí! Podía haber venido ayer,—exclamó el capitán—pero aplacé el viaje porque era viernes. ¡Si hubiera sabido!...

—En efecto, capitán Prodder, si hubiérais sabido lo que no os es dado saber, hubiérais obrado sin duda con más prudencia, como otros muchos.

El capitán anunció su intención de partir á dia siguiente muy temprano, con dirección á Mellish Park.

buenas Farmacias, de España y América.

otorruelo y Germes y droguerías de Aznar y Gomez.

—No creais que trate de ser huésped forzoso de vuestra hija, caballero; sé que su posición es muy superior á la mia, aunque sea la hija única de mi propia hermana, y no dudo que los que la rodean pondrán mal gesto al ver á este viejo lobo marino que ha sido empujado y sacudido por todos los vientos durante cuarenta años. Solo ambiciono ve la una vez de paso y oirla tal vez decir: «¡Caramba, tio, qué viejo y qué ridículo sois!» ¿Qué me importa? -exclamó de pronto.—Creo que si yo la oyera una sola vez llamarme tio, podria volver al mar y morir dichoso aunque no debiera verla más en toda mi vida.

IX.

Dice tan solo: ¡Me fastidio!

James Conyers encontraba las horas largas como siglos en Mellish Park al lado de su gotoso antecesor, de los mozos de caballeriza y de Steeve Hargraves el idiota, sin otro recurso literario que el último número del «Bell's Life» que le enviaban por el correo desde la bulliciosa ciudad de Leeds.

Hubiera podido hallar bastante ocupación en las caballerizas á no impedírselo la pereza, pero desde la noche de la tempestad se habia verificado en sus hábitos una transformación notable, y la actividad que

habia desplegado al tomar posesión de su cargo se habia convertido en una indolencia que no trataba de disimular y en una comp eta ind ferencia, lo cual hacia mover la canosa cabeza del viejo picado: m entras deca á sus subordinados que el recién llegado era demasiado orgul oso para andar por las caballerizas.

Conyers hacía muy poco caso de estas habli las, y bostezaba delante de los mozos y les ahogaba con el humo del cigarro con una ind ferencia provocadora y muy adecuada á su rosada tez, sus bel as formas y sus lánguidos ojos.

Se habia tomado el trabajo de hace se popular al dia siguiente á su llegada, y d stribuyó sus golpecitos en e' hombro de una manera cordial, y dió apretones de manos á unos tras otros dejando prendados á todos de su amabilidad y aristocrática figura,

Pero después de su entrevista con Aurora en e pabelión de la verja del Norte, pareció desistir de todo deseo de agradar y se puso de p onto disgustado y displicente, tan disgustado y displicente, que disputaba contínuamente con e desgraciado idiota reprendiéndole por las omisiones más insignificantes en el servicio.

Steeve Hargraves sobrellevaba esta transformación en e' trato de su amo con asombrosa paciencia tal vez con paciencia excesiva, con esa lenta y sorda paciencia particular á los que meditan algún proyecto oculto y que en vez de evitar las injurias las provocan.

El idista era hombre que podía amontonar el odio

y la venganza, ocultar las malas pasiones en los sombríos pliegues de su alma mezquina y hacerles salir en las tinieblas de la noche para acariciarlas y hablarles, del mismo modo que la esposa del Moro de Venecia besaba su pañuelo bordado y hablaba con él.

Indudablemente habria muy poco trato en Chipre, pues de lo contrario la señora de Otelo no se hubiera visto reducida á tan insípida compañía.

Sea lo que quiera, Steeve soportaba la displicencia y el mal humor de Conyers con tanta mansedumbre que el picador se reía de su pobre criado y le consideraba como un perro sin inteligencia que una mirada de brillantes ojos negros ó un latiguillo de mujer aterraban descomponiendo os míseros restos de razón, contenidos en su turbio cerebro.

Así se lo manifestó un dia en que le sermoneaba á impulsos sin duda del calor sofocante que hacia, y el idiota salió del pabellón haciendo una mueca que se parecía á una risa de placer salvaje.

En vez de enojarse Steeve pareció más obsequioso que antes, demostraba su gratitud al recoger las puntas de cigarro que Conyers le arrojaba con generosidad, é iba á Doncastae á buscar más cigarros y nuevos licores durante el dia, sirviéndole en todo tan servilmente como el perro con el que su amo le hubiera comparado.

Conyers no se acordó siquiera de ir á ver los caballos de aque memorable dia 5 de Julio, sino que se sentó en la puerta con la pierna coja en una silla y la

espalda apoyada en la hoja de la puerta, fumando, bebiendo, leyendo y volviendo á leer las líneas de carreras de todo el dia.

El agua fresca con aguardiente con que se regalaba cada media hora sin interrupción y se deslizaba por su garganta, ejercía al parecer en su estómago el mismo efecto que en el de un caballo.

Me equivoco, esta cantidad de agua con aguardiente hubiera trastornado las funciones digestivas de un caballo y no tenía acción alguna en las suyas.

Mistress Powell, que se paseaba por las cercanías del pabellón del norte, probablemente para despejarse la cabeza, pero con inminente peligro de una insolación, pasaba y volvía á pasar por delante de la puerta y miraba á hurtadi las á Conyers tendido, sombrío y magnífico, y exponiendo los contornos de su agraciada persona entre el verde ramaje que pendía de las paredes del pabellón.

La importunaba en extremo la presencia del idiota que barria la parte exterior de la casita, y que le lanzó uno mirada de connivencia cuande pasó, una mirada que podía significar.

—Vos y yo sabemos un secreto, por buen mozo é insolente que sea, y sabemos el precio módico por el cual puede ser comprado y vendido, pero gua damos el secreto hasta que con et tiempo madure la fruta en el arbol, para que no nos escueza la mano si quisiéramos cogerlo estando aún en agraz.

Mistress Powell se paró para saludar á Conyers y manifestar tanta sorpresa viéndole en el pabellón del

norte como si le hubiesen dicho que viajaba por la Nueva Holanda pero Conyers puso término á sus cumplidos con un bostezo y le dijo con cierta familiaridad que le agradecería mucho que le enviase el «Times» de la mañana luego que llegase este periódico.

La viuda se hallaba bajo la influencia de la impertinencia graciosa de sus maneras, y no atreviéndose á negarse como debia hacerlo, volvió á la quinta confundida y asombrada, para darle gusto.

Así pues, era tan excesivo el calor, que Conyesr fumaba, bebía y bostezaba de tanto fastidio en tanto que el idicta le expiaba recordando vaga y confusamente en su triste y pobre cerebro los acontecimientos de la noche anterior.

Pero Conyers se cansó hasta de este «far niente» y de este reposo continuo.

El hastío que se alzó en el seno del picador tamó tales proporciones, que principió á odiar la soledad campestre de la habitación del norte y paseó la pierna coja de una posición á otra con un vivo descontento que, por una de esas luchas entre el espiritu y la materia, que nos dice que somos mortales, le ocasionó esa dolencia crónica que vulgarmenta llamamos «impaciencia nerviosa», una fiebre continua engendrada entre las fibras del cerebro y que, encontrando salida por el telégrafo fisiolóhico conocido con el nombre de médula espinal, llega hasta las estaciones más lejanas del ferrocarril humano.

Este malestar vulgar afectaba tanto á James Conyers, que cuando las campanas del reloj de la iglesia

vibraron con timbre sonoro sobre la copa de los árbo-bs es de Mellish Park en la tibia atmósfera de la tarde, arrojó la pipa encogiéndose de hombros con impaciencia y llamó á Steeve para mandarle que le trajese el sombrero y el bastón.

—Las siete—murmuró—no son más que las siete. El dia me ha parecido una semana.

Permaneció largo rato mirando por la ventana con expresión de descontento que contraia sus hermosas cejas y sus labios rosados

Recorrió con la mirada al través de la abertura circular formada por las guirnaldas de hojas y flo es, las largas calles de árboles en as cuales la luz del sol centelleaba en las ondulantes ramas que parecían un mar de verdor, y seguía con la vista las sinuosas sendas del bosqueci lo hasta que conducían sus ojos fatigados á los estanques de agua azu que se transformaban paulatinamente de co or de fue o, en matiz m:s pálido mientras se iba extinguiendo la luz del sol.

Veia todos estos prodigios de la naturaleza con una apatía que no le dejaba reconoce- sus bellezas ni inspirarle el más pequeño átomo de gratitud hacia el criador de tantos encantos.

M s le hubiera valido ser ciego.

Volvió la espalda al sol y miró el rostro pá ido y feo de Steeve Hargraves con la misma ind ferencia con que habia con emplado el aspecto delicioso de la naturaleza.

—¡Qué dia tan largo!—dijo.—¡Qué dia tan fastidioso! Gracias á Dios que llega la noche.

Lo màs asombroso es que mientras daba este impío voto de gracias, ningún aviso del porvenir circulo por sus venas para helar los latidos de su corazón, para apagar estas palabras sacrilegas en sus labios.

Si hubiera sabido lo que iba á suceder muy pronto. si hubiera sabido al dar gracias á Dios, porque terminaba un hermoso dia de verano, que no volvería jamás con sus doce horas de ocasión para el bien ó para el mal, hubiese caido de hinojos lleno de terror y hubiera llorado la vergonzosa historia de su vida pasada.

S lo habia derramado lágrimas una vez desde su infancia, pero estas lágrimas fueron gotas abrasadoras de rabia, de furor y de venganza, viendo frustrado el proyecto más grandioso de su vida

– Iré á Doncastre esta noche, Hargraves—dijo al idiota que esperaba con respeto las órdenes de su amo y le observaba como le habia observado todo el dia á hurtadillas pero continuamente. Pasaré dos ó tres horas en Doncastre, y... y... veré si puedo adquirir noticias sobre las carreras de Septiembre.

Y después añadió con un desprecio no disfrazado hacia las caballerizos del pobre John:

—¿Hay en casa algún coche, un vehículo cualquiera para conducirme?

Hargraves respondió que habia una carretela reservada para M. John Mellish y un tilburi á disposición de los criados superiores para cuando iban á Doncastre, asi como un carro cubierto que los mozos llevaban

á la ciudad cuando iban á buscar provisiones para la casa.

—Muy bien,—dijo Conyers—vé á la caballeriza y manda de mi parte á uno de los mozos que enganche el mejor caballo en la carretela y que la traiga aquí pronto.

—Pero nadie se sirve de la carretela más que M. Mellish,—se aventuró á decir el idiota con acento de terror.

—¿Cómo?—exclamó Conyers con acento de desprecio.—Pues has de saber, perro cobarde, que yo me serviré de ella esta noche ¿lo oyes? Vaya al diablo él y su insolencia. ¿Debo acaso humillármele? ¿Le infunde tanto orgullo su mujer? Pues yo se la quitaré. ¿A quién pertenecía el dinero que sirvió para comprar la carretela? A Aurora Floy, sin duda, y se dirá tal vez que no puedo servirme de ese carruaje sagrado en que pasea mi amo á su dama! Escucha; idiota sin seso, y comprende si te es posible—gritó Conyers en un súbito arranque que encendió su rostro é iluminó sus ojos indolentes con brillo siniestro.—Escucha Steeve; si no estuviera atado de piés y manos y no fuera juguete de la astucia de una mujer, podría fumar hoy mismo en esa quinta y en otra aún más lujosa.

Y designaba con la mano los tejados y las ventanas iluminadas por la luz del crepúsculo, que se distinguian á lo lejos entre los árboles,

—¡M. John Mellish! si su mujer no fuera un diablo con faldas capaz de comprar y vender al hombre mas sto de la tierra, no tardaria mucho en hacerle hablar

en otro tono. Corre á buscar la carretela, dijo de pronto con distinta expresión de voz, y cuidado con tardar. Apenas puedo dominarme al pensar que he estado a punto de poseer medio millón de libras esterlinas, murmuró entre dientes.

Y salió del pabellón abanicandose con las alas del sombrero de verano y enjugandose el sudor de su frente.

—¡Date prisa! gritó con cólera dirigiéndos a su criado indeciso que habia oido todas las palabras de la conversación animada de su amo y que le espiaba con mayor atención que antes. ¡Date prisa, animal! No te doy cinco chelines por semana para que me estés mirando como un imbécil. Tengo calentura, y corriendo se me pasara. ¡Que venga luego esa carretela!

El idiota echó a correr con toda la velocidad de sus piés, No le habian visto correr nunca, sino que tenía por el contrario un andar lento y oblícuo que parecía mas bien que la marcha común a sus semejantes la de un reptil monstruoso.

James Conyers se paseaba por delante del pabellón. Eo habia dasaparecido aun el color encendido de sus mejillas y oxhalaba su impaciencia con exclamaciones furiosas.

—¡Dos mil libras esterlinas! murmuraba; ¡qué miseria! Dos mil... Ni aún el interés anual del capital que hubiera poseido si...

Se paró de pronto y murmuró como un juramento entre dientes al mismo tiempo que descargaba golpes

con la punta del bastón en las ramas de los a bustos.

Es muy duro, cnando recordomos nuestra mala suerte y disputamos con nuestro destino, advertir remontandonos al orígen, que la causa de nuestra desgracia procede de nuestra torpeza.

Este fué el motivo que hizo que Conyers se parase a reflesionar sobre su infortunio y lanzase una imprecación; por esto prestaba oido con impaciencia esperando oir el ruido de las rued s del carrubje.

El idiota apareció por fin llevando e' cabal o de la rienda. No se habia atrevido a subir al vehículo sagrado, y contemplaba a James Conyers con asomb o mientras volvia los almohadone: y los arreglaba para su mayor comodidad.

Ei el brilladte barniz, ni la corona de color carmesí, ni los brillantes adornos de los arreos de caballo, ni los accesorios tan preciosos del carruaje e'egante y aristocrat:co provocaron a Conyers una palabra de admiración,

Subió con toda la ligereza que le permit'a su pierna coja, y tomando as riendas de las manos do Steeve, encendió un cigarro antes de partir.

—No me esperes esta noche, dijo arreando al caballo, porque vo veré muy tarde.

Hargraves ce ró con estrépito la verja de hierro.

—Te esperaré sin embargo, murmuró mirando al trovés de la verja el carruaje que no parecia ya mas que un punto negro en una blanca nube de polvo, y hasta velaré. Apostaría a que vuelves borracho.

El Yorkshire es un pair tan aficionado a carreras de caballos y a apuestas, que un simple aldeano que no ha arriesgado en toda su pacífica existencia seis peniques, dice: «Apuesto», cuando un habitante de Londres diría: «Pienso» ó «creo».

X.

Reflexioues de Steeve Hargraves

Apostaría á que vuelve borracho,—dijo Hargraves después de un momento de pausa.—Se vuelve generalmente así de Doncastre, y oiré alguna cosa más de sus palabras incoherentes. Sí, sí,—dijo con lentitud y reflexionando,—sus monólogos son incoherentes y vagos y no he podido aún atar cabos.

Se frotó la cabeza cubierta de rústicos cabellos rojos con sus enormes y torpes manos, como si hubiera querido forzar á su inteligencia para que diera más luz y le alumbrase en aquel laberinto.

—Dos mil libras esterlinas,—repetía, volviendo al

Véndese en todas las buenas farmacias y droguerías

pabellón,—dos mil libras... ¡Buen bocado! Dos mil libras vale el primer premio de las carreras de Newmarket, y todos los nobles perderían sus orejas por ganar esta suma. Pues si tan altos señores se batirían y se despedazarian por dos mil libras esterlinas, ¿qué tiene de extraño que un miserable como yo haga algún esfuerzo para conseguirlas?

Se sentó en la puerta del pabellón para fumar las puntas de cigarros que su bienhechor habia arrojado en el trascurso del dia, pero no dejaba de reflexionar sobre el mismo asunto y se paraba algunas veces cuando se acababa una punta de cigarro y antes de encender otra para murmurar.

—Dos mil libras... veinte veces cien libras... cuarenta veces cincuenta libras.

Y hacía un ademán de satisfacción al enumerar esta suma, y se recreaba en repetir;

—¡Dos mil libras!

Pronunciaba estas palabras con tanto deleite como un enamorado en ausencia de su ídolo murmura y repite el nombre que adora.

Lós últimas líneas rojizas se fundieron en el azul de las aguas cubiertas por las sombras, pero el idiota permaneció sentado, fumando y reflexionando hasta que las estrellas brillaron sobre su cabeza en el firmamento.

Algunos minutos antes de las diez oyó el rumor de pisadas de caballos y de ruedas de un carruaje en la carretera y acercándose á la vereja miró por entre los barrotes.

Al entrar rápidamente el carruaje por la puerta del norte vió que era uno de los coches de Mellish Park que habian enviado á la estación para esperar á John y á su esposa.

—Corta ha sido la visita en Londres,—murmuró; apostaría que ha ido á buscar el dinero.

Los ojos àvidos del groom brillaban entre los barrotes de hierro cuando pasó el coche como si quisiera atravesar con la mirada las portezuelas y descubrir lo que acababa de lamar dinero.

Se figuraba que dos mil libras formarían un enorme montóu de dinero y que Aurora lo traia en un cajón ó un paquete que podría verse desde lejos.

– Apostaría que ha ido á buscar el dinero—repitió volviendo á la puerta del pabellón.

Se sentó otra vez, y se frotaba con frecuencia la cabeza, ya con una mano, ya con las dos, como si tratara de introducir en ella el sentido que faltaba en su pobre cerebro.

A'gunas veces suspiraba de cansancio como si continuamente hubiese estado ocupado en adivinar un enigma difícil y estuviese á punto de renunciar á descifrarlo.

Habian dado las doce de la noche cuando Conyers volvió lleno de polvo y trascendiendo á aguardiente y licore, y saltó por encima del idiota que estaba aún sentado en la puerta y que le hizo dar un traspiés que destruyó el equilibrio de sus piernas.

– ¡Majadero!—dijo James Conyers] acompañando esta palabra con una blasfemia y hablando con len-

gua tan torpe que apenas se le entendia;—lleva el carruaje á la cabal'eriza.

El idiota obedeció la orden de su amo y al conducir el caballo á la caballeriza en medio de la calma de la noche, encontró un mozo de mal humor con una linterna en la mano esperando en la puerta y poco dispuesto á hablar.

Conyers roncaba en la cama cuando Steeve Hargraves volvió al pabellón.

El idiota examinó con curiosidad aquel hermoso rostro embrutecido por la bebida y aquella elegante actitud sobre la almohada.

Steeve se frotó la cabeza con más fuerza que nunca mirando el perfil regular, los labios rosados y entre abiertos y los negros y sedosos párpados de sus encendidas mejillas.

—Tal vez hubiera servido para alguna cosa á haber sido como tú—dijo con tono de salvaje melancolía.—Me habiera avergonzado de mí mismo, y me hubiera ocultado en el rincon más obscuro.. ¡Qué desgraciado soy por no tener una cara como la suya, ó al menos como la de muchos hombres! Si fuera como tú nadie huiria de mí como si fuera un perro; nadie me diria, como me has dicho esta mañana: «Miserable, solo sirves para morir en la horca.

Amenazó con el puño á Conyers cuando acabó de hablar, y se inclinó para recojer la ropa de su amo esparcida por el suelo.

Buscó un cepillo, se acercó á la puerta del pabellón y principió á cepillar con actividad, rodeándose de

una nube de polvo como uno de aquellos horribles genios árabes á punto de transformarse en un hermoso príncipe.

Interrumpió de pronto su tarea y palpó el chaleco con curiosidad.

—¡Hay aquí un papel!—exc'amó;—un papel cosido entre la tela y el forro. Voy á descoserlo y veré lo que es esto.

Sacó lo navaja del bolsillo, descosió una parte de la costura del chaleco y sacó una hoja de papel bastante sucio medio impreso y medio manuscrito.

Se acercó á la luz y leyó el contenido del papel lentamente.

—Todo sé lo por fin—exclamó una vez que hubo concluido : y puedo ahora comprender sus palabras, las de la señora y el objeto del dinero. Le va á dar dos mil libras para que calle y se marche

Volvió á doblar el papel, lo colocó en su sitio y sacando de uno de sus bolsillos una especie de cartera, extrajo de e la aguja é hilo, y con suma rapidez volvió a dejarlo en el estado que se encontraba.

XII.

Constancia

James Conyers estaba almorzando á la mañana siguiente en su aposento, y le presentaba Steeve Hargraves una taza de café que rechazó de mal humor su amo.

El picador pidió una pipa, y se puso á lanzar bocanadas de humo á las flores pintadas en el papel que cubría las paredes del aposento.

La noche de orgía que habia pasado Conyers en Doncastre habia aumentado su mal humor.

—¿Han vuelto?—preguntó al idiota.

—¿Quién?

—¡El señor Mellish y su mujer!—respondió el picador enfurecido.—¿De quién quieres que hable majadero? ¿Volvieron ayer noche mientras estaba ausente?

El idiota contestó á su amo que habia visto entrar un coche á las diez de la noche y que suponía irían dentro monsieur John y su esposa.

—Irás á preguntarlo—dijo Conyers,—porque me conviene saberlo.

—¿Y en dónde he de preguntarlo?

—En la quinta, estúpido,

—¿He de ir á la quinta?

- Sí, cobarde. ¿Crees que te comerá la señora do Mellish?

—No supongo tal cosa,—rsspondió tímidamente el idiota - pero preferiría no ir.

—Pues yo te digo que necesito saber si la señora está en él, qué es le que hace, si hay huéspedes y todo lo que la concierne. ¿Me entiendes?

—Sí, es muy fácil de entender, pero muy difícil de ejecutar—replicó Hargraves.—¿Cómo quereis qne sepa todo eso? ¿quién me lo dirá?

—¿Qué sé yo?—dijo el picador con impaciencia porque la estupidez del idiota excitaba la cólera febril de Conyers.—¿Qué sé yo? ¿No ves que estoy malo y no puedo tenerme en pié? Iria yo mismo si pudiese. ¿No puedes hacer lo que te mando sin encontrar obstáculos tan estúpidos?

Steeve Hargraves murmuró algunas escusas ininteligibles y salió del pabellón.

Los hermosos ojos de Conyers le siguieron con ceño.

El Sr. James Conyers, como hace todo el género humano, descargaba su mal bumor en la única persona que tenía á sus órdenes, y experimentaba cierto alivio en encargar al idiota una comisión que le repugnaba y en hacer á su criado padecer tanto como él padecía.

—La cabeza me da vueltas como si estuviera á bordo de un vapor,—decía—y mi mano ¡tiembla hasta el punto de no poder sostener la pipa. ¡Pues estoy en buen estado para hablar con ella! Y sin embargo debo de tener la cabeza despejada para no salir vergonzosamente derrotado en la lucha con esa mujer enérgica y astuta.

Dejó la pipa y se acostó.

El calor y el zumbido de los insectos le atormentaban.

Un moscardón azul revoloteaba con sordo murmullo por entre las cortinas de la cama; pero el picador estaba muy entermo para poder hacer más que maldecir á su verdugo a'ado.

Lo despertó de su adormecimiento la voz aguda de un niño que le llamaba desde la puerta.

Este niño estaba empleado en las caballerizas para los recados de los mozos.

Conyers gritó con voz furiosa al niño que subiese y le dijese lo que quería.

—Me envía - dijo este—M. Mellish que desea veros inmediatamente.

—¡M. Mellish! - dijo Conyers con desprecio. - Dí á

tu amo que estoy enfermo y que no puedo ir; podrás añadir que me has visto acostado.

El muchacho partió con estas instrucciones y Conyers volvio luchar con sus pensamientos que parecía que no le eran muy agradables.

Conyers volvía á todos lados su abrasada cabeza sobre 'a almohada, y tardó largo rato en dormirse.

Mientras é permanecia tendido y dormitando, Steeve Hargraves atravesaba lentamente y contra su voluntad el bosque, para ir á de cubrir lo que su amo le habia encargado.

La fachada irregular de la quinta se alzaba enfrente del idiota á la otra parte dal jardin matizado de vivos y variados colores.

La principal fachada daba al mediodía y como el calor era sofocante todas las celosias estaban cerradas.

Steeve Hargraves buscaba con la vista á su enemigo Bow-wow que, según todas las probabilidades, debia estar echado en el dintal de la puerta principal, pero no veía huella alguna de la presencia del perro.

La puerta principa estaba cerrada así como las persianas.

El idiota dió la vuelta á la pared que rodeaba al jardin hasta otra verja que se habria cerca de la habitación de John Mellihs.

En este punto habia un grupo de álamos que proyectaba densa sombra y permitía observar sin ser visto.

La verja estaba entreabierta.

...procedente de una provincia, Virgilio Llorente, Cartagena

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA • MURCIA • BIBLIOTECA REGIONAL

Tal vez la habia dejado asi el mismo John Mellihs, porque tenia costumbre de olvidarse de cerrar las puertas que abria y el idiota, envalentonado con la calma que reinaba en torno de la casa, entró en el jardin y se acercó con sigilo á las persianas cerradas de la habitación de Mellish.

Hubiera podido compararse su andar al de un perro mestizo y miserable que se aventura á aproximarse á la choza donde duerme un perro de presa,

Steeve Hargraves lanzó una prudente mirada al salón y experimentó la mayor satisfacción viéndolo desierto.

El sillón de John habia sido separado á alguna distancia de la mesa sobre la cual se veian cajas de pistolas y revovers que se cargaban por la culata.

Estas armas, dos ó tres pañuelos, un pedazo de piel de gamuza y un pomo de aceite, anunciaban que John Mellihs habia dedicado la mañana á examinar y limpiar las armas de fuego que formaban el principal ornato de su gabinete.

El idiota lanzó una mirada de envidia á la magnífica colección de escopetas y pistolas; pues tenia ese amor innato á las armas de lujo que parece propio de todos los corazones, cualquiera que sea la situación ó profesión del individuo.

Habia reunido una vez dinero para comprar una escopeta, pero cuando tuvo los treinta y cinco chelines que pedia el negociante de Doncastre por una escopeta antigua, algo menos pesada que un cañon de montaña, le faltó el valor y no pudo resolverse á separarse

de las preciosas monedas, cuyo contacto le causaba una fruición extrema.

Esperaba que algún día recompensaria John Mellis sus servicios con el regalo de alguna escopeta de moda antigua, pero ya no podia esperar tanta dicha, porque reinaba en Mellish Park una nueva dinastia, una reina de negras pupilas que le odiaba y que le había prohibido volver á manchar su imperio con su pié profano.

Conoció que corria un peligro pasajero en aquel santuario que durante su larga permanencia en Mellish Park habia considerado siempre como el verdadero templo de lo bello, pero las armas de fuego que veia sobre la mesa, ejercieron sobre él una atracción magnética y se atrevió á entrar en el gabinete.

Temblando entoncea de emoción se sentó en el sillón de John Mellish y empezó á tocar aquellos instrumentos de guerra—contra las qerdices y los faisanes—y mirarlos por todos lados con placer y curiosidad.

Por hermosas que fueran las escopetas y por agradable que fuera apuntar con ellas un faisan imaginario, las pistolas ofrecian más atractivo, porque con las primeras no podia menos do apuntar á sus enemigos,

Hasta entonces solo habia apuntado con los ojos á James Conyers que le habia insultado y amargado tanto el pan de la servidumbre, con mucha frecuencia á Aurora, y una ó dos veces al pobre John, pero siempre con cierta dureza en la expresión que prometia poca compasión si sus miradas hubiesen sido balas y hubiera tenido cerca á sus enemigos.

Habia entre aquellas armas una pistola pequeña y que no tenía pareja, pues no lo halló por más que la buscó por todos lados, que le gustó en extremo.

Esta pistola era linda como un juguete y podía caber en el bolsillo de una reñora, pero el gatillo cayó sobre el pistón cuando Steeve apretó el fiador de la llave con un ruido seco que no presagiaba nada bueno.

—Parece imposible que con un dije tan pequeño como este se pueda matar un hombre hecho y derecho — dijo Hargraves haciendo con la cabeza un ademán en dirección al pabellón del norte.

Tenía aún la pistola en la mano, cuando la puerta se abrió de pronto y apareció Aurora en el umbral.

Hablaba al abrir la puerta antes de entrar en el aposento.

—Querido John,—dijo, - mistress Powe'l pregunta si el coronel Maddison come hoy aquí con los Lofthouses.

Un estremecimiento la hizo retroceder y temb'ó de piés á cabeza cuando sus ojos eucontraron el rostro odiado del idiota en vez de la mirada simpática de John.

A pesar de la fatiga y agitación que habia experimentado en aquellos últimos dias, sus ojos brillaban con una luz sobrenatnral y una animación febril teñía de vivo carmin sus mejillas.

Sus movimientos siempre impetuosos eran entonces impacientes y violentos como si su cuerpo estuviese cargado de una dosis formidable de electricidad,

uchos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacias de

hasta el punto de parecer que iba á estallar una terrible tempestad.

—¡Vos aquí!—exclamó.

El idiota es aba confundido y no sabia qué contestar para excusarse.

Se quitó la grasienta gorra de piel y la hizo rodar entre sus manos, pero se limitó á estos testimonios de respeto hac'a la esposa de su antiguo amo.

—¿Quién os envia aquí?—preguntó Aurora.—Creia que os habian prohibido que volviérais á poner los piés... al menos en esta casa—añadió, y sus mejillas se encendieron de indignac ón; —aunque el señor Conyers haya tenido el capricho de tomaros por criado. ¿Quién os envia?

—El,—respondió Hargraves.

— ¿James Conyers?

—Sí.

— ¿Qué quiere?

—Me ha dicho que viniera para ver si vos y el amo estábais de vuelta.

—Podeis, pues, retiraros y anunciarle que hemos vuelto—dijo Aurora con tono de desprecio,—y que si hubiera tenido paciencia para esperar, no se habria tomado el trabajo de enviar sus espías

El idiota se dirigió hácia la puerta.

— Esperad —dijo de pronto.—Ya que estais aquí podeis encargaros de un recado ó de un papel,—añadió con expresión de desdén.—Si, llevareis dos líneas a vuestro amo. Esperad mientras escribo.

Se sentó á la mesa de John y escribió algunas líneas.

buenas Farmacias de España y América.

Torruelo y Germes y droguerías de Aznar y Gomez.

Dobló la carta metiéndola en uu sobre y una vez hecho se la dió á Steeve, indicándole con un ademàn imperioso la salida.

Aurora habia humedecido demasiado el borde del sobre, como suele suceder cuando se tiene prisa, y la consecuencia de este poco cuidado fué que la goma estaba aún bastante húmeda para que Steeve pudiera abrir fácilmente el sobre sin rasgarlo.

Cuando estuvo distante de la casa y ya metido en el bosque dirigió eu torno suyo una mirada de precaución para cerciora se que nadie le observaba y abrió la carta.

Lo que contenía no valía la pena de ser leído, pues se reducía á estas palabras escritas de prisa:

«Esperadme en el extremo oriental del bosque cerca del molinete entre ocho y media y nueve de la noche.»

El idiota hizo un gesto de despecho al leer esta comunicacióu.

Volvió á cerrar el sobre y lo apretó con los dedos para pegarlo con más solidez, dejando impresas en el papel algunas huellas nada limpias.

—Es un necio que en nada repara—diio mirando la carta.—Lo que contiene no vale la pena de que la abriera, pero es bueno estar al corriente de todo.

XII.

Astucia de mistress Powell.

Cuando desapareció el idiota, Aurora se preparó á salir para ir en busca de su marido.

La paró en el umbral mistress Powell, cuyo insípido rostro expresaba esa paciencia sumisa de las personas asalariadas.

—Come en casa el coronel Maddison, señora—preguntó con voz agridulce.—Deseo saberlo porque tendría en tal caso que cambiar el plato de pescado, y tal vez haríamos bien en añadir «mulligatawnay» ó al menos un plato de «curry» porque estos antiguos oficias de la Indias, son tan. .

uchos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacias de

—Haced lo que gusteis – respondió Aurora con amabilidad.—¿Hac a mucho rato que estíbais en la puerta, mistress Powell.

—No, no,—respondió la viuda—acababa de l'egar. ¿No me habeis oido llamar?

—No, no habeis 'lamado.. ¿No es cierto?

Aurora puso entre las dos frases un interva'o poco tranquilizador.

—Si, sí; dos veces, respondió m'stress Powell con solicitud;—he l amado dos veces, pero estábais al parecer tan distraida..

—No os he oido,—dijo Aurora interrumpiéndola—y deberiais llamar más fue te si que eis que os oigan, mistress Powel . He venido aquí en busca de John y me quedo para poner en orden sus armas. ¡Qué hombre t n descuidado! Siempre deja las cos s a med as.

—¿Quereis quo os ayude, señora?

—No, gracias.

—Hacedme el favor de permitírmelo. ¡M e gustan tanto las armas de fuego! A la verdad, pocas cosas hay en el arte ó en la naturaleza que bien consideradas no sean...

—Preferiría que fuérais á buscar á M. Mel ish y á cercioraros de si el coronel come en casa,—díjo Aurora cerrando las cajas de las pistolas y colocàndolas en su puesto.

—Veo que deseais estar so'a—dijo l: viuda lanzando una mirada oblícua á Aurora, ocupada en ar eglar las pistolas.

Y después salió de puntillas.

Diputacion 339, Barcelona, y en todas la buenas Farmacias de España y América.

torruelo y Germes y droguerías de Aznar y Gomez.

—¿Con quién hablaría?—se preguntó mistress Powell;—oía su voz, pero no la de la otra persona. Sin duda era M. Mellish, pero generalmente no habla con su esposo con tanta animación.

Se paró para mirar por un ventana del corredor, y encontró la solución del problema que buscaba en la rústica persona del idiota que se alejaba en dirección á la morada de Conyers.

Las facultades intelectuales de mistress Powell estaban demasiado cultivadas, y su vista se extendía, si no tanto en realidad como su imaginación, mucho más allá que la de las demás personas de su rango.

No pudo encontrar en parte alguna á John Mellish y preguntando á varios criados supo que habia ido á visitar á Conyers que se hallaba muy enfermo y en cama

—En tal caso, dijo la viuda para sí,—creo que debo ir yo misma al pabellón del norte á preguntar á M. Mellish si decididame te come hoy en casa el coronel.

Tomó una sombrilla y salió del jardin con un paso más rápiqo de lo que permitia el calor sofocante de aquel dia

—Si llego antes que Hargraves pensaba;—podré saber por qué ha venido á la quinta.

La viuda llegó mucho antes qno el idiota, que se hallaba parado como hemos visto debajo de los árboles en la senda desierta, para abrir la carta de Aurora.

Mistress Powell encontró á John Mellisb sentado con el picador en el saloncito del pabellón,

La conversación versaba sobre las modificaciones que era preciso introducir en las caballerizas, y el amo hablaba con mucha animación y el criado escuchaba con una indolencia en la que habia cierto aire de indiferencia por no decir desprecio respecto de los caballos del pobre John.

Cuando Conyers oyó la voz de su amo en el salón del piso bajo, se habia levantado y abrigándose con una levita sucia y un par de pantalones viejos, habia bajado para rec bir á M. Mellish.

—Me han dicho qne estábais enfermo y lo siento Couyers,—dijo Jonh con voz robusta y franca cuyas notas indicaban vigor y sa'ud;—y como no os ha'lábais en estado de ir á la quinta, he pensado que podía ahorraros el camino viniendo yo aquí. Desearía saber si seria eonveniente no llevar á «Montecristo» á York y si acertaríamos alistando á «Northern Dutchman» para el Great-Ebon-Hey.

Mistress Powell llegó al pabellón en el momento en que el buen Jehn pronunciaba estas palabras.

Se paró algunos minutos en el pórtico rústico esperando que cesasen de hablar; porque era muy educada para interrumpir á M. Mellish mientras hablaba, y porque podia oir alguna revelación si tenía un poco de paciencia.

Era imposible ver un contraste más notable que el que existia entre aque los dos hombres.

John era robusto y ancho de espaldas, sus cabellos cortos y algo rizados realzaban su frente alta y cuadrada, sus ojos azules irradiaban honradamente sobre

todo lo que miraban, su traje era aseado, ancho y cómodo, y todo se armonizaba en su persona con la gracia fácil y natural del hombre que nació caballero y que no darán nunca al advenedizo vulgar todos los bellos atavios á precios módicos que se puedan vender.

Pareciendo á mistres Powell poco interesante la conversación de Jonh Mellish, entró en el salón y repitió la importante pregunta:

—¿Come hoy en casa el coronel Madison?

—Sí,—respondió John—y no faltara.—¿Habeís visto á Aurora?

—Si, la he dejado hace poco en vuestro gabinete. Me ha parecido que hablaba con ese imbécil que llaman Hargraves.

—¿Que hablaba con Hargraves? ¿En mi gabinete? No es posible. De seguro os habeis equivocado, mistress Powell.

—No, Sr. Mellish, no me he equivocado. La señóra estaba hablando con ese hombre; pero sabeis que es una especie de criado de M. Conyers y tal vez la señora tenia que enviar algún recado.

—¡Uu recado! ¿A quién?

—A Conyers.

—¡A é! ¿Qué recado puede enviarle? ¿Qué necesidad tiene de ello?

—¡Ya prendió el fuego!—exclamó para sí mistress Powell.

John permaneció indeciso largo rato y desandando lo andado, fué á ocultarse en el pórtico del pabellón.

muchos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacia

No tardó mucho en aparecer Steeve el cual se dirigió resueltamente al interior del pabellón.

Al verlo Conyers le preguntó:

—La has visto?

—Sí, la he visto.

—¿Te ha dado algún recado?

—Me ha dado esto.

—¡Una carta! exclamó Conyers con afán—¡dímela!

John Mellish oyó el ruido que hizo el sobre al romperlo y supo que Aurora habia escrito á su criado.

Aunque estaba muy conmovido dijo con acento tranquilo:

—Como las órdenes que dá Aurora son siempre útiles, no me quiero mezclar en ss ausuntos.

Y después de pronunciar estas palabras alejóse del pabellón.

De pronto paróse y dijo á mistress Powell.

—Sentiria ofenderos, porque debo respetar á todos los que se albergan en mi casa, pero consideraria como un favor que tuviéseis entendido que no quiero recibir de vos ni de nadie noticia alguna de lo que dice y hace mi esposa. Todo lo que hace mi señora es con mi consentimiento y completa aprobación, y perdonarme la expresión, señora, pero la mujer de John Mellihs no necesita centinelas ni espias.

—¡Centinelas... espias!—exclamó mistress Powell.

—Advertir, Sr. Mellis, que no he hecho más que contestar á una pregunta, y que únicamente he dicho que creia que la señora...

buenas Farmacias de España y América.

Cotorruelo y Germes y droguerías de Aznar y Gomez.

—Si, si,—repuso John—entiendo; hay muchos caminos para ir desde esta casa á Doncastre, pues se puede ir por un atajo ó dar la vuelta por Harders Common que es un camino de muchos rodeos. pero habeis de saber, señora que yo prefiero la carretera. Tal vez no es el camino m s corto, pero es el mas seguro.

Mistres Powell escuchó con asombro estas palab as, pero recobró al momento su sonrisa habitual y dijo á Mellish que se expresaba de uua manera tan axtraña que apenas podia comprenderle.

Pero John habia dicho todo lo que tenia que decir y se dirigió eon rapidez hacia su casa.

¡Aquella casa sobre la cual iba á caer muy pronto la desolación; sobre la cual se cernia una desgracia en qne nunca habia pensado en medio de sus ¡dudas más obscuras y de sus más dolorosos temores!

XIII.

En el umbral de las más sombrías desgracias

John entró en su gabinete y encontró las armas colocadas en sus puestos.

La doncella de Aurora, niña graciosa y divertida, salió de la cocina, donde el ruido de cuch l'os y tenedores anunciaba que se prepa'aba una comida extraordinaria, para contestar á las preguntas de John Mellish.

Le dijo que la señora se quejaba de un violento dolor de cabeza y se habia retirado á su aposento para descansar un rato.

John subió y cruzó con precaución el corredor al-

muchos médicos del país y extranjero se vende en Cartagena, en las farmacias

fombrado por temor de que sus pasos interrumpiesen el reposo de Aurora.

La puerta del aposento estaba entornada.

La empujó con tiento y entró.

Aurora estaba tendida en un sofá abrigada con un ancho peinador blanco, y sus cabellos de ébano destrenzados caían sobre sus hombros.

Dios sabe cuán extraños eran los sueños de Aurora hacia muchas noches, pero en aquella tarde abrasadora se hallaba sumida en un pesado adormecimiento, animaba sus mejillas la fiebre, y una de sus manos en que apoyaba la cabeza, estaba hundida bajo los rizos de su magnífica cabellera.

John se acercó hacia ella sonriendo con ternura.

—¡Pobrecilla! - pensaba.—¡Dios la envie un sueño apacible á despecho de los miserables secretos que se alzan entre nosotros! Talbot Bulstrode la dejó porque no podía sufrir lo que sufro ahora. ¿Qué motivo tendría para dudar de ella? ¿Qué motivo comparable al que tuve hace quince dias, hace algunas noches y esta mañana? Y sin embargo, tengo confianza en ella y Dios quiera que la tenga siempre.

Se sentó en una silla baja al lado del sofá en que dormía su esposa, y apoyando la cabeza en el brazo, la miraba, pensaba en ella y rezaba tal vez por ella.

Muy pronto se durmió también, y su respiración fuerte formaba como una base de armonía á la débil y más relguar respiración de Aurora.

Se dormía en la hora del peligro y se portaba en todo de una manera poco digna de un héroe.

buenas Farmacias de España y América.

Octorruelo y Germes y droguerías de Aznar y Gomez.

Pero John no era un héroe.

Era fuerte y robusto, su pecho es hermoso, y su robustez y su salud á toda prueba no tienen nada de novelesco.

Tan libre está de morir de apoplegía como de extenuación.

Duerme con calma, bajo el aire cálido de Julio que penetra por las entreabiertas persianas y va á orearle con su soplo embalsamado, y disfruta al mismo tiempo el reposo del cuerpo y la paz del alma.

Sin embargo hasta en su tranquilo sueño hay cierta cosa vaga, una sombra flotante de memorias amargas que el sueño no ha ahuyentado y que oprime su pecho con un peso enorme de que no puede librarse.

Durmió hasta el momento en que media docena de relojes de pared y de sobremesa terminaron su campaneo, esto es, dieron las cinco de la tarde.

Al despertarse se estremeció viendo que Aurora le miraba fijamente.

En sus ojos negros se leia un pensamiento solemne y en su rostro una animación extraña.

—Querido John,—dijo Aurora inclinando hacia su esposo su frente abrasada;—muy fatigado debes estar cuando duermes tan profundamente en medio del dia. Hace cerca de una hora que estoy despierta y mirándote.

—¿Me mirabas, Aurora? ¿Por qué?

—Estaba pensando en lo bueno que eres para mí. ¡Oh! John, ¿qué podré hacer por ti para compensar todo lo que...

—Ser feliz, Aurora,—dijo interrumpiéndola—y despedir á ese bombre.¡

—Lo haré, John, y partirá muy pronto.. ¡Esta noche!

—¿Quieres decir que la carta era para despedirle?

—¿Cómo sabes que le he escrito?

—Sí, Aurora querida, era para despedirle ¿no es cierto? Dime que es cierto. Dale todo el dinero que quiera para que guarde el secreto que ha descubierto, pero despidele, Aurora, despidele. Su vista me es odiosa. Despídele... ó lo haré yo.

Se levantó con extrema agitación, pero Aurora apoyó suavemente la mano en su brazo.

—Déjalo eso por mi cuenta—dijo Aurora sin agitarse.—Cree que haré lo que más convenga. Haré lo que más convenga, si es que no puedes soportar la idea de perderme. ¿Es verdad que no podrías, John?

—¡Perderte! Aurora, ¿por qué me hablas así? ¡Consentir en perderte! No, nunca podría consentirlo, y no lo consentiré. Te seguiría al confin del mundo, y ¡ay de los que se interpusieran en mi camino!

Sus dientes apretados, el brillo feroz de sus ojos y la rigidez de su boca, daban á sus palabras una energía que la pluma no podría expresar aunque agotase todos los epitetos de la lengua inglesa.

Aurora se levantó, y reuniéndose todos los cabellos, formó con ellos como un rollo que se ató detrás de la cabeza.

Después fué à sentarse cerca de la ventana y entreabrió las persianas.

—¿Tenemos hoy convidados, John?—preguntó distraida.

—Sí, hija mía, los Lofthouses y el coronel Maddison. Son las cinco y voy á llamar para que te suban el té.

– Sí, y tomarás tambien una taza!

Creo que John Mellish no era muy aficionado á las infusiones de té que su mujer le administraba, pero hubiera comido con aceite de bacalao si hubiese presidido ella el festín, y se habria esforzado en manifestar la mayor satisfacción con el único objeto de darla gusto, así como en aquel momento hacia ver que la taza de té que le servia su mujer tenía un aroma exquisito.

Mistress Powel oyó el rumor de las cucharillas y las tazas de porcelana cuando pasó por delante de la puerta entornada para ir al aposento que ocupaba, y sintió un furor mudo al pensar que el amor y la armonía reinaban en la sala dónde toman el té los dos esposos.

Una hora más tarde Aurora bajó al salón con un riquísimo vestido de seda de color de paja, adornado con un voluminoso volante de encaje negro.

Sus cabellos estaban sostenidos sobre la frente con una diadema y atados con tres estrellas de diamantes que John le habia comprado en la calle de la Paz y estaban ingeniosamente montados en pequeños resortes invisibles que hacían temblar á cada movimiento de su graciosa cabeza.

Os parecerá tal vez que hacía mal en adornarse

tanto para recibir á un ve erano del ejército de las Indias y á un vicario de aldea y su mujer; pero si gustaba m s de las lujosas galas que de los dornos sencillos no era por coqueteria, sino que procedia más bien de un amor innato al explendor y la prodigalidad que era uno de los rasgos de su caracter expansivo.

La habian enseñado siempre á acordarse de que era miss Floyd. la hija del banquero, y a habian enseñado al mismo tiempo á gastar el dine o como si fuera una de sus obligaciones para con la sociedad.

La seño a de Lofthouse era una mujer graciosa y pál da de ojos pa dos y apacibles.

Era la hija menor del coronel Maddison y de familia mucho m s e evada que la de Aurora que «como sabes no es más que, etc.. etc., etc.», como decía Margarita Lofthouse á uno de sus amigas.

No podía o vidar facilmente que su padre era hijo menor de un baron y se habia distinguido mucho en las guerras de la India, y e parecia muy injusto que Aurora e llevara tantas ventajas siendo descendiente de unos obscu os comerciantes de Glasgow.

Pero como nadie, teniendo buenos sentimientos, podia conocer á Aurora sin amarla, la señora de Lofthouse le pe donaba de todo corazón sus cincuenta mil libras esterlinas de dote y la declarab la amiga más amable del mundo, en tanto que Aurora correspondía generosamente á su afecto y la acariciaba como habia acariciado á Lucia, con una condescendencia protectora y con afecto muy parecido al que debió tener Cleopatra á sus esclavas.

Comieron con paz y alegria.

El coronel Maddison hizo honor á los platos expresamente preparados para él y elogió mucho al cocinero de Mellish Park.

La señora de Lofthouse explicaba á Aurora el plan de una nueva escuela para la parroquia.

Aurora escuchaba con paciencia los detalles bastante fastidiosos entre los cuales figuraban en primera linea la cocina, un vestuario y la chimenea general.

Habia oido hablar mucho de tales establecimientos y no habia escuela, hospital, casa modelo ó asilo para huérfanos ó mendigos, que no hubiese ayudado á pagar la hija del banquero; pero su corazón era bastante basto para todos, y escuchaba siempre con paciencia lo que le decían acerca de los vestuarios, de la cocina ó de las chimeneas.

Tal vez aquel dia no se tomaba tanto interés como en otras ocasiones, pero la señora de Lofthouse no reparó en su distracción, porque le parecia imposible que no fuese interesante un tema de conversación como el de la nueva escuela.

John Mellish no podia creer que las carreras de caballos del Great Ebor no fueran de gran interés para M. Lofthouse, y el vicario por su parte estaba completamente convencido de que causaban el mayor placer á amo de la casa los detalles de su plan filantrópico para la regeneración de su parroquia.

Pero John Mellish estaba silencioso, inmóvil, con el vaso en la mano y mirando por encima de la mesa y y de la cabeza de M. Lofthouse las copas doradas de

los árboles que se alzaban entre el jardin y el pabellón del norte.

Aurora vió desde el extremo opuesto de la mesa esta mirada, y una sombra obscureció en el momento en que se consolidaba decisivamente una resolución profundamente arraigada en su corazón.

A los postres permaneció tanto rato con los ojos fijos en una pera de dulce puesta en su plato y su frente tenía un ceño tan sombrío, que la pobre señora de Lofthouse desesperada de poder lanzarle una mirada significativa que debia evitarle el trabajo de escuchar de boca de su padre por la milésima vez el relato de la caza del tigre y del jabalí.

Tal vez no le hubiera conseguido si mistress Powell, después de una tosecita preparatoria, no hubiese observado que muy pronto se haría de noche.

La viuda del subteniente era una de esas mujeres que aseguran que se advierte la diferencia que hay entre la duración de los dias 23 y 24 de Junio y que continúan haciendo la misma observación hasta que llega el dia 21 de Diciembre.

Una observación de esta clase arrancó de su meditación á Aurora y la hizo levantar de la mesa bruscamente, olvidando la sonrisa de etiqueta que debia á sus convidados.

—¡Más do las ocho!—dijo;—no puede ser tan tarde.

—Sí, Aurora,—respondió John Mellish consultando el reloj,—las ocho y cuarto.

—¿Será cierto? Perdonad, señora Lofthouse; ¿vamos al salón?

—S', amiga mía,—respondió la mujer del vicario - y allí podremos hablar. Papá va á beber mucho Burdeos si cuenta la caza del tigre. Supl'icad á vuestro esposo que no le llene el vaso. Mañana estará indispuesto y dirà que Lofthouse debia haberle cont nido, porque siempre tiene la culpa de todo el pobre Reginaldo.

John lanzó á su mujer una mirada inquieta.

Mientras tenía abierta la puerta con una mano para que pasasen las tres señoras, se mordió los labios al ver ia desagradable y enjuta cara de mistress Powell que tocaba casi con el hombro de Aurora.

—Me parece que le he hablado con claridad esta mañana,—pensó al cerrar la puerta para volver á sentarse al lado de sus amigos.

Las ocho y cuarto.

Las ocho y veinte minutos.

Las ocho y veinticinco minutos.

La señora de Lofthouse era una pianista muy distinguida, y á las ocho y veintisiete minutos estaba sentada delante del piano de Aurora.

A los primeros compases de un preludio con seis bemoles, para cuya ejecución era preciso ya pasar la mano izquierda por encima de la derecha, ya la mano derecha sobre la izquierda, y que exigía ejercicios de pulgar en todas direcciones, Aurora conoció que los bemoles bastarían para coutivar toda la atención de su amiga.

En el extremo del salón principal de Mellish Parkha-

bia un pequeño aposento tapizado de damasco de color de rosa y amueblado con sillones y mesas de arce.

Todo en él era de un gusto tan delicado, que más que un aposento secundario, parecía el gabinete de la más encopetada lady.

Apenas hacía cinco minutos que la señora de Lofthouse se había sentado al piano cuando Aurora pasó del salón á este aposento dejando á su amiga sola con mistress Powell.

Se paró en la puerta para observar á la viuda que estaba sentada cerca del piano afectando escuchar con entusiasmo.

—Me observa,—pensó Aurora, auque tiene los ojos bajos y parece que mira con atención el bordado de su pañuelo. Tal vez me ve con la nariz ó con la barba. ¿Quién sabe? Sus ojos están en todas partes. Pero he de tener miedo de ella cuando no lo tengo de él?

Su cabeza erguida y altiva tomó una actitud más modesta y vagó por sus labios una triste sonrisa.

—Temo—añadió,—temo causarte pena, querido y bondadoso John. Si, mi leal esposo, el más noble y generoso de los hombres.

Tened entendido que escribo lo que pensaba y no lo que decía, porque no tenía costumbre de pensar en voz alta.

Aurora tomó un chal que había dejado en el diván se cubrió con él la cabeza, y al través del encaje brillaban los diamantes como las estrellas en el firmamento.

Se hubiera dicho que era Hécates al verla en el umbral de la puerta, dispuesta á ejecutar un plan resuelto hacia mucho tiempo en su corazón.

Aún estaba en el mismo sitio cuando el reloj de la aldea inmediata anunció las ocho y tres cuartos.

Cuando espiraba la última campanada en el aire, consultó el cielo y salió con paso rápido hácia el extremo meridional del bosque que formaba el lindero del parque.

XIV.

El capitán Prodder es mensajero de malas noticias.

Mientras Aurora salía hacia el bosque, un hombre esperaba en las gradas de la puerta principal y discutía con uno de los criados de John Mellish, el cual le contestaba con cierta arrogancia y le impedía el paso con el desprecio de un criado de buena casa.

El forastero era el capitan Samuel Prodder que después de llegar á Doncastre por la tarde, habia comido en la posada del «Gran Ciervo» y habia ido á Mellish Park en un coche conducído por un mozo del establecimiento.

El coche y el mozo esperaban á algunos pasos del

vestíbulo, y si hubiera faltado alguna cosa para decidir el desprecio del criado para con el capitán Prodder, además de su levita azul, su ancho cuello de camisa doblado y su reloj de plata, el desvencijado vehículo del «Gran Ciervo» hubiera llenado completamente es e vacío.

—Sí, la señora está en casa,—dijo el person je de librea después de examinar detenidamente al capitán de buque y acompañando el exámen de una expresión burlona que comenzaba á exasperar al pobre Samuel, —pero está acupada.

—Tal vez dejará la ocupación por un momento cuando sepa quien soy,— respondió el capitán poniéndose la mano en el bolsillo. Estoy seguro que cambiará de pensamiento cuando le hayais entregado esto.

Y dió al criado una tarjeta ó más bien un trozo de cartón muy recio en el que se veía su nombre disfrazado por los caprichosos adornos del litógrafo hasta el punto de no poderse leer sin mirar o con atención.

La tarjeta, además del nombre de Prodde , pon a en conocimiento del ector que era propietario de una gran parte del buque «Nancy Jany», que se deblau dirigir á él todas las mercancías, etc.

E criado tomó le tarjeta entre el pulgar y el índice y la examinó tan minuciosamente como si hubiera sido una reliquia de la edad media.

Le ocurrió una idea luminosa cuando leyó lo relativo á «Nancy Jane» y por primera vez miró con cierto interés al capitán.

—¿Quereis vender cigarros?—le preguntó. En tal caso podeis pasar á la cocina y enseñar la muestras.—

—¡Cigarros!—exclamó Samuel Prodder.—¿Creeis por ventura que soy contrabandista? Soy tio de vuestra señora ó al menos conocí á su madre cuando era muy niña,—añadió con gran confusión porque se acordó que su profesión le alejaba de Aurora y su altivo esposo.—Así, pues, hacedme el favor de entregar la tarjeta.

—Tenemos forasteros convidados á comer,—y no sé si las señoras han vuelto al salón; pero si sois algo pariente de los amos, voy á preguntarlo.

El criado se alejó lentamente dejando al pobre Samuel mordiéndose los labios por haber hecho la confidencia relativa al parentesco.

Este majadero, vestído como iba Nelson á bordo del «Victoria»,—pensaba el capitán,—va á creer que el tio de su señora es un marinero que vende tabaco de contrabando y va á publicarlo delante de los demás criados.

El criado volvió á salir mientras Samuel Prodder se acusaba de su torpeza y le dijo que no habia encontrado á la señora en toda la casa.

—Pues ¿quién es el que toca el piano?—preguntó el capitán con cierta aspereza.

—Es la esposa de vicario—respondió el criado con desprecio;—una mujer que habrá sido aya sin duda, pordue toca muy bien para que sea uua verdadera señora. La de casa no toca más que polkas ó rigodones. ¡Buenas noches!

Y cerró la puerta sin más ceremonia, dejando al capitán Samuel lleno de confusión y de ira

—Parece un sueño lo que me sucede,—pensó Samuel.—¿Quién diría que he jugado más de mil veces con la madre de esa mujer, y que hoy su criado me trata con insolencia y me da con las puertas en las narices?

El buen marino hacía esta observación más con dolor que con sentimiento.

No habia esperado mejor acogida, pues creia que era muy natural que los criados de su sobrina le tratasen con desprecio.

Solo deseaba hablarla un momento, ver á la hija de Elisa y estaba seguro de ser bien recibido.

—Voy á cruzar el parque á pié—dijo al mozo de Doncastre;—daré un paseo por esas deliciosas alamedas. Esperadme en la carretera fuera de la verja,

El cochero subió al pescante, dió un chasquido con el látigo y dirigió al jamelgo hacia la verja del parque.

El capitán Samuel Proder seguía lentamente el camino que habia de recorrer.

Le gustaba mucho aquel parque, y al entrar habia admirado las arboledas que dejaba ver á intérvalos verdes anfiteatros plantados de magníficas encinas cuyas ramas proyectaban anchas sombras en la yerba iluminada aún por los últimos rayos del crepúsculo.

Habia contemplado con el asombro del marino aquellas bellezas, y se habia preguntado si seria grato para un hombre cansado de cruzar los mares acabar sus

dias en la calma monótona del bosque, lejos del estruendo de la tempestad y de la terrible voz del océano.

En su pesar por no haber visto á Aurora experimentaba una especie de consuelo en hollar la yerba húmeda al dirigirse guiado por el instinto de marino hacia el lado donde estaba la puerta del parque.

Tal vez abrigaba la esperanza de encontrar allí á su sobrina.

El criado le habia dicho que no estaba en casa, y es muy probable que se pasearía con las señoras de los convidados.

Las sombras de los árboles eran más densas á medida que el capitán Prodder se acercaba al bosque, pero se estaba en esa época del año en que apenas reina una obscuridad completa dos ó tres horas de las veinticuatro, y aunque el reloj de la aldea daba las nueve y media cuando el marino se internó en el bosque, pudo distinguir los contornos de dos personas que se dirigian hácia él desde el extremo opuesto de la larga calle de árboles.

Eran un hombre y una mujer; la mujer llevaba vestido de color claro que se destacaba en la sombra, y el hombre se apoyaba en un bastón y cojeaba.

—Será mi sobrina con alguno de los convidados?—pensó el capitán.—Pudiera ser. Voy á ocultarme y dejarles pasar.

Samuel Prodder se ocultó detrás de un árbol á la izquierda de la alameda por donde se acercaban las dos

personas, y esperó con paciencia que estuviesen bastante cerca para distinguir el rostro de la mujer.

Esta mujer era Aurora.

Iba á la izquierda del hombre y por consiguiente estaba más cerca del capitán.

Volvia la cabeza á su compañero como con un ademán de desprecio y desconfianza aunque hablaba con él, y su cara pálida, altiva y desdeñosa era bastante visible para el marino al amarillento resplandor de la luna que acababa de asomar.

Una débil linea roja detràs de los negros troncos de los árboles indicaba el sitio por donde el sol habia desaparecido.

El capitán Prodder contemplaba con admiración el hermoso rostro vuelto hacia él; veia los ojos negros con su sombría profundidad en la que se adivinaban la cólera y el desdén; veía igualmente centellear los diamantes á través del velo negro que cubría su cabeza altanera; la veia, y su corazón se helaba al aspecto de aquella belleza alumbrada por el resplandor misterioso de la luna.

—Parece la sombra de mi hermana,—pensaba—que viene á verme en este sitio solitario y tranquilo; seria bastante difícil creer que es de carne y hueso.

Hubiera salido tal vez de detrás del árbol para saludar á su sobrina si no le hubieran detenido las palabras que pronunció al pasar cerca de él, palabras que vibraban penosamente en su corazón, pues rebosaban de cólera y de amargura.

—Sí, os odio—decia Aurora con voz clara y vibrante. ¡Os odio! ¡os odio!

Y repetía estas palabras como si experimentase al pronunciarlas un placer que no trataba de negar en su furiosa ira.

—¿Qué más esperais de mí?—añadió con una risa ahogada y sarcástica que expresaba una profunda desgracia y una inexplicable desesperación de una manera más terrible que si hubiese prorrumpido en sollozos.—¿Pretendeis acaso que os ame que os aprecie ó que os tolere?

Sus palabras estaban interrumpidas por rápidos suspiros nerviosos, pero no lloraba.

—¿Esperábais por ventura oir de mis labios otras palabras? Os odio, os detesto, os considero como la causa única de todos los disgustos que he tenido, de todas las lágrimas que he derramado, de todas las humillaciones que he sufrido, de todas las noches de insomnio, de todos los dias de pena, de todas las horas de desesperación, que he pasado. Más aún... sí, mil veces más aún!... Os considero como la única causa de las desgracias de mi padre. Sí, aun antes de la locura sin nombre que tuve en creeros aquel dia fatal que recuerdo con vergüenza. ¡Maldito sea el hombre que escribió la comedia, y los actores que la representaron y el teatro que fué el sitio donde os conocí! Os repito que os odio; vuestra presencia envenena mi casa, y vuestra aborrecida sombra turba mi sueño. No, no mi sueño; porque ¿cómo he de dormir sabiendo que estais cerca de mí?

James Conyers, qué sin duda estaba cansado de andar, se apoyó en él tronco de un árbol para escuchar el fin de este discurso.

—Si el sermón ha de ser muy largo, me permitireis al menos que encienda un cigarro, - dijo Conyers con provocadora insolencia.

Aurora no hizo caso de esa calma insolente, pero el capitán Prodder apretó involuntariamente los puños, dió un daso hacia ellos y agitó las ojas que pisaba.

—¿Qué ruido es ese?—preguntó Conyers.

—El perro tal vez que me ha seguido.—respondió Aurora.

—¡Maldito anima'! balbuceó Conyors con el cigarro en la boca.

Y frotando un fósforo en la corteza de un arbol la luz dió de lleno en su rostro.

—Es un miserable, pensó el capitán Prodder,—un hombre sin corazón, pero no es feo. ¿Qué quede haber de común entre mi sobrina y él? Indudadlemente no es su marido; pero si no es su marido ¿quién puede ser?

El marino se rascaba la cabeza en medio de su incertidumbre, le llenaban de estupor las palabras de Aurora, y únicameute compreudia que pesaba sobre su sobrina un grande infortunio.

—Si supiera que ese hombre le ha hecho la menor injuria—decía para sí,—le arreglaría de modo que sus amigos se verían en apuros para reconocer su linda cara mientras le quedase un soplo de vida en su lustroso casco.

Conyers arrojó el fósforo inflamado y principió á aspirar el humo del cigarro.

No se tomaba el trabajo de quitárselo de la boca para hablar con Aurora, y hab'aba entre dientres y fumaba á intérva'os.

—Tal vez podais hab'ar mejor de negocios,—la dijo,—cuando esteis más sosegada. ¿Qué quereís que haga?

—Lo sabeís lo mismo que yo—respondió Aurora.

—¿Quereis que salga de esta casa?

—Sí, pa'a siempre.

—¿Y que me contente con lo que me deis?

—S'.

—¿Y si me niego?

Aurora se volvió bruscamente hacia él al oir esta pregunta y le miró guardando silencio durante algunos momentos.

—¿Y si me niego?—repitió fumando.

—¡Ay de vos!—respondió Aurora.

—¿Me mataríais acaso?

—No, pero lo revelaría todo y gozaria la tranquilidad que debí haber buscado hace dos años.

—¡Ah! Pues en verdad—dijo Conyers,—que sería una noticia muy agradab'e para M. Melish y para vuestro padre y un lindo escándalo para 'os periódicos. Estoy tentado por cogeros la palabra y ver si os atreveis á hacerlo, señora.

Aurora dió una patada en el sue'o, desgarró el encaje que tenía en la mano y arrojó los pedazos al viento, pero no le respondió.

—Adivino vuestro plan; veamos si me equivoco. Quereis traspasarme el pecho á puñaladas, hacerme saltar la tapa de los sesos ó ahogarme ¿no es cierto? —dijo Conyers riendo,

Aurora inclinó la cabeza hacia atrás con un movimiento de magnífico desdén.

—¿Por qué paso en vano el tiempo hablando con un hombre como vos? dijo.—Mis palabras más injuriosas no pueden herir á un caracter tan bajo, y haceis tanto caso de mi desprecio como haria el más repugnante reptil que se arrastra en to no del estanque.

Conyers se quitó el cigarro de la boca y separó la ceniza con el dedo meñique.

—No,—dijo con tono desdeñoso,—no tengo la piel muy sensible, y por otra parte estoy muy acostumbrado á escenas como estas. Lo mejor seria hablar de negocios y dejarnos de disputas y vanas acriminaciones. Así acabaríamos antes.

En este momento el capitán Prodder, que se habia acercado impelido por el vehemente deseo de estrangular al interlocutor de Aurora, tocó con el sombrero las ramas del arbol detrás del cual estaba oculto.

No podía haber entonces equivocación sobre la causa del ruido.

Conyers se estremeció y se acercó hacia el escondite del capitán.

—Nos escuchan estoy seguro de que nos escuchan. Será sin duda ese miserable Hargraves... El idiota es un traidor.

Conyers apoyó una mano en el árbol detrás del cual

estaba el marino y con la otra mano agitó el bastón por la yerba, sin poder encontrar las piernas del curioso.

—Si ese estúpido se atreve á espiarme,—exclamó Conyers fuera de sí,—hará bien en no caer en mis manos, porque se acordará toda la vida.

—¿No os he dicho que me habia seguido el perro? —dijo Aurora con tono desdeñoso.

Oyóse entonces un ligero rumor en la yerba en el extremo opuesto de la calle de árboles y á alguna distancia del sitio donde se ocultaba el marino.

—Allí está vuestro perro,—dijo Conyers—pero aquí habia un hombre. Vayamos más lejos y acabemos este negocio: son más de las diez.

Conyers tenia razón; el reloj de la iglesia habia dado las diez algunos minutos antes sin que lo advirtiera Aurora.

El sonido de la campana se habia ahogado en medio de las voces furiosas que zumbaban en su pecho, y miraba con vaguedad las sombras de la noche que no podía disipar la luna amarillenta.

Conyers siguió andando seguido de Aurora que se separaba de él todo lo que le permitia la anchura del camino.

Se hallaban ya á bastante distancia, cuando el capitan volvió de su estupor para reflexionar con calma sobre lo que acababa de ver y oir.

—Debí haberle roto la cabeza,—dijo por fin,—sea ó no sea su marido y lo hubiera hecho—añadió el capitán—si mi sobrina no me pareciese bastante nérgi-

ca y no supiese lanzarle buenas andanadas de palabras duras. Buscaré el sombrero,—dijo mirando sobre la yerba, y después iré á encontrar mi hombre en la verja para decirle que no zarpo aún. No quiero partir hasta ver en qué para la aventura de mi sobrina y el cojo.

El capitán halló el sombrero y corrió dacia la puerta de la verja donde eueontró al mozo del «Gran Ciervo» profundamente dormido, con la cabeza sobre las rodillas y las riendas en las manos.

El caballo, cuya cabeza desaparecía en gran parte dentro de un saco, parecía dormir como el cochero.

El joven se despertó al rumor de la puerta que rechinó sobre el quicio y de los pasos del capitán.

—No subo á bordo por ahora,—dijo el capitán Prodder; voy á dar otra vuelta por el parque, porque la noche es deliciosa. Vengo á decíroslo para que no os figureis que me he muerto.

—Casi me lo creia,—respondló el mozo.—¡Habeis tardado tanto!

—He encontrado á M. Mellish y su esposa en el bosque y me he detenido un momento para mirarles. Segun parece ella tiene el genio muy vivo,—dijo el capitán con afectada indiferencia.

El mozo del «Gran Ciervo» movió la cabeza con ademán de duda.

—No lo sé,—dijo—pero la quieren mucho en todo el país, tanto los ricos como los pobres. Cuentan que un dia dió de latigazos á un pobre mozo de caballeriza porque habia maltratado a su perro, pero hizo muy

bien;—añadió el joven con tono decidido,—porque ese imbécil es muy malo.

—Bien, bien—respondió el capitán. distraido.—¿No cojea un poco M. Mellish?

—¡M. Mellish cojear!—exclamó el cochero.—No por cierto; es el hombre más guapo, más airoso y mejor mozo de todo el contorno. Lo sé muy bien porque ha estado muchas veces en casa en la temporada de las carreras de caballos.

¡Luego no era su marido el hombre que disputaba con su sobrina!

—¿Quién es pués?—se preguntaba.

Antes que encontrase una respuesta á la pregunta que se dirigía y le alarmaba, se oyó en el bosque la detonación de una pistola que repitieron los ecos lejanos.

—Son cazadores—dijo,—esta parte del bosque tiene mucha caza y aunque M. Mellish amenaza continuamente á los cazadores rateros, estos saben muy bien que nunca ejecuta sus amenazas.

El marino, aunque era muy robusto y valiente, se apoyó temblando en la verja.

¿Qué habia dicho su sobrina un cuarto de hora antes cuando el cojo le preguntaba si le haria saltar la tapa de los sesos?

—Dejad aquí el caballo,—dijo con voz ahogada,—atadlo á la verja y venid conmigo. Si son rateros los cogeremos.

El joven ató las riendas del caballo á la verja.

Los dos entraron corriendo en el bosque y el capi-

tán se dirigió hacia el punto de donde su fino oido le indicaba haber salido el tiro.

La luna asomó detrás de una ténue nube, pero reinaba la más profunda obscuridad en el bosque.

El capitán se paró cerca de un kiosko rústico abanado y sepultado casi bajo las ramas entretejidas que se arrastraban sobre el techo y las paredes cubiertas de musgo.

—Por aquí han tirado—dijo el capitán.—Apostaría la cabeza á que no ha sido muy cerca del sitio donde nos encontramos.

Miró en torno suyo y no vió á nadie.

—Hubiera jurado que de aquí venía la detonación —decía.—Dios quiera que sean rateros; pero me encuentro como un bobo de Londres á bordo de un vapor entre Bristol y Cork. ¡Qué necio soy!—murmuró el capitán después de dar vueltas al kiosko y de convencerse que no habia nadie oculto; se diría que no he oido un pistoletazo hasta esta noche.

Volvió á ponerse el sombrero, y siguió andando sin dejar de mirar y escuchar con atención.

Se paró de pronto oyendo el aullido prolongado de un perro.

El aullido de un perro tiene una influencia misteriosa y es de funesto augurio, y un sudor frio inundó la frente del marino, pues aquel auilido, que hacia nacer siempre el terror en su alma supersticiosa, era doblemente terrible aquella noche.

—Ese perro anuncia una muerte,—dijo con profun

de emoción.—Los perros no aullan de ese modo mas que cuando están al lado de un cadáver.

Volvió la cabeza y miró en la obscuridad.

La luna alumbraba la superficie del agua de estanque, y el capitán vió en la orilla dos negras sombras que se destacaban de un fondo imperceptiblemente más luminoso.

Era un cuerpo tendido casi al borde del agua y un perro que alzando al cielo la cabeza lanzaba aullidos plañideros

XV.

Dudas de John Mellihs

El poqre Jonh Meilish se veia precisado como amo de casa á permanecer en la mesa, á hacer circu'ar la botella de Burdeos y á escuchar los re'atos de 'a caza de' tigre y del jabali del coronel Maddison, mientras lo tavieran á bien el veterane de la India, para diversión de su amigo y de su yerno.

Se alegraba de que el paciente M. Lofthouse estuviera al corriente de todas estas historias y supiera con exactitud en qué punto de dichos relatos era preciso reir, prestar más atención y tomar una fisonomía más á menos terrible, porque M. Mellish estaba muy distraido aquel'a noche.

Acercó el plato de almendras hacia el coronel en el momento en que decia:

— «Señores, el tigre se preparaba á lanzarse encogiéndose por decirlo así sobre el peñasco que había á nuestro lado, y no me hallaba tan tranquilo como ahora »

Los tigres y los jabalíes se confundían en el ánimo fatigado de M. Melish, el cual esperaba el momento en que con una excusa plausible podría salir del salón para saber dónde estaba Aurora.

Cuando se hablía la puerta para dar entrada á los criados con nuevas botellas, oia el sabio tecleo de la señora de Lofthouse y se alegraba al pensar que su esposa estaba allí muy tranquila escuchando las tocatas en si bemol que interpretaba tan bien la mujer del rector.

Sacaron luces antes que se acabasen las historias del coronel Maddison, y cuando el repostero de John entró á preguntar si querían café, el veterano Maddison, respondió:

—Sí, y también cigarros. Supongo que está prohibido fumar en el salón por órden de las sayas y de las cortinas de seda, ¿no es verdad? Clara no quiere que fume en su casa, y el pobre Lofthouse se ve obligado á escribir sus sermones en la casita rústica del jardín, porque no puede escribir sin un cigarro y sin un tomo de Tillotson ó de otro autor del mismo género que saquea sin conciencia. ¿No es cierto, Jorge?—preguntó el coronel hundiendo los dedos en la espalda de su

yerno y derribando dos vasos para dar m s ex resión á la pesada broma.

¿Cómo fastidiaban á John Mellihs to las 'as bromas aquella noche!

se preguntaba á sí mismo si se divertían más 'os que no estaban atormentados por misterio alguno, los que no tenían como él un esqueleto doméstico acurrucado debajo de la chimenea.

Contemplaba la cara apacible del rector con verdadera envidia.

Para aquel homb e no habia secreto alguno, n desgarraba su corazón una lucha perpétua, no batal aba con dudas terribles que no podian ahogarse completament , no le acosaban temores vagos, incesantes y quiméricos, y no se hacía en su mente argumentos ahogando ó fiscalizando sin cesar la misma causa y l egando sie npre l mismo resultado.

John Mellish exhaló un pro'ongado suspiro de desahogo cuando e veterano del ejército de la India terminó su octavo cigarro y declaró que estaba pronto para reunirse con las señoras.

Las luces estaban encendidas en el salón y las cortinas corridas sobre 'as ventanas cuan lo entraron los tres caballeros.

La señora de Lofthouse dorm a en un sof , y mistress Powe", p lida y despierta como el do'or y la pena, como los celos y e rencor, como todo lo que es voraz y no puede ser saci .do, bordaba dificultosas monstruosidades en un pañuelo de muselina.

El coronel se sentó en un sillón cuyos muelles crugieron bajo el peso de su cuerpo.

El rector despertó á su mujer y la consultó sobre si era ó no conveniente pedir el coche,

Jehn Mel ish dirigió una mirada inquieta en torno del salón, que para él estaba desierto; el rector y su mujer, el veterano indio y la viuda no eran más que espectros fosforescentes, vanos fantasmas pues no eran su Aurora.

—¿En dónde está Aurora?—preguntó interrogando con la mirada á la señora Lofthouse y la viuda; ¿en dónde está mi mujer?

—No lo sé—respondió mistress Powell con tono resuelto y glacial. No he expiado á la señora.

Este dardo envenenado se estrelló en el pecho de John; no habia ya sitio en su corazón herido para estos alfilerazos.

—¿En dónde está mi mujer?—repitió con furor.—Debeis saber en dónde está.. ¿Está ó no está aquí? ¿Ha salido?

—Supongo—respondió la viuda con más precisión de la que acostumbraba,—que la señora está en el jardín, porque salió cuando nos levantamos de la mesa.

El reloj de la chimenea dió las diez y tres cuartos cuando cesó be hablar, como para dar más peso á sus palabras y recordar á John Mellish el rato que hacía que estaba ausente su esposa.

John se mordió furiosamente los labio y salió al momento.

Iba en busca de su mujer, pero en el momento de abrir la puerta le detuvo mistress Powell diciéndo'e:

—¿Ois? Temo que ha habido alguna novedad. ¿Habeis oido ese vio'ento campanillazo?

M. Mellish volvió al sa'ón.'

—No hay duda - dijo,— es Aurora; la han dejado fuera como dias pasados. Os supiico mistress Powell, que en adelanie lo eviteis. Es bien extraño que mi mujer encuentre siempre cerradas las puertas de su casa.

Hubiera podido extenderse más, pero se interrumpió pálido y sin aliento al rumor de pisadas que se oian en el vestíbulo, y se precipitó hacia la puerta.

Abrió y miró.

Mistress Powell, el rector y su esposa le siguieron y miraron por encima de sus hombros.

Una media docena de criados cercaban á un hombre al parecer marino que, sin sombrero y los cabellos en desorden, decía con palabras entrecortadas y apenas inteligibles á causa de su extrema emoción, que acababa de perpetrarse un asesinato en el bosque.

XVI.

Lo que habia sucedido en el bosque.

El hombre que parecía marinero y gesticulaba sin sombrero y muy agitado era el capitán Samuel Prodder.

Las caras aterradas de los criados reunidos en torno suyo expresaban mejor que las palabras que salían con dificultad de sus labios la índole de las noticias que traía.

John Mellish salió al vestíbulo con espantosa calma y apartando con su robusto brazo al grupo de criados, se colocó delante de' capitán Prodder.

—¿Quién sois?—le preguntó friamente?—¿Con qué objeto venís?

El veterano indio se habia despertado al oir aqnel ruido y habia salido con la cara encendida y los cabellos erizados para tomar parte en la escena.

Hay p'atos en cuya salsa quiere poner la mano todo el mundo.

El coronel Maddison apartó con el codo á su hija y á su marido para penetrar más pronto en el vestíbulo.

—Buen hombre—dijo repitiéndo las palabras de John,—sepamos con qué objeto venís aqui á tales horas.

El marino no dió una contestación directa á esta pregunta, sino que indicó alzando la mano sobre el hombro el sitio retirado del bosque que estaba tan presente en su mente como lo habia estado á sus ojos un cuarto de hora antes.

—¿Muerto?—preguntó un criado con voz siniestra

Las preguntas salían de todos lados en aquel momento de terror en que todo el mundo estaba lleno de sorpresa y horror.

Nadie sabia quién hablaba, á excepción de los mismos que interrumpian, y tal vez estos ignoraban que habian hablado.

—¿Está muerto? preguntó uno de los más curiosos.

—¡Un hombre... muerto en el bosque!—exclamó John Mellish.—¿Quién es?

—Perdonad, señor,—dijo el venerable repostero tocando respetuosamente el hombro de su amo;—pero

creo, según lo dice este caballero, que el hombre muerto es... el nuevo picador.

—¿Conyers?—exclamó John.—¿Quién le ha dado muerte?

Hizo esta pregunta con voz ahogada.

Era imposible tener el rostro tan pálido como lo tenía él en el momento de abrir la puerta del salón para salir al vestíbulo, pero al pronunciar el nombre del picador se verificó en él un cambio terrible é imposible de describir con palabras.

Permaneció mudo é inmovil pasándose la mano por la frente y mirando con vaguedad en torno suyo.

El respetable repostero volvió á tocarle en el hombro.

—Señor,—dijo, queriendo despertar á su amo del estupor,—perdonad. pero si lo señora volviese en este momento y supiera lo que pasa, podia tener una novedad. ¿No seria mejor?...

—Sí, si,—respondió John alzando la cabeza como si despertase de su profundo letargo al oir el nombre de su mujer; si, salid todos del vestíbulo,—añadió dirigiéndose al grupo anheloso de los criados.—Y vos caballero,—dijo volviéndos haoia el capitán Prodder,—venid conmigo.

Se dirigió al comedor, y el marino le siguió con la cabeza descubierta y expresando cierto embarazo en su rostro.

—No es esta la vez primera que veo un hombre muerto de un balazo—se dijo para sí,—pero es la primera vez que me siento conmovido.

Antes que M. Mellihs hubiese entrado en el comedor y los criados volvieran á sus interrumpidas ocupaciones, una de las hojas de la puerta vidriera que había quedado entreabierta se abrió bajo la presión de una mano de mujer, y apareció Aurora.

—¡Hola!—pensó la viuda que la observaba, emboscada detrás de M. Loftouse y su esposa,—ya hemos sorprendido por segunda vez á la señora en sus correrías nocturnas ¿Qué explicaciones va á dar esta noche de su larga y misteriosa ausencia?

El andar y los ademanes de Aurora ofrecían un singular contraste con el terror y la agitación de todas las personas reunidas en el vestíbulo.

Un vivo carmín animaba sus mejillas y sus ojos brillaban de una manera inusitada.

Llevaba la cabeza erguida con la gracia imponente que le era característica; andaba con paso ligero; su exterior, como de costumbre, revelaba despejo é indiferencia, y parecía que acababan de quitarle un peso que llevaba hacía mucho tiempo; pero al ver á todos reunidos, retrocedió imperceptiblemente como alarmada.

—¿Qué ha sucedido, John?—dijo á su esposo. —¿Qué hay?

John alzó la mano como para imponer silencio á los que estaban detrás de él.

Este ademán decía claramente: «Suceda lo que suceda, no digais nada; no le deis un disgusto.

—Sí, hija mia—respondió tranquilamente, tomándola de la mano y conduciéndola al salón;—ha sucedido algo en efecto. Una desgracia... en el bosque,

pero no concierne á ninguno de os que conoces. Ya te lo contará todo después Señora Lofthouse, haced compañía á mi esposa. Señor Lofthouse, venid conmigo. Permitidme que cierre la puerta, mistress Powell,—añadió dirigiéndose á la viuda que no parecía dispuesta á apartarse de la puerta del salón.—Todo se sabrá muy pronto. Hacedme el favor de quedarse con mi mujer y la señora de Lofthouse.

Se paró con la mano apoyada en la puerta del salón y con los ojos fijos en Aurora.

Esta estaba en pié, con el chal en el brazo y observando á su marido, y se dirigió precipitadamente hacia él cuando se encontró su mirada.

—John,—le dijo,—por favor, dime la verdad. ¿Qué desgracia es esa?

John guardó silencio, fijando la mirada en su hermoso rostro, en aquel rostro cuya exquisita movilidad expresaba todos los pensamientos, y le dijo después con extraña solemnidad:

—¿Estabas hace un rato en el bosque Aurora?

—Si,—respondió Aurora,—vengo directamente de allí. Hace como un cuarto de hora que ha pasado un hombre corriendo por mi lado, y he creido que era un cazador. ¿Le ha sucedido al una desgracia?

—No; han disparado un tiro en el bosque hace un rato. ¿Lo has oido?

—Si, respondió Aurora, mirando á su esposo con terror y sorpresa;—como sé que entran cazadores en el contorno á robar la caza, no me he alarmado ¿Han herido á alguno de ellos?

—Si, han herido á un hombre.

John Mellihs condujo á Aurora á un sillón cerca de la señora de Lofthouse que habia ido á sentarse con mistress Powell al extremo opuesto del salón, junto al piano y dem siado lejos de la puerta para oir lo que acababan de hablar John y su esposa.

Dió un apretón de manos á Aurora y le dijo:

—Espérame aqui hasta que vuelva. Vamos, Lofthouse.

El rector siguió á su amigo al vestibulo donde el coronel Maddison habia estado en tanto haciendo preguntas al capitán mercante.

—¿Venis, señores?—dijo John pasando el primero.

—Vamos, coronel, y vos, Lofthouse, y vos también, caballero, añadió dirigiéndose al marino,—por aqui.

Los restos de los postres cubrian aún la mesa, pero estos señores se quedaron cerca de la puerta del comedor.

John se ladeó mientras los demás entraban, y pasando el último, cerró la puerta y apoyó en ella las espaldas.

—Veamos,—dijo volviéndose bruscamente hácia Samuel Prodder,—¿qué sucede?...

—Temo que sea un suicidio, ó... un... asesinato,—respondió el marino con voz grave,—Se lo he contado todo á este caballero.

El caballero era el coronel Maddison que gozaba un verdadero placer tomando parte en la conferencia.

—Si, querido Mellihs,—dijo con solicitud;—nuestro amigo que es marino y dice haber conocido mucho á la

madre de Aurora, por cuyo motivo desea ver á vuestra esposa, me ha contado todos los detalles de este trágico suceso. Lo que importa ante todo es levantar el cadáver inmediatamente, y cuanto antes lo hagan vuestros criados será mejor. La decisión, amigo mio, la decisión y una ejecución pronta son indispensables en estas catástrofes.

—¡Levantar el cadáver!—repitió John Melihs.—¿Luego ese hombre ha muerto?

—Si, ha muerto—respondió el marino;—estaba ya sin vida cuando le encontré, aunque no habian transcurrido diez minutos desde el disparo. He dejado un hombre con él, un joven que me ha conduoido aquí desde Doncastre. y un perro que velaba á su lado lanzando lastimeros aullidos.

—¿Habeis visto la cara del muerto?

—Sí.

—Sois forastero, dijo Mel ihs—y por consiguiente es inútil preguntaros si sabeis quién es ese desventurado.

—No le conocía,—respondió el marino,—pero el mozo del «Gran Ciervo»...

—¿Lo ha reconocido?

—Sí, dice que le vió en Doncastre ayer noche y que está á vuestro servicio como... picador; creo que es esta la palabra de que se ha servido.

—Si, si.

—Cojeaba.

—¿Qué hacemos, reñores?— dijo John dirigiéndose á sus amigos.

—Es preciso enviar los criados a bosque,—respondió el coronel Maddison,—y mandar trasladar el cadáver.

—No aquí—dijo John Mellihs interrumpiéndo'e—no aquí; se moriría Aurora de disgusto.

—¿En donde vive? - preguntó el coronel.

Habita un pabellón que hay cerca de la verja del norte.

—Pues que lleven al pabellón el cadáver—dijo el coronel,—y que uno de vuestros criados vaya á avisarle al juez de la parroquia. No sería inoportuno enviar á buscar en seguida un cirujano, aunque por lo que dice este caballero no necesita ya de los servicios de la facultad. ¡Qué desgracia! Habrá sido alguna contienda con los rateros que vienen atraidos por la caza.

—Sí, sí,—se apresuró á responder John Mellihs—sin duda.

—¿Le querían acaso poco en el país?—preguntó el coronel.—¿Sabeis si habia reñido con alguien?

—No lo creo, porque apenas hacía una semana que estaba en casa

Los criados, que se habian dispersado por orden de John, no se hadian alejado mucho; habíanse quedado en los corredores, con el oido atento á la campanilla y dispuestos á precipitarse de nuevo en el vestíbulo á representar en el drama su dapel de comparsas.

Se presentaron, pues, luego que llamó M. Mellihs, el cual dió sus órdenes en breves palabras, eligió dos

hombres y mandó á los demás que volviesen á sus quehaceres.

—Traed dosjó tres linte nas—dijo—y seguidme ha:-ta el estanque.

El coronel Madd son, M. Lofthouse, el capitán Pro l-der y John Mel ihs salieron juntos de l. casa.

La luna seguía subiendo lentamente en la bóveda celes:e, plateando 'as ve des praderas é iluminando la copa de los árboles,

Los tres caballeros seguían con paso rápido á Samuel Pr .dder que les precedía y detrás iban dos groms con linternas de caballerizas.

Al entrar en el bosque se pararon involuntariamente para escuchar el grito solemne que habia llamado antes la atención del mariuo, inspirándole la idea de que se h.bia perpetrado un crimen.

Eran los aullidos del perro que resonaban en el silencio de la nocbe comc una queja débil y prolongada como un 'argo y monótono grito de muerte

Siguieron osta siniestrs indicación del punto donde habían de dirigirse, é internándose por la sombria a'ameda, llegaron al prado donde se a zaba el kiosko abandonado.

Los dos cuerpos, el del hombre tendido á la orilla del estanque y el del perro con la cabeza levautada hácia el cielo, estaban exactamente como el marino los habia dejado.

El mozo del «Gran Ciervo», que esperaba á cierta distancia, sa ió al encuentro del g upo.

El corone' Maddison tomó una linterna de manos de

uno de los criados y corrió hácia la orilla del estanque.

El perrose levantó entonces y dió lentamente vuelta al cadàver olfateándolo y lanzando gritos plañideros.

John Mellihs ahuyentó al animal.

—Este hombre estaba sentado cuando dispararon contra él—dijo el coronel Maddison con acento seguro; estaba sentado en este banco. Tal vez me equivoque, pero creo que le han disparado por la espalda.

—¿No pudo suceder que se matara el mismo?—preguntó John Melish.

—¡Matarse él mismo!—exclamó el coronel; de ningún modo. Pero muy pronto saldremoz de dudas;¡si se ha suicidabo, debe estar á su lado la pistola. Traed una de las tablas de ese kiosko y colocad encima el cadáver,—añadió el coronel.

El capitán Prodder y los dos grooms eligieron la tabla más ancha que encontraron.

La colocaron sobre el césped y tendieron en ella el cadáver de James Conyers.

Era sorprendente ver con cuanta calma se vorificaba todo esto bajo las órdenes del corouel.

John Mollihs y M Lofth use registraron el césped y hasta las yerbas del borde del estanque sin ningún resultado; no se veia arma alguna en el círculo bastante espacioso en que nabian buscado en torno del cadáver.

Mientras continuaban sus pesquisas por todos lados para encontrar aquella clave del misterio de la muerte del hombre que yacía á sus piés, llegó el juez de la

parroquia conducido por el criado que habia ido á buscarle.

Según este digno funcianario el caso era muy sencillo; suponía que el crimen habia sido perpetrado por algunos rateros, y estaba persuadido de que el sumario aolararía todos los detalles.

El juez de la parroquia era un simple funcionario, habituado á delitos sin importancia, como robos de gallinas, pendencias entre mozos, etc., etc., lo cual era causa de que en aquella circunstancia no fuese dueño de la situación.

El capitán Prodder y los grooms levantaren la tabla en que estaba el cadáver y se dirigieron hacia la puerta del norte, seguidos de los tres caballeros y el juez.

El mozo del «Gran Ciervo» salió para acercar el coche hasta el pabellón donde debia encontrar á M. Prodder.

Todas estas diligencias se hicieron con tanto silencio que la noticia de la catástrofe no pasó de las verjas de Mellish Park.

James Conyers fué conducido al pequeño aposento por cuyo ventana habia lanzado algunas horas antes una mirada de cansancio y disgusto al espectácu o de la naturaleza.

Aquella vida sin objeto habia sido cortada bruscamente; el indiferente viajero habia llegado prematuramente al término de su viaje.

¡Qué historia tan triste! ¡Qué página tan insignificante y sin acabar!

La naturaleza ciega en sus bondades para los hijos

que no conoce aún, habia prodigado á este hombre sus más ricos dones; creó una imágen expléndida y eligió un alma vulgar encerrándola sin saberlo en la arcilla más finamente modelada.

El siniestro cortejo avanzaba lentamente bajo el cielo iluminado por la luna, las hojas t émulas hacian oir un armonioso murmul'o que vib aba en el aire y las luc érnagas brillaban entre los matorra es.

Todos guardaban silencio.

¿Qué podian decir?

Ante aquel terrible misterio de la muerte, la vida hacia una pausa; habia un corto intervalo en el mecanismo de la existencia.

—Se instruirá un sumario—pensaba M. Prodder—y me l amarán á declarar. ¿Qué preguntas me harán?

Esta idea no acudió á su mente una vez, sino que le asediaba sin cesar.

El honrado marino se hallaba trastornado en aque la noche misteriosa.

Se habia cambiado el curso de su vida.

Habia ido á Mel ish para repres ntar un modesto papel en un pequeño drama doméstico de amor y confianza, y se encontraba en med o de una tragedi , en un misterio horrib e de odio, de secreto y de asesinato, en un laberinto terrible en el cual no veia sa ida posible.

B illaba una débil luz en la ventana baja del pabellón, un debil rayo que centelleaba como una piedra preciosa bajo una cuna de enredaderas y clemátides.

La puerta cel jardin estaba cerrada, pero sujeta tan solo por un pesti lo.

Los que l'evaban el cadáver se pararon antes de entrar en el jardin, y el juez rural se acercó á John Mellish para preguntarle:

—¿Habita en el pabellón a'gún otro criado?

—Si,—respondió John—el picador tenia por criado á un tal Hargrav s qne habia servido antes en mi casa.

— Habrá sido él sin duda quien ha encendido esa luz —dijo el juez.—Esperad aquí hasta que vuelva,—añadió hablando con los que llevaban el cadáver.

XVII.

Willian Dork encuentra indicios

La puerta no estaba cerrada por dentro y el juez la abrió sin hacer ruido y entró.

Ardía una lamparilla sobre la mesa, y se veian junto á la luz una botella de aguardiente y un vaso, pero el aposento estaba desierto.

El juez rural se quitó los zapatos y tubió por la escalerilla al piso superior.

Este se componía de dos aposentos; uno, bastante espacioso y cómodo y cuyas ventanas daban sobre un pequeño patio, y otro, más reducido y sombrío, y cuyas paredes se alzaban junto á la verja que separaba el parque de la carretera.

El aposento más espacioso estaba desierto; pero estaba entornada la puerta del otro aposento, y el juez, parándose para escuchar, oyó la respiración regular de una persona profundamente dormida.

Dió un golpe en el tabique de tablas.

—¿Quién va? preguntó la persona que estaba dentro, levantándose de la cama.—¿Sois vos señor Conyers?

—No.—respondió el juez.—Soy yo, Willian Dork, de Lite Moslingham. Salid, tenemos que hablar.

—¿Ha sucedido alguna desgracia?

—Sí, salid.

Hargreves murmuró algunas palabras para decir que saldría cuando acabara de vestirse.

El juez miraba desde la puerta y espiaba al idiota que buscaba la ropa.

Tres minutos después salió Steeve Hargraves.

— Responded á lo que voy á preguntaros,—dijo M. Dork bajando la escalera con el idiota y haciendo que vo viera la cara hacia los débiles rayos de la lamparilla.—¿A qué hora ha salido vuestro amo?

—A las siete y media,—respondió el idiota en voz baja;—daba la media cuando salía.

—A los siete y media,—repitió M Dork;—¿y no habeis vuelto á verle después?

— No; dijo que se retiraría tarde y que no tenía que esperarle. Estaba furioso ayer noche porque le habia esperado. ¿Le ha sucedido alguna cosa?

M. Dork no se dignó contestarle, abrió la puerta y dijo á los que esperaban;

—Podeis entrar.

Llevaron su lúgubre carga al aposento donde algunas horas antes James Conyers estaba tranquilamente sentado, bebiendo y fumando.

M. Morton, el cirujano de Meslingham, la aldea más inmediata, llegó en el momento en que entraban el cadáver, y mandó colocar un colchón sobre dos tablas.

Depositaron en el colchón el cadáver, y se reunieron en torno de él el coronel Maddison, los criados, M. Dork y el cirujano.

—Hace cerca de un cuarto de hora que está muerto,—dijo éste después de un rápido exámen —Ha recibido la bala por detrás y no ha penetrado hasta el corazón, porque en tal caso no hubiera habido hemorragia, Ha espirado después de recibir el balazo, pero la muerte ha debido ser casi instantánea.

Antes de proceder al exámen, el cirujano había ayudado á M. Dork á quitar al muerte la levita y el chaleco.

Las solapas del chaleco estaban empapadas en la sangre que habia brotado de la herida :

M. Dork examinó la levita y el chaleco para descubrir una prueba, por insignificante que fuese que pudiera explicar el misterio del asesinato.

Volvió, pues, los bolsillos, de las dos prendas de ropa.

En uno de los bolsillos de la levita había algunas monedas de plata y cobre y una llave, y en otro una bolsa con tabaco, una lista de apuestas sobre caballos

y una pipa rota, pero ennegrecida por el uso y el jugo del tabaco.

En uno de los bolsillos del chaleco se encontró el reloj de plata del difunto atado en una cinta manchada de sangre.

En todos estos objetos no habia nada que pudiera arrojar la más débil luz sobre el misterioso crimen.

El coronel Mandison se encogió de hombros al ver que M. Dork colncaba ssbre una cómoda siruada en el extremo opuesto del apcsento el reloj y las escasas mouedas del difunto,

—Me parece—dijo el coronel,—que lo que ha sucedido es muy facil de explicar. Este infeliz era nuevo en la casa, y queria desempeñar con conciencia su cargo, como lo haría sin duda en la casa que habia servido antes. Los cazadores y vagos estaban acostumbrados á hacer lo que querian en Me lish Park, y no veian de buen ojo el rigorismo de ese joven. Habrá querido sin duda hacer el papel de tirano, ha tropezado con un ratero de peores intenciones que los demás de su ralea, y he aquí lo que ha ganado el infeliz con su excesivo rigor.

El coronel Maddison, en memoria de los años que habia pasado en la India, no tenía gran respeto al rayo de luz misterioso que ilumina el templo humano.

Si un hombre se convertia en es orbo para los demás era evidente para él que éstos pensarían en darle muerte,

Tal era la teoría sencillísima del so'dado, y después de emitir esta opinión respecto á la muerte de Conyers

salió del pabellón y estaba pronto á volver á la quinta con John Mellish para apurar otra botella de Jerez ó de Oporto.

M. Dork, en pié cerca de la bujía que habían encendido poniéndola sin más ceremonia en el cuello de una botella, tenia aún el chaleco en las manos y lo miraba por todos lados, porque al vaciar los bolsillos había tocado en el interior una cosa parecida á un papel doblado, pero sin poder descubrir al momento en dónde estaba.

No tardó en lanzar una exclamación de sorpresa, porque acababa de encontrar la solución de la dificultad.

El papel estaba cosido entre el forro y la tela del chaleco.

Habia hecho este descubrimisnto examinando la costura en la cual se veia una parte hecha muy mal y con hilo de color diferente.

Abrió esta parte de la costura y sacó el papel, el cual estaba tan empapado en sangre, que no pudo M. Dork descifrar una sola línea de lo que había en él escrito.

– No diré nada, y lo guardaré para enseñarlo al juez de instrucción. Estoy seguro de que él lo leerá mejor.

M. Dork volvió á doblar el papel y lo guardó en una cartera de cuero.

El cirujano no teniendo nada que hacer, se preparó á salir del aposento donde estaban aún los criados,

como si les doliese alejarse del difunto, sobre el cual habian extendido la manta de la cama.

El idiota habia asistido con calma á esta lúgubre escena, espiando uno tras otros los rostros de las personas reunidas al paso, pero sin otra variación en su fisonomía que una palidez más marcada de lo ordinario.

Nadie le miraba ni reparaba en él.

Tampoco volvieron á preguntarle después de haber dicho la hora en que habia salido su amo; si alguno le encontraba en e camino, le apartaba con desprecio, si hablaba nadie le prestaba atención.

El cadáver era el personaje principal de aquella lúgrube escena.

En él se fijaban las miradas pavoridas, de él se hablaba en voz baja, y á él, únicamente á él, concernían todas las preguntas, suposiciones y conjeturas.

John Mellish se acercó al pabellón para hacer algunas preguntas.

—¿Qué habeis encontrado, M. Dork?

—Nada de particular.

—¿Nada que pueda aclarar este misterio?

—Nada.

—¿Regresais á Doncastre?

—Sí, es forzoso que me retire al momento. Si os dignáseis dejar aquí á alguien para vigilar...

—Sí, se quedará uno de los criados.

—Muy bien; únicamente voy á apuntar los nombres de los testigos que han de ser interrogados en el

sumario, y mañana temprano daré parte al magistrado.

—¿Los testigos? ¡Ah! sí, es cierto.

—Este hombre—dijo M. Dork—se llama Hargraves, según creo; le necesitamos porque es el último que vió al picador en vida. También necesitaremos la declaración del caballero que ha encontrado el cadáver y la del joven que ha oido el disparo. El caballero que ha descubierto el cadáver es el testigo más importante y voy á hacerle en el acto algunas preguntas.

John Mellish se volvió creyendo encontrar M. Prodder á su lado donde estaba algunos mintos antes.

Se acordaba exactamente de haber visto allí al capitán, pero en la confusión en que se hallaba no podía acordarse á punto fijo en donde le habia visto por última vez; quizás hacia cinco minutos tan solo, quizás habia trascurrido un cuarto de hora.

Era tanto el horror que le causaba la catástrofe de aquella noche, que no tenía ya conciencia del tiempo y le parecía que habia permanecido horas enteras en el jardín al lado de Reginaldo Lofthouse escuchando el rumor de las voces que salían del pabellón y aguardando para ver el fin de tan terrible aventura.

M. Dork buscaba por todas partes al resplandor de la luna, y le contrarió sobre manera la desaparición de Samuel Prodder.

—¿A dónde habrá ido?—exclamó moviendo la cabeza.—Es preciso que comparezca ante el magistrado. ¿Qué dirá M. Hayward cuando sepa que se he dejado partir?

Nadie contestó; habia aparecido tan misteriosamente como si brotase del centro de la tierra para esparcir la confusión y el terror con la noticia que traia.

Uno de los criados se acordó de que el joven que le acompañaba era Bill Jarvis, uno de los mozos del «Gran Ciervo», y que le habia mandado que fuera á esperarle con el coche en la verja del norte.

M. Dork corrió inmediatamente hácia la verja, pero no encontró vestigio algnno del coche, del caballo ni del mozo.

Samuel Prodder se habia aprovechado sin duda de la confusión para huir.

—Si me haceis el favor de prestarme un caballo y un coche—dijo William Dork, —me llegaré hasta Doncastre y veré si ese hombre está en el «Gran Ciervo». Nos es indispensable su declaración.

John Mellish accedió gustoso, y dejando uno de los grooms en el aposento del muerto en compañía de Steeve Hargraves, y dando las buenas noches al cirujano, se retiró con Dork, el coronel y el rector.

Las doce de la noche daban en el reloj de Doncastre cuando salieron del bosque.

—Desearía que no dijéramos nada á las señoras sobre este lamentable suceso,—dijo John.

—En efecto, amigo mio—respondió el coronel;—mi hija no puede reprimir las lágrimas cuando oye hablar de estas cosas;

John Mellish hacía muy poco caso de la desaparición del capitán Prodder.

No quería sin duda declarar como testigo y habia partido.

Ni siquiera sabia su nombre, y solo le conocia por haber sido el mensajero de la noticia que le habia conmovido hasta el fondo del alma.

¿Quién habia asesinado á aquel hombre pobre y obscuro?

¿Quién podía haber tenido motivos para cometer el crímen?

Un sudor frio bañaba su frente.

¿Quién habia cometido el crimen?

No era obra de un rarero, no; el buen Maddison, que no estaba en antecedentes, podia explicarlo de una manera tan sencilla, pero John Mellish sabia que no acertaba.

Solo hacía una semana que estaba James Conyers en su casa; no habia tenido tiempo ni ocasión para crearse enemigos, y era un perezoso que hubiera dejado matar toda la caza del bosque sin dar un paso para impedirlo.

Pues ¿quién habia perpetrado el crimen?

Una sola persona tenia motivos para querer desembarazarse de aquel hombre, una persona que arrastrada por la desesperación, cogida tal vez en algún lazo infernal tendido por un miserable, sin esperanza de salvarse, acosada en un momento de delirio, habia podido...

No, ante todas las pruebas que pudiera ofrecer la tierra, ante toda razón, todo fallo, todo recuerdo, diría como en aquel momento:

—¡No, es inocente... es inocente!

Había sostenido la mirada de su esposo, el puro brillo de sus ojos había lanzado sobre él un torrente de luz que había penetrado hasta su corazón, y le había creído. .

—Y la creeré siempre,—pensaba—y aunque todos los seres del mundo reunieran sus voces en un clamoreo acusador, la defendería y les diría que mienten.

Aurora y la señora Lofthouse se habían dormido en dos sofás colocados uno enfrente de otro.

Mistress Powell se paseaba esperando y prestando oído al más leve rumor; esperaba el momento decisivo en que la ruina caería sobre la casa de sus amos.

Aurora se levantó bruscamente al ruido de los pasos de su marido que entraba en el salón.

—¡John, gracias á Dios que has vuelto! exclamó corriendo hacia él y apoyando las manos en el hombro.—Cuéntamelo todo John, cuéntamelo todo. No es una desgracia cualquiera; ese hombre herido...

Sus ojos se iluminaron; miraba con un reflejo de inteligencia que decía claramente: «Adivino lo que ha sucedido.»

—Sí, está herido de gravedad, Aurora,—respondió tranquilamente su marido.

—¿Quién es ese hombre?

—El picador que me recomendó Pastern.

Aurora le miró fijamente durante algunos momentos sin pronunciar una palabra.

—¡Ha muerto!—dijo después de esta breve pausa.

— Si.

Su cabeza cayó sobre su pecho, y fué lentamente á sentarse en el sofá.

— Lo siento por él—dijo, —pero no era un hombre digno de lástima. Siento que no haya tenido tiempo de arrepentirse de sus faltas.

—¿Le conocíais acaso?—preguntó la señora de Lofthouse que quedó consternada al oir la noticia de la muerte dol picador.

—Sí, habia estado al servicio de mi padre hace algunos años.

El carruaje de M. Lofthouse esperaba desde las once y la mujer del rector se apresuró á dar las buenas noches á sus amigos y á alejarse cuanto antes de Mellish Park y de aquellos siniestros acontecimientos.

Aunque el coronel Maddison hubiera preferido quedarse á fumar otro cigarro y discurrir en tanto sobre el asesinato con John Mellish, tuvo que someterse ante la autoridad de su hija y subir á la carretela qne podía estar cerrada ó descubierta, según la conveniencia de su dueño.

Cuando partió el coronel los criados cerraron las puertas del vestibulo y coutinuaron hablando en voz baja en los corredores y las escaleras, hasta que John y Aurora so retiraron á descansar.

Todo estaba tranquilo en el salón donde los convidados habian dejado á John y á Aurora acariciando con libertad esos espectros repugnantes que se ocultan delante de los extraños.

John Mellish se paseaba de un extremo á otro del sa'ón.

Aurora miraba como caia la cera derretida de las bujías puestas en los candelabros.

Mistress Powell, con el bordado arreglado con esmero particular, arreglaba las agujas y el hilo con tanta co'ma como si no se hubiese perpetrado nunca ningún asesinato en el mundo, y como si no hubiera en la vida ocupación más grave que bordar dibujos muy complicados en un pañuelo de muselina.

—Siento en el alma que hayais salido en tal momento señora,—dijo la viuda—y que, como imagino según la direción que habeis tomado al sa ir de casa, os hallariais cerca del sitio en que ha sido asesinado ese desgraciado jeven. Y o siento sobre todo porque tendreis que comparecer ante el tribunal.

—¡Comparecer ante el tribuna! —exclamó John Mellish levantándose bruscamente y fulminando terrib'es miradas á la melosa viuda —¿Quién dice ¡que mi esposa tendrá que comparecer ante el tribunal?

—Creia... me parecia probable... que...

—Hubiera valido más que no hubiéseis creido tal cosa, señora—añadió John con aspereza,—Mi esposa no comparece á.¿Quién exigirá que lo haga? ¿quién querrá exigirselo? ¿qué tiene que ver ella con lo que ha sucedido esta noche? ¿qué más sabe ella que vos, yo ú otra persona de la casa?

Mis ress Powel! se encogió de hombros.

—Creia que habiendo conocido en otro tiempo á ese desgraciado joven, la señora podría enterar al tribu-

bunal de su carácter y sus defectos,—añadió con tono meloso:

—¡Habiéndole conocido! -repitió John.—¿Qué relación qaereis que tuviera Aurora con un criado de su casa? ¿Qué interés podia tener en averiguar su carácter ó sus defectos?

—Cálmate John,—dijo Aurora tocándole con la mano en el hombro.—¿A qué, viene ese arrebato? Si me llaman como testigo, diré lo que sé acerca de la muerte de ese hombre; todo lo que sé se redace á haber oido un tiro mientras estaba en el parque.

Mistress Powell se levantó, se dirigió hacia la puerta, y al elegir una luz volvió el rostro para dar las buenas noches á sus amos,

—Estoy segura de que necesitais descansar después de un suceso tan terrible,—dijo—y os doy ejemplo. Es cerca de la una. ¡Buenas noches!

—¡Gracias á Dios que se fué! —exclamó John cuando se cerró la puerta y se quedó solo con su esposa.—Odio á esa mujer, Aurora y no pnedo sufrir que esté más tiempo en mi casa.

—Querido John —dijo Aurora después de unos momentos de silencio;—¡qué felices hemos sido durante un breve erpacio de tiempo! ¿Cuánto tiempo hemos sido felices, querido John?

—Siemdre, hija mia, siempre.

—No, no,—dijo Aurora—muy poco tiempo. ¡Qué horrible fatalidad nos ha perseguido! ¡qué maldición tan espantosa ha caido sobre mí! La cólera del cielo

me castiga por mi tenacidad. Ese hombre ha venido aquí...

Temb aba todo su cuerpo.

Joh› la condujo á su cuarto y 'a confió á los cuidados de su doncella.

—Vuestra señora está muy agitada por lo que ha sucedido esta noche,—dijo á l› joven,—cuidadla mucho.

El dormitorio de Aurora comunicaba con otra habitación donde John tenia costumbre de leer los periódicos, especialmente los que tratab›n de caballos y de caza.

Al entra en ella aquella noche, John Me lish sentía con más amargura sus penas al recordar los venturosos dias pasados.

La lámpara puesta sobre el escritorio forrado de ante, alumbraba suavemente los marcos de los cuadros entre 'os que se destacaba el del retrato de Aurora.

Aque'la noche contemplaba el retrato con tristeza preguntándose si Aur ra y él podríau ser en adelante felices; si aquella nube sombría, misteriosa y amenazadora desaparecería de' horizonte de su vida y dejaría percibir un porvenir claro y brillante,

—No he sido bast›nte bueno,—pensaba;—me he dejado embriagar por mi felicidad y no he correspondido á ella. ¿Quién soy yo para haber conquistado á la mujer que amo? ¿No hacen otros el sacrificio de los deseos más queridos de su corazón? ¡Qué indolente he sido! ¡Y qué ciego soy, qué ingrato, que indigno de ella!

John se tapó la cara con las manos.

Se arrepentía de la vida de indiferencia feliz que había arrastrado durante treinta y un años; ¡se despertaba sobresaltado al caer el rayo que hacía desmoronar el edificio encantado de su dicha, dejando tan solo los cimientos, y en su ingénua senci lez, buscaba en su propia vida la causa de la ruina que le había sepultado.

XVIII.

El Leon de Oro.

M. Willian Dork llegó á Doncastre á la una y cuarto de la mañana y se dirigió al «Gran Ciervo».

Las puertas de esta posada estaban cerradas hacia dos horas, y únicamente recurriendo á la fuerza de su autoridad consiguió M. Dork que le abriesen y que se levantase de la cama el posadero.

Se encontró al mozo que habia conducido á M. Prodder después de buscarle por pajares y caballerizas largo rato, y este joven bajó medio dormido y bambo eandose como un hombre ébrio, á contestar á las preguntas del representante de la autoridad.

Habia conducido al marino, cuyo nombre ignoraba, directamente á la estación de Doncastre, llegando á tiempo para partir con el tren de las doce y cincuenta minutos. Se habia separado del viajero en la puerta de la estación, tres minutos antes de la salida del tren.

Esto es lo único que pudo averiguar M. Dork.

A haber sido uno de los astutos empleados de la policía de Londres, hubiera tomado sus medidas para prender al fugitivo en la primera estación en que debia pararse el tren, pero como era un sencillo funcionario rural, se coutentó con rascarse la cabeza y mirar al posadero del «Gran Ciervo» expresando su confusión y su disgusto.

—¡Vaya si tenía prisa ese buen hombre!—decía con tristeza.—¿Porqué habrá partido tan pronto!

El mozo que le habia acompañado no podía contestar á esta pregunta.

Lo único que sabia era que el marino le habia prometido medio soberano si llegaba antes de la salida del tren y que habia ganado la propina.

—Bien; no tiene nada de extraño,—dijo M. Dork bebiéndose la copa de ron que habia pedido.—Habreis de comparecer mañana, y podreis decir lo mismo que el viajero, porque estabais lejos del viajero cuando descubrió el cadáver. Tendreis que presentaros y declarar cuando se instruya el sumario. No sé si será hoy mismo, porque no hay tiempo para avisar al magistrado.

M. Dork apuntó el nombre del mozo en la cartera

y el posadero aseguró que comparecería cuando le llamasen.

El agente de autoridad salió de la pasada después de beber otra copa de ron y de dar un pienso al caballo de M. Mellish.

Volvió rápidamente á la caballeriza de la quinta, entregó el caballo y el carrnaje al mozo que le esperaba, y se retiró á la modesta casa que ocupaba en la aldea de Meslingham situada á una milla del cercado del parque.

Apenas sé cómo describir el largo y triste dia que siguió á la noche del crímen.

Aurora parecía como atontada, no podía levantar la cabeza de la almohada que la sostenía, apenas tenía fuerzas para abrir los párpados que protegían sus adormecidos ojos.

No estaba enferma, ni parecía estarlo, pero permanecía tendida en el sofá de su tocador, vigilada por su doncella y visitada á intervalos per John que vagaba de un lado á otro por la casa y el parque, hablando con todo el mundo, diciendo siempre lo mismo, esto es, qué aquel suceso era un horrible misterio y que deseaba ver terminado pronto el sumario.

Vinieron á visitarle amigos de veinte millas en contorno, porque la noticia habia circulado con rapidez durante aque la mañana, amigos que venían á dar el pésame y la seguridad de sus simpatías.

Las preguntas, las conjeturas y las manifestaciones de asombro de tod esta gente, eran bastantes para

volver loco al hombre menos susceptible, pero John las escuchó con paciencia.

Nada podía decirles, á no ser que el suceso era tan misterioso para él como para ellos y que no tenía esperanza alguna de encontrar la solución de aquel enigma.

Todos se dirigíau la misma pregunta:

—¿Tenía alguna persona motivos para asesinarle?

¿Qué podia contestarle?

Hubiera podido decirles que si veinte personas tenian motivos para asesinar á James Conyers, era muy posible que ninguna de ellas hubiera cometido el crímen, y sí otra vigésima primora que no tenia motivo alguno.

Esta clase de argumentos que apoya una hipótesis cualquiera sobre una serie de probabilidades, puede conducir con frecuencia á deducciones erróneas.

John Mellish no se esforzó en sostener este tema; estaba muy abatido, muy afectado y tenia vivisimos deseos de ver terminado el sumario y verse él libre de partir con Aurora de aquella quinta que le parecia odiosa desde entonces.

—Si, hija mia,—decia á Auro a inclinándose hacia ella,—te llevaré al mediodía de Francia cuando sé haya terminado este proceso, te alejaré del teatro de todos estos recuerdos penosos, de todos los disgustos pasados y volverá á principiar nuestra vida.

—Dios quiera que podamos hacer lo que dices, John —respondió Aurora con gravedad.—¡Ah! querido John no puedo decirte que siento la muerte de ese hombre,

pero si hubiera muerto dos años antes, cuando creí que habia muerto, ¡cuántas penas me hubiese evitado!

Durante aquella tarde tan larga y triste John Mellish se dirigió una vez al pabellón de la puerta del norte; no podia resistir al deseo de ver al inanimado cadáver del hombre cuya presencia le habia causado tantas vagas inquietudes, tantos terrores instintivos.

Encontró al idiota apoyado en la verja del jardin y á uno de sus criados sentado en la puerta del aposento del difunto.

—El sumario principiará mañana á las diez en el «León de Oro»—dijo John á los dos hombres.—Tú, Hargraves, serás llamado como testigo.

Entró en el obscuro aposento.

El groom, adivinando el objeto de la visita de su amo, levantó sin decir una palabra el lienzo que cubría la cabeza de Conyers.

Aquel cuerpo que carecía en vida de un alma cuyos rayos se hubiesen reflejado en él, encontraba su nivel en la muerte.

El alma indigna habia partido, y la perfección física que quedaba habia perdido la única mancha que le afeaba.

John Mellish contempló durante largo rato aquel rostro de mármol.

—¡Pobre hombre!—pensaba el excelente, el noble John;--es triste morir tan joven. Quisiera que no hubiese venido aqui; quisiera que Aurora me hubiese dejado en libertad para hacer con este hombre un trato para que guardase su secreto... ¡Su secreto!... El secre

to de su padre probablemente... ¿Qué secreto podía ser? ¿Cómo es que lo poseía un groom? Será tal vez un negocio de comercio... alguna transacción mercantil de Archibald Floyd que hizo caer al anciano en poder de su criado. Tan solo mi generosa Aurora era capaz de tomar sobre sus hombros esta carga y llevarla con valor al través be todos los obstáculos.

Hé aquí cómo discurría John sobre el secreto que le separaba de su esposa.

——

A la mañana siguiente se abrió el sumario en un mesón de la carre era, situado á un cuarto de milla de la puerta del norte.

Era una casa tranquila, faecuentada únicamente los dias de mercado por los campesinos que iban á Doncastre y á las aldeas que hay entre esta ciudad y Meslingham.

El magistrado y los jurados abrieron la audiencia en una sala sin muebles donde los parroquianos del «León de Oro» jugaban á los bolos en los dias de lluvia.

El cirujano, Steeve Hargraves, Jarvis, el Mozo del «Gran Ciervo», William Dork y M. Melish eran los únicos testigos llamados. pero se hallaban también presentes el coronel Maddison y M. Lofthouse.

Ocuparon muy poco tiempo las preguntas relativas á las circunstancias de la muerte de Conyers.

Nada resultó del exámen de los testigos que pudiera conducir á la aclaración del misterioso asesinato.

John Melish, que fué el último á quien interrogaron respondió con decisión y laconismo á las preguntas

que le hicieron; hubo sin embargo una á la cual le fué imposible contestar, aunque era muy sencilla.

M Hayward, el magistrado, deseando saber todo lo que en la historia del difunto podia conducir eventualmente al descubrimiente del asesino, preguntó á John Mellish si su picador era casado ó soltero.

—No puedo contestar á esa pregunta,—dijo John—pero creo que era soltero, porque ni él ni M. Pastern que me lo recomendó, me han dicho lo contrario. Si hubiera estado casado. supongo que hubiese venido á mi casa con su mujer. Mi picador Langley era casado cnando entró en mi servicio, y su mujer y sus hijos ocuparon la habitación que hay sobre mis caballerizas durante algunos años.

—¿Creeis, pues, que James Conyers era soltero?—dijo el magistrado.

—Sí.

—¿Y sois de opinión de que no tenía enemigos en las rercanías?

— Me parece casi imposible.

—¿A qué causa atribuis, pues, su muerte?

— A una desgracia: no puedo explicármela de otro modo. El camino que atraviesa el parque sirve de paso público, no ignorais que el pais está infestado de cazadores rateros. Eran más de las diez cuando se oyó el tiro, y me imagino que disparó contra él algún cazador equivocándole con otro objeto en la obscuridad.

El magistrado movió la cabeza y dijo:

—Olvidais, Sr. Mellish, que la herida que causó su muerte no era la que hace ordinariamente la bala de

una escopeta. El disparo que se oyó fné el de una pistola y el picador ha sido muerto con una bala de pistola.

John Mel ish guardó sjlencio.

Habia dicho de buena fé cuál era su impresión relativamente á la causa de la muerte de Conyers, porque se habia olvidado de los detalles secundarios del terrible acontecimiento en el horror y la confusión de los dos últimos dias.

—¿C. noceis á alguno de vuestros criados que sea capaz da cometer una violencia de esta clase?—preguntó el magistrado.—¿Teneis en vuestra casa alguno que sea de dn carácter vengativo?

– No,—respondió John con tono resuelto,—puedo responder de mis craidos como de mí propio. Si ninguno de ellos conocía á ese hombre, ¿qué motivos podían tener para desear su muerte?

M. Hayward se frotó la barba y pareció reflexionar.

—Habeis hablado de un picador anciano é imposibilitado, Sr. Mellish—dijo,—y me consta que la plaza de picador en vuestra casa es muy lucrativa porque un hombre económico puede ahorrar mucho dinero aparte de los gajes y las propinas con un amo como vos. Ese hombre podia estar enojado por verse reemplazado por el difunto y jurar odio á muerte á su sucesor.

—¡Langley!—exclamó Mellish,—es el hombre màs honrado que he conocido. Habe's de saber que él mismo renunció á su empleo y que cobra el salario de

picador aunque está jubilado. El pobre hombre está en cama desde la semana pasada.

—¿Es decir qne no podeis darnos ninguna aclaración sobre este asunto.

—Ninguna. He escrito á M. Pastern, en cuyas caballerizas ha estado empleado el difunto, contándole todas las circunstancias de la muerte del picador y suplicándole que me envíe todos los datos que posea sobre su vida anterior. Espero contestación por el correo de mañana, y tendré una satisfacción en comunicárosla.

Antes del interrogatorio los jurados habian estado en el pabellón del norte donde vieron el cadáver de Conyers.

Estos eran labradores y tenderos que se lamentaban del tiempo que les hacían perder y estaban prontos á aceptar la solución que mejor pareciese al magistrado.

Se apresuraron, pues, á volver al «León de Oro», escucharon con deferencia las diversas declaraciones y el resúmen de M. Hayward, y después se retiraron á un aposento inmediato donde deliberaron durante cinco minutos, y salieron con una decisión que M. Hayward tradujo diciendo que era un veredicto de asesinato premeditado contra una ó varias personas.

Casi no se acordaron de la desaparición del hombre que habia ido á la quinta á anunciar la noticia del crímen, ni á nadie le ocurrió que la declaración de este testigo podria arrojar un rayo de luz sobre el asesinato.

El capitán mercante estaba hablando con el mozo del «Gran Ciervo» cuando se oyó el tiro y por consiguient no era el asesino y por significativa que fuera aque la fuga precipitada á los ojos inteligentes de la policía, ninguno de los agentes que se hallaban en la audiencia le daba grande importancia.

Ni una sola vez se habia pronunciado el nombre de Aurora durante aquella breve audiencia.

John Mellish exhaló un largo suspiro y respiró con libertad cuando partió para la quinta.

Todo habia terminado.

El misterio de la muerte y el secreto de la vida iban á ser sepultados pacíficamente con el cadáver del picador, y John Mellish era libre de levar á su mujer á donde quisiera.

—La alejaré de aquí y cuando nos separen millas y millas de agua azul, del sitio donde está sepultado este secreto, me postraré á sus plantas y la suplicaré que me lo revele.

Estaba cerca de la puerta del parque cuando oyó una voz extraña y ahogada que le llamaba.

Volvió el rostro y vió al idiota que le seguia corriendo.

—¿Qué sucede?—le preguntó John.—¿Qué pucres?

—El magistrado y M Lofthouse, que están aún en el «León de Oro», quieren hablaros—respondió Hargraves casi sin aliento.

—¿De qué se trata?

—No lo sé, señor. Me han enviado para deciros que volviérais.

—Sí, sí, voy—respondió John vagamente.

Cuando Steeve lo vió desaparecer dijo:

—Sé lo que han descubierto y sé también lo que quieren. Estaré ausente durante largo rato y puedo por lo tanto irlá contárselo todo. ¡Qué contenta se pondrá cuando lo sepa!

Y se frotaba las manos y se reia haciendo contorsiones que aumentaban su fealdad.

XIX.

¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¡Mi mujer!

El «Leon de Oro» habia recobrado su habitual tranquilidad cuando entró John Mellish.

Los jurados se habian retirado à sus diversas ocupaciones llenos de alegría por haber salido tan pronto de la audiencia; los campesinos que habian acudido á la puerta del mesón para saber el resultado del proceso, se habian dispersado también y hasta el posadero se sentaba á la mesa con su mujer y su familia en la cocina.

El digno posadero dejó el cuchillo y el tenedor cuando John entró en el mesón y suspendió su comida para recibir á un personaje tan distinguido.

—M. Hayward y M. Lofthouse están en el café; quereis tomaros el trabajo de venir por aquí?

Abrió la puerta de una sala amueblada con mesas de nogal y adornada con media docena de cuadros que representaban las carreras de caballos de Doncastre, la gran carrera entre «Cazador» y «Flyning Dutchmann», así como otros acontecimientos que habian tenido cierta celebridad.

El magistrado estaba sentado en el extremo de una de las largas mesas y M. Lofthouse en pié á su lado.

William Dock esperaba en la puerta con rostro inquieto.

También M. Hayward y M. Lofthouse estaban muy pálidos.

Una mirada bastó á John para ver todo esto y alguna sosa más; un cubo de agua teñida en sangre y una hoja de papel mojado que M. Hayward tenía en la mano.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me habeis enviado á llamar?—preguntó John.

—Sentaos, señor Mellish, sentaos un momento —dijo el magistrado.— Os he enviado a llamar... de acuerdo con M. Lofthouse y por consejo suyo, pues como ministro y padre de familia ha creido que debia hacerlo.

Reginaldo Lofthouse tocó con la mano el hombro del magistrado como para advertirle alguna cosa que se le olvidaba.

M. Hayward se paró un momento, tosió para acla-

rar la voz, y después continuó hab ando, pero con voz alterada.

—He reprendido á Wi lian Dork por una infracción de su deber, que puede haber sido sin embargo casual según dice.

—Es la verdad M. H yward,—repuso Willian Do'k con sumisión.—Si hubiera sabido..,

— E' caso es el siguiente, Sr. Mellish. En la noche del asesinato, Dork, al examinar la ropa del difunto, encontró un papel que habia escondido el desgraciado joven entre el forro y la ela del cha'eco. Este papel estaba tan impregnado de sangre que fué imposible descifrar una sola palabra del escrito. Ignoraba por consiguiente la importancia de este papel, y la precipitación y la confusión de los deberes que ha tenido que cumplir en estos dos últimos dias, se ha olvidado de presentarlo para unirlo á los autos. Ha registrado su cartera casi inmediatamente después de haber dado su fallo el jurado, y esta circunstancia le ha traido á la memoria que guardaba dicho papel. Así, pues, ha venido en el acto á encontrarmen y pedirme consejo acerca de este descuido involuntario, he examinado el papel, he lavado en parte las manchas de sangre que impedian leerlo y he llegado á descifrar su contenido.

—¿Luego es importante ese papel?—dijo John que se habia sentado á cierta distancia de la mesa con la cabeza inclinada hacia el magistrado, con la mano apoyada en el respaldo de la silla y moviéndose con agitación nerviosa.

La lentitud afectada de M. Hayward le tenía en ascuas.

¿Por qué le habian llamado?

¿Qué papel era aquel?

¿Qué interés podía tener para él?

—Sí,— respondió el magistrado,—este documento es de suma importancia. Se lo he leido á M. Lofthouse para pedirle su consejo, únicamente á él, á quien he supicado que no se retirase hasta que viniérais, así como á Dork para que os dijera cómo habia encontrado este papel y po qué no lo ha presentads.

—No tengo interés alguno en saberlo,—dijo John alzando la cabeza y mirando alternativamente al magistrado y á Lofthouse.—¿Qué relación puede tener conmigo este dapel?

—Siento deciros que os interesa más de lo que os imaginais, señor Mellish—respondió con dulzura el rectos.

Esta dulzura puso fuera de sí á John.!

¿Qué derecho tenían aquellos hombres para hablarle como lo hacían?

¿Por qué bajaban la voz y le hablaban con el tono meloso de que se sirven los mensajeros de malas noticias?

¿Por qué le lanzaban miradas de interés y de compasión?

—Enseñadme ese papel si tanto me interesa,—dijo John con indiferencia.—¡Cielos! ¿qué nueva desgracia me amenaza? ¿Qué torbellino de dolores se desencadena sobre mí para lanzarme al abismo?

—¿No deseais saber cómo llegó á manos de Dork este papel?—preguntó el magistrado.

—¡No, no!—exclamó John con furor;—lo único que quiero es verlo.

Y designaba al hablar el papel manchado de sangre que M. Hayward tenia en la mano.

—Podeis retiraros, M. Dork,—dijo el magistrado con amabilidad,—y sobre todo no hableis á nadie de este incidente. Es un negocio de interés puramente privado y que nada tiene que ver con el asesinato. No lo olvideis.

—Está bien, M. Hayward.

Willian Dork saludó respetuosamente á los tres caballeros y se retiró lleno de alegría por haber salido tan bien librado.

—Enseñadme ese papel dijo John que se acercó á la mesa en el momento de cerrarse la puerta.—Si tiene relación conmigo ó alguna parsona de mi familia, tengo derecho para verlo.

—No os negaré ese derecho,—respondió el magistrado con gravedad, entregando á John el papel.—Os suplico tan solo que me consideréis como un buen amigo.

—¡Dejadme!—exclamó John arrancando el papel de manos de M. Hayward.—¿No veis que estoy loco de impaciencia?

Se acercó á la ventana, y volviendo la espalda al magistrado y al rector examinó el papel que tenía en la mano.

Miró largo rato aquellas líneas borradas antes de

comprender su verdadera significación, pero al fin el sentido verdadero de aquel miserab e papel aparoció con c'aridad ante sus ojos y lanzando un grito ter.ible, volvió á caer en la sil'a.

– ¡Cielos! nunca me los hubiera figurado, nunca!

El magistrado y el rector guardaban silencio.

¿Qué podían decirle?

Las palabras de cariño no tenian poder al uno para calmar tan agudo dolor, y no hubieran hecho m is que enconar la angustia de su amigo; era preferible callar y respetar su do or.

—Señores,—dljo después de un largo rato de silen. cio—os doy mi pa abra de honor de que en la época en que la hija de Archibaldo Floyd consintió en nuest o enlace creía que ese hombre habia muerto.

Y descargó un vio en o puñetazo en la mesa y miró al magistrado y al tector con ademán de reto.

Y estrechando en su mano la hoja de papel salió de la sala y del mesón, pero no para volver á su casa.

Una sombría calle de árbo es que principiaba en la puerta del «León de Oro» conducia á nna espaciosa pradera que llamaba Hasper,s Comon.

John Mel ish se internó lentamente por la alameda y entró en e' prado.

El paisaje siniestro que se desp'egaba á sus ojos y y el c elo cubierto de pardas nubes qu se extendian sobre su cabeza parecían estar en comp'eta armonía con su dolor.

¡Pobre John Mellish! El mundo de lo pasado está

amontonado á sus piés, vé á lo lejos el lúgubre porvevir y llora á los que partieron y murieron.

Se reclinó sobre un árbol, sacó el papel ensangrentado, lo desplegó y lo leyó atentamente.

Era un certificado de casamiento.

El certificado de un casamiento que se habia celebrado en la iglesia de Douvres el 2 de Abril de 1856, entre James Conyers de Londres, *picador*, *hijo de* José Conyers, *cochero de plaza*, y de Susana, *su mujer*, y Aurora Foyd, hija de Archibado Foy, de Felden Woods, Kent, *banquero*.

XX.

La fuga de Aurora

Aurora se hallaba en el gabinete de su marido en la mañana del dia en que se reunió el jurado, entre las escopetas, los instrumentos de pesca, los látigos, las botas y todos los utensilios de un esportman.

Estaba sentada en un ancho sillón cerca de la ventana abierta, con la cabeza reclinada en los almohadones forrados de damasco y la mirada vagamente perdida en el jardin en dirección á la senda donde según todas las probabi idades volvería John Mellish del «León de Oro».

Habia desafiado abiertamente á mistress Powe'l ce-

rrando la puerta de aquel aposento tranquilo á las vu garidades corteses y sonrisas fingidas de la viuda.

El caduco Bow-wow estaba endido á sus piés con la enorme cabeza apoyada en sus rodi as, fijos en ella sus redondos ojos.

He dicho que estaba sola, pero no estaba sin compañeros; os negros pesares y las inquietudes corrosivas le hacían fielmente compañía y no se movian de su ado.

¿Hay compañeros más fieles que las penas y las miserias, huéspedes màs tenaces, amigos más infatigables?

La desgraciada Aurora estaba sola en medio de un océano de pesares, sin decidirse á tender las manos á los que la amaban, por el temor de arrastrarles con ella al abismo que se ab ia para devorarla.

—Si pudiera ser la única víctima de todas estas miserias,—decía para sí—creo que las sufriría todas sin quejarme; pero el baldón la desgracia y la angustia, pesarán sobre otros más que sobre mí. ¿Cuál será su amargura si llega á saber el mundo la locura sin nombre de los primeros años de mi juventud?

Estos otros en cuyo dolor y ba dón posib es pensaba era su padre y su esposo.

El amor que profesaba á John Mellish no habia disminuido en nada su cariño hácia un padre tan indulgente y á quien tan amargos pesares habia causado sin embargo con las locuras de su infancia.

Su corazón generoso era bastante vasto para estos dos santos afectos.

El dolor que le causaba la desgracia de su marido se duplicaba con la imágen del pesar de su padre, porque no podía dividir estas dos cosas en su carazón, y les amaba á ambos y padecía por ellos con una medida igual de amor y de dolor.

—Si se descubriera la verdad en el sumario, —pensaba no podría volver á ver jamás á mi marido, jamás podría mirarle cara à cara, huiría al fin de mundo y me ocultaría de él toda mi vida.

Había tratado de capitular con su destino, había intentado salvarse de la precisión de restituir toda su deuda y habia quebrado.

Habia hecho el mal para que resultase el bien, había engañado á John Mellish con la esperanza de que nunca se haría pedazos el velo de la decepción y de que la verdad permanecería oculta hasta el fin y para evitar al hombre que amaba un baldón y un dolor crueles; pero los frutos de esta semilla sembrada hacia tanto tiempo en los dias de su desobediensia. habian brotado en torno suyo y la rodeaban por todos lados, siéndole imposible abrirse una senda al través de las yervas nocivas que habian plantado sus propias manos.

Estaba esperando con la mirada fija en el reloj y apartándola para dirigirla solo á los jardines.

John Mellis habia salido á las nueve y eran ya más de las dos de la tarde; le habia dicho que el sumario duraria unas dos horas y que se apresuraría á volver para enterarle del resultado.

¿Qué habia sucedido? ¿qué preguntas le habrian he-

cho? ¿qué testimonio podría presentarse por una casualidad fatal que la comprometiera ó revelara su secreto?

Estaba como herida de estupor esperando su sentencia.

¿Cual sería?

¿La condenaría ó la absolvería?

Si su secreto no se descubría, si James Conyers bajaba al sepulcro con la historia de su casamiento, ¡qué alegría, qué consuelo para la desventurada joven cuya única falta habia consistido en creer que un malvado era un hombre de bien, la ignorante confianza de un niño pronto á aceptar un peregrino andrajoso por un noble proscripto ó un príncipe disfrazado.

Eran las dos y media cuando se estremeció al oir rumor de pasos en la calle de árboles.

Los pasos se paraban, continuaban y volvian á pararse.

Aapareció por fin enfrente de Aurora un rostro que odiaba, el rostro pálido de Hargraves.

El perro se levantó gruñendo y pareció que iba á lanzarse sobre la asquerosa cabeza del hombre que hacia el efecto de una gárgola esculpida en un edificio gótico, pero Aurora cogió al animal por el collar y lo contuvo.

—¡Silencio Bow wow!—dijo.—¡Aqui, quieto!

Y mientras lo contenia con una mano, lo acariciaba con la otra.

—¿Qué quereis?—preguntó volviéndose hácia Steeve con un ademán de helado desdén que le hacia pa-

recer á la mujer de Nerón desafiando á sus falsos acusadores.—¿Qué quereis? Vuestro amo ha muerto y no teneís excusa para venir aquí. Si olvidais de hoy en adelante que os han prohibido entrar en el parque, haré que M. Mellish os lo recuerde.

Tenía la mano apoyada en la ventana é iba á cerrarla cuando el idiota la detuvo diciendo:

—No vayais tan de prisa, porque tengo que hab'aros. Vengo de la casa donde se han reunido los jurados, y creo que nos os disgustará saber lo que ha sucedido. Vengo como amigo, aunque me pegásteis un dia á latigazos.

El corazón de Aurora latía tumultuosamente en su pecho oprimido.

¡Ah! ¡qué servicio tan pesado habia hecho aquel pobre corazón en poco tiempo!

¡Qué carga de hielo habia l'evado, qué horrible opresión de secreto y de terror habia gravitado sobre él, destrozando la esperanza y la tranquilidad de ánimo.

Un dolor causado por la impaciencia y la incertidumbre que torturaban su corazón la arrastraba á preguntarle cuál habia sido el resultado del proceso para recibir de sus labios su sentencia de vida ó muerte.

Ignoraba que aquel hombre hubiese descubierto su secreto, pero sabía que la odiaba y que estaba seguro de que le reconocía el poder que tenia de atormentarla.

Aurora irguió la cabeza con altivez y le lanzó una mirada de desconfianza.

—Vuestra presencia me es odiosa,—le dijo retiraos y dejadme cerrar la ventana.

El idiota se sonreia con descaro, y sujetando la hoja de la ventana con su tosca mano, introdujo la cabeza en el aposento.

Aura se levantó para alejarse pero el idiota asió con la otra mano su brazo que temblaba instintivamente al contato de aquella mano.

Repito que vengo á daros una noticia que os interesa mucho,—la dijo—y habreis de escucharme. He sido uno de los testigos, me he quedado hasta el fin y lo sé todo.

Aurora apartó la cabeza con repugnancia y trató de desprender el brazo.

—Dejadme—le dijo;—pagareis cara esta insolencia. cuando vuelva M. Mellish.

—No volverá tan pronto como os figurais dijo el idiota con insolente sonrisa.—po que ha ido otra vez al «León de Oro». El magistrado y M. Lofthouse le han enviado á buscar para decirle cierta cosa; cierta cosa que os concierne,— ñadió Steeve hablando al oido de Aurora.

—¿Qué quereis decir¿ - preguntó ésta mientras el idiota le sujetaba uno de los brazoos ¡y con la mano libre retenía ella al perro enfurecido.

—Quiero decir lo que quiero decir,—respondió Hargraves;—quiero decir que se ha descubierto todo, que lo saben, que han enviado á buscar á M. Mellish para

decírselo, para decirle lo que érais para ese hombre que ha muerto.

Un débil grito salió de los labios de Aurora.

Steeve habia asegurado su venganza.

—Se ha encontrado el certificado,—dijo el idiota después de soltar el brazo de Aurora;—lo llevaba consigo cosido en el forro del chaleco.

¡El certificado de su casamiento con el groom de su padre en poder de John Mellihs!

—¿Qué va á pensar de mí?—decía.—¿Me creerá si le digo que recibí la prueba evidente de la muerte de James Conyers un año antes de mi segundo casamieuto?

Un momento después dijo al idiota.

—¿Eso es todo lo que teníais que decirme. Retiraos, pués, para que cierre la ventana.

El idiota se retiró murmurando:

—Le he pagado en buena moneda; es el mejor medio de pagar esta clase de deudas.

Aurora se sentó delante de la mesa y escribió precipitadamente.

«Amor mio: no puedo permanecer por más tiempo aquí después de lo que hoy se ha descubierto. Soy una cobarde, y no tengo valor para ver el cambio de tus facciones y oir tu voz alterada.

No abrigo esperanza alguna de que te merezca más que desprecio y repugnancia; pero algún dia cuando esté lejos de tí y cuando se haya calmado la agitación que me causan mis miserias, te escribiré para explicártelo todo. Piensa en mí con compasión si puedes, y

si llegas á creer que el móvil de mi conducta ¡en estos últimos dias ha sido mi amor hácia tí, no harás ¡más que creer la verdad.

Adios, amor mio; el dolor de separarme de tí para siempre no estanto como el de saber que has cesado de amarme. ¡Adiós!»

Cerró la carta con lacre y dijo:

— Talbót es bueno; iré á hablarle y no me avergonzaré ahora de confesárselo todo. Me aconsejará y se encargará de anunciar esta nueva desgracia á mi padre.

Corrió á su aposento, eligió un sombrero sencillo y un abrigo oscuro y se los puso con la mayor tranquilidad.

Después abrió una caja, sacó une ó dos legajos de billetes de banco y un puñado de oro, guardándoselo en el bolsillo, y salió precipitadamente de la casa internándase en el bosque.

XXI.

Desconsuelo de John Mellish

El sol descendía á su acaso y las campanas de la aldea lejana daban las siete cuando John Mellish se alejó lentamente del prado de Harper's Comon, y se paseó sin dirección por el jardín que rodeaba la quinta.

Estaba aún muy pálido y andaba con la cabeza baja y estrujando el papel que llevaba entre la camisa y el chaleco; pero una ráfaga de esperanza brilló en sus ojos y sus labios se contrajeren con una tierna sonrisa, una sonrisa de amor y de perdón.

Sí, habia orado por ella, la habia perdonado y estaba tranquilo.

Habia examinado su causa cien veces en la ca ma solemne de una tarde de verano, y a habia excusado y perdonado; pero el cielo es testigo de que no fué sin un combate íntimo y rue' cuyos tormentos hasta entonces desconocidos habian desgarrado su corazón.

Esta revelación de lo pasado e a un bálsamo muy amargo para él, una horrible degradación, una infamia irrevocable, y al pensar en su amor, en su ídolo, en su reina, en su diosa, se preguntaba:

—¿Por qué maleficio infernal se dejó arrastrar al enlace degradante de que es una prueba auténtica este miserable pedazo de pape?

El combate babia terminado y una sola esperanza ocupaba su corazón, la de estrechar en sus brazos á Aurora y conso a la de todo lo que habia sucedido.

—Estará inquieta tan solo por mi tardanza, y como sabrá ya por algún criado el buen resultado del sumario, pensara que me he detenido en Doncastre por negocios. ¿Cómo ha de saber e descubrimiento de este documento fatal? Lofthouse y Hayward son hombres de honor y guardarán el secreto de su locura de niña.

Y anhelaba e' momento de poder estrecharla en sus brazos y decirla:

—Querida mia, vive tranqui a; desde hoy en adelante no hab á secretos entre nosotros, en ada'ante tus penas serán las mías, y habria de ser muy débil para no ayudarte á llevar un peso tan ligero. No formemos más que uno, querida mia; desde la primera vez que te vi estamos unidos para siempre.

Creia encontrar á Aurora en su aposento, porque

le habia dicho que no saldria en todo el dia, y corrió á través del jardin al emparrado que abrigaba su retiro favorito.

Las persianas estaban corridas y cerrada la ventana desde que Aurora había despedido á Steeve Hargraves.

Llamó á la ventana, pero nadie le contestó.

—Se ha cansado de esperar—dijo.

La campana dió el segundo toque de la comida y John Mellish estaba aún fuera de la quinta vacilando.

Este toque le recordó sus deberes de amo de casa.

—Esperaré á que acabemos de comer para hablar á Aurora, —dijo; —debo presentarme en casa con mi actitud acostumbrada para no llamar la atención de mistress Powell y de los criados antes de estrechar á mi querida Aurora contra mi corazón y decirla que todo lo olvido y perdono.

John Mellish se sometió á la indiscutible ley de la etiqueta que hemos erigido en tirano nuestro, y estaba dispuesto á comer sin apetito y esperar dos horas un momento cuya llegada deseaba con afan antes de despertar la curiosidad de mistress Powell.

Las ventanas del salón estaban abiertas y halló en él sentada á la viuda en actitud contemplativa y mirando al cielo.

No pensaba en el explendor del crepúsculo que formaba una tumba de doradas ráfagas al astro del dia.

¿En qué pensaba pues?,

En que si John Mellish despedia á la mujer que nunca habia sido legalmente suya y le habia engañado

vilmente, la quinta era una envidiable morada para un ama de llaves que supiera granjearse la confianza de su propietario y que tenía su secreto y el de la falta de su mujer para ayudarla á dominar.

—Está tan ciego y seducido—pensó la viuda, que si riñe con ella mañana, la amará siemp e. Es preferib'e que el asunto se pralougue; así estarán los dos en mi pod r; gozaré de la más completa independencia y no podrán despedirme dándome tres meses de plazo cuando se les antoje cansarse de mi servicio.

El pan de la servidumbre no es muy agradable, y hay muchos medios para comer el mismo alimento.

John Mellish entró en el salón.

No estaba allí Aurora.

Los ornatos del templo tenían un aspecto frío y triste porque estaba aunsente la divinidad.

—¡No hay nadie!—exclamó John con desesperación.

—Nadie más que yo,—murmuró mistress Powell sonriendo con amabilidad.

—¿En dónde está mi mujer, señora?

Pronunció las palabras «mi mujer» con un acento de desconfianza tan marcado que mistress Powell le miró mientras hablaba y pensó:

—Ha leido el certificado.

—¿En dónde está Aurora?—volvió á preguntar John.

—Creo que ha salido.

—¡Que ha salido!... ¿A dónde ha ido?

—Olvidais, señor—dijo mistress Powell con repro-

che, ó pareceis olvidar que me habeis mandado terminantemente que no vigile las acciones de la señora. antes de esa orden, que me atrevo á creer fué dada en un momento de enojo infundado, se me consideraba en esta casa como la humilde persona elegida por la persona de miss Floyd y revestida por ella de cierta autoridad sobre las acciones de la joven y en cierto modo responsable de...

—Por piedad, señora,—dijo John con impaciencia—ya me direis eso en otra ocasión. Lo que deseo ahora es saber en dónde está mi mujer...

—Siento no poder acceder á vuestro deseo,—respondió la viuda—la señora ha salido á las tres de la tarde con traje de paseo, y no he vuelto á verla.

—Pero ¿no sabe nadie en casa á donde ha ido?

—Tal vez se lo haya dicho á su doncella,—respondió mistres Powell,—porque á mí no me ha dicho una palabra. Llamaré á la doncella.

—Hacedme ese favor.

La doncella se presentó algunos momentos después y John le preguntó dónde habia ido Aurora.

La joven contestó que la señora le habia dicho que iba al jardin y que dejaba una carta para el amo.

John se dirigió precipitadamente hacia su gabinete.

Levantó la persiana, la luz del crepúsculo inundó su rostro pálido y agitado, y leyó la carta.

—¡Pobre Aurora!—dijo después de leer la carta.—¿Como pudo creer que habiamos de separarnos? ¿Cómo pudo creer que mi amor era tan débil que le faltaria cuando más lo necesitara?

Se puso la carta en el bolsillo y se decidió á partir al momento.

Apenas sabia á dónde p rtir a; tal vez al fin del mundo en busca de 'a mujer que amaba.

Llamó á un criado y le dijo q.e p eparasen el coche y una maleta, pues partiría en el tren de las once.

—Supongo que no partís á causa de ninguna mala noticia—dijo mistress Powell.

—De ningún modo. La señora ha ido á ver á su padre y me ha suplicado que vaya á reunirme con ella —contestó John vacilando pero sin arrepentirse de la menti a.—Y puesto que nos hallamos solos, deseo que hab emos un momento. Cuando vinisteis á mi casa, mistress Powe l, no érais la doncella, sino la amiga de mi mujer, y no necesito deciros que con t tulo tan dig- no os concedí gustoso la hospitalida. Era lógico que os considerase como la am ga natural y consejera de Aurora, y lo hice honrádamente y con confianza. Per- donad si os digo que no tardé en descubir cuánto me había equivocado al concebir tales espe anzas, y que muy p onto vi que no er is am ga de mi mujer.

—Señor Mellish!

—Mistress Powell, habreis creido tal vez que come en mi gabine en vez de libros hay l tigos, botas de caza y armas, habreis creido repito que forzosamente debo ser un mentecato. No soy tan mentecato como os figurais, señora, y por lo tanto vale mas que nos se paremos.

—No debeis ignorar, señor Mel is,—dijo la viuda después de una pau:a,—que mi sa'ario anual no pue-

de cesar por un capricho vuestro, aunque podais despedirme cuando os dé la gana.

—Os abonaré todo cuanto reclameis con justicia' señora. Voy a extenderos un pagaré por la cantidad que creais necesaria para compensar la modificación de nuestras condiciones.

—No habeis hecho mas que anticiparos a mis intenciones Sr. Mellish, porque me va á ser imposible quedarme en vuestra casa después de ciertos rumores desagradables que han llegado a mis oidos. Deseo vivamente que no os cause mayores disgustos vuestra amistad con la hija de M. Floyd. Los que os oigan enszlzar con entusiasmo a Aurora se sonreiran tal vez al recordar que ese modelo de virtud es la viuda del groom James Conyers y nunca ha tenido derecho alguuo legítimo al título que le dais.

Si mistress Powell hubiera sido un hombre hubiese ido a parar al extremo opuesto del aposento, pero John la miró con desprecio y no hizo el menor movimiento.

Sufrió el golpe que le descargaba sin doblegarse bajo un dolor tan cruel, y quitó a la viuda la satisfacción que esperaba saborear; no le dejó ver dolor, ira ni angustia.

—Si Lofthouse le ha revelado el secreto—dijo cuando se retiró mistress Pevell, -le daré de bofetones en medio de la iglesia.

CAPITULO XXII

Una visita inesperada.

Aurora encontró en la estación un conductor muy amable que le buscó un asiento cómodo en un coche vacío, pero antes de partir el tren, dos rústicos labradores se sentaron enfrente de ella.

Eran personas ricas que cultivaban sus propias haciendas y viajaban en coches de primera clase, pero no trascendían á caballerizas y tenían el acento nasal que caracteriza á los ingleses del condado del Norte.

Aurora llevaba el rostro cubierto con el velo y no les llamó la atención.

Hablaban de precio de granos y de ganado y de carreras de caballos.

¡Qué fastidiosa debia parecer su conversación á la pobre mujer aislada que huia del hombre que amaba y que amaría hasta la muerte!

—No creia lo que escribia, no;—pensaba Aurora,—mi pobre marido no me dejará de amar aunque sepa mi secreto. Su gran corazón solo puede amar sin egoismo y con generosa abnegación, pero estará enojado, sí, muy enojado. No podrá estar orgulloso conmigo, y creerá siempre que ha recibido un insulto ó una falta de respeto. Esto sería muy penose para mí. Vería á su mujer señalada con el dedo como á la miserable esposa de uno de sus criados, y por defenderme tendría que insultar y luchar á muerte á cada instante, Quiero asegurarle la tranquilidad, lo único que puedo darle en pago de sus bondades; le abandonaré é iré á ocultarme para siempre.

Se esforzó en imaginarse cuál sería la vida de John sin la suya, y representárselo en la mente en un tiempo venidero, cuando se hubiera ca mado sus penas y hubiera olvidado su pérdida; pero le fué imposible, le fué imposible sufrir imágen alguna que se lo representase sin amor y consolado.

—¿Cómo he de pensar en él sin pensar en el amor que me tiene?—decía.—Me ama desde el primer instante en qne me vió, y nunca le he conocido más que como un amante generoso, sincero y fiel.

¡Ah! mujeres indiferentes que creeís que es muy poca cosa que vuestros maridos sean honrados y generosos, constantes y fieles, y que estais prontas á murmurar porque se ha parado una carretela en la

puerta de vuestros vecinos en tanto que os veis obligadas á contentaros con un paseo á diez y ocho peniques en un coche de alquiler, conteneos y pensad en esta miserable joven que en medio de su desesperación se acuerda de los mil disgustos que ha hecho sufrir á su marido y hubiera querido postrarse á sus plantas para expiar sus pequeñas tiranías y sus pueriles caprichos. Pensad en ella en su soledad, con su corazón que desea volver hacia el hombre que ama y con su amor que se alza contra ella y aboga por él.

Cambió de idea cien veces durante cuatro horas de viaje; ora pensaba que debería volver con el próximo tren. ora se acordaba de la humillación del descubrimiento de aquel dia y se fortalecía en su resolución.

¿Habeis tratado alguna vez de imaginaros la cólera de una persona que nunca se ha encolerizado?

Habeis evocado la imágen de una cara que os ha mirado siempre con dulzura y amor, y abeis puesto en esta fisonomía la fría dureza y el odio.

Aurora lo hizo representándose varias veces en su mente fatigada al pobre John Mellish retirándose á un pais lejano con su fiel Langley y viviéndo allí como un misántropo.

Cerraba los ojos sobre su pobre porvenir.

—Volveré á casa de mi pabre,—pensaba —volveré á su lado como lo hice en otro tiempo, pero ahora no le engañaré, no le mentiré, se lo declararé todo y no le abandonaré hasta la muerte.

En este mar de dudas y confusiones acabó por persuadi se de que Talbot y Lucía le prestarían apoyo;

quería implorar á Talbot en favor de John que tenía el corazón despedazado.

—Talbot me dirá lo que es justo y honroso hacer, —pensó,—y haré lo que me aconseje; será el árbitro de mi vida futura.

El viaje llegó á su término, pero más pronto de lo que hubiera deseado Aurora, porque cada milla ensanchaba el abismo que habia abierto entre ella y la casa que amada; cada momento aproximaba la realización más irremediable de su pérdida.

Haré lo que me aconseje Talbot Bulstrode—dijo para si.

Y á la verdad este pensamiento era la única cuña à la cual se asia á su dolor.

No era de ánimo enérgico y fuerte, y tenia uno de esos caracteres generosos y vivos que naturalmente se inclinan hacia .os demas para ayudarles y consolarles.

El disimulo estaba reñido con su organización, y lo único que habia tenido que ocultar en su vida era un perpétuo dolor y un sufrimiento intenso para ella.

Eran mas de las ocho de la noche cuando se encontró sola en medio del estruendo y la confusión de la estación de King's Cross.

Tomó un coche de alquiler y dijo que la condujeran á Halfmoon Street.

Habian transcurido pocos dias desde que viera á Lucia y à Talbot en Felden Woods, y sabia que Talbot Bulstrode y su mujer se hallaban en la ciudad esperando que se cerrasen las Camaras.

Era un sábado por la noche y por consiguiente dia de vacación para el defensor de los mineros de Cornoailles y de sus derechos, pers Talbot empleaba sus ocios entre los diplomáticos y los oradores del Parlamento, y la pobre Lucia, que hubiera podido bril ar como una pálida estrella en alguna reunión de gran tono, se veia precisada á renunciar al p'acer de codearse en la escalera con uno de esos sabios que insisten para invitar á sus amigos á estrecharse en el más pequeño espacio de un salón, donde apenas se puede respirar y andar unos tras otros pisándose los volantes de encaje y las botas y sonriendo con gracia el recibir los pisotones.

Trl vez esas reuniones elegantes tienen un objeto grave profundamente oculto bajo una superficie de frivolidad; tal vez sirven de gimnástica moral, en la cual las fuerzas y los nervios de la amenidad social se someten al suplicio y al tormento con 'a idea de aumentar el poder de soportarlos.

Aquella noche estaba sentada junto á Ta bot ocupada en una de icada labor de aguja escuchando con paciente atención la lectura de los pliegos de pruebas del último folleto de su marido,

Bu'strode era muy aficionado á recitar en los ratos de ocio algunos pasajes de Homero, y la hipocritil'a hacía ver que le causaban admiración.

Ninguna nube había obscurecido el cielo tranquilo de 'a vida de Lucía.

Amaba y era amada.

Eran cerca de las nueve cuando dos golpes en la

puerta de la calle le interrumpieron en su peroración.

Lucia miró á su esposo, y dijo:

—¿Quién puede ser á estas horas?

—Algún importuno,—respondió Talbot—pero sea quien fuere, no le recibiré esta noche. Creo, Lucía que te habrás formado una idea del efecto que producirá este discurso á mi distiuguido amigo el representante de...

Autes que Bulstrode pudiera decir el nombre del distrito por el cual era representante su distinguido amigo, entró un criado à anunciar que la señora Aurora Mellish esperaba y deseaba ver al amo de la casa.

—¡Aurora!—exclamó Lucía levantándose precipitadamente de la silla y dejando la labor en el costurero, ¡Aurora! No puede ser, Talbot. ¡Si volvió hace algunos dias tan solo del Yorskire!

—Supongo que esperan la señora Mellish y su esposo—dijo Talbot al criado.

—No, señor; creo que la señora ha venido sola en un coche de alquiler. La he suplicado que subiera, está en la biblioteca y dice que desea hablar con vos á solas.

—Voy al instante,—respondió Talbot.—Decidla que tenga la bondad de esperar.

El criado se retiró y Lucía corrió hacia la puerta para ir á ver á su prima.

—¡Pobre Aurora!—dijo—estoy segura de que deseará que sea yo la primera en recibirla.

—No, Lucía, no; prefiero que no veas á tu prima

hasta que sepa el objeto de un viaje tan inesperado.

Lucia bajó la cabeza con humildad, y dijo:

—Está bien, esperaré.

Lucia obedeció sumisa como un niño, pero corrió hacia la puerta luego que salió su marido con un doloroso afán en el corazón.

Deseaba ver á su prima y consolarla, si tenía necesidad de consuelo, pero recordó el mandato de su esposo y se quedó en el salón recordando las palabras que Aurora le dijese en otro tiempo.

CAPITULO XXIII

Revelación de miss Aurora

La biblioteca era un pequeño aposento situado detras del comedor.

Cuando Talbot llegó á la puerta el aposento se hallaba débilmente alumbrado porque Aurora habia bajado la luz de la lámpara.

No quería que Bulstrode le viese la cara.

—Señora—dijo Talbot con gravedad,—me sorprende tanto vuestra visita que apenas sé cómo deciros que me alegro de veros. Temo que alguna desgracia os obliga á viajar sola. ¿Está enfermo John?

Hubiera podido decir m s si Aurora no le hubiese interrumpido arrojandose á sus plantas y mirándole

con un rostro tan lleno de angnstia que causó horror á Talbot Bulstrode.

Repetiase la escena de Felden.

Abrigaba la esperanza de que Aurora iba á justificarse, y en vez de justificación, encontraba humillación y llanto.

Luego era culpable, luego era una miserable que debia arrojar de su casa, mansión de honor y castidad; una mujer perdida, deshonrada, que solo merecia baldón y desprecio.

—¡Señora... señora!... ¿Por qué os humil ais así? ¿porqué volveis á hacerme dudar llenándome de amarga pena? Alzad la cabeza si de nada teneis que avergonzaros.

—Talbot—respondió Aurora,—he venido á vuestra casa porque sois bueno y honrado. Esta mujer desconsolada necesita vuestro apoyo . necesita vuestros consejos. Haré lo que me aconsejéis, Talbot; así, pues, ayudadme en nombre del cielo.

Los sollozos ahogaban su voz y en su dolor y confusión olvidaba que una súplica tan humilde no produciria tal vez efecto alguno en un hombre tan rígido como Talbot; pero éste se imaginó ver hasta en medio de su asombro en a acción de Aurora una resolución que nada tenia de común con la deshonra ó la falta que ocultaba el secreto que habia causado su desesperación.

Creo que debió ser así, porque su voz y sus ademanes fueron menos severos cuando le dijo:

—Calmaos por favor, Aurora. ¿Por qué habeis pa r.

tido de Mellish Park' ¿Qué negocio es ese en qne puedo ayudaros con mis consejos? Dios sabe cuanto deseo ser vuestro amigo, porque sabeis que ocupo el lugar de un hermano, y reclamo el derecho de hermano para preguntaros sobre vuestras acciones, Me ha enojado veros venir sola á Londres porque este paso puede comprometeros; pero si quereis calmaros y decirme por qué habeis venido, podré juzgar la fuerza de los motivos. Vamos, Aurora, tranquil zaos.

Aurora estaba aún de rodillas y sol ozaba.

Talbot hubiera llamado á su esposa para que la consolara, pero no podía sobrellevar la idea de ver á las dos primas reunidas antes de descubrir la agitación de Aurora,

Llenó un vaso de agua y se lo dió; la colocó en un sillón al lado de una ventana abierta y se paseó por el aposento para darla tiempo á que volviera en sí de su angustia.

—Talbot Bulstrode,—dijo tranquilamente después de una larga pausa,—os necesito para que me ayudeis en la suprema crisis de mi vida. Debo ser sincera con vos y deciros lo que hace dos años no os hubiera dicho aunque me hubiesen dado la muerte. ¿Os acordais de la noche en que partísteis de Felden?

—¡Me acuerdo, sí, sí!

—El secreto que nos separaba entonces, Talbot, era el único secreto de mi vida, el secreto de mi desobediencia, de los disgustos de mi padre. Me pedíais que os contase lo que habia hecho aquel año que faltaba á la historia de mi vida, y no podía, Talbot, ni quería;

mi orgullo se revelaba contra tan horrible humillación. Si hubiérais descubierto vos mismo el secreto y me hubiérais acusado con funesta verdad, no habria pensado en negar; pero pronunciar con mis propios labios la terrible verdad... era imposible, superior á todas mis fuerzas. Mas ahora que se sabe mi secreto, que está en poder de los agentes de policia y de los más infimos criados puedo deciroslo todo. Cuando huí del colegio de la calle de Santo Domingo, fué para casarme con el groom de mi padre.

—¡Aurora!

Talbot tuvo que sentarse en la silla más inmediata y miró á su prima pálido como un cadaver.

¿Era aquella la humillación secreta que la habia hecho prosternar a sus piés en Felden Woods?

—¿Cómo podia deciros tal cosa Talbot? ¿Y cómo podré deciros ahora por qué hice semejante locura y esta mala acción, cómo mancilé la dicha de mi juventud por mi propia culpa y llené de deshonra y dolor a mi padre? No me inspiraba aquel hombre un amor novelesco, ni puedo presentar como escusa que estaba loca al amarle. Sin embargo en mi exaltación de colegiala me figuraba que la perfección del hombre consistía en una bella figura mas que en la honradez y la buena educación. Me casaba con él porque era hermoso, sin detenerme en averiguar si bajo tan seductora apariencia se ocultaba un alma fea y vulgar. Por otra parte, habia llegado a adquirir conmigo una íntima familiaridad contandome los incidentes de las carreras, cuidando con esmero mis caballos favoritos y hala-

gando todos mis caprichos. Este trato familiar fué causa de relaciones más amistosas, y me acompañaba siempre cuando montaba á caballo y me contaba su historia, que era altamente romántica según él la referia, No trataré de fastidiaros repitiendo sus mentiras,—dijo Aurora con acento doloroso.—Como podeis suponer, era una especie de príncipe disfrazado, hijo de un noble que habia tenido caballos de caza, coches y palacios, pero habia estado en guerra con la fortuna, le habia hecho mil viles traiciones y habia sido aplastado en la batalla de la vida. Sus palabras daban á todo esto cierta apariencia de verdad, y le creí. ¿Por que no habia de creerle? Había vivido siempre en una atmósfera de verdad. Mi aya y yo hablábamos continuamente de la historia novelesca del groom. El aya era una mujer necia, y fomentaba mi credulidad más bien por estupidez que por el instinto de hacer mal. Elogiábamos la figura del hermoso groom, sus manos blancas y finas y sus maneras aristocráticas; su insolencia ¡Dios me perdone! me parecía finura de educación; y como viviamos entonces sin ver casi á nadie, comparaba al groom de mi padre con las escasas personas que venían á visitarnos á Felden, y el desvergonzado criado sa aprovechó de la comparación con nobles campesinos, ¿Porqué he de esforzarme en explicaros mi locura, Talbot? Me seria imposible aunque estuviera hablando toda una semana, y ni aún puedo explicármela á mí propia. Solo me es dado mirar hacia atrás ver aquella época horrible y preguntarme cuál era la causa de mi locura.

—¡Pobre Aurora!

Ta bot hablaba con el tono de compasión con que hub era consolado á un niño.

Pensaba en ella expuesta en su ignorancia infantil á las proposiciones isidiosas de un mentiroso sin escrúpulo, y su corazón compadeció á la pobre niña sin madre.

—Mi padre encontró algunas cartas escritas por aquel hombre y descubrió que su hija era la novia de su groom. Hizo este descubrimiento un dia que habia salido á caba lo con James Conyers, que asi se llamaba el groom, y cuando volví á casa hubo una esc na terrible. Fuí bastante loca para defender mi conducta, y reproché á mi padre su poca generosidad en sus sentimientos, é hice aún más, le recordé que e' orígen de la familia de Floyd y Floyd era muy humilde. Mi padre me l evó á Paris al dia siguiente, y creí que me trataba con c ueldad. Me revelé contra la fría mono tonía del colegio, detesté los e tudios que er n diez veces más dif ci es que los que habia hecho con mi aya, consideré como una desgracia la rec usión después de h ber pasado tantos años viviendo con la más completa libertad, y en tanto el groom me persegu a con cartas y recados, porque me habia seguido á Paris y habia gastado todo su dinero sobornando á los criados del colegio. Jugaba en grande escala, y jugó tan desesperadamente que ganó la partida; huí del colegio y me casé ocho ó nueve horas después en Douvres.

Se tapó la cara con las manos y permaneció algo rato en silencio.

—¡Tenga piedad el cielo de mi miserable ignorancia!—dijo al fin.—La ilusión que me alagaba al casarme con aquel hombre se desvaneció antes de una semana. Descubrí entonces que me hallaba á merced de un miserable que se valía de mí para arrancar dinero á mi padre. Durante algún tiempo me sometí, y mi padre pagó muy cára la locura de su hija, pero se negó á recibir al hombre con quien me habia casado y á verme hasta que me hubiese separado de él. Ofreció al groom una renta con condición de que partiria á la Australia y cesaría de toda relación conmigo; pero Conyers quería jugar el todo por el todo, y deseaba una reconciliación con mi padre, creyendo que con el tiempo se desvanecer a la oposición que nos tenia alejados de Felden. Un año después de nuestro casamiento hice un descubrimiento que me trasformó de pronto de niña en mujer llena de venganza; descubrí que habia sido insultada, engañada, ultrajada por un miserable que se reia de mi ignorante confianza. Habia aprendido à despreciar sus mentiras desverg nzadas y sus insolentes pretensiones; pero no creo que hubiera sentido sus profundas infamias mas vivamente por esto. Viajabamos por el medio dia de Francia y mi marido se daba la apariencia de un gran señor con el dinero de mi padre cuando hice este descubrimiento, ó por mejor decir cuando me lo r veló una mujer que sabia mi historia y me compadecía. Media hora después tomé una determinación; escribí á James Co-

nyers diciéndole que habia descubierto lo que me daba derecho para apelar á la ley y libertarme de él, y que si no lo hacia era por amor á mi padre. Le decía que mientras me dejase en paz y guardara el secreto le enviaría dinero, que le dejaba con la mujer que habia elegido, y que lo único que pedía á Dios era que me diese la gracia de olvidarle completamente. Entregué la carta al portero y partí de la fonda de modo que no encontrasen huella alguna del camino que habia tomado. Me detuve en Paris algunos dias esperando contestación á una carta que habia escrito á mi padre anunciándole que James Conyers habia muerto. Tal vez fué el mayor pecado de mi vida, Talbot. Engañaba a mi padre, pero crei que hacia una buena acción devolviéndole la calma y el reposo. No hubiera sido feliz sabiendo que no habia muerto. ¿No lo comprendeis ahora, Talbot?—preguntó con tristeza.—¿Os acordais de aquella mañana en que estabamos en Brighton?

—Si. si, y el periódico con el parrafo en que se anunciaba la muerte de un jockey.

—Aquel anuncio era falso, Talbot.—dijo Aurora;—James Conyers no habia muerto.

El rostro de Talbot se puso muy palido, pues principió a adivinar el motivo que obligaba a Aurora a huir de Mellish Park.

—¡Cómo! ¿Vivia aún?—dijo con ansiedad

—Si, hasta anteayer por la noche.

—Pero ¿en donde estaba durante ese tiempo?

—Durante los ultimos seis dias en Mellish Park, después tomé una determinación; escribí á James Co-

Y le contó la terrible historia del asesinato.

La muerte del picador no se habia publicado aún en los periódicos de Londres.

Le contó esta horrible historia, y mirándole con expresión suplicante como hubiera mirado á un hermano, le rogó que le auxiliase y la aconsejase en tan terrible trance.

—Decidme lo que he de hace para mi querido John; no penseis en mí ni en mi felicidad, Talbot; no penseis más que en él. Haré todos los sacrificios necesarios, me someteré á todo deseo, ex piaré todos los disgustos que he dado á mi pobre marido.

Talbot Bulstrode no dió contestación alguna á esta súp'ica desesperada, su mente trabajaba con activi dad, estaba ocupado en resumir los hechos y en examinarlos para combatirlos, y no tomaba precaución a'guna paro ocultar su pensamiento ó su emoción.

Se paseaba por el aposento con las cejas fruncidas y la frente inclinada.

—¿Cuántos tienen noticia de este secreto, Aurora? —preguntó.

—No puedo decíroslo, pero temo que lo sepa todo el mundo,—respondió Aurora estremecióndose al recordar la insolencia del idiota.—He oido hablar de un descubrimiento hecho por uno de los mozos de la caballeriza, un hombre que me odia... un hombre con quien tuve un altercado ..

—¿No pensais quién ha podido ser el asesino de James Conyers?

—No.

—¿Ni sospechais de nad e?

—De nadie.

Talbot siguió paseándose por el aposento con expresión de inquietud é incertidumbre.

Salió por fin de la bibl oteca y dijo desde el pié de la escalera.

—Lucia, ¿no bajas á ver á tu prima?

Sospecho que Lucía estaba acechando en alguna parte cerca de la escalera, porque dos ó tres segundos despnés de llamarla su mar do, estaba ya bajando.

—¡Cuánto has tardado, Talbot!—le dijo.—Creia que no ibas á llamarme nunca. ¿Qué ha sucedido á la pobre Aurora?

—Entra y consuela á tu prima,—dijo Bulstrodo con gravedad. porque es grande su pesar. No le hagas preguntas, Lucía; conténtate con darle los consuelos que puedas y prepara la mejor habitación porque vivirá con nosotros mientras esté en Londres.

Lucía corrió á la biblioteca, y arrojándose en los brazos de Aurora, lloró con ella.

No preguntó cuál era el disgusto que conducía á Aurora como un huésped inespsrado y no invitado á su modesta casa; le bastaba saber que su prima tenía un disgusto y que era un fe iz privilegio el albergarla y consolarla.

Se hubiera batido en terrible batalla en defensa de este privilegio, pero adoraba á su marido por la generosidad con que lo habia concedido sin combate.

Por la primera vez en su vida tomó la pobre y débil Lucía una nueva posición para con su prima; le

ocaba proteger á Aurora, le tocaba desplegar una dulce ternura maternal para la mujer desconsolada cuya abatida cabeza descansaba en su seno.

Las campanas del West End dieron las tres en la calma imponente de la noche cuando Aurora quedó sumida en un adormecimiento febril, repitiendo sin cesar hasta en su sueño:

—¡Pobre John!... ¡Amor mio! ¿Qué será de él?

CAPITULO XXIV

El consejo de Talbot Bulstrode.

Talbot Bulstrode salió muy temprano el dia siguiente y se dirigió á las oficinas del telégrafo de Charing Cross para enviar un parte á John Mellish.

Era un telegrama muy breve en el que le decía únicamente que se pusiera inmediatamente en camino para Londres y que encontraría á Aurora en Half-moon Street.

Bulstrode volvió tranquilamente á su casa después de cumplir con este deber.

Era domingo y hacia un tiempo magnifico

Las calles de Londres estaban claras y húmedas de rocío porque no eran mas que las siete, y las frescas

brisas de la mañana enjugaban las paredes de las ca sas llevando en sus alas la salud y la pureza.

Las neblinas se habian amontonado mansamente en la angostada yerba de Green Park, y tristes seres que no habian tenido más abrigo que el cielo, se deslizaban furtivamente para encontrar algún miserable albergue de reposo en aquella ciudad libre, donde no se puede, sin crímen, sentarse en las gradas de una puerta y pedir pan al rico.

Talbot Bulstrode reflexionaba tristementemente, y después de haber cruzado á Picadilly, se paró por un impulso maquinal para mirar un brioso caballo que se empeñaba en hacer varios ejercicios sobre sus patas traseras con grande enojo del cochero y con peligro del tilburí que arrastraba.

—No tires tanto de las riendas, muchacho,—gritó una voz desde la puerta de la fonda,—déjalo en libertad y se estará quieto.

Talbot tenia razón de pararse de pronto, porque el que daba estos consejos al cochero, era John Melish en persona, cuyo rostro pálido y desencajado y los cabellos despeinados indicaban una noche pasada sin dormir

Iba a subir al tilburí cuando le tocó en el hombro su antiguo amigo.

—¡Feliz casualidad, John,—dijo Bulstrode—porque soís la persona que deseaba ver! Acabo de enviaros un parte telegráfico.

John volvió su pálido rostro y le dijo:

—Os suplico que no me detengais; ya hablaremos

en otra ocasión... dentro de dos ó tres dias. Parto para Felden, Hace hora y media que estoy aquí, y hubiera salido antes á no haber temido despertar á la familia.

Y levantó el pié para subir al carruaje, pero Talbot le cogió por el brazo, diciendo:

—No necesitais ir á Felden, porque vuestra esposa está más cerca.

—¡Ella!

—Está en mi casa; venid á almorzar.

John le cogió la mano y casi se la dislocó en un rapto de alegria y gratitud.

Si John hubiera estado separado durante diez años de su esposa y hubiera vue to de los antípodas expresamente para verla, no hubiera manifestado mayor alborozo.

—¡Aurora aquí!—decia—¡Aurora en vuestra casa! Querido amigo ¿será posible? Pero hubiera debído adivinar que vendria á vuestra casa. Es lo más prudente que podía hacer después de haber sido tan loca para dudar de mí.

—Ha venido á mi casa para pedirme consejo, para preguntarme qué es lo que debía hacer por vuestra felicidad, por vuestra felicidad tan solo, John, y no por la suya.

—¡Bendito sea su noble corazón! ¿Y qué le habeis dicho?

—Nada, amigo mio, pero os digo que vayais mañana á ver à vuestro procurador, que tomeis una nueva licencia y os caseis con vuestra mujer segunda vez en alguna iglesia retirada y tranquila de la Cité.

Aurora se había levantado muy temprano.

Algunas horas de sueño febril y agitado ¡habian calmado su agitación.

Estaba en pié apoyando la cabeza en la hoja de la ventana y miraba sin esperanza las calles desiertas de Londres.

¿Cuál sería su porvenir, especialmente el de Jonh?

Luc'a habia dado á la pobre viajera sin equipaje todas las cosas indispensables para el tocador de una señora; pero cada objeto que Aurora tocaba en el cua to de su prima le traia á la memoria los que su esposo habia comprado para ella.

Habia hecho el viaje con el vestido blanco del traje de mañana, y las blondas y la muselina estaban bastante sucias y arrugadas; pero como los vestidos de Luc a eran muy p queños para ella, se vió prec sada á contentarse con el vestido de muselina ajado,

¿Qué le importaba?

¿En dónde estaba aquel que se observaba con tanto placer cada p'iegue de su vestido y cada cinta de sus adornos?

Se ató los cabe os por detrás con negligencia y habia acabado de vesti se cuando Lucía entró llena de tierna inquietud á preguntarle cómo habia pasado la noche.

—¡Qué palida estàs querida!—dijo con ternura,—¿qué puedo hacer para volver las rosas á tus mejillas?

—Amarme y tenerme lástima,—respondió Aurora con gravedad; pero no me hagas preguntas.

Hacía un rato que estaban sentadas las dos primas

la hermosa cabeza de Aurora se habia inclinado sobre el hombro de Lucia, tenian cogidas las manos, hablaban muy poco, y su conversación versaba sobre cosas indiferentes, sobre la felicidad de Lucia y la carrera parlamentaria de Talbot, cuando el reloj de la chimenea dió las ocho, y un minuto después Lucia oyó los pasos de su marido que volvia de su paseo habitual antes del desayuno. Por este motivo no habia extrañado Lucia hubiera salido de casa tan temprano.

—Ya vuelve Talbot,—dijo Lucia—y voy á preparar el té. Pero ¿no oyes? Me parece que no viene solo.

No era necesario llamar la atención de Aurora porque se habia levantado ya, y estaba inmóvil, respirando con dificultad y mirando la puerta.

Se abrió ésta y entró Talbot seguido de John Mellish.

Aurora cayó en sus brazos antes que pudiera pronunciar su nombre en alta voz en medio de su sorpresa, y un momento después sollozaba sobre su pecho.

—Querida mia,—dijo John acariciando los cabellos destrenzados de su esposa,—mi único amor, ¿cómo has podido darme tal disgusto? ¿No sabias que te amaba más que á mi vida? ¿Por qué huias de mí?

—Vine á pedir consejo á Talbot—respondió Aurora con gravedad,—y estoy resuelta á obedecerle por crueles que sean sus mandatos.

Bulstrode estaba muy satisfecho de la parte que habia tomado en aquel drama doméstico, y les contemplaba con el intimo convencimiento de haber sido el autor de toda aquella dicha.

Si John y Aurora hubieran sabido que debían estar separados á mil leguas de distancia durante el resto de su vida, no hubiesen derramado menos lágr mas de alegría en la pura felicidad de esta reunión.

—Me habeis pedido un consejo, Aurora—dijo Talbot,—y os lo voy á dar. Dejad morir lo pasado con el hombre que murió en Mellish; el porvenir no os pertenece, solo vuestro esposo, solo John, puede disponer de vuestro porvenir.

Después de dar su parecer, Bulstrode se sentó á la mesa y lanzó una mirada tan prolongada á un gran pastel que había pues o el criado en el centro de las tazas, que empleó algunos minutos en esta grave contemplación.

Cuando levantó la cabeza, Aurora estaba tranquila en tanto que John afectaba una jovialidad que no era natural.

Mientras almorzaban entregaron al amo de la casa los periódicos del domingo, y en tanto que John hablaba, comia y gesticulaba, Ruls rode abrió la última edición del «Veekly Dispach» y leyó un párrafo que llamó desde luego su atención ¡

Este párrafo contenia una breve reseña del asesinato y el sumario que se habia instruido en Mellish, y terminaba con la frase de constumbre; «la policía local se ocupa con actividad de este negocio, y podemos asegurar que ha obtenido un indicio que podrá probablemente conducir al pronto descubrimiento del culpable.»

Talbot Bulstrode, sin dejar de tener el periódico de-

lante los ojos, permaneció un momento frunciendo las cejas y mirando la página que contenía este párrafo.

La sombra terrible que le habia perseguido toda la noche apareció otra vez en el horizonte al través de la explendente luz de un dia de verano.

—Daria mil libras—pensó,—por encontrar al asesino de ese hombre.

CAPITULO XXV

¡En guardia!

Después del almuerzo John condujo á Aurora á Felden Woods.

Era indispensable que Archibaldo Floyd oyera el relato de la muerte de Conyers de boca de sus propios hijos antes que los periódicos le aterrasen con alguna exageración ó apreciación errónea.

El elegante coche en que Bulstrode acostumbraba á conducir á su esposa, se paró delante de la puerta en el momemento en que las campanas de las iglesias llamaban á los fieles, y en esta hora extemporánea partió John con Aurora en dirección á Westminster Bridge.

Los caballos de Talbot salieron muy pronto de las calles de Londres, y trotaron por caminos parecidos á las calles de árboles de un parque, en cuyas márgenes se veian jardines ricos de vegetación y quintas rústicas que inundaba la blanca luz del sol.

John fué tan cariñoso, tan tierno y tan solícito con ella como una madre con una hija á quien hubiera perdonado.

No pedía explicaciones, ni se cuidaba de saber lo pasado, y sentía un placer en creer que Aurora habia sido ligera y engañar y que el error y la falta de su vida iban á quedar sepultados en el sepulcro de Conyers.

El conserje de Felden Woods no pudo contener una exclamación al abrir la puerta para dejar entrar á la hija de su amo.

Era un anciano, y habia abierto aquella misma puerta veinte años antes cuando la esposa del banquero entró por primera vez en Felden.

Archibaldo recibió con alegría á sus hijos.

Aurora condujo à su padre á su gabinete.

—Es preciso que te hable á ti solo, papá—dijo,—pero John sabe todo lo que voy á decirte, pues ya no hay secretos entre los dos, y no los habrá ya jamás.

El relato que Aurora tenía que hacer á su padre era muy penoso, porque habia de confesar que le habia engañado á su regreso á Felden después de separarse de su primer marido.

—Mentí, padre—le dijo,—cuando te dije que mi marido habia muerto, pero el cielo me es testigo de que

creía que esta mentira me sería perdonada, porque pensaba evitarte con ella una inquietud y un dolor, y seguramente que todo lo que hubiera dado este resultado hubiese sido digno de excusa. Conozco que el bien no puede nacer nunca del mal, porque he expiado duramente mi falta. Algunos meses después de mi regreso recibí un periódico que contenía un relato detallado de la muerte de James Conyers, pero la noticia era inexacta, y cuando me casé con John Mellish vivía aún mi primer marido.

Archibaldo Floyd exhaló un grito de dolor y se incorporó en el sillón, qero Aurora se arrojó á sus plantas y le abrazó cariñosamente consolándole.

—Todo ha acabado ya, querido padre; ese hombre ha muerto. Ya te contaré luego cómo ha muerto... Todo ha acabado, John lo sabe todo, y debemos casarnos de nuevo. Talbot Bulstrode dice que es indispensable porque nuestro casamiento no era legal. Padre querido ya no habrá más secretos ni disgustos, sino amor, tranquilicad y una unión perfecta para todos.

Refirió entonces al anciano la muerte de James Conyers deteniéndose poco en los detalles y pasando en silencio lo que habia hecho ella aquella noche, á excepción de que se hallaba en el bosque en el momento del asesinato y que habia oido la detonación de un pistoletazo.

Era muy poco agradable el relato de un asesinato, de violencias y de traición en la morada de su hija, y á pesar de que Aurora le aseguraba que todo dolor había pasado y que la duda y la incertidumbre debian

ceder el puesto á la calma y á la seguridad. Archibaldo Floy no podia dominar sus sentimientos y estaba inquiéto y alarmado.

Acompañó á John Mellish hasta ja galeria que inundaba el sol en tanto que Aurora dormía reclinada en un sofá del salón; paseando de un extremo á otro, hablaron sobre la muerte del criado; pero el banquero no consiguió aclaración alguna sobre la catástrofe y se esforzó en vano en adivinar la clave de aquel sombrío enigma.

—¿Creeis que alguien podia tener motivos para asesinarle?—preguntó el banquero.

John se encogió de hombros.

Le habian hecho varias veces la misma pregunta y siempre se había visto obligado á dar la misma contestación.

—¿Tenía dinero aquel desventurado?—preguntó M. Floyd.

—¿Quién puede saberlo?—respondió John con indiferencia, pero me figuro que no tendría mucho. Habia estado sin colocación, según creo al menos, mucho tiempo antes de venir á mi casa, y habia permanecido algunos meses en un hospital prusiano. No supongo que valiera la pena de ser robado,

El banquero se acordó de las dos mil libras que habia dado á su hija,

¿Qué habia hecho Aurora de apuél dinero?

¿Sabía cuando lo pipió cuál era la situación del picador?

¿Lo había pedido para él?

No habia hablado de esto en el relato que habia hecho á su padre del asesinato.

¿Debia volver á preguntar á su hija sobre este penoso suceso?

¿Por qué no habia de aceptar la seguridad que le habia dado de que todo quedaba terminado y que sólo habian de esperar dias de tranquilidad?

Archibaldo Floyd y sus hijos pasaron juntos un dia pacifico sin hablar mucho, porque Aurora estaba completamenre extenuada por la fatiga y las emociones que habia sentido.

—Querido John,—dijo Aurora encontrándose solos en el despacho—¡qué felices somos ahora! ¿Qué desgracia podrá turbar nuestra dicha? ¿Será el cielo tan cruel que nos afiija más?

—¿Crees que merecemos ser felices, Aurora? No interpretes mal el sentido de mis palabras. Eres amable buena, generosa y franca; pero ¿te parece, Aurora, que vivimos como debiéramos? Temo algunas veces que somos como esos niños indiferentes de la alegoria infantil que jugaron entre las fiores del jardin magnífico hasta que fué demasiado tarde para tomar entre las sombras el camino que debia conducirles al paraiso. ¡Qué haremos, querida mia, para merecer los dones que Dios nos ha concedido, la juventud, la salud, el amor y la ripueza? ¿qué haremos? No trato de transformar á Mellish en un falansterio, ni quiero desprenderme de los coches y los caballos, pero desearia demostrar con alguna buena obra que estoy agradecido á la Providencia. ¿Construiremos media docena de es-

cuelas, una iglesia, casas de caridad ó algún otro establecimiento semejante? Lofthouse quisiera que comprase cristales de colores para la iglesia de Mellish ó un pú pito nueuo con un techo acústico, pero no veo qué bienes redundarían de tales innovaciones. Quiero hacer algo, Aurora para probar mi agradecimiento á la Providencia que me ha dado por esposa la más bella y la mejor de las mujeres.

Aurora se sonrió con tristeza.

—¿Ha sido acaso un beneficio para ti,—le dijo—para que estés agradecido? ¿No te he traido más trist-za que alegría?

—No,—exclamó John con entusiasmo - los pesares que me has traido no son nada en comparación de la dicha que me ha dado tu amor. Verme hoy sentado junto á tí y oirte decir que me amas es una dicha bastante para hacerme olvidar todas las penas que me han devorado desde que vino á Mellish ese hombre que yace actualmente en el sepulcro.

Espero que mis lectores perdonarán al pobre John Mellish si dice algún absurdo á la mujer que ama. La amaba desde el primer instante que la vió en Brigh-ton, y no habia cesado nunca de amarla.

Cuando Archibaldo volvió de su acostumbrado paseo se encontró á sus hijos sentados junto á una ventana, dondo le esperaban hablando en voz baja como enamorados.

Comieron con alegria, y al anochecer el coche de Talbot se acercó hasta la puerta de la quinta.

Aurora dió á su padre las buenas noches.

—Supongo que asistireis á nuestro casamiento, le dijo John al oido tomándole la mano; - Ta bot Bulstrode lo arreglará todo. Se verificará la ceremonia en una pequeña iglesia de la Cité. Nadie sabrá lo que hemos hecho, y volveremos á Mel ish con el mayor disimulo. Sólo Lofthouse y Hayward están enterados del secreto de Aurora y canfío...

John Mellish se paró de pronto.

Se acordó de la alusión que habia lanzado mist ess Powell y que indicaba que también poseia el secreto

Pero ¿cómo habia podido averiguarlo?

Era imposible que Lofthouse ó Hayward se lo hubiesen dicho, pues eran hombres de honor y se habian comprometido á callar.

Archibaldo Foyd no reparó en la turbación de su yerno, y el coche se alejó dejando en la puerta al anciano que seguia á su hija con la mirada.

—Será forzoso que parta de aquí y vaya á acabar mis dias á Mellish No puedo sobrellevar estas separaciones, no puedo sufrir estas incertidumbres. Esta casa, este lujo inútil es un sarcasmo. Partiré de aquí é iré á pedir á mi hija un albergue tranquilo en su quinta del Yorkshire y una tumba en el cementerio de la parroquia.

El guarda salió de su cómoda casita gótica para abrir la verja al coche, pero John detuvo los caballos antes de salir á la carretera porque vió que el buen anciano queria hablarle.

—¿Qué hay Forbes?—le preguntó.

—Nada de particular, señor, y tal vez no debo ha-

blaros de un asunto tan insignificante. ¿Esperàbais hoy á alguien?

—No, aquí á nadie, -respondió John.

—Ha venido una persona á preguntar por vos, ó por mejor decir han venido dos personas, pero una de ellas especialmente ha preguntado si estábais aquí con la señora, y cuando le he contestado que estábais ha dicho que era inútil que os molestáseis, que venia por un negocio, pero que volvería otro rato, Después me ha preguntado á qué hora saldriais probablemente de Felden Wood, y habiéndole contestado que comeríais aquí, ha dicho: «Está bien», y ha partido con su compañero ó criado.

—¿No ha dejado ningún recado para mí?

—No, señor, no ha dicho nada más.

—Pues en tal caso, amigo mio,—dijo John riendo—el negocio que le traia no será de grande importancia, y es inútil que os canseis en adivinar lo que queria ¡Buenas noches!

John Mellish puso en la mano del guarda una moneda de cinco chelines, arreó los caballos de Talbot y el carruaje tomó el camino de Londres.

—¿Quién seria?—preguntó Aurora mientras cruzaban la verja.

—¿Quién sabe?—respondió John con indiferencia—alguien que venia á hablarme de caballos.

Aurora se contentó con esta explicación, pero no fué sin cierta sorpresa.

—No me explico quién puede ser ese hombre que viene á buscarte á Felden, John. Cómo sabia que estabas aquí?

—Es cierto; ¿cómo lo ha sabido?—dijo John.—Supongo que habrá venido por casualidad. Será algún chalán que tiene un caballo para vender y que habrá oido decir que se lo pagaria bien si era bueno.

El camino describía una curva entre Beckenham y Norword, y antes de llegar á este punto alcanzó al lujoso faetón un tilburí de mezquina apariencia tirado por un caballo escuálido.

El que lo guiaba suplicó á John que le dijera cuál era el camino màs corto para llegar á Londres.

Este vehículo les habia seguido desde Felden, pero hasta aquel momento se habia mantenido á una respetuosa distancia.

—¿Vais á la Cité ó al West-End?—preguntó John.

—Al West-End.

—Pues en tal caso, lo mejor que podeis hacer es seguirnos —respondió Mellish.—El camino es suave y vuestro caballo me parece ligero. ¿Podeis seguirnos sin perdernos de vista?

—Sí, señor.

—Pues seguidnos,

Los briosos caballos de Talbot partieron al trote y los siguió el escuálido rocinante.

—No me he equivocado, Aurora,—dijo John cuando dejó atrás al tilburi.

—¿Sobre qué?—preguntó Aurora.

—El hombre que acaba de hablarnos es el mismo que ha preguntado por mí en Felden. Es del Yorkshire.

—¿Del Yorkshire?

—S; ¿no lo has conocido por el acento?

Aurora no habia hecho tal observación.

¿Por qué habia de pensar en otra cosa más que en su nueva dicha, en la nueva confianza que existía entre ella y el esposo que amaba.

Eran más de las diez cuando el faetón llegó á Haa'f-moon-Street.

El tilburi habia seguido al pié de la letra la dirección de John, y este no le perdió de vista hasta Picadilly donde se confundió entre los carruajes que circulaban por este barrio tan frecuentado.

Talbot y Lucía recibieron á sus primos en la sala donde habian almorzado.

John, durante la velada contó á su amigo la hisioria del viaje á Felden sin olvidarse que le habiau seguído hasta Londres.

¡Cosa extraha! Talbot Bulstrode parecia tomar un interés muy particular por este incidente.

Le hizo varias preguntas acerca de los dos hombres sobre su traje, sobre lo que habia dicho uno y otro, y sebre otras muchas circunstancias que parecían vulgares.

—¿Les habeis perdido de vista en Picadilly?—dijo para terminar.

—Sí cinco minutos antes de volver la esquina.

—¿Creeis que tenían algún motivo para seguiros?

—He llegado á sospechar que lo tenían; sin duda tomaban informes sobre algún negocio. El hombre que me dirigió la palabra parecia en su facha un tratante de caballos. He oido decir que lord Stamford codicia

mi caba lo de Austra ia «Pork Bu cher», y tal vez ha enviado á esos dos hombres para saber si lo llevo á las próximas carreras.

Talbot Bulstrode se sonrió al eir este sencillo alarde de vanidad.

E a penoso el espectáculo que ofrecía John con su carácter ligero que contemplaba con imperturbable calma un horizonte en el que hombres más graves y observadores podian ver asomar una tempestad amenazadora,

Bulstrode estaba en pié cerca de la ventana, y adelantándose entre los jarrones de la China, llenos de flores dirigió la mirada á la calle que en aquel momento estaba silenciosa,

Habia un hombre apoyado en un reverbero á algunos pasos de la casa, con la cara vuelta hacia la ventana,

Cuando acabó de fumarse el cigarro que tenía en la mano, se alejó de aquel sitio.

Bulstrode no abandonó su puesto de observación, y un cuarto de hora después vió al mismo individuo que se paseaba lentamente por la acera.

John, que estaba detrás de la cortina y se apoyaba en ella arrugando sus delicados pliegues con la pesada presión de su ancha espalda, ignoraba absolutamente lo que pasaba.

CAPITULO XXVI

Mellish y Aurora siguen el consejo de Bulstrode

A la mañana siguiente Bulstrode y Mellish tomaron un coche de alquiler y fueron á los Doctores Commons donde por segunda vez en su vida recibia una licencia de casamiento.

Desde allí se trasladaron á una iglesia poco concurrida cerca de Bowbells, pero tan completamente oculta entre las paredes de las fábricas, los tubos de chimeneas, los tejados bajos y diversas excentricidades de construcción, que el desgraciado novio que debia casarse en ella, se veia expuesto á pasar todo el dia de la boda haciendo vanas tenrativas para descubrir la puerta de la iglesia.

Hallada la iglesia, John se puso de acuerdo con un bedel que fué á buscar en una casa vecina, no sin algunas dificultades, á un joven que hubiera ido á encontrar al diablo en persona, mediante algunas monedas de cobre.

Mellish dijo al bedel que al dia siguiente debía celebrarse un casamiento con licencia especial.

—Llevaré siempre en el bolsillo la segunda fé de casado,— dijo John al salir de la iglesia -y veremos quién se atreverá entonces á mirarme cara á cara y á decirme que Aurora no es mi legitima esposa.

Al proferir esta amenaza pensaba en mistress Powell, pensaba en las miradas de despecho lanzadas contra él y en la lengua de aquella mujer que le hería con tanto encarnizamiento.

Se hallaba ya en estado de desafiarla, así como á todos los seres del mundo que quisieran censurar en lo más mínimo á su mujer,

El dia siguiente muy temprano se celebró la ceremonia nupcial, à la cual asistieron Archibaldo Floyd, Talbot Bulstrode y Lucía tan solo, sin contar al bedel ni el sacristan y dos hombres que permanecieron en la iglesia hablando en voz baja hasta que el sacerdote se quitó el sobrepelliz y John llevó á su esposa á la sacristia.

John y Aurora no regresaron á Halmoon Street sino á la estación del ferrocarril del Norte, desde donde partieron para Doncastre con el tren directo de la tarde.

John se apresuraba á volver, porque habia dejado

su casa eu circunstancias particulares y podian circular rumores desfavorables y erróneos sobre su ausencia.

Pero no hubiera ocurrido tal idea á no habérsela sugerido Talbot Bulst ode que insistió para que regresase inmediatamente á su casa.

—Partir, John,—le dijo,—partir sin perder un momento. Si por casualidad se suscita alguna duda acerca del asesinato, es preferible para vos y para Aurora que no esteis ausentes. Iré á Mellish dentro de uno ó dos dias, y si lo permitís me acompañará Lucía.

—¡Sí lo permito, querida Talbot!

—¡Iremos, pues! Adios, y cuidad mucho á Aurora

CAPITULO XXVII

El capitán Prodder regresa á Doncastre

Samuel Prodder al volver á Londres después de ha ber representado su insignificante papel en el drama de Mellish Park, encontró esta ciudad ¡muy triste¡ y sombria.

Se hospedó en una fonda modesta situada en un laberinto de calles entre la Torre y Wapping y que tenía relaciones con otra fonda de Liverpool.

Se hospedó en este establecimiento donde le conocían y apreciaban, y jugó y bebió con otros marinos de su mismo caracter y educación, pero en vano trató el capitán de distraerse de la única idea que le perse-

guia sin cesar desde la noche de su visita á Mellish Park.

Podían necesitarle en el condado de York y citarle como testigo, y le harían declarar á qué hora habia entrado en el bosque, á quién habia encontrado, y qué era lo que habia visto y oido.

Le interrogarían contradictoriamente, le intimidarían, le hostigarían hasta que repitiera sílaba por sílaba las palabras apasionadas que se habian pronunciado, hasta que dijera cómo un cuarto de hora antes del disparo de la pistola, había sido testigo de la escena desesperada entre su sobrina y el hombre asesinado, escena en la cual un odio concentrado, un furor lleno de venganza y una repulsión sin límites, habian estallado en la expresión y en las palabras de Aurora, de Aurora tan solo, pues el hombre se habia mantenido tranquilo.

Ella era la que estaba airada, ella la que habia expresado en alta voz su odio.

Pero á causa de una de esas singulares inconsecuencias comunes á un carácter débil, el capitán no solo no pudo permanecer en su seguro albergue, en medio de los laberintos de Wapping, sino que deseaba por el contrario volver á la escena del asesinato.

Los periódicos publicaban un relato muy lacónico haciendo suponer la intervención en el crimen de individuos sospechosos, y necesitaba saber lo que habia descubierto el sumario y si su ausencia habia suscitado sospechas, y necesitaba volver á ver á su sobrina, verla de dia y en un momento de calma para

una mujer de pasiones tan enérgicas. Dios sabe si el capitàn pensaba de dia y de noche en la hija de su hermana Elisa y en las terribles consecuencias de la escena que habia presenciado en medio de la obscuridad del parque.

¿Era su sobrina aquella mujer hermosa y terrible? No se atrevía á dirigirse esta preguuta, la rechazaba con indignación y sin embargo vo'v a sin cesa.' á su mente.

Pero cuanto más reflexionaba el capitán Prodder sobre esto, mayor era su deseo de partir hácia Doncastre, y el mismo dia en que se ce'ebraba casi en secreto el casamiento de Au ora y John, se dirigió á un magnífico templo de modas de Minories y pidió un traje completo.

El dueño del bazar le eli ió unas prendas de moda, de capricho, y el capitán Prodder se decidió por un traje que babia contemq'ado al través de un inmenso espejo.

Era un aristocrático traje de viaje, de setenta y siete che'ines y seis peniques y de co'or ceniciento.

El capitán vestido con este traje que era del corte más nuevo y distinguido, con sus mangas y pantalones que ninguna brisa habia h nchado, parecía más bien un maniquí que una figura humana.

Para dejar al descubierto su cara, el capitán se habia visto en la dura necesidad de reemplaz r con un cuello estrecho y una corbata de color de púrpura la media vara de lienzo que acostumbraba á l'evar doblado sobre el ancho cuello de su chaqueta azul.

Le causó gran pena esta invención moderna, pero lo sufrió todo con valor, y desde el bazar se trasladó directameute á la estación de Great Nathern Railway y tomó un billete para Doncastre.

Se había propuesto visitar esta ciudad como un curioso capitalísta y permanerer lejos de Melish Park, pero quería estar seguro de oir hablar del resultdo del proceso y cerciorarse de que nada tenia que temerla hija de su hermana.

Principiaba á anochecer cuando Samuel Prodder llegó á la pacifica ciudad de las carreras de caballos, de la que habia huido á media noche después de la escena del asesinato.

Desde la estación se dirigió al mercado y allí se internó por un callejón due le condujo á una calle obscura de un extremo de la ciudad.

Tenia miedo á ser conducido por alguna desgraciada casualidad hácia el «Gran Ciervo» y á que le reconociera algún importnno de la fonda.

A mitad de la calle y antes que se transformara en carretera el capitán halló una posada llamada del «Conejo» y creyó que en el a disfrutaría de descanso y le darian de cenar.

En la puerta de la posada habia un letrero que decía: «Buenas camas», por las cuales el posadero acostumbraba pedir y recibir precios fabulosos durante la gran semana de San Ligero.

Pero parecía que por entonces tenía pocos huéspedes, y el capitán entró sin vacilar, pidió en la tienda una costilla y una botella de cerveza con un vaso de

ron y agua para después y encargó cuarto y cama para pasar la noche.

El posadero, que era un hombre corpulento, estaba sentado de espaldas en el mostrador y leyendo las noticias de las carreras en el «Manchester Guardián», y su digna esposa fué la que se encargó de servir á Prodder y le condujo á una sala de aspecto muy poco agradable, que era mucho más baja que el piso de la tienda y en la cual un huésped inexperto se exponia á arrojarse de cabeza como en un pozo ó un subterráneo.

Se veían en aquella sala varias mesas de caoba adornadas de arabescos viscosos procedentes de las huellas húmedas que habian dejado los vasos, y eran tantas las escupideras que casi era imposible cruzar de un extremo á otro sin tomar un pediluvio de serrín.

Uno de los muebles más notables era una mesa vieja de juego cuyo tapete, que en otro tiempo habria sido verde, tenía un color amarillento y estaba tan recosido y pe'ado como la capa de un mendigo.

Finalmente, hobia en el fondo una ventana baja cuya parte interior estaba casi al nivel de la calle.

El capitán se quitó el sombrero, el corbatin y el cuello de camisa postizo, y se sentó en un banco cerca de la ventana.

Los cristales inieriores estaban cubiertos con una cortinilla encarnada, y la levantó para mirar durante algunos momentos á la calle.

No pasaba nadie y únicamente brillaban luces en

algunas ventanas y en una de las puertas habia un hombre de pié hablando con un vecino.

Como le dominaba aún la misma idea, no es extraño que Samuel Proder se figurase que aquellos dos hombres debian hablar forzosamente del asesinato.

La posadera le trajo la costilla que habia pedido, y el fatigado viajero se sentó delante de una de las mesas y despachó muy pronto su único plato.

No habia comido nads desde las siete de la mañana pero no era grande su apetito.

Se bebió la botella de cerveza y el vaso de ron con agua, fumó una pipa y como estaba solo en el aposento, improvisó una cama con las sillas puestas en fila y sirviéndonos de sus propias expresiones, se acostó en aquella amaca, para dormir un rato.

Hubiera podido desxanecer tal vez sus temores antes de tenderse en las sillas, hubiera podido interrogar á la dueña de la casa, y prsbablemente elle le hubiese enterado de todo de la manera más satisfactoria.

No lo hizo, sin embargo, pues no deseaba llamar la atención como persona próximamente interesada en el asesinato.

Tal vez habian ofrecido una crecida recompensa por su captura y podia venderle una palabra ó una mirada.

—No quiero hacer una sola pregunta,—pensaba—pues á buen seguro que vendrán aquí muy pronto algunos charlatanes y les oiré hablar de degocios sin que adviertan que les escucho.

E capitán duomió profundamente una hora y le

despertó un rumor de voces que habla en la sala y el humo del tabaco.

Los mecheros de gas le deslumbraron al abrir los ojos, de modo que no pudo distinguir á las personas que estaban sentadas.

—No me levantaré—dijo para sí,—haré ver que duermo y esperaré á que hablen del negocio.

Solo habia tres hambres en la sala.

Uno de ellos era el posadero que Samuel Prodder habia visto leyendo en el mostrador, y los otros dos hablaban de caba los cuando se despertó el capitán.

El marino permaneció algún rato escuchando una jerga que para él era completamente ininteligible.

Hablaban de la caballeriza de lord Zetland, de la de lor Glasgow, de San Ligero y de la Gran Copa.

Hicieron varias apuestas, disputaron sobre la cantidad y no pudieron ponerse de acuerdo con gran disgusto para el pobre Samuel, pero esperó con paciencia haciendo ver que dormia.

—De seguro que van á hablar del negocio—pensaba.

El capitán no se equivocaba.

Después de discutir el mérito contradictorio de la mitad de los caballos pertenecientes al calendario de las carreras, los tres individuos abandonaron este punto interesante, y el posadero, al entrar en la sala, de donde habia salido para traer más cerveza, les preguntó si sabían algo de nuevo sobre el sueeso de Mellish Park.

—Hay una carta en el «Guardian» de hoy—añadió

sin esperar la respuesta—que es muy picante. Se trata de imputar el crimen á alguno de la casa, pero no se nombra á nadie de una manera precisa. Creo que por ahora no sería muy prudente hacerlo.

A petición de los dos parroquianos el posadero leyó la carta inserta en el periódico.

Era una carta muy habil y enérgica en que se daba cuenta de las primeras diligencias del proceso y se comentaba con mucha severidad la manera como se habian hecho las investigaciones.

Samuel Prodder se estremeció hasta el punto de hacer crujir las sillas cuando el posadero leyó un pasaje en el cual se advertía que no habia sido preso el extranjero que habia ido á la casa á dar la noticia del asesinato, el hombre que habia oido el pistoletazo y encontrado el cadáver.

«Desapareció repentina y misteriosamente y no se ha dado paso alguno para saber su paradero, escribia el corresponsal del *Guardian*. ¿Qué seguridad queda para la vida del hombre cuando se hacen diligencias tan mal dirigidas como las que han seguido á un crimen tan horrible como el asesinato de Mellish Park? La catástrofe ocurrió dentro del recinto del parque. Que se averigüe si alguna persona de la casa tenia motivos para matar á James Conyers. Este hombre no era del país, y no es probable por consiguiente que se creara enemigos fuera de los límites de la propiedad de su amo, sino que podia tener alguna enemistad secreta en el interior. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Cuáles eran sus antecedentes y relaciones? Exami-

nense estas cuestiones de una manera escrupulosa, y que todos los habitantes de la casa se pongan bajo la vigilancia de la ley hasta que se haya hecho una detenida investigación y se encuentre una evidencia que conduzca al descubrimiento del culpable.»

Tal era la carta que el posadero leyó con tono didáctico é imponente.

Samuel Prodder solo sacó en limpio de la carta que habia estado ausente durante el sumario y que se habia comentado su ausencia.

CAPITULO XXVIII

Mateo Harrison vuelve á aparecer en la escena.

Transcurrieron unos momentos sin que ninguno de los interlocutores dijese una palabra.

Tras este breve intervalo uno de los parroquianos pidió que le contaran toda la historia.

Era muy sosegado, hablaba generalmente entre dientes, se tomaba raras veces el trabajo de quitarse la pípa de la boca á excepción de cuando la llenaba, y escuchó la historia del asesinato con mucha atención, sin perder de vista al que hablaba ni á su pipa y moviendo á intervalos la cabeza en señal de aprobación.

Terminada la historia se quitó la pipa de la boca,

sacó una bolsa llena de tabaco para llenarla, y en tanto que limpiaba la pipa con el dedo meñique, dijo con indiferencia:

—Conocía á James Conyers.

—¡Le conocíais!—exclamó el posadero abriendo desmesuradamente los ojos.

—Le conocía—repitió el de la pipa,—le conocía tan íntimamente como á mi madre, y habies de saber que cuando lei la noticia de su asesidato en los periódicos del domingo pasado ¡me hubieran podido arrojar al suelo como una pluma. James ha encontrado su merecido, dije para mi, porque era uno de esos hombres que van al través del mundo empujando á los demás con tanta insolencia para abrirse paso, que cuando caen no hay remedio para elos. Era uno de los hombres más egoistas que he conocido en mi vida y cuando uno se propone como principio de conducta despreciar á todos y no quererse más que á sí propio, no debe sorprenderse de que su muerte no interese á nadie. Sí, he conocidotá James Conyers,—añadió lentamente y con ademán pensativo,—y le he conocído en circunstancias muy partibulares.

El posadero y el otro parroquiano escuchaban con la mayor atención.

James Conyers habia adquirido cierta popularidad desde el momento en que cayó con el corazón traspasado de una bala en el parque de Mellish.

—Si no hubiese de por medio alguna dificultad ó compromiso que lo impidiese,—dijo el pasadero—escucharía con infiuito placer lo que podeis decir sobre

ese pobre muchacho. Todo Doncastre se toma el mayor interés por ese asesinato y mis parroquianos no hablan otra cosa desde que se principió tan interesante proceso.

El hombre de la chaqueta de terciopelo se frotó la barba y siguió fumando con expresión pensativa y como si reuniese sus recuerdos.

Según parecía no era muy espontáneo y franco, pero no podía negarse que le lisonjeaba bastante la posición distinguida que ocupaba en aquel momento.

El tal personaje era Mateo Harrison, el tratante en perros, el protegido de Aurora, el hombre que habia negociado con su secreto y hasta habia contribuido á forjar la cadena entre ella y James Conyers.

Samuel Prodder se incorporó en este momento crítico.

Estaba muy interesado en la conversaciún para fingir por más tiempo que dormía.

Se levantó, extendió las piernas y los brazos, hizo seña'es destinadas á probar que acababa de despertarse de un largo y benéfico sueño y suplicó al posadero que le trajese otro ponche.

El capitán encendió la pipa en tanto que el posadero salía para servirle.

—En las circunstancias particulares que me hicieron conocer á James Conyers—continuó el tratante en perros después de arrojar algunas boc nadas de humo con gran cantrariedad del auditorio—media una mujer !pero qué mujer, señores! Una dama altiva y terrible que no gusta que nadie se mezc'e en sus negocios

ni en sus secretos. Era hermosa y rica, inmensamente rica, un partido brillante para un hombre como James. ¡Si le hubiérais visto como yo lanzándole miradas de fuego con sus ojos negros! —exclamó Harrison mirando hacia la pared con expresión pensativa como si estuviera viendo los ojos de fuego de que hablaba.— La ví cuando le miraba como si quisiera arrebatarle del suelo en que estaba prosternado. No olvidaré jamás aquella mirada de soberano desprecio.

Samuel Prodder sintió un extraño ma estar cuando oyó hablar de los ojos negros y de las mi adus fulminantes de desprecio lanzadas á James Conyers.

¿No habia visto los ojos brillantes de su sobrina arrojando lamas sobre aquel hombre muerto un cuarto de hora antes de recibir la herida mortal?

Si, un cuarto de hora tan solo antes que el hombre contra quien expresaba su odio cayera bajo la bala de un asesino desconocido.

—¡El cielo tenga piedad de ella! —exclamó Prodder mentalmente.

—Sería muy mala esa jóven,—dijo el posadero á Harrisón.

—Era mala—respondió el tratante en perros—en el veadadero sentido de la palabra, pero para mi ha sido siempre una buena amiga. De dia y de noche me acuerdo de su bondad y solo tengo motivos para elogiar'a.

Mientras pronunciaba estas palabras se bebió un vaso de cerveza y recibió el sabroso licor en su vasta garganta murmurando:

—¡Brindo por ella!

Mientras Samuel Prodder estaba sentado fumando y bebiendo, entró un hombre jorobade y de rostró pálido que se introdujo furtivamente en la sala de la posada como si no fuese digno de alternar con los qne en ella estaban y que se sentó sin hacer ruido delante de una mesa.

Samuel Prodder se acordó de aquél hombre; le había visto al través de la ventana en el aposento iluminado del pabellón cuando trasladaron desde el estanque el cadáver de James Conyers. No era probable sin embargo que aquel hombre hubiese visto al capitán.

--El diablo me confunda si no es este Steeve Hargraves del Park exclamó el posadero cuando volvió la cabeza y vió al idiota;—este muchacho sí que podrá enterarme de todo. Hablabamos del asesinato Steeve, —añadió con expresión conciliadora.

Hargraves se rascó la cabeza y miró á hurtadillas á todos los circunstantes.

—Ya lo creo —dijo—y parece que no se habla en todas partes da otra cosa. En Melish Park se decian muchas cosas, pero aún se dicen más en Doncastre.

—¿Vives ahora en la ciudad?—preguntó e posadero que parecía conocer íntimamente al recien llegado.

—Sí, vivo por ahora en la ciudad; estoy sin colocación desde la muerte de ese hombre, porque ya sabeis que me despidierou ignominiosamente de la casa donde desde niño vivía, sabeis también porqué me despidieron. Pero me importa muy poco; aunque no ten-

go colocación, no me falta dinero y podeis darme un vaso de cerveza.

Samuel Prodder miró al idiota con vivo interés.

Habia representado un papel secundario en la catástrofe y no era probable que diera explicación alguna sobre aquel misterio.

¿No era un pobre idiota que dependía del joven asesinado y que lo habia perdido todo con la inesperada muerte de su amo?

El idiota apuró de un trago el vaso de cerveca, y se sentó silencioso, timido y mirando en torno suyo con gran recelo.

—Los periódicos de Manchester hacen muchos comentarios sobre ese asesinato, Steeve—dijo el posadero como para entablar la conversación,—y no creo que la justicia se cruce de brazos sin hacer nuevas investigaciones. Habrá nnevo sumario, yo asi lo creo, un largo exámen, una memoria del secretario de Estado, ó alguna cosa por el estilo, porque el negocio se complica mucho,

El rostro del idiota casi siempre sin expresión, solo manifestó una tndiferencia estúpida, la profunda ignorancia del hombre desprovisto de inteligencia, para qnien el asesinato de su propio amo era un acontecimiento enmarañado, oscuro é impotente para llamar su atención.

—Sí, repito que muy pronto se descubrirán cosas muy importantes,—añadió el posadero,—pues los periódicos dicen que el asesinato ha debido perpetrarse por alguno que conocia à la victima y que tenia más

motivos para odiarle que los extraños, Pues bien, Hargraves, tú que vivías con ese hombre, debes haber visto y oido cosas que los demás no han tenido ocasión de ver. ¿Qué respondes?

—Los periódicos son más hábiles que yo—dijo—y un pobre hombre como yo no debe enmendarles la plana, pero me figuro que quien dió el golpe fué una persona que estaba en el parque, alguna persona que que tenía motivos poderosos para odiar al muerto.

—¿Y quién era, Steeve, que tenía motivos para odiarle?—preguntó el posadero.—Disputó acaso con M. Mellish por asuntos ó por cuentas de caballerizas?

—No disputaron nunca... según he oido de decir,—respondió el idiota. El señor Mellish no disputa nunca.

—Pues ¿quién podía tener motivos de odio contra ese hombre?—preguntó uno.

—¿Quién le fué á buscar aquella noche?—murmuró Steeve —¿quién le lanzaba miradas de cólera y le hablaba con dureza? ¿Quién le escribió una carta? Yo me apoderé de esa carta y la tengo aún. ¿Quién huyó de su propia casa y se ocultó después del sumario? Quién se ocupaba por la mañana el dia del asesinato en arreglar las escopetas y pistolas de su marido, lo cual vi yo con mis propios ojos y lo vieron otros que declararán algún dia? ¿Quién es?

Nadie contestó.

El capitán no apartaba la vista de Steeve.

—Casualmente habíabais cuando entré de una joven que estaba en relaciones con James Conyers, de

una mujer de ojos de ojos negros; ¿era por ventura su mujer?

—En efecto, era... como si dijéramos su mujer—dijo Harrison.

—Era de más categoría que él ¿no es cierto?preguntó el idiota.

—Presumo que sabeis su secreto—dijo Harrison.

—Sí, lo sé,—respondió Steeve. Esa joven era la hija de M. Floyd, rico banquero de Londres, se habia casado con Mr. Mellish viviendo su primer marido, y escribió ana carta á James Conyers dándo e una cita para la noche del asesinato.

—¡Mientes!—gritó el marino cogiendo á Steeves por el cuello.—¿Quieres deshonrar á la hija de mi hermana Elisa, miserable?

—No miento,—murmuró el idiota sin defenderse. He dicho que me habia apoderado de una carta, y es verdad. So'tadme y os la enseñaré.

El marino soltó al idíota.

—¿Quereis ver esa carta?—paeguntó Steeve.

—¡Sí!

El idiota mostró al marino la carta que Aurora escribió á James Este la leyó y dijo:

—¿Cómo sabes que escribió esto la hija de mi hermana Elisa?

—Estoy bien seguro de que ella lo escribió,—respondió el idiota.—Yo no sabia que érais su tio. No era mi intenció causar el menor perjuicio á esa señora, ounque ha sido cruel para mí. Nada he declarodo en el sumario, aunque podía haber declarado lo que acabo

de decir, que es cierto muy cierto, como se vé por este paqel, Me parece que cuaneo me atormentan haciéndome preguatas acerca del muerto ó sobre cualquiera otra cosa que estoy enterado, tengo derecho para responder y decir lo que sé. ¿Quién pueda privarme de decirlo si no miento.

—Voy á la quinta de M. Mellish para repetirle lo que has dicho, miserable—exclamó el capitán.

—Sois libre de hacer lo,—dijo Steeves con malicia, —y podeis añadir que muy pronto se descubrirá otro papel que le revelará otro secreto aún más curioso,

CAPITULO XXIV

Se descubre el arma de que se sirvió el asesino de James Conyers.

Aurora y John regresaron á la quinta donde habian sido tan felices, pero no ha de creerse que esta opulenta morada pudo volver á ser de repente lo que habia sido para ellos antes de la llegada de James Conyers y del suceso trágico que tan súbitamente habia terminado su servicio.

Cada augustia que habia sufrido Aurora y todos los tormentos de John habian dejado su huella en los sitios que los presenciaran; los sutiles elluvios del dolor habian envenenado la atmósfora que se respiraba en todos los aposentos.

No se habian verificado aún los funerales de Conyers, y no era muy divertido por cierto para John Mellihs el recordar que el cadáver del hombre asesinado yacía en el ataud de encina sobre ana mesa de la sala del pabellón rústico.

—Mandaré destruir ese pabellón, Aurora, — dijo John al retirarse de la ventana abierta al traves de la cual podia distinguirse la chimenea gótica de la antigua morada del picador que aparecía sobre la copa de los árboles.—Mandaré destruirlo y partiremos al Mediodía de Francia y pasaremos á Italia si lo deseas para olvidar los dias de dolor que hemos pasado.

—¿No se hacen mañana los funerales?—preguntó Aurora.

—Mañana, sí, querida Aurora, mañana miércoles, y no ignoras que en la noche del jueves...

—Sí, sí,—rsspondió Aurora interrumpiéndole,—lo sé, lo sé.

Y temblaba mientras hablaba al recordar los terribles sucesos de la noche á que hacía alusión su marido, y recordaba á James Conyers lleno de vida y de salud cuando arrostraba tan indiferente sus iras en la soledad del bosque.

Lejos de Mellish Park solo se hnbiera acordado de que estaba muy distante de ella el peso de su vida y de que era libre; pero allí, en el teatro de aquella repugnante historia recordaba cómo se habia libertado, y este recuerdo la oprimía de una manera mas terrible que su antiguo secreto, el único secreto de su vida.

Nunca había visto ó conocido en el desgraciado que hab'a sido asesinado una cualidad ó un pensam'ento generoso que pudiera hacerle perdonar sus vicios.

Le habia conocido mentiroso, fanfarrón, vil y miserable, egoista, extravagante, amigo de la holganza, disipador, sin fé, co licioso y afiolonado á los lico es.

Apenas habia cnmplid› veinte años, y su dest'no habia sido siempre extraviado por las vagas indicaciones de los mojones en el camino de la vida, y elegir el camino más largo, más tortuoso y más áspero para conseguir el objeto que buscaba

Si al descubrir la infidelidad de su primer marido hubiera apelado á la ley, era bastante rica para pedir este recurso supremo á la sociedad.

Pero habia seguido los consejos del decoro, y esto la habia conducido al escabroso camino al través del cual me he esforzado en seguirla.

Sé que no necesito excusar'a,

Sus propias manos habian sembrado los dientes del dragón de los que el poder del demonio habia hecho salir hombres bastante fuertes daña devorarla.

La presencia del difunto en Mel i•h Park habia desterrado la alegría; el crimen y la muerte habian dejado su huella en las habitaciones de los criados lo mismo que en los suntuosos salones de Aurora.

No es pues de extrañar que los criados permaneciesen largo rato en la mesa hablando en voz baja de los acontecimientos de la semana anterior.

¿Y de qué podían hab'ar más que del asesinato?

Podian hablar de la fuga de la señora el mismo día en que se instruia el sumario.

En vano John habia tenido la prudencia de decir que su esposa habia partido á la ciudad para hacer una visita á su prima Lucia Bulstrode, porque señoras como Aurora no van á hacer visitas sin ir acompañadas, sin dejar una carta y sin llevarse el correspondiente equipaje.

No, la señora de Mellish Park habia huido de casa bajo la influencia de algun temor muy poderoso.

John Mellish habia hecho sin duda alguna lo que debía, esto es partir en seguimiento de su mnjer y traerla á casa para evitar un escándalo; pero la partida de Aurora habia sido una fuga, una verdadera fuga repentina y expontànea.

La doncella de la señora contó que Aurora habia entrado en su cuarto pálida, con la mirada pavorida, y se habia vestido sin llamarla como acostumbraba para emprender tan precipitado viaje.

Esta muchacha amaba, adoraba á su señora, porque Aurora tenía la asombrosa y simpàtica facultad de hacerse amar de cuantos la trataban; pero la doncella no podia resistir lo poderosa tentación de emitir su parecer en los conciliábulos de los criados y de contar lo que habia visto y oido.

En un principio hablaron solo del muerto, haciendo reflexiones sobre su vida y su historia, y basando sobre sus conjeturas una docena de teorías sobre el asesinato.

Después cambió la corriente y hablaron de su se-

ñora. No mezclaron desde luego su nombre de una manera abierta con el del asesino, pero hacían comentarios sobre la extrañeza de su conducta, y se apoyaban mucho en la singular coincidencia de haberse hallado en el parque la noche de la catástrofe y de haber huido de casa el dia del sumario.

—¿No es bien extraordinario?—dijo el cocinero.—Se pretende que las mujeres de ojos negros son generalmente atrevidas, y aunque no es mi animo hablar mal de la señora, me contentaré con recordaros la saña con que dió de latigazos á Hargraves.

—Pero supongo que no mediaba relación alguna entre ella y Conyers,—dijo uno de los criados.

—No lo sé, pero Steve decia que le odiaba como el veneno y que hacia mucho tiempo que no eran amigos:

Pero ¿por qué habia de odiar Aurora á un criado?

La viuda del subteniente habia lanzado antes de partir un dardo venenoso y habia sugerido con reticencia é insinuaciones algo más vil y vergonzoso que la realidad.

Pero mistress Powell habia incurrido en esta cobarde acción sin pronunciar una sola palabra indecorosa que hubiera perjudicado su reputación de discreta y honrada si la hubiera repetido en alta voz en un salón lleno de gente, y no habia hecho más que encogerse de hombros, suspirar con expresión de lástima y de pesar, pero con estos medios indirectos habia deshonrado á la mujer que odiaba de una manera tan vergonzosa como si hubiera escrito un libelo.

Habia causado un mal que solo podía borrar el testimonio empapado en sangre que poseia John y revelando toda la historia que encerraba este fatal documento.

¿Sabia Aurora que era objeto de tales comentarios?

No; únicamente sabia que un pesado y triste sentimiento de abatimiento en su corazón hacia sofocante y envenenada la atmósfera de aquel verano que entraba por las ventanas, y que aquella casa que en otro tiempo le parecia tan risueña y grata, estaba habitada de dia y de noche de una manera penosa por el espectro del asesinado, como si su primer esposo recorriese los salones y los corredores envuelto en un sudario ensangrentado.

Comió sola con John en el salón.

Estuvieron muy silenciosos durante la comida porque la presencia de los criados sellaba sus labios sobre el tema que dominaba en su mente.

A cada instante John miraba con ansiedad á su mujea, porque la veia más pálida desde que estaban en Mellish.

—Querida Aurora—dijo John cuando salieron los criados,—creo que estás enferma. ¿Qué tienes? ¿Qué te entristece?

—La atmósfera que hay aqui me oprime el corazon —respondió Aurora.—Habia olvidado la terrible catástrofe cuando estaba lejos; pero ahora que he vuelto siento que el tiempo que ha sido tan largo para mí, tan largo en miseria y ansiedad, y ahora tan largo en alegr a, es una realidad de algunos dias, y que el hombre

bre asesinado que reposa aún antre nosotros... me ; riva de goz.r de la alegria. Quisiera, querido John, que su cadáver estuviera en el sepulero.

—¡Pobre Aurora! He sido un nec o haciéndote venir conmigo. No debi haberlo hecho, pero asi me o aconsejaba Talbot. Digo mal, no me lo aconsejaba sino que me lo pedia con instancia, haciéndome observar que si ocurria a gún desorden á causa del asesinato, era forzoso que nos encontráramos en casa.

—¡Desórden! ¿Qué desorden?—preguntó Aurora.

Su rostro palideció y se ahogó su voz al hacer esta pregunta.

¿Qué otro desorden podia ocurrir?

¿No habia terminado ya el proceso?

Sabia, si, sabia con dolor que cualquiera investigación que se hiciera lanzaria su nombre á la ignominia pública encadenado con el del hombre asesinado.

Y sin embargo ¡cuántas penas le ha costado conservar aquel vergonzoso secreto lejos del mundo!

¡Cuántos sacrificios habia hecho con la esperanza de evitar una humillación á su padre!

Y cuando creia por fin que habia terminado el sombrío capítulo de su vida que habia sido arrancada la página detestable, en el último momento habia aún posibilidad de algún nuevo desórden que la exponia a llevar su nombre y su historia a las columnas de todos los periódicos de Inglaterra.

—¡John.. John! exclamó prorrumpiendo en convulsivos sollozos y tapándose la cara con sus crispadas manos ¿no llegará jamás el término de mis an-

gustias? ¿no me veré jamás libre de las consecuencias de mi locura?

Mientras decía esto entró el repostero.

Aurora se levantó precipitadamente y se dirigió á una de las ventanas para que no viera sus lágrimas el criado.

—Perdonad, señor dijo el repostero—pero se ha encontrado un objeto en el bosque, y he creido que podríais saber tal vez...

—¿Qué se ha encontrado?—preguntó John profundamente conmovido de la desesperación de Aurora.

—¡Una pistola, señor! Acaba de encontrarla uno de los mozos de la caballeriza. Iba al bosque con otro criado para ver... el sitio... donde.. donde fué aquel hombre asesinado, y ha encontrado esta pistola. Estaba cerca del estanque oculta antre la yerba y las cañas. El que la arojó allí, sea quien fuere, creyó sin duda arrojarla al agua, pero Jim, que es uuo de los mozos; ha visto brillar un objeto, se ha acercado para averiguar qué era y ha descubierto una pistola. Creo que será la que sirvió para asesinar á aquel hombre, señor John.

—¡Una pistola!—exclamó John; enséñamela.

El criado le entregó el arma.

Era bastante pequeña para servir de juguete, pero no por eso era menos peligrosa en una mano diestra.

Era el capricho de un hombre rico, habilmente fabricado por algún armero célebre, con adornos de plata é incrustracionesy con la culata de ébano primorosamente labrada.

Estaba oxidada á causa de haber recibido la lluvia y el rocío, pero John Mellish la reconoció al momento: aquella pistola era suya.

Era suya, una de esas armas predilectas y la habian sacado del aposento que solo se abria para personas privilegiadas, el aposenta donde su esposa se ocupaba en poner en orden sus armas el dia en que se perpetró el asesinato.

CAPITULO XXV

Bajo una nube

Ta'bot Bulstrode y su esposa llegaron á Mellish Park pocos dias después del regreso de John y de Aurora.

Lucía estaba contenta de ver á su prima, contenta de que le fuera permitido amarla sin reserva, y agradecida á su marido por la bondad afable que desplegaba no alzando barrera alguna entre ella y la amiga que adoraba.

¿Y quién explicaría los pensamientos que ocupaban la mente de Talbot cuando se sentó en el rincón de un coche de primera clase, distraido según todas las

apariencias en la lectura del primer artículo del «Times»?

Apostaria doble contra sencillo á que no entendió una palabra del slegente y castizo inglés de los redactores del gigante de la prensa periódica.

La sábana de papel en que se imprime el «Times» es una de las más cómodas pantallas.

¡Dios sabe cuántos pesares se han devorado detrás de una máscara impresa!

Lucia estaba leyendo una novela en tanto que su esposo tenia desplegado el periódico pensando en todo lo que le habia sucedido desde que vió por primera vez á la hija del banquero.

¡A qué época tan remota habia retrocedido esta antigua historia de amor desde que habia principiado la tranquila y doméstica dicha de la vida con su casamiento con Lucia!

No habia hecbo traición jamás en la sombra más lejana de su pensamiento á su segundo amor, pero ahora que sabia el secreto de la vida de Aurora, miró á su pasado y se preguntó cómo hubiera podido sobrellevar tan cruel revelación si el destino de John hubiese sido el suyo, si hubiese fiado en aquella mujer, y hubiese continuado amándola á pesar del mundo y á pesar de las extrañas palabras que habian dado fuerza á sus temores redoblando con crueldadad sus dudas sombrias.

—¡Pobre Aurora!—pensaba;—no es extraño que temblara su mano al contarme esa historia humillante. No fui bastante tierno, la juzgué con mi orgullo

obstinado y sin piedad, pensaba en mi más bien que en ella y en sus disgustos, fuí bárbaro y mal educado y no extraño que se negase á revelármelo todo.

Talbot Bulstrode, raciocinando después del hecho, descubrió los puntos débiles de su conducta con una claridad de criterio sobrenatural y no pudo reprimir un vivo pesar por no haber sido más generoso.

Sus pensamientos no encerraban una infidelidad para con Lucía, pues no hubiera tocado su esposa humilde y obediente por la divinidad de ojos negros de lo pasado, aun cuando se hubiera alzado de pronto una hada omnipotente para anular su casamiento y formar un nuevo lazo entre él y Aurora.

Pero era hombre y conocía que había insultado y humillado una mujer, cuya falta principrl era la loca confianza de una joven inocents.

—La dejé prosternada en aquel aposento de Fe'den —pensaba—de rodillas y con su maguífica cabeza inclinada ante mí. ¡Cie'os! ¿podré olvidar jamás la angustia de aquel momento? ¿puedo olvidar lo que me costo hacer, lo que creia que era justo?

Un sudor frio inundó su frente al recordar esta aflicción pasada.

—John Mel ish ha sido diez veces más prudente que yo—pensó Bulstrode;—se fió en su instinto y reconoció una mujer fiel en Aurora, Yo me reia de él en Rugby porque no sabia traducir á Cicerón, pero su buen caracter suplia su escasa instrucción.

Talbot Bulstrode dob'ó el periódico y lo dejó encima del asiento.

Lucía se vió obligada á quedarse en el salón y dirigiéndose á una de las ventanas descorrió la cortina.

El brillante resplandor del sol invadió el aposento y lo ahogó en su luz.

El cesped estaba adornado con geranios de color de escarlata, hermosas rosas y flores de todos colores; pero Lucía miró sobre el jardin hacia el bosque cuyo espeso ramaje presentaba nn tinte rojo oscuro que contrastaba con el cielo brillante.

Aquel era el bosque donde su marido le habia declarado su amor.

Aquel bosque había sido mancillado después por la violencia y el asesinato.

—¿Han enterrado ya á ese hombre? preguntó á Talbot.

—Creo que si, Lucia.

—No me gustaria vivir aqui, y si yo fuese Aurora..

Se abrió la puerta antes que Lucia terminara su frase y apareció Aurora.

Les recibió con afecto y bondad y abrazó con ternura á Lucia.

Talbot advirtió que habia cambiado mucho durante los pocos dias que habian transcurrido desde su regreso á Mellish Park y sintió un profundo dolor cuando vió su rostro pálido y el cerco violáceo de sus hundidos ojos.

¿Lo habia podido esperar?

Nadie hubiera podido hacérselo suponer.

Lucía cerró el libro que tenia en los manos.

¿Cómo habia de leer cuando su esposo se abstenía de la lectura?

—Lucia—dijo Bulst ode tomando 'a mano de su esposa;—en otro tiempo fui muy cruel con tu prima y hoy deseo reparar el mal que hice. Si le sucediera una de esas desgracias que nadie puede prever, desearia ser su amigo. ¿Crees que tengo derecho para abrigar este deseo?

—¿Derecho?

Lucia solo pudo repetir esta palabra con excesiva sorpresa.

¿Podia creer lo contrario?

Su marido era á sus ojos el ser más sabio, más perfecto y más noble de la tierra.

Reinaba la mayor tranquilidad en Melish cuando llegaron Talbot y Lucia.

No habia nadie en el salón ni el aposento que le precedía.

Estaban caidas las persianas porque hacia un calor sofocante, pero no se veia ningún libro abierto ni labores de aguja ó instrumentos de dibujo que indicasen la presencia de Aurora.

—Los señores os esperaban en el próximo correo—dijo el criado introduciendo á Talbot y a su esposa en el salón.

—¿Voy á buscar á Aurora?—dijo Lucía. —Estoy segura de que se halla en su habitación.

Talbot respondió que seria mejor esperar que saliera su prima.

—No estais buena, Aurora,—le dijo cuando le tomó la mano.

—No, no estoy buena. El calor me abruma.

—Siento hallaros indispuesta. ¿En dónde está John —preguntó Bulstrode.

El pálido rostro de Aurora se puso encendido de pronto.

—No... no lo sé—respondió balbuceando.—No está en casa: ha salido para ir á las caballerizas, según creo. Enviaré un criado...

—No—dijo Talbot deteniendo su mano que iba á tirar del cordón de la campanilla,—iré yo mismo en su busca. Lucia deseará hablar con vos, y no creo que le disguste que yo no asista á la conversación.

Lucia pasó el brazo por el talle de su prima y consintió en este arreglo.

Estaba apesarada viendo el cambio de Aurora y su inusitada reserva.

Bulstrode se alejó felicitándose de haber obrado con tanta prudencia.

—Lucia descubrirá probablemente mejor que yo lo que sucede,—pensó; —existe una especie de fracmasoneria entre las mujeres, una afinidad eléctrica que destruye siempre la presencia de un hombre. ¡Qué pálida está Aurora! ¿Será posible qne haya legado tan pronto el disgusto que esperaba.

Se dirigió á las caballerizas, menos para buscar á John Mellish que con la esperanza de encontrar algún criado bastante inteligente para hacerle un relato

exacto del asesinato y de todas sus circunstancias y detalles.

—Alguna persona además de Aurora habrá tenido motivos para deshacerse de ese hombre—pensó Talbot.—No faltan los motivos; la venganza, la codicia ó algún otro sentimiento que aún no se ha descubierto.

Penetró en el patio pero no tuvo ocasión para continuar largo rato sus investigaciones, porque vió á John Mellish en actitud indolente delante de una fragua mientras herraban uno de sus caballos.

Volvió la cabeza Jonh con asombro, y cuando reconoció á Talbot, le dió la mana y le dijo algunas palabras con voz ahogada,

Bulstrode vió enseguida que habia tal vez más mudanza en el aspecto de John que en el de Aurora.

Sus ojos azules habian perdido su brillo y sus ademanes la elasticidad, se descubría en su rostro el desaliento, y era indudable que trataba de cruzar su mirada con Talbot.

Se alejó de la fragua con indolencia, acompañando á su huésped hacia una de las puertas de caballerizas pero parecia que no sabia á dónde iba ni se cuidaba de saberlo.

—¿Volvemos á casa?—dijo.—Estareis cansado y deseareis tomar alguna cosa.

Y miró el reloj al hacer esta observación.

Eran las tres y media, una hora más tarde de la fijada para la comida en Mellish¡

—He pasado toda la mañana en la caballeriza,—di-

jo;—estamos ocupados en los preparativos para las carreras de verano de York.

—¿Qué caballos vais á hacer correr?—preguntó Bulstrude afectando por cortesania interesarse por un asunto que e era muy indiferente, con la esperanza de que la cenversación sobre caba los arrancase á John de sn epatia.

—¿Qué caballos?—repitió John vagamente;—no lo sé aún. Lang ey es el que se cuida de estas cosas... He olvidado el nombre de los caballos propuestos y...

Tolbt Bulstrode se volvió de prouto bacia su amigo y le miró fijamente.

Habian salido en tanto de la caballeriza y se encontraban en una senda sombria que conducia á la casa.

—Mellish—le dijo,—no me tratais como á un amigo; estais dominado por un pensamiento que quereis acultarme.

John volvió la cabeza.

—Si Talbot—respondió tranquilamente.—Si pudierais ayudarme, os hubiera pedido vuestro auxilio antes que á nadie en el mundo; pero no podeis..... no podeis.

—Creedme, pues, que puedo auxiliaros—dijo Talbot—y suponed que quiera intentarlo aunque sea contra vuestra voluntad. Adivino lo que os inquieta, John pero he pensado qne seriais muy honrado para no ocuparos de esto, he pensado que sois cabalmente el hombre más á propósito para sacar el mejor partido de lo que sucede con vuestra fuerza de voluntad.

—¿Qué queris decir?—Repuso John Mellish. Podei adivinar... sabeis... creeis .. ¿No veis que estoy casi loco y que ya no es tiempo de imponerme vuestra vo luntad? ¿Deseais hacerme traición? ¿deseais hacerme traición.

Se paró de pronto como si las palabras le hubiesen herido, y dando una patada en el suelo siguió andando de prisa acompañado de su amigo.

CAPITULO XXVI

Bulstrode logra su propósito

El comedor estaba triste cuando entraron Jon y Talbot, aunque la mesa ofrecía la promesa de una buena comida, pero no habia nadie para recibirles y servirles.

John se sentó con abatimiento en un extremo de la mesa,

—Id á preguntar á las señoras ¡si vienen á comer— dijo á un criado que salió para cumplir el mensaje de su amo y que volvió tres minutos después para anunciar que las señoras no vendrían.

Estas se hallaban sentadas en un sofá en el cuarto

de Aurora, la cual apoyaba su cabeza en el hombro de su prima.

Talbot tenía razón; Lucía habia hecho lo que á él le hubiera sido imposible,

Habia eucontrado la clave de la desgracia de su prima.

—¡Dejar de amarte él! decía Lucía repitiendo como un eco las últimas palabras de Aurora;—no, no es posible.

—Sin embargo, es cierto,—respondió Aurora con desesperación.—Ha cesado de amarme, se ha interpuesto una negra nube entre nosotros desde que se ha descubierto mi secreto. No puedo soportar tanta desgracia Lucía, porque creia que seriamos ahora más felíces que nunca. Pero lo que sucede es muy natural; el baldón le ha abatido... ¿Cómo puede mirarme sin acordarse de lo que soy? ¡La viuda de su criado! ¿Puedo asombrarme de que huya de mí?

—¡Huir de tí!

—Si, huye de mi. Apenas nos hemos dicho doce palabras desde la noche ¡de nuestro regreso, ¡Era tan bueno para mi, tan cariñoso, tan solicito durante el viaje y hasta llegar á casa! Me repetia que este descubrimiento no habia entibiado su amor ¡y que todos los disgustos y horrores de algunos dias sombríos solo habian servido para patentizar la violencia de ¡su cariño; pero desde la noche de nuestro regreso se ha verificado en él una mudanza repentina é inexplicable, y veo ahora que hay entre los dos un abismo insondable. Sí se ha separado de mi para siempre.

Lucia se estremeció al mirar á su prima.

¿Era posible que el pesar y la confusión de las dos últimas semanas hubieen trastornado asi la inteligencia de su prima?

—¡Pobre Aurora!—murmuró con los ojos bañados en lágrimas.—¿Es posible ese cambio en John? ¡Te queria tanto! No, nada puede alejarle de ti.

—Asi lo creia yo también. Lucia,—dijo Aurora con voz tierna é interrumpida por el dolor.—Creia que nada podria separarnos nunca, pues me decia que me seguiría hasta el fin del mundo, que ningún obstáculo podría separarnos en la tierra, y ahora ..

No pudo continuar la frase porqne prorrumpió en convulsivos sollozos y apoyó la cabeza en el hombro de su prima.

—¡Querido John mio! —exclamó tristemente.—¿Por qué huí y me oculté de ti? ¿por qué huí y me oculté de ti? ¿por qué no seguí mi primer instinto y no hui para siempre? Cualquier dolor seria preferible al que me causa su desprecio.

Su vivo pesar se convirtió en un ataque de nervios en el cual no fué dueña de si propia.

Habia sufrido en aquellos días más amargamente que en toda su vida.

Lucia lo comprendia todo, porque era una de esas mujeres cuya instintiua ternura comprende los pesares ajenos.

Asi pues, supo tomar consejo de su corazón, y una hora después de esta crisis, Aurora estaba en la cama, pálida y cansada, pero tranquilamente dormia.

Durante algunos dias habia llevado en silencio el peso de su dolor, pasando noches sin sueño y alimentándose con su pesar.

Pero la conversación con Lucia la gabia tranquilizado y do mia con sosiego después de la tempestad.

Lucia se sentó á la cabecera de la cama velando á su prima, y después salió de puntillas del aposento.

Fué á contar á su esposo todo lo que habia ocurrido y á aconsejarse de su suprema sabiduría.

Encontró á Talbot solo en el salón.

Habia comido tristemente con John, el cual le abandonó deprisa después de la comida.

No se habia oido el ruido de una carcajada en toda la mañana, ni hab a habido visita alguna en Mellish Park desde el regreso de John, porque el horrible escándalo se habia esparcido por todo el pais, y los que hablaban de Mellish y su mujer lo hacian con tono solemne y preguntándose con gravedad si debian hacerse averiguaciones mas formales acerca de aquel suceso qus ocupaba todos los ánimos.

Lucia repitió á Talbot todo lo que le habia dicho Aurora.

Este paso no era una infracción de confianza en el código moral de la mujer, porque no formando ella y su marido más que un solo ser ¿podía tener secretos para él?

—Lo mismo creo yo,—dijo Bulstrode cuando terminó Lucia su relato.

—¿Qué crees?

—Que el rompimiento entre John y Aurora, es for-

mal. No me mires con expresión tan triste, querida, y hagamos todos las esfuerzos posibles para reunirles. Vuelve otra vez á consolar á Aurora, que yo me encargo de John.

Talbot abrazó á su mujer y salió en busca de su amigo.

Encontró á John en su cuarto, en el cuarto en que Aurora le habia escrito el dia de su fuga, en el cuarto donde una mano desconocida habia robado el arma homicida.

John habia ocultada la pistola en uno de los cojones del escritorio.

Pero ¿de qué le servía ocultarla si habia sido su descubrimiento el tema de las discusiones de los criados?

¿Quié podia asegurar que este descubrimiento no habia cruzado ya las puertas, deslizándose al través de los canales tortuosos que conducen los secretos fuera de todas las casas?

—Venid á pasearos conmigo, John—dijo Talbot con tono imperativo.—Poneos el sombrero y venid al parque. Sois el amo de casa más amable que he conocido en mi vida, y el caso que haceis de los huéspedes es muy digno de elogio.

John no contestó á estas irónicas palabras.

Permaneció delante de su amigo pálido silencioso y triste.

Se parecia tanto al joven de humor jovial que conocimos en otro tiempo al vizconde de Palmerston ó á lord Clyde; el dolor le habia trasformado completa

mente, y como su organización era r cta y franca, le era imposib e ocultar su inquietud.

—John —dijo Talbot,—nos hemos educado juntos desde niños, y más de diez veces reñ mos é hicim os las paces en el colegio de Rugby. ¿Os parece bien que me retireis la amistad ahora, cuando he venido con el designio de ser vuest o amigo... vuestro y de Au ora?

John Mellish volvió la cabeza cuando su am go pronunció este nombre familiar.

Bulstrode reparó en este movimiento y 'e dijo:

—¿Por qué me negais vuestra confianza?

—No la niego... Yo... ¿Por qué habeis venido à esta casa ma'd:ta?—dijo John con amargura;—¿por qué habeis venido aqui, Bulstrode? ¿No sabeis la peste que reina en esta casa y que se apodera de las personas que la habitan? ¿Sabeis que cuando mi mujer y yo vamos el domingo á la iglesia las person s que nos conocen se alejan de nos otros como si tuviéramos el tifus? ¿Sabeis que las gentes vienen de Doncastre para mirar al través de las verjas del parque y que esta casa es un espectáculo para la mitad de West-Riding? ¿Por qué venis aqui? Sereis el blanco de las miradas de la burla y del escándalo... Volved á Londres, Talbot, si quereis que no acabe de perder la razón.

—No partiré hasta que me hayais contado vuestras penas, John,—respondió Bulstrode con firmeza.—Poneos el sombrero y venid conmigo Deseo que me enseñeis el sitio en que se perpetró el asesinato.

—Podeis buscar otro que os acompañe porque yo no voy.

—John Mellis—dijo Ta bot con energia,— ¿debo creer que sois un cobarde ó un imbécil? Por vida mia que me hareis creerlo si insistis en esa locura. Venid al parque conmigo; tengo la pretensión de ser un amigo antiguo y fiel, y no abandonaré esta pretensión por una terquedad infundada.

Los dos amigos salieron de la quinta.

Cuando se hallaron en el bosque dijo Talbot:

—John, confesadme vuestra pena antes que llegue-mos al sitio donde murió aquel miserable.

—No diré á nadie lo que no quiero decir,—contestó con firmeza.

—¿Por qué me atormentais, Ta bot? Os digo que no puedo confiaros.. no puedo confiar á nadie en el mundo.,. Si os dijera la horrible idea que.. Si os lo dijera.., vuestro deber sería... Talbot, Talbot... tened compasión de mi, dejadme solo. .

Y dando una furiosa patada en el suelo como si hubiera querido aplastar la cobarde desesperación por la cual se despreciaba á si propio, y dándose golpes en la frente con los puñas crispados, John Me lish se alejó de su amigo, y apoyándose en el tronco de un árbol prorrumpió en llanto como un niño.

CAPITULO XXVII

Mellish confiesa su orptorpeza

Talbot esperó que se pasase aquella crisis, y cuando se tranquilizó su amigo, le cogió del brazo y le condujo con tanto miramiento como si fuera una mujer delicada que necesitase su auxilio.

—John, John—dijo con gravedad,—dad gracias á Dios porque vuestro llanto me revela vuestro secreto. Sé la causa de vuestro dolor, pobre amigo mio, y sé que no teneis razón. Alzad la cabeza y mirad vuestra dicha venidera Sé cual es el negro pensamiento que atormenta vuestro pobre corazón: *¡creeis que Anrora asesinó á su criado!*

John Melish se paró estremeciéndose convulsivamente.

—¡No, no! — exc'amó, — ¿qu'és os lo ha dicho? ¿quién?...

—Lo creeis, John,—continuó Talbot,—y haceis la mayor injuria que se hizo jamás á una mujer; una injuria más vergonzosa que la que cometí cuando creí que Aurora Floyd era culpable de uua vil intríga.

—No sabíais!

—¡No lo sabía!... Lo sabia todo y descubrí la desgracia que os amenazaba antes que viéseis la nube en el cielo. Pero no ha vacilado mi fé; creí que los indiferentes y los malvados sospecharían de vuestra mujer y estaba preparado; pero nunca... nunca llegué á creer que vos... vos, John, que debíais haber conocido con el tiempo á Aurora, sospecháseis que la mujer que habeis amado cometiese un asesinato.

—¿Cómo supimos que aquel hombre habia sido asesinado? dijo John con vehemencia.—¿Quién dijo que el crimen se habia perpetrado á traición? Pudo haberla perseguido hasta apurar su paciencia, y en la locude su arrebato, teniendo en la mano aquella miserable pistola...

—¡Calla!—dijo Talbot interrumpiéndole —¿Qué pistola? Deciais que no se habia encontrado el arma.

—La encontró un criado la noche de nuestro regreso.

—Sí, pero ¿por qué mezclais ese arma con el nombre de Aurora? ¿En qué pensais al decir que tenía la pistola en su mano?

—Porque... ¡Cielo! ¿Porqué me arrancais el corazón, Talbot?

—Por vuestro propio bien y para justificar á una inocente—respondió Bulstrode.—Ayudadme á aclarar este misterio en nombre del cielo. No tengais miedo de ser franco conmigo, John. Nada me hará creer que Aurora es culpable de ese crímen.

Mellish se volvió snbitamente hacia su amigo, y apollándose en el hombro de Bulstrode, lloró por segunda vez como un niño.

—¡Gracias, Talbot, gracias!—dijo con ternura. Querida Aurora, amor mio, ¡qué miserable he sido para tí! Pero el cielo me es testigo que aun cuando mi pena era más amarga no se ha entibiado mi amor. Nunca... nunca podré dejar de amarla.

—John, amigo mio,—dijo Bulstrode—en vez de ha-blarme de esa locura que me deja completamente á obscuras sobre todo lo que ha sucedido desde vuestro regreso de Londres, haríais mejor enterándome de la causa de tan absurdas sospechas.

Bulstrode se sentó en un banco en tanto que John Mellish se paseaba de un extremo á otro y contaba con voz entrecortada la historia de la pistola robada en su gabinete.

—Vi la pistola el dia del asesinato,—dijo;—lo recuerdo porque limpiaba mis armas de fuego aquel dia y las dejé todas sobre la mesa cuando fuí al pabellón á hablar con el picador. Cuando volví...

—Continuad.

Aurora estaba poniendo en orden mis armas.

—¿Y deducís de eso que vuestra mujer tomó la pistola?

John miró á su amigo, pero le tranquilizó la sonrisa de Talbot.

—Nadie tenia permiso para entrar en el aposento —respondió.- -Tengo alli mis papeles y mis cuentas, como sabeis, y ninguna criada podia entrar en él más que para barrer y quitar el polvo.

—No lo niego, pero supongo que no estará cerrado con llave.

—¿Cerrado con llave? No.

—¿Quedan algunas veces abiertas las ventanas que caen al patio?

—Casi siempre, especialmente en verano.

—En tal caso, querido John, es posible que alguna persona que no tenia permiso para entrar en ese aposento entró sin embargo con intención de apoderarse de la pistola. ¿Habeis preguntado á Aurora por qué se tomaba el trabajo de poner en orden vuestras armas? ¿Lo habia hecho antes alguna vez?

—¡Oh! sí, casi siempre lo hace. Tengo la costumbre de dejarlas después que la limpio, y Aurora se encarga de volverlas á colocar en su puesto.

—Luego nada tiene de extraordinario que lo hiciese el dia del asesinato. ¿Le preguntásteis cuánto tiempo estuvo en el aposento y si se acordaba de haber visto la pistola?

—¡Preguntárselo!—exclamó John.—¿Cómo podia preguntárselo? ¿Cuándo?

—Cuando fuisteis bastante loco para sospechar de

ella. ¡Pobre John! habeis incurrido en el mismo error en que incurrí en Felden. Habeis admitido la culpabilidad de la mujer que amais y habeis sido un cobarde para discutir la prueba sobre la cual apoyábais vuestras sospechas. Es preciso que se encuentre al asesino, John, porque mientras permanezca ignorado, vos y vuestra mujer sereis las víctimas de cualquier escritorzuelo asalariado que no tenga asunto de que tratar en su periódico,

—Sí—respondió Mellish con amargura,—los periódicos han hablado más de lo que debieran, y he visto un joven que se paseaba estos últimos dias por el parque y á quien por por poco he castigado por su imprudente curiosidad, Seria, sin duda, algún periodista que venia en busca de datos.

—No seria extraño,—dijo Talbot pensativo.—¿Qué especie de hombre era?

—Un hombre bien vestido, pero creo que era de Londres. Parémonos—añadió de pronto; —viene hacia nosotros desde la verja un hombre, y á no ser que me equivoque, es el mismo individuo de quien os hablaba.

Mellish no se equivocaba.

El individuo que entraba en el parque tenia un aspecto decente y llevaba la levita abotonada hasta el cuello.

Miró á Talbot y á John cuando pasó junto á ellos, y dando algunos pasos, se paró y miró con ademán pensativo el estanque y el banco.

—Creo que este es el s tio, caballeros—dijo con franqueza y reso'uci n.

—Si quereis decir el s'tio donde se perpetró el asesinato, es ese.

— Lo comprendo bien;—respondió el desconocido.

El individuo contempló minuciosamente el banco y y el estanque, retirándose al cabo de un rato de investigación.

—No os movais de aqui—dijo Talbot á John —quiero descubrir quién es ese hombre.

Se reunió con el forastero y le dijo con amabilidad;

—Deseo deciros dos palabras antes de que salgais del parqqe, caballero. Ta vez me equivoco, pero creo que es un agente de la policia secreta.

—No estoy obligado á dar cuenta á nadie de mis asuntos.

— Si los que os emplean os han prometido una buena recompensa M. Mellish triplicará la cantidad prometida, porque nadie se interesa tanto como él por el descubrimiento de la verdad.

—¿Sois abogado?

—Soy Talbot Bulstrode, representante de la Cámara por Parruthy.

—Mi nombre es José Grimstone, pertenezco á la policia secreta y no veo dificultad alguna en que trabajemos juntos. Si el Sr. Mellish está pronto á obrar con franqueza yo estoy dispuesto á secundarle y á aceptar la recompensa que me ofrezca; pero si él ó alguno de su amigos trata de exgañar á José Grimstone, que lo reflexione mucho antes, porque se arrepentirá.

—Son las seis y cuarto—dijo Bulstrode sin hacer caso de la amenaza del agente,—M Me lish come á las siete. ¿Podeis venir á su casa esta noche á las nueve? Se os dará toda la cooperación que nos sea posible.

—Vendré á las nueve de la uoche.

—Os esperamos. ¡Dios os guarde!

El agente se llevó la mano al sombrero y se retiró lentamente, mientras Bultrode se runia con su amigo.

Para explicar á nuestros lectores la aparición del agente de policia en Mellish Park, bastará con que le digamos que mistres Powell, disfrazando todo cuanto pudó la letra, habia escrito un anónimo al jefe de la policia, acusando, aunque indirectamente, como autora del asesinato á Aurora Floyd.

CAPITULO XXVIII

Reunión

—Nos hallamos al borde de un precipicio,—pensó Talbot Bulstrode al vestirse para la comida en un cómodo retrete que le habían destinado en Mellish;—nos hallamos al borde de un precipicio y solo nos podrá salvar un combate cuerpo á cuerpo. Nos sería fatal la menor reticencia. Si John se hubiera deshecho de la pistola con que se perpetró el crimen, inevitablemente hubiese atraido la más terrible sospecha sobre su mujer. Alabodo sea Dios por haberme traido hoy aquí! Debemos mirar las cosas de frente y nuestro primer paso será ofrecer auxilio á Aurora. Mien-

tras guarde silencio sobre su participación en el suceso de aquella noche faltará un eslabón en la cadena y nos precipitaremos todos al mar, John debe hablarla esta noche; pero valdrá más que sea yo el que la hable.

Bulstrode bajó al salón donde encontró á su amigo solo y abatido.

—Las señoras comen arriba,—dijo Mellish cuando entró Talbot. Precisamente queria hablar con ella, ¿Por qué huye de mí? Apenas nos hemos hablado estos dias.

—¿Quereis que os diga por qué, pobre John? Aurora huye de vos porque habeis querido separaros de ella, y porque cree que ha perdido vuestro cariño. Se imagina que el descubrimiento de su primer enlace os ha hecho cambiar de sentimientos y que ya no la amais.

—¡No amarla ya!—exclamó John. ¡Cielos! Debiera saber que si pudiera darla mi vida lo haría para evitarle una pena. Pongo á Dios por testigo de que quisiera hacerlo aunque fuera la criatura más miserable que se arrastra por la tierra.

—Pero nadie os pide que hagais tales cosas,—dijo Bulstrode. Se os pide que tengais calma y paciencia, que confieis en la Providencia y os dejeis guiar por personas que son menos impetuosas que vos.

—Haré lo que querais, Talbot, haré lo que querais. Mellish estrechó la mano á su amigo.

¿Habia pensado cuando vió en Talbot un rival feliz

en Felden, á quie odiaba con la furia salvaje de un indio, que llegaría á ser su pro ector y amigo leal?

Tomó la mano de su consejero y prometió ser tan sumiso como un niño.

Por consiguiente, según las órdenes de Talbot, comió un poco de pescado y bebió algunos vasos de Jerez.

Después de tan frugal comida, salió con Bulstrode para ir al cuarto de Aurora.

Estaba esta sentada con su prima cuando entró John en el gabinete gritando:

—¡Aurora! ¡Aurora! ¡Mi bien! ¡Mi único amor!

Aurora se encontró en los brazos de su marido antes que supiera que entraba también Talbot Bulstrode.

—Mi único amor,—dijo Juhn—no puedes figurarte qué cruel, qué indigno he sido para ti. Pero esta crueldad me ha causado un tormento insoportable. ¡Pobre Aurora! ¿Cómo he podido?... Pero estaba loco, y solo cuando Talbot...

Aurora levantó la cabeza del pecho de su marido y le miró con asombro y sin poder adivinar la significación de aquellas palabras incoherentes.

Talbot apoyó su mano en el hombro de su amigo.

— Vais á aterrar á Aurora si continuais así, John, — dijo tranquilamente. — No hagais caso de su agitación, soñora. Vuestro esposo estaba loco, y ha recobrado por fin la razón. Sentaos cerca de Lucia y tranquilizaos. Son las ocho y á las nueve tenemos que arreglar un asunto muy grave.

—¿Un negocio grave? —preguntó Aurora.

Estaba asombrada ante una dicha tan repentina.

No deseaba pedir una explicación sobre el misterio de los dias pasados; todo habia terminado, pues su fiel esposo la amaba con tanta ternura como antes.

¿Qué más podía apetecer?

Se sentó al lado de Lucía obedeciendo á Talbot.

Este encendió la lámpara y acercando una silla á donde se encontraban su esposa, John y Aurora, dijo á esta con gravedad.

—Señora, me veré obligado á deciros una cosa que recelo vá á causaros una conmoción vivisima pero no debo valerme ya de reticencias, y apenas tengo tiempo para extenderme mucho. Tened fé en el amor y en la amistad de los que os rodean, y prometedme que soportareis con valor esta nueva prueba. Creo y espero que será breve.

Aurora miró á su marido con asombro pero no á Talbot.

—¿Una nueva?—preguntó.

—Sabeis que aún no se ha descubierto el asesino de James Conyers dijo Bulstrode.

—Sí, sí pero ¿con qué objeto me lo recordais?

—Quorida Aurora, las gentes tienen ideas muy horribles, Figuraos que hay quien cree que sois culpable de ese crimen.

—¡Yo!

Se levantó de pronto y volvió el rostro hacia la luz con una mirada en que se leia tal asombro, un asombro tan grande y aterrador que Bulstrode que hasta

entonces creia casi en su culpabilidad, quedó firme mente convencido para siempre de sn inocencia.

—¡Yo!—repitió.

Después se volvió hacia su marido, trocándose su asombro en sombrío pesar mezclado de expresión de queja, y le dijo en voz baja:

—¡Pensabas eso de mí. John .... pensabas eso de mí...

John inclinó la cabeza.

—Lo creia, sí –murmuró;—Dios me perdone por mi indigna locura... lo creia, Aurora. Pero me compadecia de tí, estaba desesperado y cuando más lo creia hubiera querido morir para salvarte de la deshonra y y del do'or. Mi amor no ha cambiado, Aurora, mi amor no ha cambiado nunca.

Aurora le estrechó la mano y volvió á sentarse.

Permaneció un momento silenciosa como si tratara de coordinar sus ideas y comprender el sentido de aquella extraña escena.

—¿Quién sospecha que he perpetrado ese crimen? --preguntó entonces,—¿Quién lo sospecha además de mi marido?

—Apenas puedo deciroslo, Aurora,—respondió Talbot;—cuando llega un caso de esta naturaleza, es muy difícil decir quién puede ó quién no puede ser acusado.

Diferentes personas han hecho diferentes suposiciones; una escribe á los periódicos para declarar que según su opinión el crimen lo ha perpetrado alguno de

la casa y otra escribe también á otro periódico asegurando que el asesino debe ser un extraño.

Cada cual presenta una multitud de pruebas supuestas en favor de su opinión, y cada cual trata más bien de mostrar su habi idad que de poner en la verdadera senda á la justicia; pero como no debe quedar sombra alguna de escándalo sobre esta casa ni sobre los que la habitan, es necesario, de imperiosa necesidad, que sea descubierto el verdadero asesino. Está ya en campaña un agente de polic'a de Londres.

Estas gentes son hábile', y alguna circunstaacia insignificante y desdeñada por los que est'n interesados en el descubrimiento de a verdad puede conducirles á la verdadera huella. Ese agente vendrá aquí á las nueve y le esperamos para cooperar á sus esfuerzos. ¿Qué datos podeis proporcionarn s, Aurora?

—¿Qué datos son los que deseais?

Decidnos todo lo que sabeis relativamente á la noche del asesinato. ¿Por qué estábais en el bosque aquella noche?

—Había dado allí una cita al muerto.

—¿Con qué objeto?

Aurora permaneció callada durante a'gunos momentos, y alzando después la mirada con osadía y alguna desconfianza, dijo sin vacila :

—Talbot Bulstrode, antes de censurarme ó despreciarme, recordad cómo se ha roto el lazo que me encadenaba á ese hombre. La ley me hubiera libertado de él si hubiese tenido valor suficiente para recurrir á su auxilio.

¿Debo padecer toda mi vida á causa de la falta que cometí, no pidiendo que me librasen de aquel hombre cuya evidente infidelidad me autorizaba para divorciarme?

Dios tan solo sabe lo que padecí con él; sufrí su tono vulgar, su insolencia y su orgullo; me hallé con frecuencia pobre como un mendigo, mientras él gastaba el dinero de mi padre en las casas de juego y en las carreras de caballos, y padecí hambre en tanto que él bebia ricos vinos con picaros y miserables. Recordad esto cuando más me censureis. Me dirigí al bosque para verle por última vez en la tierra, pues me habia prometido que emigraba á la Australia si le daba cierta cantidad de dinero.

—¿Y fuisteis aquella noche para pagarle?—preguntó con ansiedad Talbot?

—Si. Estuvo insolente como siempre, porque me aborrecia por haber descubierto el medio para impedirle que reclamase una parte de mi riqueza, y porque se aborrecia á si propio por la locura que habia hecho no ocultando mejor su traición. Nos hablamos con ira y encono, pero me reiteró la promesa de partir para Liverpool á la mañana siguiente y..,

—¿Le entregásteis el dinero?

—Si.

—Pero decidme, Aurora,—preguntó Talbot—¿cuánto rato habia trascurrido desde que os separásteis de él hasta que oisteis el pistoletazo?

—Unos diez minutos.

—John Mellish,—añadió Bulstrode,—¿se ha encontrado dinero en la ropa del muerto?

—No... sí; creo que se encontró algún dinero,—respondió Mellish con vaguedad.

—Algún dinero—dijo Talbot con desprecio.—Aurora, ¿á cuánto asciende la cantidad que entregasteis á James Conyers?

—A dos mil libra esterlinas.

—¿En una letra de cambio?

—No, en billetes de banco.

—¿Y no se ha oido hablar de ese dinero?

—¿Por qué lo preguntais?—dijo John.

—¡Loado sea Dios! Pedid perdón á vuestra esposa por la cruel injuria que le habeis hecho, John, y seguidme. Son las nueve, y creo que M. Grimstone nos espera. Pero, deteneos... una pregunta más, Aurora. La pistola con que fué asesinado ese hombre la robaron del gabinete de Jonh. ¿Lo sabiais?

—No; ¿cómo habia de saberlo?—preguntó Aurora con ingenuidad.

—La persona que perpetró el asesinato debió ser el ladrón de esa pistola. ¿Estais pronto á declarar, John, que esa pistola estaba en vuestro gabinete el dia del asesinato?

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Pusisteis las armas de John aquella mañana en su puesto, Aurora,—continuó Bulstrode.—¿Os acordais de haber visto esa pistola?

—No—respondió Aurora,—no la vi entre las demás armas.

—¿Entró algún criado aquel dia en el gabinete?

—Sí,—respondió Aurora inmediatamente—mistress Powell entró en el gabinete, y creo que estaba de acecho para escuchar lo que decía á...

—¿A quién?

—Al criodo de James Conyers, á Steeve Hargraves, el idiota.

—¿Hablábais cen él? Es decir que ese Steeve entró en el gabinete aquella mañana?

—Sí; me trajo un recado de Conyers y le dí la contestación.

—¿Estaba solo en el aposento?

—Sí, le encontré cuando volví creyendo encontrar á John. No amo á ese hombre, injustamente tal vez, porque es un imbécil que apenas sabe distinguir lo verdadero de lo falso, y me enojé al verle. Debió entrar por la ventana.

En aquel momento entró un criado para anunciar que M. Grimstone estaba esperando.

Talbot y John bajaron juntos, encontrando al agente de policía con un libro de memorias en la mano tomando algunos apuntes.

Bulstrode tiró del cordón de la campanilla y mandó traer una botella de licor para el agente, y después contó con orden lógico, con calma y lenguaje claro, todo lo que habia podido descubrir acerca del asesinato.

—Si los datos que acabais de proporcionarme relativamente al dinero son exactos, caballero, confio encontrar la verdadera senda en este negocio, pero es

forzoso que sepamos cuáles eran los números de los billetes. Eo puedo hacer nada sin los números.

—Voy á preguntárselo á la señora de Mellish,—dijo Talbot,—pero temo que no podremos proporcionaros ese dato.

Salió, pero cinco minutos después volvió triunfante

—La señora de Mellish recibió de su padre esos billetes, y M. Floyd apuntó los números antes de entregar el dinero á su hija.

—Si teneis la bondad de escribir á M. Floyd para que os envíe esa lista á vuelta de correo,—repuso el agente—daré principio á mis pesquisas. No he sido más perezoso que vos esta tarde; cabaliero; he vuelto al parque después que nos hemos separado, he examinado otra vez el banco y he encontrado un objeto que ha compensado mi trabajo.

Y sacó del bolsillo un pedazo de metal redondo y oxidado que Talbot y John miraron con atención sin adivinar qué es lo que pudiera ser aquel objeto.

—¿Qué es esto?—preguntó el agente sonriendo con expresión de superioridad.

Talbot y Mellish se encogieron de hombros.

—Es un botón de cobre—dijo el agente, y el nombre del fabricante es Crosby de Birmingham. Hay manchas que parecen de sangre congelada, y si no me equivoco, su dimensión es exactamente igual á la boca del cañón de vuestra pistola, Sr. Mellish. ¿Qué debemos hacer ahora ante todo? Buscar una persona que lleve ó haya llevado una levita ó chaqueta con botones de Crosby de Birmingham y con un botón m

nos, y si encontramos al mismo individuo cambiando uno de los billetes cuyos números apuntó M. Floyd, creo que habremos dado con el hombre que buscamos.

El agente se despidió y partió para Doncastre.

Al llegar á la ciudad mandó imprimir y repartir por las calles cien anuncios ofreciendo en nombre de M. Mellish una recompensa de £200 libras esterlinas al que descubriera al asesino de James Conyers.

CAPITULO XXIV

El botón de cobre de Crosby de Birmingham

Mateo Harrison y el capitán Prodder comieron en la posada del «Conejo», pero en tanto que el tratante en perros parecía tener una ocupación apremiante en la ciudad, ocupación misteriosa que le hacia correr todo el dia y le obligaba á retirarse al anochecer cansado y hambriento, el marino, que no tenía que hacer y á quien cada hora parecía un siglo, se quedó en la posada charlandc con el amo para distraerse.

El tratante en perros habia dado al capitán abundantes noticias concernientes al secreto de los disgustos de su sobrina.

El aventurero habia conocido á James Conyers desde la infancia, y habia conocido también á su padre, el cochero y confidente de los nobles de aquella época en que la aristocracia imitaba las costumbres del célebre Samuel Weller.

Finalmente Harrison habia tratado á Conyers durante su breve y borrascosa vida conyngal y habia acompañado al primer marido de Aurora en un viaje al extranjero pagado con los billetes de Archibaldo Floyd.

Hirvió la sangre del honrado capitán cuando oyó la vergonzosa historia de traición y de estafa de que ha habia sido víctima una inocente colegiala.

¡Ah! deseaba con afan vengar los ultrajes hechos á la hija de su hermana, y su furor contra el asesino se aumentó cuando recordó cómo se había librado de su venganza James Conyers.

Steeve Hargraves tuve buen cuidado de no volver á la posada del «Conejo», pues no deseaba tener otra entrevista con el capitán Prodder, pero no salió de la ciudad de Doncastre, donde vivía en un cuarto obscuro de una miserable casucha situada en el callejón más sombrio y desierto.

El idiota habia nacido, se habia criado y habia pasado la vida en un radio tan estrecho que hubiera sido más facil arrancar de raiz una de las encinas del parque de Mellish que romper los lazos del hábito que le retenian en las cercanías de la casa donde habia vivido tantos años; pero habiendo terminado para siempre sus servicios en Mellis Park, y habiendo muerto su

último amo, estaba solo en el mundo y nece itaba buscarse una nueva posición.

Sin embargo, parecía no tener mucha prisa por cambiar de método de vida.

Es preciso recordar que no era muy previsor, de modo que aunque era reputado como un buen mozo de caballeriza y esta reputación era suficiente para proporcionarle una colocación en las cercanías de Doncastre, huia de las personas que le conocian y hubieran podido recomendarle, y cuando le preguntaban porqué no buscaba amo, daba respuestas evasivas y decia qne habia hecho algunos ahorros en Mellish Park y no necesitaba vivir á expensas de la parroquia si estaba una semana ó dos sin trabajo.

John Mellish tenía fama de amo generoso y nadie se sorprendió de que Steeve Hargraves hubiera ahorrado algún dinero en su servicio.

El idiota vagaba, pues, por la ciudad sin que nadie le hiciese preguntas, pasando la mitad del dia y de la noche en las tabernas bebiendo en una mesa solitaria y desconfiando de todo el mundo.

Una noche se presentó en la estación del ferrocarril y trató de leer los carteles en que se anunciaban las horas de las entradas y salidas de los trenes, pero por más que se estiró, no pudo comprender aquel laberinto de números y se vió precisado á recurrir á la mediación de un empleado de la estación.

—Desearía tomar billete para Liverpool,—dijo—y no encuentro en el cartel la hora en que sale el tren para dicho punto.

El emp'eado conocia á Hargraves y le miró con asombro.

—¿Qué quieres hacer en Liverpool, Steeve?—le preguntó riendo.—Creo que no has pasado en toda tu vida de York.

—Tal vez no haya estado nunca en Liverpool—respondió Hargraues haciendo una mueca de buen humor —pero eso no es razón para que nó pueda ir. Me han hablado de una colocación que creo que me conviene.

—¿Mejor que la que tenias en Mellish Park?

—Tal vez no,—respondió Hargraves,—pero no puedo volver á servir en esa casa.

El empleado se rió.

La historia del castigo que Aurora habia dado al idiota era conocido en Doncastre, y siento decir que habia muy pocas personas que no admirasen á la esposa de John á causa de este incidente.

Hargraves dió las gracias al empleado que le enteró de las horas de salida del tren entre Doncastre y Liverpool y salió de la est ción.

Un hombrecillo de aspecto miserable, que habia hecho también algunas preguntas idénticas al mismo empleado y habia oido por consiguiente el breve diálogo que acabamos de reproducir, siguió á Steeve desde la estación á la ciudad.

Si el idiota no hubiera estado tan distraido ó hubiera sido más perspicaz, hubiese advertido que aquel hombre de aspecto miserable le seguia por todas partes como una sombra, pe o Hargraves no reparó en esta coincidencia.

Su inteligencia limitada, incapaz de abarcar varios asuntos á la vez, estaba completamente ocupada con otros pensamientos, y recorría las calles con una fisonomía que no realzaba sus atractivos personales.

No debe creerse que José Grimstone le dejara en libertad después de su entrevista con Talbot Bulstrode.

Tenia suficientes datos para poner por obra su plan y no omitió medio alguno para ganar la recompensa prometida.

Visitó todas las tiendas de sastre y todos los bazares de Doncastre y en ninguno de ellos pudo encontrar botones de cobre de la fábrica de Crosby de Birmingham.

Volvia á la posada donde se hospedaba, cansado y extenuado tras un dia de trabajo inútil, cuando le llamó la atención una tienda de prestamista en cuya puerta vió algunos trajes usados, cuadros al óleo, botas y zapatos, relojes y otros mil objetos variados y curiosos.

Grimstone se paró delante de la puerta del prestamista.

—No me doy por vencido,—murmuró entre dientes;—veré todos los trajes usados que tiene este hombre.

Enrtó en la tienda y preguntó al propietario si tenía trajes baratos y de modas antiguas.

El prestamista tenía naturalmente más prendas de ropa antiguas que de moda, y sacó de una trastienda

oscura media docena de paquetes que colocó sobre el mostrador.

El agente examinó todos los trajes.

Parecía que ninguno era de su gusto.

—¿Teneis levitas ó chaquetas con botones de cobre? —preguntó al terminar su exámen.

El prestamista movió la cabeza reflexionando.

—Hace muchos años que no se usan los botones de cobre—respondió—pero creo que puedo serviros—dijo entrando en la trastienda.

El tendero sacó al mostrador otro paquete, dió más luz al mechero de gas y dijo:

—Solo cinco me quedan de doce que poseía.

—Si de doce os quedan solo cinco,—dijo el agente —eso indica que habeis vendido los otros siete.

—Sí.

—¿Podríais decirme á quién?

—Creo que los he vendido á obreros. Estos me los pagan á plazos.

—¿Y no os acordais de haber vendido alguno de esos trajes sin que os pagasen á plazos? Os lo pregunto solo por curiosidad y os daré á ganar algún dinero si satisfaceis mi capricho.

—No,—respondió el prestamista—recuerdo que vendí uno con forro encarnado á José el panadero de esta calle y otro que tenía listas amarillas sobre un fondo oscuro al jardinero mayor de Mellish Park.

El rostro del agente de policía se encendió de júbilo.

—¿Sabeis cómo se llama ese jardinero?

—Sí, se llama Dowson.

El agente se detuvo poco en la tienda y parecía que se habia desvanecido de pronto su afición á ver trajes.

Compró dos pañue'os de seda de lance por cumplido y salió dando las buenas noches al prestamista.

Eran cerca de las nueve, pero el agente se detuvo en la posada solo para cenar y se dirigió á pié á Mellish Park.

CAPITULO XXX

Siguiendo un rastro

José Grimstone habia adoptado por principio la costumbre de no llamar la atención, y prefirió el cansancio de un solitario y largo paseo á los riesgos fortuitos de algún vehículo para conducirle á su destino.

Talbot y John le habian esperado con confianza todo áquel dia y le recibieron con júbilo cuando se presentó entre diez y once de la noche.

Se hallaban en el gabinete de John, donde fumaban después de retirarse Aurora y Lucía.

Aurora tenía necesidad de reposo y podia dormir

tranquilamente, porque la sombra funesta que se habia alzado entre ella y su marido habia desaparecido para siempre, y no tenía ya peligro ni disgusto alguno estando segura de su amor.

John lanzó una mirada ansiosa á Grimstone cuando este entró precedido de un criado, pero una mirada significativa de Bulstrode reprimió su impetuosidad y no habló hasta qne el criado se retiró y cerró la puerta.

—¿Qné hay de nuevo Grimstone?—preguntó entonces.

—Nada, caballero; he trabajado todo el dia con ardor—respondió el agente con gravedad,—y tal vez ninguno de vosotros podrá formarse una idea de los pasos que he dado; pero creo que he encontrado lo que buscaba.

—¡Gracias á Dios!—murmnró Talbot respetuosamente.

Habia arrojado el cigarro, y se sentó cerca de la chimenea para escuchar con más comodidad apoyado en el borde do mármol.

—¿Teneis un jardinero que se llama Dawson, señor Mellish?—preguntó el agente.

—Sí,—respondió John—¿pero creeis acaso que es él? Dawson es el hombre más honrado qne existe en el mundo.

—No diré que es él ni nadie hasta ahora, caballero, —contestó Grimstone;—pero cuando un hombre lleva consigo dos mil libras esterlinas en billetes, se le encuentra asesinado en un bosque y el bosque está de

ierto, e caso puede dar lugar á sospechas. Desearía ver á ese Dawson.

—¿Esta noche? —pregunto John.

—Sí, y cuanto antes mejor. En esta clase de negocios, especialmente cuando está comprometida la honra de personas inocentes, es necesario .. ¡es indispensable no perder un solo momento, —añadió con gravedad el agente.

—Voy á buscar á Dawson, —respondió John —pero presumo que ya esta á acostado.

—En tal caso se habrá de levantar—dijo Grimstone con resolución;—repito que es indispensable que le vea esta noche.

No debe creerse que John Mellish pensara un solo instante en oponerse á un arreglo que podia apresurar el descubrimie to que con tanto afan deseaba.

Si dirigió, pues, « la habitación de los criados en busca del jardinero y dejó á Talbot con el agente.

—Supongo —dijo Grimstone á Bulstrode—que no h breis adquirido nuevos datos desde ayer.

— S ,—respondió Talbot;—hemos rec bido los números de los billete que la señora de Mel ish dió al hombre asesinado. Escribí por el te égrafo á M. Floyd y él en persona ha venido con la lista de los bi letes.

Cinco minutos después volvió á entrar John Mellish seguido del jardinero, el cual habia estado en Doncastre para ver á un amigo y hacia tan solo media hora que hacia llegado.

Su amo le sorprendió devorando un enorme pedazo de carne fiambre y un plato de cebollas.

—No te asustes Dawson,—dijo John con indiscreción amistosa. Nadie sospecha de tí, pero este caballero desea hablarte, y no ignoras que puede hacerlo si se empeña, aunque...

John Mellish se interrumpió de pronto advertido por una mirada severa de Bulstrode, y el jardinero que no comprendía lo que quería decir su amo, se pasó la mano por la frente.

—Deseo únicamente haceros una ó dos preguntas para decidir una apuesta entre estos dos caballeros y yo, Sr. Dawson,—dijo el agente con una familiaridad tranquilizadora.—¿No comprásteis hace año y medio un traje de lance en la plaza del Mercado?

—Sí, señor, compré una chaqueta y un chaleco,—respondió el jardinero,—pero no eran de lance, sino nuevos.

—¿No tenia la tela del chaleco listas amarillas sobre fondo obscuro?

El jardinero hizo un ademán afirmativo y abrió la boca con asombro al ver que un habitante de Londres estaba tan enterado del calor de sus prendas.

—No adivino como teneis noticia de ese chaleco,—dijo el jardinero · que era ya viejo hace seis meses. Lo habia comprado para trabajar en el jardín, y aunque estaba muy usado lo recibió con grande alegria la persona á quien se lo regalé.

—¿La persona á quien se lo regalásteis?

—Si, se lo di al idiota y e' pobre muchacho se puso muy contento,

—¡El idiota!—exclamó Grimstone,—¿Quién es el idiota?

—El hombre de quien hablamos ayer noche,—respondió Talbot Bulstrode—el que la señora de Mellish encontró en aquel gabinete la mañana del dia en que se perpetró el asesinato... Se llama Steeve Hargraves.

—¡Ah! ya dimos en el blanco,—murmuró el agente.

—Gracias Sr. Dawson,—añadió dirigiéndose al jardinero que habia retrocedido hasta la puerta con cierta inquietud.—Esperad sin embargo, tengo que haceros otra pregunta. ¿Faltaba algún botón en el chaleco cuando lo regalásteis?

—No señor,—respondió sin vacilar el jardinero;—mi mujer tiene mucho cuidado de la ropa, y si hubiera estado algún botón en peligro de caerse, lo hubiese asegurado bien antes de que se pardiera.

—Está bien, Sr. Dawson—repuso el agente.—¡Buenas noches!

El jardinero se retiró muy satisfecho de verse libre.

—Creo que tengo el nudo del negocio,—dijo Grimstone cuando cerró la puerta el jardinero;—pero cuanto menos se hable será mejor. Voy á copiar la lista de los números de los billetes, y creo que volveré dentro de pocos dias, señor Mellish, para recibir vuestras doscientas libras esterlinas.

Grimstone se puso en el bolsillo una copia de la lista hecha por el previsor Archibaldo Floyd, y regresó á Doncastre á pié y en medio de la calma de una hermosa noche de verano.

—Hace una semana el negocio era muy poco fave-

rable para esa señora,—pensó al cruzar por el césped
l eno de recio del parque—y veo que en Sco'and Yard
seguían una senda errada. Pero todo se aclara; á la
más completa oscuridad sucede una luz brillante co-
mo el sol, y creo que voy á tener un caso de los más
curiosos que me derá honra y provecho.

CAPITULO XXXI

Se pierde la pista.

No es necesario odvertir que el agente de policía miraría con predilección á Steeve Hargraves el idiota desde que tenía en el bolsilo el botón de Crosby y habia oido la explicnción del jardinero.

José Grimstone habia ido á casa de un médico para que examinara el botón.

Las manchas eran efectivamente de sangre como habia supuesto el agente, y el médico descubrió un pedazo muy pequeño de cartílago adherido á un extremo del botón, pero declaró al mismo tiempo que que aquel proyectil no habia podido servir al asesino

de James Coniers, pues no habia atravesado el cuerpo y únicamente habia causado uua herida superficial.

Solo quedaba pues al agente el recurso de los billetes de banco, y con el designio de descubrir uno de ellos, él y su aliado (el hombrecillo de aspecto miserable que habia visto Hargraves en la estación del ferrocarril) salieron en busca del idiota.

Las guaridas que preferia Hargraves eran media docena de tabernas miserables, y José Grimston e las frecuentó una tras otra.

Pero nada pudo descubrir, y todas sus pesquisas se redujeron á saber uue no se habia visto á Steeve Hargraves cambiando ó queriendo cambiar algún billete.

Habia pagado todo lo que había pedido, y habia gastado más de lo que acostumbraba, bebiendo mucho más de lo que hubiera hecho antes, pero habia pagado en plata, exceptuando una ocasión en que habia cambiado una moneda de oro.

El agente fué al Banco, pero no se habia presentado allí nadie de las señas de Steeve Hargraves.

Trató entonces de buscar algún amigo ó compañero del idiota, pero también fueron inútiles sus investigaciones sobre este punto; el mozo de la caballeriza de M Mellish no habia tenido nunca amigos, porque estaba enteramente desprovisto de cualidades sociales.

Los esfuerzos que José Grimston hacia para adquirir todas las noticias que deseaba eran de un género verdaderamente prodigioso, y en la tarde del dia si-

guiente al de su entrevista con el jardinero habia hecho de modo que quedasen en claro todas las circunstancias mencionadas, y se habia puesto en relaciones confidenciales con la vieja en cuya casucha se habia establecido el idiota desde la muerte de su amo,

No es necesario para esta historia explicar los medios de que se valió el agente, pero en tanto que Steeve Hargraves saboreaba un vaso de cerveza en una taberna inmediata y el aliado de Grimstone le vigilaba con atención y estaba pronto á dar aviso sobre los movimientos del individuo sospechoso, el agente interrogaba á la huéspeda del idiota con tanta habilidad que en menos de un cuarto de hora hizo lo que quiso de la vieja y de su miserable habitación.

Procedió á un detenido exámen del cuarto alquilado por el idiota y de los demás aposentos y escondites donde este podia haber entrado, pero no encontró indicio alguno que remunerase su trabajo.

—Otros me ganarán de la mano si pierdo así el tiempo—pensó el agente. El idiota lleva consigo el dinero, y aunque estuviese registrando hasta que me saliesen canas no encontraría lo que deseo,

Grimstone cerró la puerta del último aposento que habia examinado con violenta impaciencia, y se asomó enseguida á la ventana.

No vió á su compañero en toda la calle y tuvo tiempo para hacer nuevas pesquisas.

Habia examinado todos los objetos del aposento del idiota, deteniéndose especialmente en la ropa de Hargraves que consistía en un montón de vestidos, cada

uno de los cuales llevaba en su corte y en su moda el sello de una individualidad diferente, indicio evidente de que habia pertenecido á otro dueño,

Después de este detenido exámen exhaló un profundo suspiro, volvió á colocar los objetos en su sitio y salió con desaliento del aposento del idiota.

—No hay duda—pensó,—el dinero lo lleva él consigo. Pero ¿quién se atreverá á registrarlo sin prender á ese hombre? ¿y cómo prenderle sin tener pruebas más fehacientes?

Grimstone se quitó el polvo y las telarañas, se lavó las manos en un barreño sucio lleno de agua hirviendo que le trajo la vieja, y después se sentó delante del fuego limpiándose los dientes con ademán pensativo y frunciendo las cejas.

—No me gusta ser vencido—pensó,—y he de vencer por vida mia.

Estaba seguro de que un magistrado no lo concedería un auto de prisión contra el idiota por la única prueba del botón manchado de sangre.

Y sin esta autorización ¿cómo se las arreglaría para averiguar si llevaba ó no los billetes?

El agente no encontraba el medio.

Después de largo rato de meditación, se decidió ir en busca de Tom Chivers su subordinado.

Despidióse de la vieja y se encaminó hacia la taberna donde éste se encontraba.

Cuando llegó á ella observó con disgusto que no se encontraba allí.

La contrariedad que sufrió el agente es indescriptible.

Dispuesto á no dejar perder lo pista del idiota, y sospechando algo de lo que pudiera haber ocurrido salió de la taberna y se dirigió al centro de la población.

CAPITULO XXXII

Huida de Steeve Hargraves

Largo rato llevaba Steeve Hargraves en la taberna saboreando un vaso de cerveza, cuando se apercibió del espionaje de que era objeto.

Apuró de un solo trago el contenido del vaso y se dispuso á marcharse, aprovechando un momento en que creyó ver distraido á Tom Chivers.

Pero se equivocaba.

En el momento en que el agente notó los movimientos de Steeve, púsose en su seguimiento, observando hasta el menor de sus movimientos.

Steeve que observaba todo esto, procuraba por to-

dos los medios evadirse de la perse ución de que era objeto y dos ó tres veces procuró ocultarse á las miradas del agente, pero le fué imposible.

Entonces decidió internarse en el mercado, donde logró no sin grandes esfuerzos verse libre de la presencia del agente.

Este se hallaba fu i so obs rvando á cuantas personas entraban y salían de la misma, cuando se le acercó Grimstone y le preguntó por el idiota.

La caída de una bala de cañón no hubiera producido más efecto en el agente qne la presencia de Grimstone.

Trató de explicar su conducta é hizo una relación detallada de todo cuanto le habia ocurrido con el idiota.

Tom Chivers se enjugó el sudor como testimonio de sus correrías y exhaló un suspiro suplicante.

—Advertid que no tengo la culpa,—dijo con humildad.—Desde un principio os dije que yo solo no bastaba, porque un hombre que conoce el terreno vale más que dos que no lo conocen por muy alerta que estén y aunque tengan buenas piernas.

El agente se volvió furioso contra su subordinado.

—¿Quién os dá la culpa?—dijo con impaciencia.—¿Por qué os lamentais antes de ser vencido? Acompañarme á la estación.

Grimstone volvió á preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace que le habeis perdido de vista?

Una hora próximamente.

Cuando llegaron á la estación Grimstone se dirigió á uno de los principales empleados y preguntó qué trenes eran los últimos que habian salido.

—Dos trenes ordinarios, uno hacia Selby y otro para Penistone y las estaciones intermedias

El agente miró la lista de la salida y entrada de los trenes siguiendo con el dedo indice los nombres de las estaciones.

—¿Llegará este tren á tiempo para rounirse con el de Liverpool? —preguntó.

—Sí, á tiempo.

—¿Cuándo ha salido?

—¿El tren de Penistone?

Sí.

—Hace una media hora, á las dos y treinta.

Entonces eran las tres.

—Hace media hora,—murmuró el agente—ha tenido tiempo de sobra para tomar el tren después de huir de Chivers.

Preguntó á los dependientes de la estación si habian visto un hombre de rostro pálido, jorobado, con traje de mozo de caballeriza, y hasta penetró en el despacho de billetes para hacer la misma pregunta.

Nadie habia visto á Steeve Hargraves.

Dos ó tres le reconocieron por la descripción del agente, y le preguntaron si buscaba por ventura á un criado de Mellish Park con quien concordaban aquellas señas, pero Grimstone evitó dar una contestación directa.

El secreto era, como sabemos, el principio según el cual dirigía sus negocios.

—Tal vez ha partido sin que nadie le haya visto,—dijo confidencialmente á su fiel, pero desgraciado aliado.—Estoy cierto de que lleva consigo los billetes y que ha partido para Liverpool. Podría dar aviso por medio del telégrafo para que le prendan al bajar del tren, pero no quiero partir con nadie la honra ni el provecho de esta empresa. También pudiera suceder que trate de dar un rodeo, y partir por Hull en un buque y huir desde allí á Hamburgo, pero no es probable, porque estas gentes no saben más que un camino, Si un hombre comete un asesinato ó roba una cantidad considerable, la primera idea que le ocurre es ir á Liverpool y embarcarse para América.

Tom Chivers escuchó respetuosamente las observaciones de su jefe, y estaba contento de haber salido tan bien librado de aquel apuro.

—Si ese mozo ha partido para Liverpool,—continuó Grimstone—debemos aprovechar el primer tren que salga, y si está aún aquí, no hay más que un camino por donde pueda salir de Doncastre, y es el ferrocarril. Asi, pues os quedareis en la estación hasta que yo vuelva ú os envie algún aviso.

Después de esta declaración, Grimstone partió dejando en acecho al agente.

CAPITULO XXXIII

Talbot expía lo pasado.

En la tarde del mismo dia John Mellish y Talbot Bulstrode se paseaban por el jardin.

No hay situación más penosa que la del hombre agitado por la incertidumbre y la ansiedad, y el pobre John Mellish apenas podia sostener la pesáda carga de sus dudas y temores.

Sin embargo, desde que el buen criterio de su amigo habia acudido en su auxilio y estaba completamente seguro de la inocencia de su esposa, deseaba confundir á los estúpidos que se atrevian á sospechar de la mujer que amaba, y estaba resuelto á desafiar á cuantos la ultrajaban tan vilmente.

¿Cómo se atrevían los cobardes calumniadores á pensar mal de la más pura y más perfecta de las mujeres?

John Mellish olvidaba ya que él mismo, el defensor legítimo de tanta perfección, habia llegado á sucumbir al peso de tan odiosa sospecha.

Odiaba á sus antigoos amigos porque no le visitaban y á los criados de su casa por la expresión inquieta y sombria de sus miradas, y se encolerizó contra su mayordomo, anciano venerable que le habia llevado en brazos en su infancia, porque el fiel servidor habia intentado suprimir ciertos periódicos que contenían alusiones desagradables acerca del misterio de Mellish Park.

—¿Quién os ha dicho que no deseaba leer el «Manchester Guardian»?—le preguntó furioso.—¿Quién os ha dado derecho para dictarme lo que no he de leer ó lo que es conveniente que lea? Necesito el «Guardian» de hoy... de ayer y de mañana y todos los periódicos á que he estado suscrito siempre. No quiero que los lea nadie para ver si contienen alguna noticia desagradoble antes que yo los lea. ¿Creeis que me asusta lo que escriben esos embadurnadores de papel mercenarios?—gritó John descargando un formidable puñetazo en la mesa.—Dejad que escriban lo que se les antoje contra mí; pero si escriben una palabra que pueda tomarse como una insinuación contra la más pura y fiel de las mujeres, por vida mia que me la han de pagar cara todos esos escritorzuelos y se han de acordar de mí hasta el último dia de su vida.

John Mellish se entregaba á estos arreb tos á pesar de hallarse presente Talbot.

Estuvo mny agitado durante aquel largo dia de Agosto, esperando en vano al agente.

¿Por qué no venia?

¿No habia prometido traer ó enviar noticias de sus pesquisas?

Talbot repetía en vano á su amigo que Grimstone no estaría ocioso, que el descubrimiento que debía hacer no se conse uía en un dia, y que era forzoso tener calma y esperar sin darse tormento sin motivo.

—No deberia deciros esto, John -le decía, -si no c eyera... como sé que cree Grimstone, que estamos en el buen camino y próximos á apodera nos del miserable que perpetró e crímen. Tened pac encia y confiad en los esfuerzos del agente.

—S, -dijo John Mellish—y en tanto todo el mundo sospecha indignamente de mi querida Aurora y se aleja de nosotros casi con terror. No, no puedo tolerarlo, Talbot. Huiré de esta casa maldita, la venderé la quemaré... partiré y alejaré á Aurora de los miserables que la han insultado.

—No lo haries, John Mellis, dij Talbot Bulstrode, —antes de descubrirse el asesino de James Conyers. Part d tan pronto como gusteis, porque el aspecto de esta casa no puede seros muy agradable durante algún tiem; o, pero debeis permanece aqui hasta que se patentice la verdad. Si existe alguna sospecha contra Aurora, su presencia en su ca a desmentirá mejor es-

ta sospecha. Lo que dió que hablar á algunos maliciosos en un principio fué su viaje precipitado á Londres,—añadió Bulstrode que naturalmente no tenía conocimiento de la carta anónima de mistres Powell.

Así hablaba Talbot y alentaba á su amigo en aquel largo dia de verano sin cansarse un momento de su tarea ni perder de vista los intereses de Aurora y su marido.

Tal vez era un castigo que se habia impuesto por la injuria que hiciera á la hija del banquero en otro tiempo en Felden.

Si era así, cumplía la penitencin con todo su corazón.

—Dios sabe—pensaba,—cuán grato me sería prestarle este servicio; su vida no ha sido más que un largo dolor á pesar de las riquezas de su padre. Doy gracias al cielo porque mi pobre Lucía no haya sido nun la heroina de una tragedia como esta, doy gracias al cielo al ver que su existencia es un rio tranquilo que nunca agitó la tempestad.

Archibaldo Floyd estabasentado con su hija y Lucía en el aposento de Aurora, aposento el más agradable por varias razones y principalmente porque estaba lejos del ruido de la casa y de la probabilidad de una invaeión importuna.

Todas las desgracias ds la familia habian estallado lejos de la presencia del anciano, y ninguna palabra pronunciada de ante de él habia podido dejarle adivinar que su hija única era blanco de la sospecha del

crimen más horrible que poede perpetrar un hombre ó una mujer.

Pero no podía ongañarse tan fácilmente á Archibaldo Floyd cuando se trataba do la dicha de su hija.

En vano le habia dicho ella que era feliz, que estaba tranquila y que el único afán de su marido era descubrir al asesino, pues el banquero veia claramente una nube en el horizonte y adivinaba un peligro cuya índole no acertaba á comprender su inteligencia,

CAPITULO XXXIII

Continua el mist·rio

Aquella tarde John Mellish demasiado inquieto pa· ra permanec·r sentado á los postres de la comida, ha. bia salido al jardín, acompañado de su infatigable consejero Talbot Bulst ode, y se paseaba con inquie· tud fijando continuamente la mirada en la calle de ár· boles que conducía á la casa y lanzando anatemas contra Grimstone.

—Otro dia más sin descub·ir had·,—dijo Mellish con impaciencia. ¿Qué sucede á si esto dura mucho tiempo? ¿Qué sucederá? Que Au·ora y yo nos volvere mos locos esperando. Si, me consta que pensais que

soy un loco y un cobarde, Talbot Bulstrode, pero puedo esperar con sosiego, no, no puedo. Sé que hay personas que consiguen devorar sus penas y sufrir sin quejarse, pero á mí me es imposible. Es preciso que llore cuando padezca ó que me haga pedazos la cabeza contra la primera pored que encuentre para acabar de una vez. Cuando pienso que todo el mundo puede sospechar de ella... cuando pienso que pueden creer que es..

—Pueden creer lo que vos habeis creido, John,—dijo Bulstrode con gravedad.

—¡Ah! esto es lo más crqel de todo,—exclamó John; —si yo... yo que la conocía y que la amo y creo en ella como no amó nadie jamás, si yo he podido vacilar ante ese horrible encadenamiento de crueles circunstancias combinadas contra ella, si yo he llegado á desvariar hasta cometer la inevplicable locura de dudar de lo que mas amo, ¿qué pueden pensar los extraños que no la conocen ni la aman, y que siempre están dispuestos á creer lo que es infame? Talbot no me es posible sufrir más tiempo. Voy á partir ahora mismo á Doncastre; quiero ver á ese Grimstone.., forzosamente ha debido descubrir algo.

John se dirigió hacia la caballeriza, pero Talbot le detuvo por el brazo diciéndole:

—Es muy posible que os cruceis con él en el camino sin verle, John. Ayer vino muy tarde y creo que hará hoy lo mismo Además, no sabemos si vendrá por carretera ó al través de los campos.

Melish vacilaba:

—¿Y si no viene esta noche? preguntó. Os repito que no puedo esperar mas.

—Pues permitidme que vaya yo á Doncastre, y quedaos en casa para esperar á Grimstone si viene.

Esta proposición tranquilizó mucho á Mellish.

—¿Quereis ir á la ciudad, Talbot? dijo John. Os lo agradrezco, pero siento en el alma que os tomeis tanta molestia.

—Lo hago con mucho gusto, dijo Talbot sonriendose.

Tal vez se sonreía involuntariamente al ver que John no sabía lo que había sufrido durante aquel penoso día oyendo sus continuas lamentaciones.

—Mandad que me ensillen un caballo.

—Montareis el Red-Rover, que es mi caballo de caza. Vamos á la caballeriza y lo ensillarán en un momento.

Debemos decir en honor de la verdad que Talbot Bulstrode preferia ir en pos de Grimstone á que desempeñara John Mellish este encargo, porque tan fácil era á su amigo traducir al griego un número del *Sportimg Magazine* como guardar un secreto media hora por más que estuviese decidido á guardarlo.

Talbot Bulstrode había hecho los mayores esfuerzos durante todo el dia para que su amigo no hablase con nadie pues estaba plenamente convencido de que la expresión de la fisonomia de John le haría traición á la mirada menos observadora.

Un criado ensilló el Red-Rover, y después de mil

súplicas y recomendaciones de John, Talbot Bulstrode partió al ocultarse el sol.

El camino más brebe desde la caballeriza hasta la carretera le hacía pasar por el pabellón del norte, que estaba cerrado desde el dia de los funerales de Conyers, de modo que los muebles que contenía quedaban abandonados á los ratones y á los murciélagos, porque los criados de Melish eran muy supersticiosos para atreverse á entrar en aquella morada maldita y sacar los muebles.

Se había cerrado la puerta con llave, y poseia esta el jardinero Dawson que podía disponer nuevamente del jardin del pabellón para planteles y del edificio para guardar los instrumentos inutilizados.

Este sitio respiraba tristeza á pesar de los rayos del sol reflejados con pomposa iluminación en una de las ventanas que daban á Occidente y aunque las últimas de los rosales se doblaban aún sobre la yerba delante de la puerta por la cual había pasado Conyers para ir á su postrera morada.

Uno de los mozos de la cabelleriza había acompañado á Bulstrode para abrirle las puertas de hierro oxidado que giraban pesadamente sobre sus quicios y casi nunca estaban abiertas.

Talbot no paró de trotar hasta que llegó á la posada de Doncastre donde se había hospedado el agente.

Grimstone estaba comiendo de prisa después de un cansado é inútil paseo por la ciudad y salio con la boca llena para hablar con Bulstrode, pero se guardó muy bien de decirle que hacía tres horas habían per-

dido la pista de idiota, y que tantas probabilidades tenía entonces de descubrir al asesino como á las once de la noche anterior.

—No he perdido un momento, caballero, dijo contestando á las preguntas de Talbot Bulstrode. No me equivocaba al pensar que el hombre que buscamos estaría en Doncastre, y por lo tanto me quedaré en la ciudad hasta que le prenda, á no ser que reciba noticias que me obliguen á ir más lejos Decid á M. Mellish que cumplo con mi deber con conciencia, y que no comeré, beberé ni dormiré más que lo necesario para vivir hasta que haya conseguido mi objeto.

—Pero ¿nada habeis descubierto? dijo Talbot. ¿Nada de nuevo teneis que decirme?

—Lo que he descubierto vale muy poca cosa por ahora, respondió el agente; pero no os desanimeis y decid à M. Mellish que tenga confianza en mi.

Talbot Bulstrode tuvo que contentarse con este dudoso consuelo.

No era mucho en verdad, pero se resolvió á regresar á Mellish para animar á su amigo.

Salió de Doncastre, pasó por delante del mesón del «Gran Ciervo» y las casas de blancas paredes de los más opulentos habitantes de la ciudad, y se encontró otra vez en la carretera. La luna iluminaba con su pálido resplandor las copas de los árboles, y andaba lentamente al través del bosque como un fantasma nocturno. No estaba de muy buen humor después de su entrevista en Grimstone, pues sabia que los agentes de policía de Doncastre tenian puesta la vista en to-

dos los habitantes de la quinta de Mellish, y que las venenosas lenguas de la calumnia alzaban un murmullo bastante violento contra Aurora.

Cada hora, cada minuto era sumamente importante.

El peligro les amenazaba por todos lados.

Harward y Lofthouse sabían el secreto de la vida de Aurora. ¿No debían dejarse arrastrar por la sospecha que había hecho vacilar al mismo John?

Y si por desgracia huía el asesino ¿no era evidente que la sospecha perseguiría á Aurora hasta que se grabase su nombre en la lápida de su sepulcro?

Y pensaba con amargura que esta mujer deshonrada era prima suya y que lo contaría la historia.

—Grimstone no me lo ha dicho todo, pensaba; he adivinado en sus inquietas miradas que ha perdido las huellas de ese Hargraves. ¡Ay de él si ha cometido tal torpeza!

Bulstrode no terminó su pensamiento. Había llegado al pabellón del norte y desmontó para abrir la puerta de hierro.

Las luces de la casa brillaban hospitalariamente á lo lejos detrás del bosque, y se oían vagas voces en dirección á las caballerizas, pero el pabellón del norte y el descuidado jardín estaban silenciosos como la tumba y tenían un aspecto fantástico al resplandor de la luna.

Talbot entró en el parque llevando el caballo por las riendas.

Dirigió una mirada involuntaria á las ventanas del

pabellón al pasar, pero se paró reprimiendo una exclamación de sorpresa al ver un débil rayo de luz que no era la de la luna y que brillaba en la ventana del aposento superior que habia servido de dormitorio á Conyers.

—Es extraño—murmuró Bulstrode mirando la luz, pero estoy seguro de que no es nada importante. Creo haber oido decir á John que los jardineros depositaban sus instrumentos en este pabellón y supongo que es uno de ellos.

He aquí lo que decia para sí, pero sin creerlo.

CAPITULO XXXIV

Sorpresa

Talbot se dirigió hacia la puerta sin ningún plan concebido, pero resuelto á descubrir qué era lo que hacía allí aquel hombre, cuando pasó á través de la cortina la sombra de un hombre con una joroba.

Talbot Bulstrode no lanzó grito alguno de sorpresa, pero su corazón palpitó tumultuosamente y se le agolpó la sangre hirviendo á la cabeza.

No se acordaba de haber visto al idiota, pero siempre habia oido decir que era jorobado.

¿Qué podia conducirle allí, casi al sitio del atentado, á la casa de la víctima?

Ni la misma locura explicaba semejante conducta.

Estos pensamientos apenas ocuparon un momento á Talbot, que cruzó el jardin andondo sobre las flores y trató de abrir la puerta sin hacer ruido, pero la puerta estaba muy asegurada por dentro.

—¡Está cerrada!—exclamó.—En ese caso ha entrado por la ventana. ¿Qué motivo le ha hecho venir aqui?

Talbot tenia razón; la ventana habia sido casi arrancada de sus goznes y pendia sobre la pared entre las ramas.

No vaciló un momento en penetrar por la estrecha ventana del piso bajo, y aunque las ramas hicieron algún ruido, no fué bastante para servir de aviso á Steeve Hargraves que apareció al mismo tiempo en lo alto de la escalera de caracol.

El idioto llevaba una luz en la mano derecha y una pequeña maleta debajo del brazo izquierdo.

Su rostro estaba tan pálido como siempre, pero su cuerpo fué una espantosa visión que nunca le habia visto.

El idiota retrocedió con un moviento de horror cuando vió á Talbot, y rodó por el suelo una caja de fósforos que habia en el candelero.

—¿Qué haceis aqui?—preguntó Bulstrode con firmoza.—¿Por qué habeis entrado por esa ventana?

No hago ningún mal,—respondió con voz compungida; y añadió con aire de insolencia:—¿Qué os importa?

—¿Qué me importa? Soy pariente y amigo de M.

Mellish,—dijo Talbot.—Sospecho que no habeis venido con buena intención y quiero saberlo.

—No he venido para robar—dijo el idiota;—aquí no hay más que mesas y sillas, y no habré venido probablemente para llevármelos.

— Tal vez no, pero para algo habeis venido, y quiero saberlo. No hubiérais venido aquí si no os hubiera interesado mucho. ¿Qué llevais ahí?

Bulstrode designó la maleta.

Los ojillos del idiota evitaron la mirada de Talbot y hacían creer que se equivocaba sobre la dirección en que este miraba.

—¿Qué llevais ahí?—repitió Bulstrode.—Ya sabeis lo que quiero decir. ¿Qué llevais en esa maleta?

El idiota estrechó convulsivamente la maleta y miró á Talbot con el terror salvaje de un animal acorralado.

—No es vuestro ni de nadie,—contestó balbuceando.—Creo que un pobre hombre como yo puede llevarse la poca ropa que tiene sin que le maltraten así.

—¿Qué ropa? Veámosla.

— No quiero, no quiero, no es vuestra. Hay tan solo una chaqueta y un chaleco que me dió uno de los mozos.

—¡Un chaleco!—exclamó Bulstrode.—Enseñádmelo ¿No es un chaleco de color de chocolate con listas amarillas y botones de cobre? ¡Didmelo!

Talbot habia perdido casi la respiración á consecuencia de su grande emoción.

El idiota le miró de frente y con ojos azorados al oir

la desc ipción del cha'eco pero era muy estúpido para comprender en seguida la razón por la cual le pedian esta prenda.

Retrocedió algunos pasos, y se colocó en actitud de saltar por la ventana, pero las manos de Talbot le sujetaron asiéndole por el cuello de la chaqueta.

— Más os vald ía no lu har conmigo,—dijo Bulstrode.—Estoy ocostumbrado á habérmelas con los cipayos de la India y he combatido con el tigre. ¿Me enseñaís ese chaleco?

—¡No!

—Por el cielo os juro que lo he de ver.

—No lo vereis.

El idiota y Talbot principiaron á luchar cuerpo á cuerpo.

Aunque el capitán era robusto se convenció desde luego que no sería muy facil su victoria, pues Steeve Hargraves tenia formas hercúleas y se defend a con dese-peración.

El combate duró largo rato, pero llegó por fin á su término, y el heredero de los Bulstrodes, el capitán de caballería, el hombre que se habia batido con los cipayos sedientos de sangre y se habia lanzado contra las bocas de los cañones rusos en Balaclava, conoció que no podía resistir más contra el idiota.

Los callosos dedos de Steeve comprimían su cuello, sus largos brazos estaban rotorcidos en torno suyo, y en un momento se vió tendido Bulstrode sobre el pavimento y sintió sobre su pecho oprimido la rodilla de su enemigo.

—¿Con que quer is ver mi cha'eco, eh?—dijo el idiota.—Pues no lo vereis porque seguireis el camino del otro. No es probable que os apodereis de las dos mil libras.

Talbot vió bri lar á la luz de la luna el acero, y al mismo tiempo oyó un uido como si hubieran roto un cristal, y en medio de la angustia que e causeba la p esión de los dedos del idiota en su cuello y que prin- ci piaba á confundir sus sen idos. creyó oir vagamente rápido umor de pasos y una voz extraña que profe- ría gritos amenazadores.

Su cuello se vió de pro to libre de la presi n que le ahogaba, recobró las fue zas casi instant neamente y de un salto se puso de pié, ate rado y confuso, pe o dispuesto para a lucha.

—¿Quién vá? gritó.

—Soy yo, Samuel Prodder,—respondió la voz.—Amigo mio, si ta do un se undo en llegar quedabais lucido. No es la primera vez que he venido aqui de noche, paseándome tranquilamente y fumando un ci- garro antes de retirarm .

El capitán Prodder indicaba con el dedo la direc- ción de Doncastre.

—He visto luz desde lejos y he acabado por adivi- na el mis erio. No sé quién sois ni lo que sois ni por qué os batís, pero sé que ibais á morir cuando entré po la ventana.

—¡El chaleco!—gritó Bulstrode,—¡enseñadme el chaleco!

Y se arrojó otra vez sobre el idiota que habia huido

hácia la puerta y hacía esfuerzos para abrirla con sus manos de hierro, pero Talbot tenía ya un aliado en el capitán Prodder.

—Unos cordeles son muy útiles en estos casos,—dijo Samuel Prodder,—y por esta razón siempre llevo por lo que pudiera suceder la provisión correspondiente.

Metió la mano en uno de los anchos bolsillos del paletó y sacó un rollo de cordel, y del mismo modo que hubiera podido atar un marinero à un mástil sujetó al idiota dándole vueltas con el cordel en torno del cuerpo hasta que cesaron de moverse sus piés y sus brazos.

—Si teneis que dirigirle algunas preguntas—dijo Prodder entonces,—me parece que ahora os contestará con sosiego. Ya vereis qué dócil está.

—No puedo daros las gracias—dijo Talbot precipitadamente—y tiempo tendremos después de sobra para esto.

—No hay necesidad de que me deis las gracias. amigo,—respondió Prodder.—¿Puedo hacer alguna cosa más en vuestro servicio?

—Si, mucho por el momento, pero ante todo es preciso encontrar ese chaleco. ¿En dónde lo habrá puesto? Esperad: prefiero encender luz. Vigilad a este hombre mientras busco los fó foros y la bujía.

Samuel Prodder se contentó con encogerse de hombros.

Aunque consideraba los lazos y nudos con que había sujetado al idiota como el triunfo del arte, se co'o-

có junto al preso para complacer á Talbot que estaba pronto á arrojarse sobre el idiota si se movia.

La luz de la luna era bastante clara para permitir á Talhot Bulstrode encontrar los fósforos y el candelero á los pocos minutos.

La bujia habia sido pisoteada durante la lucha, pero estaba aun en disposición de servir y la encendió para buscar el chaleco.

La maleta habia ido rodando hasta un rincón del aposento.

Estaba atada con un cabo de látigo.

—Tomad la luz mientras desats esto, dijo Talbot á Samuel Proder.

Estaba tan impaciente que no pudo esperar y cortó la cuerda con la navaja del idíota que habia cogido al bnscar la bujia.

—No me equivocaba,—dijo sacando el chaleco—el dinero está aqui...

Si se hubiera necesitado una confirmación, la hubiera dado el alarido de rabia que salió de la boca de Hargraves.

—Es el dinero—dijo Bulstrode;—os tomo por testigo, caballero, quien quiera que seais, de que he encontrado este chaleco y esta cartera en poder de ese hombre y de que se los quito tras un combate en que atentaba á mi vida.

—¡Oh! le conozco bastante—dijo el marino;—es un canalla y no es esta la primera vez que nos vemos.

—Este hombre es el asesino de James Conyers.

—¡Cómo!—exclamó Samuel Prodder.—¿Este villa-

no que acusaba á la hija de mi hermana Elisa... á la señora de Mellish.

—Si, sí, lo sé; pero ya cayó en nuestras manos. Corred á la casa y enviad criados en busca de un agente de policía mien ras me quedo aquí.

Samuel Proder consintió gustoso.

A los diez minutos llegó al pabellón una multitud de mozos con linternas precedidos de John Mellish.

Abrieron la puerta y penetraron todos en el aposento, y John Mellish cayó en el pecho de su amigo y lloró en medio de los grooms, jardineros y mozos de caballeriza.

CAPITULO XXXIV

Conclusión

¿Qué más podré decir de este sencillo drama de la vida privada?

Ha llegado ya el fin.

El lector no tendrá deseos de enterarse del sumario bue instryó el tribunal de York.

¿Para qué?

Supongo que adivinará lo que pasó y el fallo que dieron los jueces.

En efecto las pruedas cont a Steeve Hargraves fueron convincentes y el cadalso puso término á la vida de un hombre que nunca tuvo amigos.

El abogado se esforzó en demostrar que no era responsable de sus actos, pero el jurado considerando las circunstancias del asesinato, solo vió en él un crimen perpetrado á sangre fría y á impulsos de la más infame codicia; y fué condenado sin apelación.

El reo protestó de su inocencia durante la noche que precedió á la ejecución, y durante aquella misma noche confesó su crimen.

Contó, pues, que habia seguido á James Conyers al bosque en la noche de su cita con Aurora y que habia escuchado todo cuanto dijeron en la entrevista.

Disparó contra James por la espalda mientras este se hallaba sentado á orillas del estanque mirando los billetes en la cartera, y se habia servido de un botón del chaleco en vez de taco no encontrando á mano ninguna otra cosa.

Habia ocultado el chaleco y la cartera en un agujero del aposento de su víctima, y habiendo sido despedido repentinamente del pabellón, se habia visto obligado á dejar el botin para no inspirar sospechas.

Cuando le sorprendió Talbot Bulstrode acababa de sacar su tesoro del escóndite con intención de huir á Liverpool al dia siguiente.

Aurora y Mellish partieron de Mellish Park inmediatamente después de ser encerrado el idiota en la carcel de York.

Se dirigieron al mediodia de Francia acompañados de Archibaldo Foyd y viajaron por diversos paises con paz en el alma y sin la menor sombra de tristeza.

Permanecieron durante mucho tiempo en Niza, a

donde fueron á buscarles Talbot y Lucia con un tren embarazoso de equipaje y de criados y una nodriza normanda que llevaba en brazos un niño de ojos azules, y en Niza nació otro niño de hermosos ojos negros que con suma alegría de Archibaldo Floyd y John Mellish era el retrato de su madre.

Es casi supérfluo decir que el capitán de marina mercante Samuel Prodder, fué cordialmente recibido por John y su esposa.

Desde entonces va á visitar á sus sobrinos con frecuencia; y en el momento en que escribo estas líneas se halla en las islas Barbadas.

Su camarote está atestado de regalos destinados á Aurora y que hay cajas de dulce de guayaba, ron de Jamaica del superior, cocos, piñas y otros objetos propios para una señora de distinción.

El agente se consoló de haber sido vencido por Bulstrode al recibir las doscientas libras esterlinas.

Aurora, libre por fin de su secreto, principió una vida nueva, y John Mellish, fiel á su resolución, dedicó una parte del tiempo y de sus riquezas en servicio de los desgraciados.

FIN.

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA · MURCIA ·